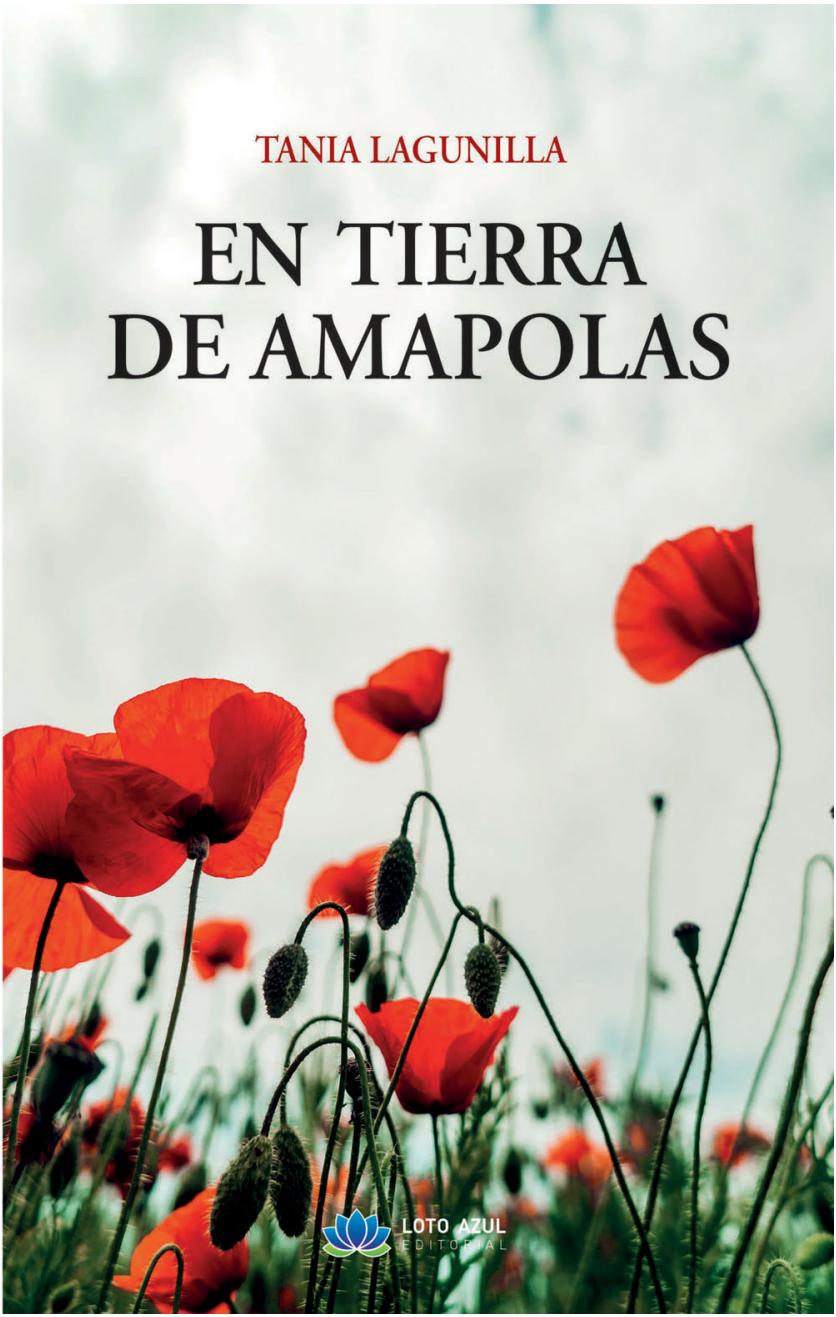
TANIA LAGUNILLA

EN TIERRA DE AMAPOLAS



EN TIERRA DE AMAPOLAS

Tania Lagunilla

LOTO AZUL
EDITORIAL

EN TIERRA DE AMAPOLAS

© Tania Lagunilla Iglesias
© de esta edición: Loto Azul, 2022

ISBN: 978-84-17307-28-8
Producción del ePub: booqlab

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Las solicitudes para la obtención de dicha autorización total o parcial deben dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos).

KALOSINI, S. L.
Grupo editorial olé libros
equipo@olelibros.com
www.olelibros.com

A todas aquellas mujeres que en algún momento de su vida se han visto obligadas a ser valientes.

A mis hijas, mis más fieles seguidoras.

No deseo que las mujeres tengan poder sobre los hombres, sino sobre ellas mismas.

MARY WOLLSTONECRAFT

CAPÍTULO 1

El sonido del tortazo retumbó de tal manera que los chicos que estaban alrededor enmudecieron. Carla había sido la autora del sopapo y en ese momento observaba la palma de su mano colorada por el golpe. Elena, que aún se palpaba el rostro donde había sido abofeteada, la miraba con los ojos medio cerrados llenos de rencor.

—Esto no va a quedar así, ¡estúpida! —gritó con rabia mientras se marchaba indignada de la plaza.

Los niños que habían presenciado la disputa comenzaron a ovacionar a Carla a grito pelado celebrando que esa vez hubiese sido ella quien hubiera ganado la batalla. La muchacha no pudo evitar sentirse satisfecha aunque no era propio de ella, la había sacado de quicio y no se había podido contener; además, en los pueblos había que hacerse respetar, y más en aquel, donde en los últimos años las injusticias parecían ser el pan de cada día.

Cadesta era un pueblito que no contaba con más de un puñado de casas puestas al azar, una pequeña ermita y una escuela, que a su vez se convertía en taberna en las fiestas populares. A las afueras, una charca pobre de agua donde habitaban decenas de ranas, que deleitaban con sus cantos los atardeceres de verano junto a un banco de piedra bastante desgastado que seguía siendo testigo de los besos robados entre los jóvenes de la zona. Desde allí partía la calzada principal que llevaba a los aldeanos hasta Algarte, el pueblo vecino que velaba por Cadesta con su jurisdicción, donde muchos de ellos malvendían sus hortalizas, frutas y animales en el mercado para poder seguir viviendo, o malviviendo. Corría el año 1890, y la escasez, junto a la falta de recursos, estaba muy latente todavía en los pueblos pequeños, donde sobrevivir en ocasiones era todo un desafío.

Era un pueblo humilde de gente honrada. Los hombres trabajaban la tierra y el ganado sin descanso. Día tras día. En invierno y en verano. Labraban, sembraban y cosechaban. Cuidaban del ganado, lo sacaban a pastar y lo ayudaban a parir y a criar. Raro era el hombre que trabajara menos de diez horas al día. Las mujeres, a su vez, se ocupaban de la casa y hacían la comida, cosa difícil en ocasiones cuando faltaban los alimentos, además de criar a los hijos y de coser. No había mujer en el pueblo que no supiese coser, aunque

fuese lo indispensable: coger un dobladillo, poner botones, quitar costuras... La ropa se reutilizaba una y otra vez, pasando de unos a otros, ya que estrenar una prenda era cosa de pudientes, algo que escaseaba en Cadesta.

Los niños y niñas iban a la escuela, donde el padre Carlos era el encargado de enseñarles a leer y escribir. Algunos incluso aprendían a hacer cuentas, pero, en realidad, la mayoría de ellos abandonaban sus estudios para poder trabajar y ser de utilidad a la familia ayudando con la faena. El analfabetismo estaba a la orden del día por culpa del hambre y de la falta de manos en la labor.

En los atardeceres de primavera y verano, las familias salían a la fresca después de los días calurosos y charlaban tranquilamente en corros en los patios de las casas, mientras los muchachos terminaban el día correteando por los caminos y haciendo de las suyas.

Como en todos los pueblos, Cadesta no iba a ser menos, las relaciones entre los vecinos a puerta cerrada no eran tan maravillosas como se hacían ver a los demás. La enemistad entre Carla Almazán y Elena Beltrán era bien conocida. Los padres de Elena no le daban importancia, pero las travesuras de las niñas se estaban convirtiendo en fechorías. Cosas de chiquillas, decían. Sin embargo, a pesar de los roces con Elena, Carla era una buena chica.

Iba a cumplir dieciséis años, aunque aparentaba alguno más. Tenía unos ojos verdes oscuros de mirada penetrante y una melena larga y ondulada. Era una chavala espabilada que sabía sacarse las castañas del fuego, pero también era cabezota como ella sola y bastante impulsiva. Educada con todos sus vecinos y sobre todo agradecida, sabía valorar cada una de las cosas de las que disfrutaban en casa, reconocía el esfuerzo que hacían sus padres para que no le faltase nunca un plato en la mesa. Carla era hija única. Su madre, Julia, parió un precioso bebé cuando la muchacha tenía cinco años, pero el pequeño murió. Como tantos otros que no eran capaces de sobrevivir a los fríos inviernos de la comarca.

Al igual que Carla, sus padres no simpatizaban con los Beltrán. Se trataba de una familia arrogante a la que le gustaba alardear del dinero que tenía. Comían todo tipo de manjares al alcance de muy pocos privilegiados y siempre iban vestidos con ropas nuevas y elegantes.

Un día cualquiera, a principios de junio, el padre Carlos les permitió salir de la escuela un rato para poder descansar y refrescarse durante una de sus aburridas mañanas lectivas. El religioso aprovechó para colocar algunas tejas que se habían movido en el invierno pasado y que provocaban pequeñas goteras los días de lluvia intensa. Cogió una escalera y, con cierta gracia para la

edad que tenía, subió por ella y comenzó a colocarlas.

La chavalería correteaba por la plaza detrás de las gallinas de la vecina de al lado, intentando darles alcance. Dos niños algo mayores tiraban piedras a un gato negro que pasaba por allí. Carla se mantenía al margen sentada sobre un murete de la casa vecina mientras comía una manzana y observaba al gato escapar de las pedradas buscando con la mirada dónde cobijarse.

Sin esperarlo, Carla sintió un fuerte tirón de pelo que la hizo caer al suelo desde el murete, justo en el momento en que el gato conseguía esconderse en un establo cercano. Escuchó una risa y, al darse la vuelta para ver qué es lo que había ocurrido, se topó con Elena, que comenzaba a huir. Ella también iba a cumplir los dieciséis ese año. Alta y rolliza, estaba entrada en carnes dada su acomodada situación. Con ojos muy oscuros, tenía una melena a la altura de los hombros rizada y oscura a juego con su mirada. Siempre bien peinada e impoluta, trataba de fastidiar a quien se pusiese en su camino. No era una muchacha querida entre los niños, pero sí respetada por su condición social. Carla tiró la manzana, enojada, y fue tras ella. Elena iba haciéndole burla y riéndose, le encantaba hacerla rabiar.

—¡Vamos, Carlita! ¿No puedes cogerme? —le preguntó mientras le escupía, intentando darle en la cara.

—¡Como te coja, verás!

Elena corría echando rápidos vistazos hacia atrás para localizar a su adversaria mientras daba vueltas por la plaza. Algunos niños de la escuela habían dejado de jugar, atentos a una nueva pelea protagonizada por las chicas. En una de estas, Elena rodeó el edificio con una Carla furiosa pisándole los talones. Justo al llegar a la altura de la puerta de la escuela, Elena se encontró de frente con un ejército de gallinas que huían de los muchachos, que no paraban de perseguirlas entre risas. Esta esquivó a duras penas al averío, pero no pudo hacerlo con la escalera, que descansaba apoyada sobre la pared del edificio.

No se pudo evitar la tragedia. El religioso cayó desde arriba, golpeándose la cabeza y partiéndose el cráneo en mil pedacitos como un vaso de cristal. Lentamente, un charco de sangre oscura se fue formando bajo su cabeza. El silencio invadió la plaza y, durante unos instantes, nadie se movió. Los niños, abrumados por la situación, solo eran capaces de mirar al hombre y al charco de sangre que no paraba de crecer. El padre Carlos no se movía. Estaba muerto con los ojos abiertos mirando a su destino, donde pronto sería recibido con los brazos abiertos, ya que había sido un buen hombre toda su vida.

Aprovechando la confusión, Elena comenzó a gritar a pleno pulmón:

—¡El padre Carlos está muerto! ¡El padre Carlos está muerto y tú, Carla, eres la responsable! ¡A los calabozos con ella! ¡Cárcel para Carla! —difundía a grito pelado.

Los vecinos de Cadesta, alertados por el griterío, comenzaron a salir de sus casas y a acercarse a la escuela para ver qué es lo que había ocurrido realmente. Elena contó a todos los vecinos que estaban dispuestos a escucharla el fatídico accidente que Carla había provocado tropezando con la escalera. Los demás niños, testigos de los hechos, nunca osaron decir la verdad, ya que rebatir a la familia Beltrán solía acarrear problemas a los habitantes de Cadesta.

Su padre, Miguel Beltrán, era el alcalde del pueblo, y en todas las decisiones que debía tomar la junta de vecinos siempre salía beneficiado. Era corrupto y malvado, y por ello le temían demasiado como para enfrentarse a él. Carla estaba tan pasmada que no fue capaz de defenderse y observaba con enormes ojos la escena. Carmen, la vecina más longeva, llamó a la calma.

—Será necesario convocar una junta... —comentó la anciana mirando sin pestañear al difunto mientras varios de los presentes asentían consternados.

Carla no contestó, pero sabía que un gran problema se le venía encima. Observó sin ver cómo uno de los hombres buscaba el pulso del cura apoyando la cabeza en el pecho de este, pero al poco rato se incorporó y negó de manera discreta. El silencio se hizo en el pueblo mientras el médico y varios vecinos trasladaban el cuerpo sin vida del padre Carlos hasta un carromato tirado por una mula. El ambiente estaba tenso mientras las muchachas se miraban la una a la otra: Carla con cara de frustración; Elena, sin embargo, de satisfacción.

La muchacha se dirigió a casa a paso lento, intentando digerir todo lo sucedido aquella mañana en la plaza. Llegó al patio empedrado, donde se encontraba su madre, de ojos pequeños y con el pelo siempre recogido en un moño alto. Julia no era tonta y se percató rápidamente de que algo no iba bien. Tras un esfuerzo colosal, Carla le contó lo ocurrido en la escuela. Su madre escuchó paciente sin interrumpir a su hija, pero, a medida que iba transcurriendo el relato, iba aumentando la inquietud que sentía. Era una tragedia lo que le había sucedido al padre Carlos, pero no podía consentir que el pequeño diablo que tenían por vecina difundiera aquellas habladurías para perjudicar a Carla.

Prepararon un poco de tila para calmar los nervios y se sentaron a la mesa. No comieron, ya que ninguna tenía apetito, y pasaron la tarde pesarosas y angustiadas esperando a que el cabeza de familia llegase de Algarte para

contarle la mala nueva.

Esa tarde no fueron a recoger flores como hacían desde que Carla tenía uso de razón. Una pequeña tradición en la que madre e hija aprovechaban las últimas horas de luz para pasear por los alrededores del pueblo y seleccionar las flores más bonitas de las praderas para luego ponerlas en el único jarrón que tenían en la casa. Un precioso ramillete de diferentes tonalidades brillaba en el centro de la mesa; pero siempre predominaba el rojo de las amapolas, la flor favorita de ambas.

Juan, el padre de Carla, llegó al anochecer, sudoroso por el calor del día, con la carretilla que solía llevar cargada de alimentos hasta el mercado de Algarte. Era un hombre pequeño pero fuerte, y empezaba a clarear en la zona de la coronilla amenazando con convertirse más pronto que tarde en una calva. Cuando vio los rostros de su mujer y su hija, la preocupación le invadió de inmediato. Sentados a la mesa, en una pequeña sala con una ventana desde donde veían el patio pedregoso y la verja que nunca cerraban, ambas pusieron al hombre en conocimiento de los hechos. Tras meditar en silencio un buen rato, él se dirigió a su hija con voz autoritaria:

—Carla, lo mejor será que te marches una temporada. No tenemos nada que hacer en esa junta. Ya sabéis que Miguel siempre gana todos los conflictos que se plantean y querrá un culpable con el que demostrar su poder. Y su culpable serás tú, nadie se atreverá a acusar a Elena de la desgracia.

—Pero... ¡padre, yo no quiero irme de aquí!

Discutieron durante unos minutos, pero ella acabó entrando en razón, entendió los argumentos que su padre le daba.

—Está bien. Me marcharé al amanecer, antes de que los vecinos empiecen a trabajar las tierras y saquen el ganado, y nadie me verá partir. Pero ¿y qué pasará con vosotros? —preguntó Carla mientras comenzaba a empacar sus cosas en un macuto de tela muy desgastado que había pertenecido a su abuelo, fallecido en la primera guerra carlista.

—No te preocupes, trataremos de persuadirles. Bastante castigo es ya el exilio. Quedarán conformes —dijo el padre con los ojos llorosos, intentando mantener la compostura mientras ayudaba a su hija.

La familia se abrazó como nunca antes lo había hecho: entre lágrimas y lamentos, conscientes de que pasaría bastante tiempo hasta que volvieran a hacerlo. Repentinamente, tres golpes secos cesaron el drama familiar e impusieron el silencio en la casa mientras se miraban. Se oían murmullos de distintas voces detrás de la puerta principal. Julia echó un rápido vistazo por la

ventana de la sala desde donde se podía observar parte de la entrada. Era Miguel, el padre de Elena, junto a Marcos, el alguacil, responsable de los calabozos del cuartel de Algarte.

—¡Abrid la puerta! ¡Carla queda arrestada y debe estar bajo custodia hasta que la junta solvente el contratiempo de hoy! —gritó Miguel para ser oído por los vecinos de alrededor.

—¡Corre, Carla! —la apuró su padre en voz baja—. Yo les abriré la puerta y tú, mientras, saltas por la ventana.

—Pero, papá... —añadió intentando contener el llanto sin mucho éxito—. ¡Lo siento! ¡Lo siento mucho!

Carla se colocó el macuto sobre el hombro y, con un pequeño gesto de asentimiento, se dirigió a la parte trasera de la casa mientras su madre la seguía con las manos en el pecho y el corazón encogido.

—Te quiero... —balbuceó la muchacha con el rostro empapado por las lágrimas, mirando por última vez a su madre.

Julia no tuvo tiempo de responder, pues en ese momento se escuchó un violento portazo. Cuando volvió a mirar hacia la ventana, Carla ya no estaba allí.

CAPÍTULO 2

El padre de Carla dejó pasar a sus visitantes y los acomodó en la salita, amueblada tan solo con una mesa y unas sillas viejas, mientras les ofrecía algún refrigerio con el que intentar ganar algo de tiempo. Miguel rechazó taxativamente la oferta y, una vez que estuvieron todos sentados, preguntó con impaciencia:

—¿Dónde está la niña, Juan?

—Podríamos resolver esto hablando las cosas. Esto ha sido un fatídico accidente. Nadie quería matar al padre Carlos. No creo que sea necesario llevarte a la niña arrestada —argumentó Juan con templanza.

—Esta vez tu hija se ha pasado con sus tonterías y ha muerto una persona. Debe ser juzgada ante la junta de vecinos. Mientras tanto, esperará en el calabozo hasta que lleguemos a una resolución. Dile a la niña que venga o iré yo personalmente a buscarla.

—Creo que deberíamos hablar primero, antes de que te lleves a nadie. A mí me han contado las cosas de otra manera con una culpable que no era mi hija precisamente, sino la tuya... —contestó Juan con seriedad intentando mantener las formas.

—¿Qué quieres decir? ¿Osas acusar a mi pequeña, que vive atormentada por tu hija desde que la vio por primera vez? —vociferó Miguel.

—¡Eso no es así! Siempre ha sido al revés, tu hija es un demonio que está todo el día haciendo el mal, pero vosotros nunca le habéis parado los pies —gritó Julia desesperada.

—¡Ya está bien! He venido aquí para llevarme a Carla, no para escuchar como acusáis a mi hija, desgraciados —dijo arrastrando la silla hacia atrás para levantarse.

Tras inspeccionar la casa junto al alguacil, que le seguía a todas partes a escasos dos palmos sin decir nada, Miguel volvió a la sala hecho una furia preguntando por la niña. Los padres de Carla negaban constantemente con la cabeza repitiendo que no sabían dónde se encontraba.

—¿Vosotros creéis que soy imbécil? —chilló encolerizado con la cara roja por la humillación de verse engañado.

—De verdad, Miguel, vendrá enseguida. Tranquilízate, por favor —

suplicó Juan agobiado.

—Ah, ¿sí? Muy bien. Si no me puedo llevar a la hija, me llevaré a la madre. Esto no va a quedar así. Arréstala, vamos. Ya verás como aparece la niña —ordenó Miguel con voz triunfante mientras reía.

El alguacil le miró con asombro durante unos instantes, pero viendo que la petición era firme, cogió las esposas y se dirigió hasta donde se encontraba la mujer. La madre de Carla empezó a gritar mientras intentaba zafarse, pero el alguacil, que era fuerte y hábil, la esposó en un abrir y cerrar de ojos, sacándola de la pequeña sala con rapidez. Juan contemplaba atónito la situación, pero estaba tan pasmado que, para cuando quiso reaccionar, su mujer y los dos hombres estaban saliendo por la verja del patio pedregoso de su casa.

—¡Julia! ¡Julia! Julia... Julia... —Su voz se fue ahogando en un sollozo, y un hombre destrozado cayó de rodillas en el patio de su casa ante decenas de miradas discretas de los alrededores, disgustadas por el espectáculo, pero que no hicieron nada por él.

Mientras tanto, Carla, ajena a todo lo que sucedía en su casa, corrió despavorida hasta la calzada principal. Estuvo diez minutos escondida, vigilando el camino, oculta tras un matorral y atenta a cualquier sonido extraño, y no se atrevió a salir hasta que estuvo convencida de que nadie iba tras ella. En ningún instante bajó la guardia y, caminando con el pulso acelerado por la adrenalina generada, iba pegada al lateral de la senda que estaba repleta de arbustos y zarzamoras, por si en un momento dado se veía obligada a zambullirse en ellos para ocultarse de nuevo.

Algarte estaba muy cerca de Cadesta, a unos quince minutos a pie. Y caminando hasta allí fue, rumiando en su cabeza lo injusta que podía llegar a ser la vida. Se esforzó por hacer desaparecer aquellos pensamientos destructivos que la invadían; al fin y al cabo, necesitaba la mente fría para saber qué hacer y a dónde ir. Si se hundía en la desesperación, todo sería mucho más complicado, y no era algo que se podía permitir. Bastante difícil era ya la situación como para darle pinceladas de dramatismo llevada por la frustración.

Cuando llegó a Algarte, lo primero que hizo fue beber de la fuente de la plaza principal y refrescarse un poco la frente. La llamaban la «plaza de la fuente», ya que era la primera que se había construido en la comarca. Alta, grande y de piedra caliza, tenía un pilón para que pudiera beber el ganado. Repleta de renacuajos, con un constante repique del chorro del agua que mojaba a todo aquel que se acercaba a beber, era uno de los mayores orgullos de Algarte.

Carla observó a su alrededor. La plaza estaba abarrotada: tabernas donde los hombres tomaban vino después de una larga jornada de trabajo, niños corriendo de un lado para otro jugando con el agua de la fuente, madres gritando a sus hijos que no se mojaran mientras criticaban con las demás a la vecina de al lado; porque fíjate tú cómo iba vestida el domingo en misa la María Asunción...

—Vale, bien... ¿y ahora qué, Carla? —pensó la muchacha en voz alta rascándose la cabeza.

En el viejo macuto llevaba algo de ropa de cambio, un trozo de queso, un poco de pan del día anterior y algunos reales que gracias a Dios tenía ahorrados. Decidió ir hacia una de las calles más alejadas del pueblo donde no solía haber gente y comer algo mientras pensaba qué podía hacer. Dormir en una pensión era algo muy apetecible pero también arriesgado, ya que Algarte no era tan grande en realidad, y como buen pueblo, todos se conocían aunque fuese de vista. Sería cuestión de minutos que alguien diera la voz de alarma para avisar de que habían dado con ella, porque seguramente, a esas alturas de la noche, ya habrían llegado hasta allí los rumores sobre lo sucedido en la casa de los Almazán. Además, se le añadía el inconveniente del dinero. Si empezaba a malgastar en lujos que realmente no se podía permitir, en un par de días ya no tendría para comer. Por lo tanto, la decisión estaba tomada.

Guardó el trozo de queso tras darle dos buenos mordiscos y se puso en marcha. Se dirigió a la zona del río que se encontraba a las afueras del Algarte dispuesta a dormir a la intemperie. No era una opción desagradable, ya que, en los veranos, el calor por el día era prácticamente insoportable; sin embargo, por la noche, se podía respirar, disfrutando del frescor.

Rodeó el pueblo por las calles menos transitadas para no ser vista. Juan, su padre, iba tres días a la semana al mercado, donde tenía un pequeño puesto en el que vendía su género. Carla le había acompañado en más de una ocasión y había simpatizado con varios habitantes de la localidad, además de los chavales con los que jugaba a menudo; por lo tanto, lo más sensato era no exponerse para no encontrarse con alguien conocido.

Llegó hasta el río donde había una pequeña campa protegida por unos enormes olmos. Si su situación no hubiese sido tan lamentable, hubiera sido un plan delicioso, puede que incluso romántico, pensaba Carla echada sobre la hierba aterciopelada, escuchando el agua mansa acariciar los guijarros de la orilla mientras un manto de estrellas infinito la envolvía. Iba a ser la primera de muchas noches complicadas, y ella lo sabía.

***

La trataron bien, mejor de lo que se esperaba Julia. Después de esposarla y sacarla de su casa, la llevaron hasta el establo del alcalde, donde la subieron a un carro tirado por un espectacular percherón que le había costado una fortuna y del que Miguel Beltrán se sentía muy orgulloso. Dio instrucciones a los hombres sobre qué hacer con la arrestada y los despidió con un fuerte golpe al cerrar la puerta. Rumbo a los calabozos de Algarte, el alguacil suavizó el gesto, y desde la ausencia del alcalde fue más atento con ella, incluso le ofreció agua y comida. Era evidente que no estaba de acuerdo con el modo en el que se estaba tratando el asunto del padre Carlos, y se hallaba incómodo siendo partícipe. Además, conocía a Julia desde que era una niña y sentía aprecio por ella.

—No te preocupes, mañana por la mañana todo habrá terminado —le aseguró en voz baja intentando animarla, aunque bien parecía que se lo estaba diciendo a su propia conciencia.

—No, Marcos, no... Este es el principio de mi infierno en la tierra. He perdido a mi hija y a mi marido por una injusticia. Y lo que más me atormenta es pensar qué será de ellos, no de mí... Yo soy feliz si ellos son felices; si no, mi vida no tiene sentido... —respondió Julia con voz ronca.

—No seas negativa, mujer. Seguro que Miguel cambia de opinión mañana y os deja en paz. Ya sabes que es muy orgulloso.

—Hasta que alguien no se atreva a plantarle cara, nadie en el pueblo tendrá libertad ni justicia. Y el que ose retarle sufrirá graves consecuencias... —contestó ella con la cabeza gacha.

Llegaron a Algarte muy pronto, por su cercanía a Cadesta, y se dirigieron al cuartel, junto a la plaza de la fuente. Poco les faltó para toparse con Carla, que hacía pocos minutos había tomado rumbo a calles menos transitadas. Allí los recibió un muchacho de unos diecisiete años. Tenía el pelo rapado y todavía se apreciaban rasgos infantiles en su rostro.

—Ata al caballo y ponle agua. Cuando termines, me buscas en los calabozos —le ordenó el alguacil.

—A sus órdenes, señor —respondió el muchacho con ímpetu.

Marcos ayudó a Julia a descender del carro y la acompañó hasta las celdas. La acomodó en el calabozo más grande y le facilitó una manta y un orinal. Con una mirada de tristeza, le dijo que cualquier cosa que necesitara se la pidiera al muchacho, que la ayudarían en lo que pudiesen. Se dio la vuelta y,

volviendo la cabeza por última vez, le deseó que descansase.

Fue una noche larga para la familia Almazán. Ninguno de los tres pudo dormir; cada uno en un sitio diferente, pero unidos por un mismo sentimiento: impotencia.

La junta de vecinos se celebró a primera hora de la mañana en la escuela del pueblo. A ella asistieron todos los miembros, muy puntuales dada la importancia del acontecimiento. Allí se encontraban varios de los comerciantes y ganaderos más influyentes, entre ellos Carmen, la vecina más longeva de Cadesta, de noventa y cuatro años de edad, pero cuyo espíritu la hacía mantenerse en mejor estado que muchos hombres de cincuenta. Viuda desde joven, se había enfrentado a la gestión de una granja de ovejas castellanas, propiedad de su marido, y se encargaba de la producción de carne, leche y lana con la ayuda de tres jornaleros. Por supuesto, Miguel, el alcalde, y Marcos, el alguacil, también asistieron.

Fue una asamblea reñida y larga, muy larga. Era la primera vez en muchos años que se debatía un tema tan delicado y los argumentos facilitados no eran esclarecedores.

La tarde anterior, después del fatídico accidente del padre Carlos, todos los niños del pueblo contaron lo ocurrido en sus respectivas casas. El pueblo entero era consciente de la injusticia que se iba a cometer contra la familia Almazán por el depravado alcalde de Cadesta.

—Creo que no hay pruebas suficientes contra Carla Almazán respecto al contratiempo de ayer. Y debo añadir que la detención de Julia me parece una medida algo exagerada, ¿no creéis? —comentó uno de los granjeros de las afueras del pueblo y amigo de la familia afectada.

—¿La muerte del cura te parece poca prueba como para no condenarla? —preguntó Miguel, cuyo rostro se tornó rosáceo por el calor.

—Fue un accidente, Miguel. Ha sido una pérdida catastrófica, pero un accidente entre niñas. No hay vuelta atrás... —aportó un comerciante con cara de bonachón.

—Un accidente por culpa de la niña, querrás decir, Ramón... —arrastró las palabras Miguel mientras le clavaba los ojos medio cerrados con odio.

Ramón esquivó la intensa mirada del hombre y con el semblante serio se dispuso a beber agua, dejando en el ambiente una tensión tan densa que podía palparse con las yemas de los dedos. Tras un minuto incómodo, Carmen rompió el silencio:

—Se comenta por el pueblo que no fue Carla quien tropezó con la

escalera, sino Elena, tu hija.

—¡Eso es mentira! ¿Quién es el valiente que se atreve a culpar a mi hija? —gritó el edil poniéndose en pie de un salto y con la cara roja como un tomate.

Carmen enmudeció, ya que no tenía el valor de indicar el nombre de las familias cuyos hijos habían sido testigos del accidente por miedo a represalias.

—Está bien, continuemos entonces —dijo Miguel volviéndose a sentar mientras se tranquilizaba.

Ninguno de los vecinos fue lo suficientemente valiente como para enfrentarse a Miguel, por lo que la consecuencia repercutió en Julia, que fue castigada con la pena de diez años de encierro, que debería cumplir en los calabozos de Algarte. El cuartel era lo suficientemente grande como para albergar a veinte detenidos, por lo tanto, se usaba para poner y tramitar denuncias y hacía de cárcel para delitos menores. La prisión más cercana estaba a más de cien kilómetros del pueblo y muchas veces no merecía la pena el gasto que suponía trasladar al reo hasta allí. Aun así, el caso de Julia fue una excepción. Más adelante, Miguel llegaría a confesar al alguacil que prefería tenerla cerca por si en algún momento le apetecía disfrutar de ella. No obstante, Marcos se cuidaría de que aquello jamás llegase a suceder.

La resolución cayó como un jarro de agua fría en Juan, que no daba crédito. Jamás se había castigado a alguien con tantos años de condena, era una medida totalmente desmesurada en contra de su familia. El hombre salió de casa y atravesó el patio para dirigirse hasta la puerta de Miguel. La aporreó varias veces y le abrió Elena con una sonrisa malvada en el rostro. Juan sintió que todo el odio del mundo se concentraba lentamente en su ser y se iba haciendo con el control de su cuerpo y de su mente. Tras unos segundos de miradas intensas, se abalanzó sobre la joven bufando como un gato endemoniado mientras intentaba estrangular a la muchacha con ambas manos, rodeando su grueso cuello. Elena, que intentaba zafarse de él, le arañaba los brazos sin éxito, ya que Juan, a pesar de su delgadez por sus pobres recursos, era un hombre fibroso, consecuencia del duro trabajo en el campo. Tras unos instantes angustiosos para la muchacha, apareció Miguel alarmado por el escándalo. Con esfuerzo, consiguió separarlos y propinó un fuerte puñetazo en el estómago a Juan, que lo derribó. No contento con ello, se ensañó con él dándole patadas en la cabeza, en el estómago y alguna que otra en los testículos. Después de la brutal paliza, se metió en casa y cerró la puerta dejando a Juan hecho un ovillo en el suelo, lleno de sangre y muy dolorido. Nadie debía contradecir a la familia Beltrán, y menos aún ponerle la mano

encima.

La compasión de varios vecinos salvó a Juan, al que trasladaron a su casa. Durante varios días el herido estuvo bajo la atenta mirada de estos, que lo alimentaron y lo asearon.

Una vez recuperado, Juan iba todos los días a los calabozos de Algarte, donde rogaba a Marcos que le dejará ver a su mujer.

—Juan, lo siento. Son órdenes de Miguel: nadie puede ver a Julia —se disculpaba el alguacil.

Todos los días eran iguales. Se levantaba temprano, antes de que saliese el sol, para trabajar las tierras y alimentar a los animales. Después, tres días por semana, iba al mercado para vender, con suerte, todo el género que conseguía llevar con la carretilla. Por la tarde se acercaba a ver a Julia, pero siempre fracasaba en sus intentos.

Después de cada discusión con Marcos, siempre inflexible en su negativa, comenzó a beber en las tabernas, donde malgastaba en vino y aguardiente el poco dinero que ganaba. En ocasiones tenían que echarle y hasta en un par de ocasiones se vio envuelto en una trifulca, de la que ni siquiera se acordaba al día siguiente. Cada día trabajaba menos; algunos días se olvidaba de dar de comer a los animales y la casa era un vertedero con una grisácea capa de polvo. Cuando llegaba la noche, se metía en la cama y lloraba como un niño pequeño sin consuelo a la luz de luna.

CAPÍTULO 3

Carla caminaba hacia el sur, poniendo tierra de por medio. Comenzaba al amanecer, se desplazaba por caminos principales para evitar encontronazos no deseados y se unía a grupos de personas que se dirigían a destinos próximos. Intentaba pasar desapercibida y, si alguien le preguntaba acerca de su viaje, siempre se excusaba diciendo que iba a casa de unos parientes lejanos que habían enfermado. Durante la noche, pernoctaba al aire libre aprovechando el buen tiempo y de esa manera conservaba el poco dinero que tenía para poder comprar algo que llevarse a la boca.

Varias semanas después de su huida, llegó a un pequeño y silencioso pueblo al anochecer. Se detuvo ante lo que parecía la entrada de una granja para poder echar un vistazo a su alrededor e inspeccionar la zona en busca de algún claro donde pasar la noche. De manera repentina, un estruendo proveniente del interior de la granja la asustó.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz chillona y el corazón acelerado.

Un perro le contestó con un gruñido desde el interior. Carla estaba convencida de que se encontraba muy cerca de ella, pero ya era noche cerrada y era difícil ver entre tanta oscuridad.

—¡Qué susto me has dado, por Dios! ¿Qué haces tú sola por aquí a estas horas? —exclamó un anciano que salía de la granja acompañado de un enorme mastín.

—Acabo de llegar al pueblo y estaba buscando un lugar donde dormir... Discúlpeme si le he asustado, no era mi intención —respondió Carla, dispuesta a retomar su camino, dándole la espalda al hombre.

—Si quieres, puedes pasar la noche en nuestra casa. Mi mujer y yo tenemos un cuarto de sobra —le ofreció el viejo canoso con la espalda ligeramente jorobada—. Estate tranquila, no te pediremos nada a cambio.

Carla dudó un momento y, tras sopesarlo rápidamente, decidió aceptar la invitación. Llevaba muchos días durmiendo al raso; no llegaba a ser del todo desagradable, pero siempre se agradecía un techo bajo el que sentirse a resguardo y protegida. Así que, acariciando al mastín, que no paraba de olfatearla, aceptó de buena gana y siguió al hombre encorvado al interior de la granja.

Una vez dentro, iluminada la estancia con una pequeña lámpara de aceite, tuvo el placer de conocer a la que era su esposa, Amanda, que no paró de agasajarla desde que puso los pies en la casa. La mujer había abandonado su apellido de soltera y había adoptado el de su marido. En el pueblo la conocían como la «señora de Romero», pero ella insistía en que tan solo la llamaran «señora Romero».

Carla agradeció la comida caliente ofrecida por aquella pareja de ancianos en una casa que olía demasiado a ganado. Fueron muy atentos con la muchacha, tratándola con cariño. Le preguntaron por el motivo de su peregrinaje, pero la joven, incómoda por el interrogatorio al que la estaban sometiendo, esquivó la conversación. Insistió en lo cansada que se sentía a consecuencia de su larga caminata y se retiró a descansar, agradeciendo una vez más su generosidad. La impresión que Carla había generado en la pareja había sido muy buena, había llegado a despertar la necesidad de protegerla. En ella veían a una niña vulnerable que trataba de ocultar a toda costa un pasado oscuro del que era evidente que trataba de huir; podían leer la tristeza en sus ojos y la miseria en sus ropas por mucho que ella tratase de disimularlo.

Aquella noche fue la primera que descansó de verdad desde que huyó de Cadesta. Se acostó en una pequeña cama con sábanas de algodón desgastadas pero limpias, junto a una ventana que, a modo de buenas noches, le obsequió con la imagen de la luna velando por miles de diminutos brillantes que titilaban a su alrededor. Era imposible no dormir bien con aquella estampa. La muchacha no tardó en sentir el letargo que lentamente la fue meciendo hasta dejarla dormida en un bonito sueño que al día siguiente no recordó.

La suave caricia de un rayo de sol sobre su mejilla fue la responsable de despertarla a la mañana siguiente. Tras asearse un poco, se dirigió a la cocina, donde la pareja la estaba esperando desde hacía horas con una sonrisa y un suculento desayuno en el centro de la mesa listo para ser devorado.

—Siéntate, pequeña, y desayuna todo lo que quieras. Tengo pan recién horneado, espero que te guste —le dijo Amanda, una mujer rechoncha con las mejillas siempre coloradas, mientras separaba la silla de la mesa para que se sentara—. Estás muy flaca y una muchacha de tu edad en pleno desarrollo tiene que alimentarse bien.

—Gracias, señora Romero, pero no es necesario; no tengo suficiente dinero para compensar todo lo que han hecho por mí. Lo mejor es que retome mi camino.

—Desayuna, muchacha, no tengas vergüenza. Quisiera comentarte algo

que a lo mejor te interesa. Vamos, siéntate y no nos hagas ese feo.

—Gracias, son ustedes muy amables, de verdad —respondió Carla conmovida mientras tomaba asiento.

Una vez que dio cuenta de un buen trozo de pan tierno y un humeante café, el señor Romero se sentó junto a ella.

—Nos has caído bien, pequeña, y nos da mucha lástima la situación en la que te encuentras, por lo que queríamos ofrecerte la posibilidad de que nos ayudases en la granja. Puedes quedarte una temporada, ganar un dinerillo y con ello retomar tu marcha más adelante en mejores condiciones. Yo necesito un jornalero que me ayude y tú, medios para seguir adelante. ¿Qué me dices?

Si el hospedaje y la abundancia de comida la sorprendieron, aquello la dejo atónita. Eso sí que no se lo esperaba. Salió del estupor momentáneo que la oferta le había generado y rápidamente comenzó a pensar. Carla era una chica de naturaleza impulsiva, había salido a su padre, y no tardó mucho en decidirse. Aquel señor tenía razón; además, no veía muy claro cuál era su plan. ¿Andar y andar? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta dónde? Eran cuestiones que no se había planteado hasta ese mismo instante, así que, valorando rápidamente el abanico de opciones posibles, optó por la más sensata.

Aceptó de muy buena gana, feliz de no tener que volver, por lo menos en una temporada, a los caminos eternos con un calor angustioso y a dormitar en las noches a la intemperie, acompañada siempre de molestos mosquitos que nunca saciaban su sed de sangre. Negociaron las condiciones y el dinero que iban a pagarle a cambio de sus labores. Trabajaría durante la mañana y la tarde y conviviría con ellos, puesto que solo trabajaría hasta septiembre, algo menos de tres meses. Los domingos trabajaría solamente por la mañana y, además, cuando Esteban no pudiera, acompañaría a la señora Romero a misa. También la ayudaría con algunas tareas de la casa cuando fuese necesario. Se trataba de personas pudientes, pero demasiado mayores para hacer frente a todas las obligaciones que la granja exigía. Por lo que supo más tarde, tenían un sobrino que algún día heredaría los bienes de la pareja, pero jamás se había dignado a echar una mano a sus tíos; un tal Pedro, según le dijeron.

Empezó esa misma mañana después de ayudar a la señora Romero a recoger la cocina y de acompañar al viejo por la granja para aprender sus nuevos cometidos. Los señores Romero tenían quince vacas lecheras, una decena de gallinas encerradas en jaulas y tres terneros separados de sus madres. También tenían algunos conejos para consumo propio, un caballo y el mastín que había conocido la noche anterior.

Conoció a Rubén, un chico alto y fornido que era mayor que ella, de pelo castaño que le llegaba a los ojos, y que, junto a Carla, también ayudaba a los ancianos con la granja. Tenía unos ojos de color miel y su mirada resultaba atractiva. Se trataba de un chico agraciado y todas las niñas del pueblo bebían los vientos por él.

—Este es Rubén, mi otro jornalero. Rubén, esta es Carla. Juntos os haréis cargo de las labores con las que yo ya no puedo. Él y yo te iremos enseñando —le aclaró el señor Romero mientras le revolvía el cabello a Rubén en un gesto de aprecio.

—Hola —saludó la muchacha tímidamente.

—Hola. No eres de aquí, ¿verdad? —le preguntó el muchacho mientras caminaban a la par en dirección al establo.

—No, soy de un pueblo lejano. Pero me quedaré una temporada.

—Pues... ¡bienvenida a Trejón! Aquí se vive bien, te gustará —le contestó guiñándole un ojo. La muchacha no pudo evitar ruborizarse y aceleró el paso para que él no se percatara de su enrojecimiento.

***

Carla se levantaba cada día al amanecer y, tras asearse y arreglar su dormitorio, se encaminaba hacia la cocina donde la señora Romero ya la esperaba con un café bien caliente y un par de tostadas con mermelada de fresa. El señor Romero nunca estaba con ellas. Se levantaba mucho más temprano y, cuando estas comenzaban a desayunar, él ya llevaba dos horas de intensas labores. En muchas ocasiones, la señora Romero y la muchacha le pedían que las acompañara a la mesa para compartir el desayuno, pero él siempre se excusaba diciendo que había muchas cosas que hacer y volvía a marcharse para retomar sus quehaceres.

—Hija, no ha parado nunca ni parará hasta que se lo lleve el Señor —protestaba la anciana ante la negativa constante de su marido.

Y Carla tampoco paraba. Eran muchas las obligaciones de la granja, que no les permitían ni una hora de descanso. Los señores Romero tenían muchos terrenos y cada uno de ellos, sus necesidades. Por no hablar de los animales, demasiados para una pareja de ancianos que apenas soportaba esa carga de trabajo. Podían prescindir de aquella vida esclava que los dejaba agotados vendiendo parte del ganado o alguna de sus otras parcelas, pero no conocían otra vida que no fuese la de trabajar, ahorrar y guardar.

Carla conocía esa vida. Su padre trabajaba el campo con respeto y dedicación, día y noche. Los animales, aunque solo contaban con unas cuantas gallinas y un par de escuálidas vacas, eran cuidados con cariño y atención. Su madre se hacía cargo de la casa, que mantenía impoluta, y cocinaba —en ocasiones con dificultad— sabrosos platos para deleitar los paladares. El resto del día lo consumía en sus manos junto a un dedal. Coser, coser y coser. Toda la vida cosiendo y remendando prendas para las personas más pudientes de Algarte. En ocasiones, cuando el hambre acechaba tras la puerta, Julia también hacía la colada y posteriormente la planchaba, para después devolverla a sus dueños. No obstante, nunca habían llegado al extremo de pedir a Carla que los ayudara dejando sus estudios a un lado para ponerse a trabajar, y eso no era nada extraño, ya que no eran pocos los niños que a temprana edad se encontraban con una azada en la mano.

Cierto era que, en verano, cuando la escuela cerraba, la muchacha ayudaba a sus padres a recolectar la cosecha de trigo; cuantas más manos colaboraran, mejor. La tierra de la familia Almazán era muy pequeña y tenían que complementar la cosecha con la venta de verduras y frutas para salir adelante. Muchas de las familias de la comarca vivían del trigo. Era un trabajo duro y exigente, y el bienestar de todo el año dependía de una buena cosecha. Sin embargo, si el tiempo no acompañaba y esta era mala, se veían obligados a hacer malabares para tirar a duras penas durante el resto del año hasta la siguiente recolecta. Muchos recurrían al trueque para conseguir aquello que necesitaban.

En cuanto terminaba sus quehaceres, Carla salía a pasear y cogía flores de las praderas para luego ponerlas en un vaso con agua en su dormitorio. Nunca se olvidaba de coger amapolas. Aunque estuviesen separadas, aquel ritual de madre e hija le sosegaba un poco el corazón.

Una mañana, al poco de llegar a la casa de los señores Romero, pidió prestado un pedazo de papel y un lápiz para escribir a sus padres. Sentada a la mesa del comedor, transcurrieron varios minutos en los que el lápiz no trazó ni una sola letra en el trozo de papel mientras la joven lo atravesaba con una profunda mirada. Al final se decidió por un breve escrito en el que les ponía al día sobre su fortuna respecto a su trabajo y el buen trato del que gozaba con los señores Romero. La muchacha le dio la carta a Amanda, que le había prometido buscar la manera de hacerla llegar a la oficina de correos que se encontraba en un pueblo cercano.

Las semanas pasaban sin que apenas se diera cuenta y comenzó a florecer

desde la tristeza gracias a su nueva vida. Añoraba mucho a sus padres, pero sabía que todavía era pronto para volver a Cadesta. Aún no había recibido contestación a su carta, pero Amanda la tranquilizaba, asegurándole que pronto llegaría. A su vez, los señores Romero la trataban como a la hija que nunca habían tenido y se sentían pletóricos y realizados cuidando de ella. A cambio de esa generosidad desmedida, Carla se esforzaba en sus jornadas diarias que compartía mano a mano con Rubén, cuya relación fue estrechándose hasta convertirse lentamente en una bonita amistad.

Hablaban, reían y bromeaban mientras faenaban con la energía que solo se tiene cuando se es joven. La muchacha admiraba la alegría, el optimismo y la educación de aquel chico que, con una caballerosidad impecable, la trataba con afecto y consideración. Reían sin parar, y el trabajo se les hacía mucho más ameno cuando estaban el uno junto al otro. Pero, con el tiempo, esa sonrisa radiante que le dedicaba cada vez que se encontraban hizo que la muchacha se fuese quedando prendada de él, sin que ni siquiera ella misma se diese cuenta...

Cada día necesitaba estar más cerca de él, sentir su presencia, pero a medida que fue pasando el tiempo, Carla comenzó a empequeñecer avergonzada, sintiéndose intimidada ante aquel ángel que se preocupaba por ella como si de una dama de la mismísima monarquía se tratase. Rubén no parecía percatarse de los sentimientos de esta, cosa que a la joven en parte la tranquilizaba, ya que, gracias a su ignorancia, las labores en común no le resultaban tan incómodas. Pero, a su vez, esa indiferencia le molestaba de alguna manera, ya que en el fondo de los recovecos de su corazón sentía el intenso deseo de hundir el rostro en su pecho mientras él la arropaba con sus fuertes brazos en un apasionado abrazo. Pasaba las noches con la mente distraída recordando momentos vividos con él mientras un hormigueo incesante le recorría el estómago. Estaba tan absorbida que era rara la vez que se quedaba en la cama pensando en sus padres.

Sin embargo, el tiempo corría y el interés que mostraba el muchacho por ella no variaba ni una pizca, haciendo que Carla fuese desilusionándose y perdiendo la esperanza de ver su deseo hecho realidad. Habían pasado dos meses y no había percibido ni una sola señal por su parte; debía olvidarse de él. A la vista estaba que los sentimientos de ambos muchachos no eran recíprocos y esos absurdos sueños con los que Carla fantaseaba no hacían más que fustigarla en cuanto se tropezaba con el desinterés de Rubén. Se propuso evitarlo poniendo distancia de por medio para intentar enfriar así esa pasión

que solo ella sentía y poder retomar esa amistad que para Rubén en ningún momento se había trastocado.

El tiempo, más que pasar, corría en la granja y Carla seguía sin respuesta por parte de sus padres. Se sentía abatida cada vez que Amanda le comunicaba que no había llegado nada a su nombre, pero en el fondo de su ser seguía manteniendo la esperanza de que en cualquier momento llegase la contestación a su misiva desde Cadesta.

A su vez, el amor que sentía por la pareja de ancianos fue creciendo. Se encontraba muy a gusto en su compañía y eran personas que se hacían querer, como Rubén.

—Algunos chicos del pueblo iremos al río a bañarnos cuando termine la jornada, ¿te apetece venir? —la invitó un día él apartándose el pelo de los ojos de un soplido.

—¡Qué bien, qué divertido! Me encanta la idea, pero no tengo ropa de baño... —dijo ruborizándose.

—No te preocupes, seguro que la señora Romero tiene de cuando era joven... ¡Guarda absolutamente todo en cajas! Vayamos a preguntarle —contestó interpretando que el rubor del rostro de ella era consecuencia de la falta de bañador.

Los jóvenes, que se encontraban en ese momento recogiendo patatas, se quitaron el exceso de tierra sacudiendo bien la ropa y corrieron a la casa en busca de la anciana. Tras ponerla en conocimiento del plan, fueron al almacén al lado del establo, donde la vieja acumulaba un montón de cajas. De una de ellas sacó un bonito pero desgastado bañador de rayas rojas y blancas y se lo dio a la muchacha a modo de obsequio, junto a una toalla azul celeste.

—Para ti, pequeña. Es más, si quieres venimos un día después de que termines tus labores y echamos un vistazo para que cojas lo que quieras —le ofreció Amanda con una dulce sonrisa.

—¡Claro, señora Romero! —respondió la chica dándole un fuerte abrazo —. Es usted tan buena conmigo...

—Vamos, chicos, ahora seguid con vuestras cosas y no enfadéis a Esteban. Ya sabéis que es muy estricto con el trabajo y, como os vea de cháchara, se enojará —les advirtió la anciana.

Los muchachos volvieron a la huerta y estuvieron toda la tarde de aquel caluroso día de finales de agosto recogiendo y transportando patatas hasta una pequeña bodega donde guardaban el género antes de venderlo. Cuando finalizaron la jornada, en torno a las siete, Rubén y Carla acordaron verse en el

camino para ir juntos hasta el río.

—¡Pásalo bien, pequeña! Aprovecha todo lo que puedas para divertirte porque el día que menos te lo esperes, el tiempo pasará a tu lado sin que te des cuenta y te robará sin compasión la juventud, como hizo conmigo. ¡Ay, qué rápido pasan los años...! Yo hace dos veranos tenía tu edad... —se compadeció Amanda.

—Anda, anda... ¡Qué dramática eres, mujer! —reía Esteban.

Rubén y Carla fueron solos, ya que los muchachos que no trabajaban habían aprovechado para ir antes y disfrutar de la tarde al completo. Por el camino, ella le confesó sentirse algo nerviosa por el hecho de conocer a gente nueva, pero Rubén disipó rápido esas absurdas ideas tranquilizándola; era gente honrada y sencilla la que se iban a encontrar. Llegaron enseguida, ya que la zona donde los jóvenes solían bañarse estaba justo al lado de la entrada del pueblo.

Allí se encontraron con una decena de chicos y chicas, que contaban desde los trece años el más joven hasta los diecinueve de Rubén, disfrutando del buen tiempo. Se trataba de una poza de agua natural donde cubría lo suficiente para que los chicos se pudiesen tirar desde lo alto de un árbol, un ejemplar algo torcido por el que escalaban desde la orilla. A los lados del río, piedras de diferentes formas, tamaños y colores sobresalían tímidamente con capas de mullido musgo. El río en esa zona era bastante ancho y el agua se volvía más oscura cuanto más hondo era el tramo. La poza era bien conocida, ya que, además de usarse para el baño, muchos hombres acudían allí a pescar lucios y truchas. A su vez, cuando el lavadero del pueblo estaba repleto por las mujeres de Trejón, más de una se acercaba hasta allí para lavar las ropas en sus frías aguas.

Carla se fijó en tres chicas apartadas de la orilla, sentadas en la hierba. No paraban de cuchichear y Rubén, percatándose de que Carla las observaba con el rabillo del ojo, se encaminó hacia ellas.

—¡Hola, chicas!

—¡Hola! —contestaron al unísono.

—¿Qué tal? Os presento a Carla. Trabaja conmigo en la granja de los señores Romero, llegó hace dos meses.

—Hola —saludó tímidamente ella.

—Hola, Carla, yo soy Teresa y estas, Elisa y Olga. Siéntate con nosotras si quieres, el agua esta helada aunque los chicos digan que no —afirmó con una pícara sonrisa mirando hacia uno de los jóvenes que se encontraban en la

orilla.

—¿No será que no quieres mojarte el pelo porque luego pareces un león despeluchado? —añadió Rubén mientras todos se echaban a reír—. Yo voy a bañarme, ¿vienes? —preguntó dirigiéndose a Carla.

—Prefiero quedarme aquí de momento; puede que luego me anime —contestó ella a modo de disculpa.

La muchacha se sentó sobre la suave hierba al lado de las demás chicas, dispuesta a entablar conversación.

—¿Ninguna? ¿No? Bueno, yo me voy a dar un chapuzón... —afirmó él y, acercándose a una de las jóvenes, Elisa, le posó un fugaz beso en sus labios.

—Anda, ten cuidado y no saltes desde tan arriba —le pidió ella con una dulce sonrisa.

A Carla se le cayó el alma a los pies. Empezó a notar cómo una bola de acero le apretaba la boca del estómago y sintió estar a punto de desfallecer por momentos. Nadie debió de percatarse de su malestar porque las muchachas siguieron hablando de sus cosas como si nada estuviese pasando.

Teresa, sin duda la que más hablaba de todas, no paró de parlotear. Les contó una infinidad de chismes sobre los habitantes del pueblo, y Carla, que no conocía a nadie exceptuando a los señores Romero y a Rubén, intentó seguir el hilo de la conversación sin mucho éxito.

No podía parar de pensar en aquel beso que ella tanto había anhelado y que hacía escasos minutos le habían robado delante de sus narices. No salía de su turbación... ¿Cómo podía haber sido tan ingenua? Ahora se daba cuenta de que un chico tan atractivo, simpático y amable como Rubén estaría pillado desde hacía tiempo. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza, pero ahora entendía esa pasividad que tanto la había desesperado. Era tan atento y educado que había llegado a crearse falsas ilusiones. Qué estúpida había sido, pensó con frustración con la voz de Teresa de fondo.

El resto de la tarde pasó volando entre chapuzones y chismes. Carla decidió dejar sus penas a un lado y disfrutar de las pocas horas de luz que les regalaba el sol, y para cuando se quiso dar cuenta, se encontraban todos de vuelta a casa. Se despidieron en la entrada del pueblo y se separaron por diferentes callejuelas, cada uno de ellos hacia su respectivo hogar.

—¿Qué tal te lo has pasado? —le preguntó Rubén colocándose a su lado.

—Bien, muy bien, ha sido muy divertido. Gracias por la invitación.

—No tienes por qué dármelas. Les has caído muy bien a todos. Están encantados de que hayas venido y yo también —añadió el muchacho con una

agradable sonrisa.

—¡Rubén! ¿Vamos o qué? —dijo Elisa, algo más adelantada que ellos.

—Sí, sí, voy. Nos vemos mañana —se despidió él guiñándole un ojo antes de echar a correr para alcanzar a Elisa.

CAPÍTULO 4

Septiembre llegó sin avisar, manteniendo el buen tiempo y obsequiando con una porción extra de delicioso verano. El calor suavizaba hasta el carácter más agrio y el ambiente que se respiraba era amable. Carla se encontraba mejor que nunca: había superado su absurdo y efímero antojo por Rubén y se sentía feliz. «Siempre es reconfortante ganar las batallas que se luchan contra uno mismo», escuchó decir en una ocasión. No recordaba quién había sido, pero razón no le faltaba.

Seguía mandando correspondencia a sus padres, contándoles los avances en la granja y cuáles eran sus planes, pero no obtenía respuesta. Ella no desistía, pero era cierto que sus cartas cada vez eran más espaciadas en el tiempo y se iba reduciendo su tamaño.

Por otro lado, la pareja de ancianos había hablado con la joven, manifestándole el deseo de que siguiera trabajando para ellos una vez finalizara septiembre, y la muchacha no dudó ni siquiera un instante en aceptar. Mientras tanto, en la granja las labores no cesaban y no había descanso ni para los jornaleros ni para los señores Romero.

—Hoy nos espera un día complicado, muchachos —anunció Esteban a los dos jóvenes, que estaban desgranando mazorcas—. Mariola debe parir hoy, de lo contrario corremos el riesgo de que el ternero nazca muerto. Necesito que me ayudéis.

—¿Y qué sucede con Ricardo, el veterinario? —preguntó Rubén.

—No va a poder venir, ha tenido que ir a otro pueblo para atender a una yegua, así que tendremos que hacerlo nosotros. En cuanto acabéis con esas mazorcas, nos pondremos a ello —informó el anciano.

Terminaron de desgranar las mazorcas en silencio y se encaminaron hacia el establo. Fuera Esteban acomodaba una polea en una viga de madera que había junto a la entrada. Una vez se aseguró de que estaba bien sujeta, insertó una gruesa soga en ella.

—Carla, trae a Mariola.

La muchacha obedeció y salió en busca de la vaca. Si estas ya de por sí eran animales grandes, ver una preñada no dejaba indiferente a nadie: tenía la tripa muy gorda, tanto como la rueda de un remolque. Le quitó la cadena que

rodeaba el cuello y en su lugar la ató con una cuerda para dirigirla hasta el improvisado paritorio. La vaca siguió a la muchacha con pasos mansos pero firmes. En cambio, Carla se sentía intranquila. En una ocasión había sido testigo del parto de una gata, pero nada tenía que ver con aquello.

Ambas salieron del establo: primero Carla y después Mariola. La muchacha ató al animal a una segunda viga enfrente de la otra, donde se encontraba la polea, siguiendo las órdenes del anciano. Esteban hizo que Mariola se echara en el suelo y con otra cuerda, que rodeó bien fuerte a los cuernos, ató el extremo sobrante también a la segunda viga. De esta manera la vaca quedaba inmovilizaba por la cabeza y evitaban que los embistiese en momentos de dolor intenso.

—Carla, quiero que te encargues de tranquilizar a Mariola y, si se complica la cosa o empieza a moverse mucho, la sujetas para que no se incorpore. Rubén, tú tendrás que tirar de la cuerda para facilitar la salida del ternero. ¿Entendido?

Tras dar las instrucciones pertinentes y cerciorarse de que ambos muchachos habían entendido su correspondiente cometido, se fue a casa sin decir nada. Carla y Rubén se miraban de vez en cuando intentando disimular la tensión que ambos sentían mientras acariciaban a Mariola con cariño. Después de lo que les pareció una eternidad, la pareja de ancianos volvió con un cazo con aceite.

—Hola, niños —los saludó cariñosamente la anciana.

El señor Romero se arrodilló detrás del animal y se remangó las mangas de su vieja camisa de rayas marrón.

—Bueno, vamos allá, chicos. Va a ser duro, pero es de las cosas más bonitas que vais a ver en vuestra vida —anunció el viejo mientras su mujer asentía y colocaba paja detrás de la vaca, creando un mullido colchón para el futuro becerro.

Esteban cogió algo de aceite y se untó el brazo derecho. Con esa misma mano, comenzó a masajear la rojiza vulva del animal y, lentamente, fue metiendo el brazo hasta tenerlo dentro por completo. Estuvo varios minutos palpando en el interior hasta que sacó el brazo.

—Rubén, acércame el extremo de la cuerda, por favor. La bolsa está rota, pero no está bien colocado —les informó el señor Romero dirigiendo la última frase a su mujer.

Rubén, que se encontraba al lado de Amanda, cogió el extremo de la cuerda y se lo acercó. Mientras tanto, el señor Romero hurgaba en el interior

del animal y, con algo de dificultad, consiguió sacar una de las patas del ternero. Con extrema cautela, amarró la cuerda a la pata.

—Está bien, Rubén; ahora, cuando yo te diga, comienzas a tirar poco a poco. ¿Entendido? —preguntó el viejo.

—Sí, sí. Entendido, entendido —contestó Rubén algo ansioso por los nervios mientras cogía el otro extremo de la cuerda.

—¡Ahora!

El muchacho comenzó a tirar sin prisa, mientras Esteban, con mucho cuidado, intentaba sacar la otra pata trasera. Mariola, que hasta entonces había estado bastante tranquila, comenzó a golpear la cabeza contra el suelo violentamente. A su lado, Carla, hecha un manojo de nervios, trataba de tranquilizarla hablándole y acariciándola.

—Venga, Mariola, no te queda nada. En menos de lo que canta un gallo tendrás a tu ternero y ya no sufrirás. Vamos, grandullona, nosotros estamos contigo —le susurraba.

Mariola siguió cabeceando mientras Rubén tiraba de la cuerda y Esteban trataba de sacar la segunda pata.

—Tira un poco más fuerte —indicó el señor Romero.

El muchacho comenzó a tirar con más fuerza, pero con la misma cautela para no dañar al animal. El anciano, que seguía con el brazo metido en la vagina del animal, comenzó a retirarlo y asomó una tímida pezuña en su mano. Tiró de ella mientras alentaba al joven para que no dejase de tensar y, tras unos desesperantes minutos de esfuerzo, consiguió sacar la segunda pata del ternero.

—Rubén, no queda nada. Lo tenemos. Sigue tirando —le animaba el viejo.

Mariola, que no había parado de dar cabezazos contra el suelo a pesar de los susurros y caricias de la joven, había logrado aflojar la cuerda que tenía anudada a sus astas y conseguido soltarse casi por completo. Carla, más pendiente del nacimiento de la cría que de la vaca en sí, no se percató hasta que el animal comenzó a incorporarse.

—¡Carla, sujeta a Mariola! —exclamó el señor Romero.

—¡La cuerda se ha soltado! —gritó ella intentando controlar a Mariola con la cuerda que rodeaba su cuello y que la unía aún a la viga.

La gorda vaca comenzó a mugir de manera muy estrepitosa y, una vez incorporada del todo, intentó huir al trote con las dos pequeñas patas de su cría asomando por la vagina. Rubén no pudo sujetar la cuerda de la polea; se

quemó las palmas de las manos en su empeño por no soltar. El señor Romero, que se había puesto en pie, intentaba sujetar a la vaca por los cuernos para intentar calmarla. No fue mucho tiempo, pero sí angustioso. La vaca no paraba de zarandearse de un lado para otro y la viga crujía como si en cualquier momento se fuese a partir por la mitad. Finalmente, Mariola se tranquilizó y, tras varios minutos de un mágico ritual entre pastor y animal, consiguió volver a echarla y atarla de nuevo a la viga con más fuerza.

—Niños, ya casi está, pero ella está sufriendo. Debemos hacerlo rápido. Carla, sé que es difícil, pero corremos el riesgo de que muera el ternero, así que vamos.

Amanda, que se había mantenido en segundo plano hasta entonces, se arrodilló como buenamente pudo junto a la muchacha para ayudarla a sujetar a Mariola. Esteban asintió mientras miraba a Rubén, y ambos comenzaron a tirar a la vez: uno de la cuerda, el otro de las patas. Lentamente, la pequeña criatura fue saliendo, primero la parte posterior: las patas traseras, las caderas, los lomos, su pequeño costillar...

—¡Vamos, chicos! ¡Último esfuerzo! —animó el señor Romero con la cara empapada en sudor.

Comenzó a salir la cabecita del animal y, después, las patas delanteras.

El ternero, junto a una multitud de mucosidades y sangre, cayó desde el interior de su madre al esponjoso colchón de paja improvisado de la señora Romero. Esteban, con un puñado de esa paja, limpió lo mejor que pudo al ternero además de quitar su propio olor del animal para que su madre no lo rechazara. Seguidamente, volvió a meter la mano en la vagina de la vaca y sacó, esa vez sin ningún tipo de dificultad, la placenta.

—Ha salido todo bien, gracias a Dios. Lo habéis hecho perfecto, chicos —les felicitó el señor Romero con el rostro colorado por el esfuerzo y decenas de gotas de sudor patinando sobre él.

Se incorporó y, con unas cariñosas palmadas en la cabeza de Mariola, la liberó de las cuerdas para que pudiera disfrutar de su pequeño retoño. La vaca, que se levantó con cierta dificultad, se acercó lentamente al ternero y comenzó a lamerlo como solo una madre puede lamer a su hijo.

—No me digas que no es bonito... —le dijo Amanda a Carla mientras le pasaba el brazo por la cintura.

—Es precioso —respondió ella emocionada mientras le caía una lágrima por la mejilla; no pudo evitar acordarse de su madre.

En aquel instante, el ternero, saciado de las ansiosas lengüetadas de su

madre enamorada, comenzó a incorporarse y, tras varios intentos fallidos, consiguió ponerse en pie. Dio algunos pasos sin mucha estabilidad y se cayó al suelo. Pero la cría, que no cesaba en su intento por caminar, volvió a incorporarse y, finalmente, lo consiguió. Fue directa a las ubres colgantes que tenía a su lado y, con la brusquedad y urgencia que la hambruna otorga, comenzó a mamar.

Todos los presentes se retiraron respetando aquella bonita estampa animal, excepto el señor Romero, que todavía debía examinar a la cría. Los muchachos acompañaron a la anciana hasta la puerta principal de la casa y, una vez comentados los detalles del espectáculo recién vivido, volvieron a sus respectivas labores con agradables sensaciones. Aquel día quedaría grabado en las retinas de la muchacha, y esa noche descansó realmente bien, satisfecha por la labor que estaba desempeñando en la granja, afortunada de tener la oportunidad de vivir experiencias como aquella. Mano a mano con la naturaleza, empezaba a despertar el sentimiento de amor y respeto que muchas veces había visto reflejado en la mirada de su padre cada vez que trabajaba las tierras.

—¿Voy preparando los biberones para los terneros y tú te encargas de soltar las gallinas y coger los huevos? —le pidió Carla a Rubén una mañana.

—Bien, como quieras.

—Me ha dicho el señor Romero que esta noche se celebra la fiesta en honor de san Benito.

—Es la mejor fiesta del pueblo, sin duda. Nadie se la pierde. ¿Irás?

—Sí, acompañaré a los señores Romero. Estoy deseando que caiga la noche para que empiece la verbena —contestó la muchacha sonriente.

Una vez finalizadas las labores del día, los muchachos se despidieron y acordaron verse más tarde en la plaza del pueblo, donde se celebraría la verbena. Carla se aseó, se cepilló el pelo y, tras recogerlo en un moño, se vistió con un bonito vestido que había pertenecido a la señora Romero en sus tiempos mozos y que había rescatado para la ocasión. Fue a la cocina donde la esperaban los ancianos, que la alabaron por lo bella que estaba, y los tres fueron hasta la plaza del pueblo a disfrutar de una noche alegre junto al resto de Trejón.

La plaza estaba abarrotada, con un gran escenario y un montón de casetas en las que se ofrecía vino, coñac, aguardiente y algunos bocadillos de jamón, chorizo y queso. Una churrería se encargaba de dar el toque dulce a la noche. Las muchachas, sentadas en los bancos de piedra que rodeaban la plaza,

esperaban de manera recatada a tener la suerte de ser escogidas por algún muchacho del pueblo para bailar.

Con una grata sensación de alegría que parecía haber contagiado a todo Trejón, escucharon varias cantinelas, e incluso los señores Romero llegaron a bailar alguna que otra tonadilla con un ritmo excelente para sorpresa de Carla, mientras comentaban que no recordaban haber escuchado nunca una orquesta tan buena como la de esa noche.

Tras una última canción bailada por los ancianos, los tres decidieron acercarse a una de las casetas y pidieron unos vinos.

—¡Por san Benito! —brindó el anciano alzando la voz para poder ser oído entre el griterío mientras levantaba su vaso.

—¡Por san Benito! —exclamaron las mujeres, que brindaron y tomaron un sorbo de vino.

En ese momento apareció Rubén acompañado por sus padres.

—¡Buenas noches, señores Romero! —saludó el padre del joven ofreciéndole la mano a Esteban y haciendo una breve inclinación de cabeza hacia su esposa.

—Buenas noches, Nicolás, ¿qué queréis tomar? Aprovecha, que estoy de ronda... —contestó el anciano estrechándole la mano.

Los adultos comenzaron a charlar entre risas y vinos, ya que era un trato familiar el que mantenían desde que Rubén trabajaba para ellos desde hacía ya años. Los muchachos aprovecharon para desaparecer e ir junto al resto de amigos. Allí estaban las chicas con los que Carla había coincidido en alguna ocasión: Teresa, Olga y Elisa, entre muchos otros jóvenes. Todos bailaban, brincaban y gritaban sin parar de disfrutar del ambiente que se vivía en la fiesta. La noche era joven y la gente se divertía, los niños correteaban por el medio de la plaza, los mayores charlaban y en las casetas trabajaban a destajo para abastecer de comida y bebida —sobre todo de bebida— a unos vecinos desinhibidos por el exceso de alcohol.

—Estoy agotada, ¿te apetece tomar un vino? —le gritó Carla a Rubén al oído después de un buen rato bailando.

—Vale, vamos, invito yo.

Bebieron y hablaron entre risas y confesiones y la noche fue pasando sobre sus cabezas con la música retumbando en la plaza y los vecinos del pueblo bailando alrededor.

—¿Qué hay de Elisa? No has bailado ni una sola vez con ella. Ni siquiera os he visto dirigiros la palabra...

—Ya no estamos juntos. Me equivoqué con ella, su mundo es muy diferente al mío y no me entiende.

—¿A qué te refieres?

—Ella es una chica que ha nacido en una casa en la que el hambre y la necesidad nunca han pasado por allí. Yo, en cambio, empecé a trabajar para ayudar a mis padres porque no nos llegaba con lo que ellos ganaban. Gracias a Dios que conocí a Esteban y me dejo trabajar para él, porque si no... No he podido ir al colegio, no sé leer ni escribir, y en ocasiones Elisa me hacía sentir inferior con sus comentarios sarcásticos. Ella no es consciente de que el azar es el responsable de repartir la suerte a cada una de las personas de la Tierra, a mí me ha tocado vivir de esta manera y no soy menos por ello. No era feliz, así de simple.

—Lo siento —afirmó Carla conmocionada por la repentina confesión de Rubén.

Siguieron hablando y bebiendo y las horas volaron sin que ninguno de los dos se percatara.

—Creo que por hoy es suficiente —dijo Rubén rechazando una copa de aguardiente que le ofrecía una Carla torpe a consecuencia del alcohol.

—Puede que tengas razón —contestó ella tomándosela de un trago y dejando el vaso con demasiada fuerza sobre la barra de la caseta—. Será mejor que me vaya a dormir, me encuentro un poco mareada...

—Anda, vamos, te acompañaré, hemos bebido demasiado. Verás mañana... —respondió Rubén cogiéndola del brazo y comenzando a caminar.

Recorrieron las calles entre trompicones y bostezos con la música de fondo cada vez más lejana hasta llegar a casa de los señores Romero.

—Gracias por acompañarme, la verdad es que eres un cielo —le dijo Carla con una sonrisa bobalicona, apoyada contra la puerta de la casa.

Rubén se quedó mirándola fijamente durante un instante.

—Tú sí que eres un cielo.

Y cogiéndola por la cintura, posó un tierno beso en sus labios. Carla sintió como un intenso calor empezó a subirle por el pecho mientras su cuerpo se estremecía y, sin poder evitarlo, vomitó a los pies de Rubén.

—Lo... lo siento... —susurró Carla volviendo a incorporarse.

—Anda, vamos, vete a la cama, ya me encargo yo de recoger esto.

Y, despidiéndose con un hosco «hasta mañana», Carla entró con torpeza en la casa.

CAPÍTULO 5

Aquel beso fue el primero de muchos otros que llegarían con el tiempo. El amor entre ellos no tardó en nacer, reflejado en tiernas caricias y besos robados en los momentos menos esperados. Cuando creían que nadie los veía, entre los fardos de paja al fondo del almacén, los largos dedos del muchacho aprovechaban para dibujar formas inconcretas en sus finos hombros mientras la devoraba con la mirada y ella se derretía en irresistibles sonrisas. Se podía observar en el brillo de los ojos de ambos la ilusión de un nuevo amor y la pasión que los movía. Se querían y cualquiera que no estuviese ciego era capaz de verlo. Reían mientras se miraban con deseo y se abrazaban en cuanto tenían ocasión. Ella le retiraba el rebelde flequillo de la cara con ternura mientras él le sonreía. Él le acariciara la mejilla con cariño y ella ladeaba la cabeza hacia su mano buscando el calor de su contacto. Todas las muchachas de Trejón querían ser Carla y todos los mozos del pueblo deseaban ser Rubén. Tan intenso era lo que la muchacha sentía que, por momentos, se sentía estallar de felicidad. Y el amor que Rubén le profesaba no se quedaba atrás. Estaban enamorados y parecían estar hechos el uno para el otro.

Una tarde de domingo, después de que Carla ayudara a Amanda con los bajos de varios pantalones de su marido, los muchachos decidieron ir a pasear por las afueras del pueblo antes de que anocheciera.

—Vamos, te mostraré uno de los lugares más bonitos del pueblo.

Caminaron por la senda principal por la que unas semanas antes Carla había llegado hasta Trejón. Cuando llegaron al linde de un bosque, Rubén se salió del camino, se internaron entre los pinos y anduvieron entre los helechos que flanqueaban el paso con sus verdes hojas. La llevó hasta un claro en el que una campa llena de diminutas flores blancas invitaba a descansar. Junto a esta, un estrecho riachuelo de poca profundidad y agua cristalina incitaba a refrescarse los pies.

—¿Qué te parece?

—Este lugar es precioso —dijo Carla cautivada por el hermoso paisaje.

Rubén se acercó a ella y, cogiéndola suavemente por la cintura, la atrajo hacia sí; ambos quedaron el uno junto al otro.

—Como tú —le respondió justo antes de besarla.

Y se besaron lentamente. Disfrutando de tenerse, acariciándose despacio, sin ninguna prisa, como si el tiempo no pasase.

—Te quiero —le susurró Rubén al oído.

Y volvieron a besarse, pero a esos dulces besos les empezó a entrar la prisa, y como si el mundo fuese a llegar a su fin en cualquier momento, empezaron a devorarse el uno al otro, sin miramientos, con ansia, con los pulsos acelerados y las manos buscando rincones prohibidos. Y se desnudaron muy rápido y las prendas fueron quitadas casi con violencia para que dejaran de estorbar y por fin encontrarse en dos cuerpos puros, que mediante movimientos rítmicos y respiración agitada se fundieron en solo uno.

***

Los días corrían y Carla iba encontrando estabilidad en su nueva vida. Las cosas no le iban mal: tenía un buen trabajo y los señores Romero la querían y cuidaban como a una hija. A su vez, el amor que estaba viviendo con Rubén parecía sacado de una novela romántica y en el que todo se mostraba perfecto.

—Se te ve muy feliz con Rubén, chiquilla. Es el mejor muchacho del pueblo, sin duda —le soltó un día el señor Romero cuando se disponía a ordeñar a una de las vacas.

—La verdad es que sí, soy muy feliz —contestó ella sentándose al lado y colocando un cubo debajo de las ubres de otra vaca.

—Me alegro, pequeña, nada nos hace más felices a Amanda y a mí que ver cómo va evaporándose la tristeza de tu linda mirada.

—Gracias, señor Romero. Rubén piensa que ya es hora de que conozca a su familia, cualquier día de estos me invitará a comer a su casa —dijo Carla ruborizándose un poco mientras estrujaba las ubres de arriba abajo con delicadeza.

—Pues deja que te haga una advertencia: debes tener cuidado con la madre de Rubén. Se llama Manuela y no es una mala mujer, pero sí muy posesiva con su hijo. Siempre se la ha criticado en el pueblo por ello. Digamos que le cuesta compartir a su hijo con los demás, para que me entiendas —afirmó el anciano mirando por debajo de la vaca a Carla.

—¿De veras? Me cuesta creerlo, la verdad. La vi la noche de san Benito y me pareció una mujer muy agradable...

—Y lo es, una cosa no quita la otra. Pero te aseguro que no os quitó ojo de encima en toda la noche.

—¿Y por qué es así? Yo jamás le acarrearía problemas a la madre de Rubén... ¡Al contrario! Yo quiero a su hijo y, por lo tanto, quiero lo mejor para él. En realidad las dos queremos lo mismo, ¿no? —explicó la muchacha dejando de ordeñar.

—Hay personas a las que les cuesta comprender que llega un día en que sus polluelos crecen lo suficiente como para abandonar el nido, para emprender su propia vida y formar una familia. Rubén está preparado para abandonar ese nido y tú vas a formar parte de su nueva vida. Ella te verá como una amenaza; por ello, deberás ganarte su confianza.

—Eso es absurdo. Ya verá, cuando me conozca no tendremos ningún tipo de problema entre nosotras. Aceptará nuestra relación y seremos todos muy felices. Estoy segura.

—No seas tan ingenua, Carla. La vida a tu edad se ve muy fácil. Todos conviven en felicidad y nadie riñe con nadie, pero cuando crezcas y te conviertas en adulta te darás cuenta de que la maldad pasea por las calles disfrazada de cualquier persona con la que te puedas topar. Ándate con cuidado.

—Está bien. Lo tendré en cuenta —respondió la joven en voz baja mientras reflexionaba sobre la advertencia del anciano.

Ella en varias ocasiones ya se había topado con la maldad disfrazada de hija de alcalde. Elena... cómo la odiaba. Por su culpa ella estaba lejos de su familia, jamás se lo perdonaría.

—Señor Romero, he terminado de recoger las patatas, las llevaré a la cocina para lavarlas —anunció Rubén desde la puerta del establo con una enorme caja de madera con patatas sucias de tierra mientras le guiñaba un ojo a Carla.

—De acuerdo, Rubén, cuando termines ayúdanos a llenar las lecheras —contestó Esteban a la vez que se levantaba con el cubo lleno de deliciosa leche fresca lista para hervir.

Acabaron de ordeñar las vacas y esperaron al carromato que se llevaría las lecheras para venderlas en el mercado al día siguiente. De esa leche reservaron ocho biberones para dárselos a los terneros, dos para cada uno. Además, se ocuparon de recoger los huevos que quedaban a los pies de las jaulas. Una vez terminada la jornada, Rubén se despidió de ellos y se marchó por el camino pedregoso en dirección a su casa. Carla y los señores Romero cenaron en el comedor. La muchacha estuvo más callada de lo normal.

—¿Estás cansada, pequeña? —le comentó cariñosamente Amanda

acariciándole el cabello.

—Sí, bueno, no... No es eso. Estoy dándole vueltas a lo que me ha comentado hoy el señor Romero.

—¿Qué le has dicho? —preguntó agitada la anciana clavándole una intensa mirada a su marido.

—Nada, mujer. Le advertí sobre Manuela, solo eso. Oye, Carla, olvida lo que te dije, ¿quieres? Es una tontería. Tú sé como eres y ya está.

—Así que de eso se trata... Pequeña, Manuela te aceptará, no te preocupes. Eres una muchacha buena y trabajadora. Manuela no es mala, es solo que le cuesta desprenderse de su hijo. Y yo en parte la entiendo. Duele ver que os hacéis mayores y darse cuenta de que cada vez necesitáis menos de nosotros. Tú eres un encanto, dale tiempo para que asimile la situación y ya verás, todo será coser y cantar, cariño.

—Gracias, señora Romero, me quedo más tranquila, la verdad.

—Jamás hagas caso a un hombre, son unos exagerados. Esteban cuando se resfría siempre dice que se va a morir y que no soporta los dolores. Se pasa esos dos días lloriqueando lastimeramente para que le haga caso. Terribles sufrimientos al borde de la muerte, según él. ¡Con un simple resfriado! —Todos se echaron a reír.

Terminaron de cenar y recogieron los cacharros para irse a descansar y así estar preparados para un nueva e intensa jornada. Carla se despidió de la pareja dándole un beso a cada uno y se fue a su habitación. Se desnudó y cayó rendida en la cama, en la que no tardó en quedarse dormida.

Soñó que la maldad cambiaba de disfraz, que dejaba la apariencia de la hija del alcalde y se disfrazaba de Manuela para atormentarla a cada momento. La perseguía por las calles de Trejón con una toga negra con capucha que le ocultaba gran parte del rostro. Carla se esforzaba por andar con rapidez, pero la maldad parecía tener patas de liebre y la alcanzaba siempre. La muchacha, después de horas corriendo por el pueblo, consiguió perderla de vista. Paró en mitad de la calle con la respiración agitada y se apoyó contra una de las paredes de la iglesia, cerca de la plaza con dos majestuosas cigüeñas y un gran nido por tocado. De repente, una voz de ultratumba la asustó: «Ya te tengo, eres mía...», le susurró la maldad al oído.

La muchacha despertó en mitad de la noche y se incorporó de golpe con la frente empapada.

—Solo ha sido un sueño... —trató de tranquilizarse mientras se quitaba el sudor con la manga del camisón.

Se levantó con el corazón acelerado y fue hasta la ventana para respirar algo de aire fresco. El cielo estaba oscuro y no se veía la luz de la luna por ningún lado. Intentó volver a conciliar el sueño una vez estuvo más calmada, pero no lo consiguió y pasó el resto de la velada echada en la cama escuchando distraída un interminable concierto de grillos.

—¿Qué te ocurre? Tienes mal aspecto... —le preguntó al día siguiente Rubén acariciándole la barbilla.

—Esta noche no he descansando. Estoy nerviosa por la comida.

—No seas boba, les caerás genial, estoy seguro. Aunque debo reconocer que yo también estoy algo nervioso. Es un paso muy importante para mí. He conocido a muchas chicas, pero ninguna como tú.

—Seguro que eso se lo has dicho a todas las chicas con las que has estado...

—Pues sí, me has pillado —contestó encogiéndose de hombros.

—¡Idiota! —le chilló Carla mientras se echaba en sus brazos.

—Haremos la comida la semana que viene, hablaré hoy con ellos. Al fin y al cabo, saben cosas por los rumores del pueblo, pero yo todavía no les he contado nada.

—¿Y qué les dirás de mí?

—Pues que eres muy fea, que te intentas escaquear siempre del trabajo, que remoloneas a todas horas y que no te soporto —sentenció con seriedad.

—Qué gracioso eres... —dijo la muchacha resignada con una sonrisa mientras se dirigía al establo, dejándolo atrás—. ¡Vamos, tenemos mucho trabajo que hacer!

Rubén corrió tras Carla y, cuando la alcanzó, le palmeó suavemente el trasero. Entraron juntos al establo y fueron en busca del señor Romero, que se encontraba atareado dando de comer a los conejos.

—Debéis llevar las vacas a pastar al prado de las afueras del pueblo, siguiendo el camino de las encinas. Id los dos, tenedlas tres horas y traedlas de vuelta. Debo arreglar unos asuntos de los conejos con un forastero y no sé a qué hora llegará. Tomad algo de queso y pan y una bota de vino para que os refresquéis —les dijo mientras le propinaba una palmada en la espalda a Rubén.

—Gracias, señor Romero —contestaron al unísono los muchachos con una infinita sonrisa.

Y tras soltar una a una a las vacas de sus respectivas cadenas que rodeaban su cuello para que no se escapasen, las fueron dirigiendo a golpe de vara lentamente hacia el camino de las encinas. El recorrido fue sencillo, ya que los

animales llevaban años recorriendo aquella senda y no hubo incidentes. Cuando una de las vacas se desviaba hacia las zanjas para intentar alcanzar la hierba de los prados colindantes, el gran mastín la llevaba de nuevo al camino con ladridos y gruñidos.

Una vez llegaron al prado del señor Romero, y tras retirar la alambrada que les cerraba el paso, las vacas se dispersaron por toda la pradera pastando a sus anchas. Rubén volvió a colocar la alambrada en su sitio, le dio la mano a Carla y ambos fueron a refugiarse del solano a la sombra de una gran encina.

—Bueno, Carla, ¿cuándo tendré el honor de conocer a tus padres?

—No lo sé, algún día... —dijo ella intentando evadir la pregunta.

—¿Qué te ocurrió? Siempre que saco el tema de tus padres evitas hablar de ellos... ¿Qué mal te han hecho para que ni siquiera los menciones?

—No me han hecho nada malo, Rubén. Es solo que me duele recordar el pasado y prefiero obviarlo. Pensar en mis padres me entristece el alma, porque me encantaría estar con ellos y que nada hubiese pasado... —lamentó Carla, mirando al horizonte.

Rubén, que se encontraba tendido boca arriba con la cabeza sobre las piernas de la muchacha, se incorporó, se sentó frente a ella y, mientras le cogía las manos, le dijo:

—Que sepas que puedes contar conmigo, ¿de acuerdo? Yo te quiero y quiero que seas feliz. Y si te puedo ayudar en cualquier cosa, no voy a dudar ni un instante en ayudarte, pero también necesito que confíes en mí. Anda, cuéntame eso que te pone tan triste...

Y Carla contó su relato al joven, que escuchaba atentamente y que solo la interrumpía para maldecir o aportar improperios hacia la familia Beltrán.

—Pero ¿cómo es posible que viváis así? —preguntó Rubén indignado sin dar crédito a lo que había escuchado.

—Al final, es un pueblo muy pequeño; bueno, más bien es una aldea, y para cosas importantes dependemos de Algarte, que está muy cerquita de Cadesta. Un día se celebró una reunión clandestina a la que asistieron las personas más influyentes de Algarte, entre ellos el alguacil, y, cómo no, Miguel. Nadie sabe lo que ocurrió en aquella asamblea. Los cuchicheos que esos días recorrieron las calles decían que Miguel había desembolsado una gran fortuna para poder hacerse con el poder de Cadesta y manejar a los vecinos a su antojo. Hubo quienes llegaron a insinuar que en esa reunión se llegó a amenazar de manera violenta a las personas que se opusieron. Al final, lo único que supimos con toda seguridad fue que a partir de ese día la ley y la justicia

dependían del alcalde. Y, como puedes imaginar, la justicia brilló por su ausencia y las leyes no se cumplieron desde ese momento.

—¿Y nadie fue a Algarte a indagar? Alguien debía saber algo u os podrían haber ayudado...

—Han sido muchas las injusticias que se han cometido en Cadesta. Al principio las familias se desplazaban hasta Algarte para reclamar, pero no servía de nada. Las súplicas caían en saco roto y con el tiempo la gente fue aceptando la nueva situación con resignación. Cuando hay algún contratiempo que resolver, se convoca una junta de vecinos a la que acuden varias personas en representación del pueblo, para llegar a algún acuerdo y así solucionar el problema, pero en el fondo es absurdo, ya que, aunque los vecinos intenten favorecer a la familia afectada, la última palabra siempre siempre siempre la tiene Miguel.

CAPÍTULO 6

Esa tarde, unas cuantas nubes oscuras e irritadas que pasaron de visita por Cadesta repartieron con determinación cada gota de agua que poseían, asegurando que ningún remoto rincón por pequeño que fuese quedara libre de empaparse. Y esto incluyó a Juan, el padre de Carla, que se hallaba tirado en el suelo, como muestra de despojo humano, a escasos metros de su casa.

—Cada día das más pena, Juan. Haz el favor de levantarte e irte a tu casa. ¡Haces daño a la vista! —dijo Miguel con sorna, cubierto con un paraguas mientras le daba un pequeño puntapié en el costado.

Un murmullo incomprensible salió de la boca de Juan mientras intentaba incorporarse colocándose a cuatro patas. El padre de Elena disfrutaba del espectáculo, riendo a carcajadas sin ofrecer ningún tipo de ayuda al lamentable borracho, que se encontraba inmerso en una lucha titánica para que sus brazos y piernas se sometieran a las órdenes de erguirse y caminar. Carmen, la mujer más longeva del pueblo, que vivía al lado de Juan, estaba siendo testigo de la escena observando por la ventana y decidió intervenir. Se colocó un chal que le cubría parte de la cabeza y salió todo lo rápido que sus piernas le permitieron para ir a socorrer a su vecino.

—No entiendo cómo puede haber tanta maldad dentro de un ser —comentó Carmen con escozor, ayudando al hombre a levantarse.

—No se imagina cuánta —contestó Miguel haciendo una breve reverencia justo antes de seguir su trayecto.

—Vamos, Juan, vayamos a casa.

Rodeando la cintura del hombre con el brazo, ambos caminaron lentamente bajo la incesante lluvia hasta casa de la anciana.

Uno de los jornaleros, que se encontraba en la cocina desollando al que sería el protagonista de un sabroso estofado cocinado a fuego lento con tomillo y laurel, fue a auxiliarles en cuanto los vio entrar en la estancia.

—Ayúdame, Martín, hijo. Quítale estos harapos sucios y malolientes y saca ropa limpia de mi querido Antonio, que está en el armario de mi dormitorio. Le ayudas a ponérsela y le acuestas en el cuarto pequeño. Ya sigo yo con el conejo —afirmó dirigiéndose a su jornalero.

—No se preocupe, Carmen, yo me hago cargo. Vamos, señor Almazán —

dijo Martín mientras sostenía a Juan sin esfuerzo—. Acompáñeme por aquí.

Martín condujo a Juan con cautela para que no se golpeara con ninguno de los muebles hasta el cuarto pequeño, y tras coger algo de ropa del difunto marido de Carmen, le ayudó a cambiarse. Una vez vestido con ropas secas, Martín deshizo la cama y con sumo cuidado le ayudó a introducirse en ella. Juan, borracho de alcohol y de penas, se dejó hacer y deshacer, y una vez metido en la cama, quedó en un estado de semiinconsciencia que le duró hasta la mañana siguiente.

Ya era tarde cuando Juan despertó y, aturdido, escrutando cada detalle de aquel dormitorio que no reconoció como suyo, se levantó. Tras abrir la pequeña ventana que daba al camino principal y avistar su casa desde allí, cayó en la cuenta de dónde se encontraba. Se dirigió hasta la cocina con una gran vergüenza que además iba en aumento a medida que se acercaba. Allí estaban Carmen y Martín sentados a la mesa tratando asuntos bovinos y realizando un sinfín de números y cuentas que a la anciana cada día que pasaba más le costaba comprender.

—Y por eso, si vendemos quince ovejas, seguiría siendo factible... —comentaba Martín mientras hacía cuentas en un papel que le mostraba a Carmen.

—¡Ay, Martín! Explícamelo de nuevo, pero más despacio... —se angustiaba Carmen observando el papel que tenía delante sin entender las operaciones de su jornalero.

Martín se percató de la presencia del hombre frente a ellos: enjuto, con una palidez extrema y marcadas ojeras violáceas, escoltado por el dolor y la tristeza, que siempre iban un paso tras él desde que había perdido a su mujer y a su hija.

—Buenos días, señor Almazán, ¿cómo se encuentra? —le saludó Martín desplazando el lápiz y el papel hacia un lado de la mesa.

—Bien. Quería agradeceros la ayuda que me brindasteis anoche. En fin, que gracias. Ahora debo irme a casa, tengo mucho trabajo atrasado que hacer... —se excusó dando media vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

—Espera un poco, Juan, me gustaría hablar contigo.

—Lo siento, Carmen, pero no me apetece. No me encuentro con fuerzas y debo ir a trabajar.

—¡Juan! Ayer te recogí de la calle tirado, borracho y empapado, y te traje a mi casa donde te cambiamos de ropa y te dimos un lugar para descansar. Sin hacer mención de los muchos días que algunos vecinos y yo hemos ido a dar

de comer a tus animales y a regar tus lechugas y tomates. ¿Nunca te has parado a pensar cómo es posible que esos pobres bichos sigan vivos después de varias semanas sin alimentarlos? Solo te estoy pidiendo un minuto de tu tiempo —afirmó la anciana con el semblante muy serio y voz autoritaria.

Juan se sentó a la derecha de la vieja mientras que Martín, que estaba al otro lado de esta, se excusó alegando que tenía labores pendientes y, tras coger el lápiz y el papel de la mesa, abandonó la cocina. Juan y Carmen quedaron a solas en la estancia y durante unos minutos ninguno de los dos habló. Carmen quería escuchar a Juan: ¿qué le pasaba por la cabeza? ¿Qué sentía? ¿Por qué no luchaba? Juan, en cambio, no quería compartir su dolor, no quería admitir que se sentía derrotado y no se atrevía a confesar que ya no tenía fuerzas para luchar.

—Juan, entiendo que debes sentir mucho dolor al haber perdido a Carla y a Julia, pero no puedes seguir así. Carla volverá algún día y a Julia tarde o temprano la acabarán soltando. Y cuando eso suceda, ellas te necesitarán y tú deberás estar ahí para cuidarlas... —comentó Carmen rompiendo el silencio.

—No puedo, Carmen, no puedo... —susurró Juan con mil lágrimas amontonadas esperando a salir en unos ojos rojos de mirada deshabitada.

—Claro que puedes, Juan. Siempre has sido un hombre trabajador, buen marido y mejor padre. Por favor, lucha por ellas. ¡Yo te ayudaré! Y muchos de nuestros vecinos también están dispuestos a echarte una mano, pero debes poner de tu parte.

—¿Sabes que todos los días desde que se llevaron a Julia he intentado verla? No ha habido un solo día en el que no haya caminado hasta Algarte para poder estar con ella aunque solo fuesen cinco minutos; para poder tocarla, besarla, saber cómo se encuentra, aunque solo fuese escuchar su voz... Y no ha habido un solo día que me hayan dejado ni siquiera acercarme a los calabozos... «Órdenes de Miguel», me dicen siempre. ¿Tú sabes lo que es saber que tu mujer está al otro lado de la pared que tienes delante, encerrada en una fría y mugrienta celda, y que por culpa de un cabrón de mierda no pueda ni verla? No sé si pasa frío, no sé si tiene hambre, no sé si tiene sed, no sé si tiene miedo, no sé nada, Carmen, nada. Y que por culpa de ese cabrón mi niña ha tenido que huir de aquí injustamente como una criminal con tan solo dieciséis años. ¡Joder!, es una niña con el peso de una muerte sobre sus hombros vaya donde vaya, con tan solo dieciséis años. Tampoco sé nada de ella. No sé dónde está, cómo está, si está bien, si está mal... No sé nada de ella. ¡Nada! De mi niña pequeña, de lo más importante que tengo en mi vida. Y todo por un

desgraciado que no me permite estar con mi familia por simple diversión. No te puedes llegar a imaginar cómo me siento..., así que, Carmen, te agradezco muchísimo el hecho de que me hayas ayudado, pero eso no te da derecho a decirme qué es lo que debo hacer. No te atrevas a juzgarme porque no tienes ni idea —sentenció Juan con amargura levantándose de la silla dispuesto a marcharse.

—Perdóname, Juan, solo quiero ayudarte.

—Gracias una vez más, Carmen, pero la charla termina aquí. Buenos días —concluyó Juan levantándose y saliendo de la cocina.

Escuchó un encogido «buenos días» desde la cocina justo antes de cerrar la gran puerta de roble de la casa de la vieja y se fue a su pequeña morada. Martín, que había estado en la estancia de al lado durante la conversación, volvió a la cocina, se sentó de nuevo en el mismo sitio y reanudó las cuentas que habían iniciado esa mañana.

—Nos has escuchado, ¿verdad? —preguntó Carmen a su jornalero.

—Sí, todo —se sinceró el otro volviendo a apartar el papel y el lapicero.

—Pobre hombre. Tenemos que ayudarle. Le conozco de toda la vida y le he visto crecer, ¿sabes? Juan era un hombre feliz, siempre estaba contento. Jamás negaba una sonrisa cuando la gente se lo encontraba. Y cuando nació su hija..., ahí sí que fue el hombre más feliz del mundo. Fueron dichosos con el nacimiento de la pequeña Carla. Y de la noche a la mañana las ha perdido a las dos. Me parte el corazón verle así. No se merece lo que le está pasando. Él no, Martín... él no... —hablaba la anciana más para ella que para el propio Martín.

—Deberíais hablar con Miguel y hacerle entrar en razón. Algún día tendrá que ceder...

—¡Ay, Martín, hijo! Cómo se nota que no eres del pueblo. De nada sirve hablar con ese canalla. Es como hacerlo con una pared. Es malo y cruel y no le importa el dolor que pueda causar a los demás. Bueno, sí que le importa, disfruta haciendo daño a la gente. Cuantas más desgracias provoca, más satisfacción siente.

—Pero no perdéis nada reuniéndoos con él... El no ya lo tenéis y la unión hace la fuerza, ¿no? Deberíais meterle presión uniéndoos todos. De lo contrario, nunca volveréis a tener paz en Cadesta —replicó Martín.

—Hijo, qué orgullosa tiene que estar tu madre de ti. Eres tan sensato para tu edad... No pierdas nunca la esencia de ese espíritu tan luchador. Te será necesario para sobrevivir en esta vida que a veces se complica sin que podamos

hacer nada para remediarlo... —contestó Carmen mientras observaba a aquel joven de tez morena por las muchas horas trabajadas al sol.

Mientras tanto, Juan permanecía sentado a la mesa, en la sala de su casa, con la mirada fija en la pared y pensando en la conversación que acababa de mantener con Carmen. No le faltaba razón a la anciana. Cada noche llegaba en peor estado que el anterior, y apenas se hacía cargo de sus labores. Era cierto que ya no alimentaba a los animales, ni se preocupaba de recoger sus frutos, ni de regar sus hortalizas y verduras. Cada vez tenía menos dinero para sobrevivir y el poco que le quedaba lo malgastaba en tabernas en copas de aguardiente. No se reconocía, y lo peor de todo era que le daba igual. Sin Julia y Carla nada tenía sentido. Estaba cansado de esa situación, no soportaba no saber. Y estaba harto. Muy harto. La furia, que en ocasiones le visitaba cuando la tristeza y el dolor lo permitían, se presentó sin avisar con más autoridad que nunca y, controlándolo totalmente, le hizo levantarse con energía e ir hasta la cocina. Juntos revolvieron en el cajón de los cubiertos hasta que encontraron el cuchillo más grande que usaba Julia para despiezar animales.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —le dijo la furia a Juan—. ¡Ve y resuelve tus problemas!

La tristeza trató de disuadirles, pero la furia empujó con fuerza a esta haciendo que cayera a un lado contra la pared.

—¡Vamos, tenemos trabajo que hacer! —le insistió a Juan.

Y con paso decidido y cuchillo en mano, el hombre salió de casa.

CAPÍTULO 7

Se plantó delante de la puerta de la casa de Miguel en cuatro zancadas y comenzó a aporrearla con el mango del cuchillo mientras gritaba:

—¡Ábreme la puerta! ¡Estoy harto de ti! ¡Da la cara, hijo de puta! ¡No eres más que un maldito cobarde! ¡Sal y da la cara! —exigía fuera de sí dando golpes cada vez más fuertes.

Nadie parecía habitar en esos momentos la gran casa del alcalde, lo que enfadó más a Juan, que empezó a clavar el cuchillo una y otra vez en la puerta de madera para intentar derribarla.

Ante el espectáculo, los vecinos más próximos comenzaron a acercarse para ver qué es lo que estaba ocurriendo, pero nadie osó interrumpir a Juan, que en esos momentos parecía enloquecido. No cedía en su afán por destruir la puerta a base de cuchilladas, ciego de ira con el grito puesto en el cielo mientras mil ojos observaban en silencio. Con toda la fuerza posible, una y otra vez, clavaba el cuchillo, lo sacaba y lo volvía a clavar. Pero la furia, viendo que su empeño no estaba sirviendo para nada, se fue desvaneciendo lentamente dando el relevo a la tristeza y el dolor, que ayudaron a calmar a Juan. Dejó clavado el cuchillo en mitad de la puerta en señal de impotencia y cayó al suelo de rodillas mientras sollozaba y suplicaba a su vez:

—Por favor... por favor... por favor... —pedía con voz ronca mientras golpeaba de vez en cuando la puerta con uno de los puños, casi ya sin fuerzas —. Por favor... por favor..., dejadme ver a Julia..., por favor...

Los vecinos de los alrededores se fueron dispersando hacia sus respectivas casas dejando una lamentable estampa a sus espaldas: un hombre destrozado por la pena, postrado de rodillas ante la puerta de su torturador suplicando por una pizca de compasión.

Al otro lado, sin que nadie la viese, una mujer conmovida por el amor que aquel hombre profesaba a su mujer y a su hija se resistía a que las lágrimas floreciesen en sus ojos para después caer temerariamente por sus ardientes mejillas. Isabel, la mujer del alcalde, soportó estoicamente aquel festival de sufrimiento y dolor que había sido celebrado en la puerta de su casa y del que silenciosamente había sido testigo. Quitándose de un manotazo una lágrima rebelde, se colocó bien su vestido nuevo y se dirigió hacia la cocina con paso

firme.

Ni Elena ni Miguel se encontraban en ese momento en la casa, de lo cual se alegraba. No quería que supiesen que Juan se había arrastrado hasta allí suplicando piedad, ni que ella se había emocionado, derramando lágrimas de compasión. Era una mujer fuerte, segura de sí misma y cuyo único propósito en la vida era complacer a su marido y a su hija. Rondaba los cuarenta años y todavía mantenía la forma bonita de su cuerpo. Siempre disponía de vestidos nuevos y nunca faltaba un buen estofado sobre la mesa del comedor.

También era una mujer maltratada. Muchos de los días en los que su marido acudía a Algarte, este regresaba tarde y con aromas de mujer. El resto de días llegaba bebido con la mano suelta. Día tras día, Isabel padecía aquellas humillaciones en un absoluto mutismo sin hacer nada por impedirlo. Era el precio que debía pagar para poder disfrutar de una vida llena de riqueza y poder y poseer el merecido respeto de sus vecinos por ser la esposa del alcalde.

Isabel se sentó a la mesa abatida y, recolocándose de nuevo el vestido, apoyó los codos sujetándose la cabeza con las manos. Aquel percance le hizo reflexionar acerca de la vida que llevaba. Tenía dinero y poder, pero... ¿y qué? ¿De qué le servía? Nadie en el pueblo les quería, todos les esquivaban e incluso les temían. ¿De qué servía todo lo que poseía si no tenía con quien compartirlo?

Su familia se limitaba a un marido putero y maltratador y a una hija insolente que seguía fielmente los pasos de su padre. Isabel era el último eslabón de aquella familia en la que nadie se preocupaba por ella. En el fondo de su corazón, simplemente deseaba sentirse querida y respetada como Julia, pues a la vista estaba que su marido no podía vivir sin ella.

Empezó a recordar las tardes de verano jugando en la plaza del pueblo con sus amigas, entre ellas Julia, a sus padres haciéndole carantoñas cuando se lastimaba, a los besos efímeros con su primer amor de la infancia, a los dulces que le regalaban sus vecinos y los miles de invitaciones a merendar... Hasta que conoció a Miguel. Y poco a poco, con el paso del tiempo, su corazón se fue helando hasta convertirse en un trozo de piedra tan fuerte que era capaz de soportar cualquier tipo de sacudida que otro tipo de corazón no sería capaz de soportar. Se fue alejando de todos aquellos vecinos que, sin que ella lo supiese, la cuidaban y querían; con los que había bailado un sinfín de veces en las fiestas del pueblo y que habían mostrado preocupación ante cualquier mínimo problema que hubiese podido tener, siempre dispuestos a echar una mano.

Isabel se derrumbó sobre la mesa y comenzó a sollozar como hacía mucho

tiempo que no lo hacía. A lágrima viva y con la respiración entrecortada estuvo un buen rato lamentándose por su suerte mientras las súplicas de Juan se fueron alejando lentamente de su casa. Una vez la mujer logró tranquilizarse, comenzó a preparar la comida como cada día. Disponía de dos sirvientas a su cargo, aparte de los muchos jornaleros que tenía Miguel a su disposición, destinados a trabajar las tierras y cuidar los animales de la familia Beltrán, pero le gustaba hacer la comida a ella. Le relajaba y además lo hacía bien. Le gustaba sentir que tenía el control de algo aunque fuese tan básico como aquello.

Al mediodía, llegó Elena de la escuela con un hambre voraz, dispuesta a comerse a un cordero por las patas.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal el día en la escuela? —preguntó Isabel mientras le servía un buen plato de cocido.

—Bien. ¿Te has enterado de la llegada de la gitana a Cadesta? Verás en cuanto se entere padre como la echa de aquí de una patada en el culo —comentó la muchacha entre risas.

—¿Ah sí? No he oído nada. ¿Y qué hace aquí? —dijo Isabel con curiosidad.

—Echa la buenaventura a quien quiera oírla. Cuando consiga leer las líneas de las manos de las más estúpidas de Cadesta, se marchará al siguiente pueblo para seguir engañando a la gente —sentenció Elena entre cucharadas.

Isabel se quedó callada con la mente puesta en aquella señora que había aparecido en el pueblo. Tal vez podría visitarla sin que Miguel ni Elena se enterasen, y que la gitana le echase la buenaventura. Tenía curiosidad por saber cómo sería el resto de su vida, saber qué le tenía preparado el futuro... Total, no tenía nada que perder.

Decidió encaminarse hacia su pequeña aventura al atardecer, cuando Elena solía marcharse a Algarte junto a los pocos amigos que tenía. Respecto a su marido, no llegaría hasta el anochecer, como cada día; por lo tanto, no había de qué preocuparse. Lo que sí la inquietaba eran los cuchicheos que luego invadirían todo el pueblo, pero la curiosidad que sentía era aún mayor, así que en cuanto Elena abandonó la casa, Isabel comenzó a acicalarse para ir en busca de la gitana y saber qué le deparaba el porvenir. Se vistió con uno de sus elegantes vestidos negros, con un abanico a juego, y salió de la casa hacia la plaza.

No tardó en dar con la gitana, que estaba sentada a los pies de la entrada de la pequeña ermita, en uno de los peldaños que conducían al interior del

sagrado templo. Para fortuna de Isabel, nadie había por los alrededores de la plaza que pudiese verla, por lo que, sin dudarlo ni un segundo y acelerando el paso, se encaminó directa hacia la mujer. A medida que se acercaba a ella, fue percatándose de que se trataba de una anciana de pelo plateado que le llegaba hasta los riñones, amarrado con un trozo de cordel. Vestía ropas viejas, desgastadas y llenas de polvo de los caminos andados con unos pies desnudos pero curtidos. Su rostro moreno tenía un sinfín de arrugas y en su espalda se apreciaba una notable joroba, resultado de muchos años de labranza sin descanso. Cuando Isabel llegó a la par de la anciana, esta la miró y descubrió unos hermosos ojos grises bajo una acuosa capa cristalina de vejez.

—Buenas tardes, señora —saludó la anciana con una inclinación de cabeza.

—Buenas tardes —respondió Isabel con timidez.

—Vienes a que te lea las líneas de la mano, ¿me equivoco?

—No. Lo que pasa es que me gustaría que fuese algo más discreto. ¿Qué le parece si vamos a mi casa?

—Señora, soy ya muy mayor para estar moviéndome de un lado para otro porque a usted se le antoje...

—Por favor, no me gustaría que me viesen. La gente habla mucho. Ya sabe usted que en los pueblos...

—Le costará más.

—Está bien, pero vamos antes de que sea demasiado tarde y todo el mundo comience a cuchichear —la urgió Isabel.

La anciana gitana se levantó con un poco de dificultad y bastante parsimonia, y ambas fueron hasta la destrozada puerta de la casa del alcalde. Isabel no se sentía segura metiendo a aquella vieja en su casa, así que en el último momento decidió ir al establo donde normalmente descansaba el caballo junto al carromato. Si por lo que fuese Miguel o Elena aparecían por allí, le sería muy fácil engañarlos diciéndoles que estaba buscando algún trasto y, mientras, la gitana podría escabullirse sin ser vista. Se acomodaron en un lado del establo y se sentaron en unos fardos de paja.

—Acérquese y deme su mano —le ordenó la anciana mientras escudriñaba sus ojos.

Esta le tendió la mano derecha y en completo silencio dejó a la vieja gitana hacer su trabajo. Tras varios minutos en los que ninguna de las dos dijo nada, la anciana recorrió con su arrugado dedo la palma de la mano de un lado a otro. A su vez, sin poder evitarlo, Isabel se iba tensando en su sitio con

nerviosismo. Cuando hubo terminado, la anciana comenzó a hablar interpretando la lectura que había realizado de las líneas.

—Bien, querida. Su futuro no es muy prometedor si sigue por el camino de siempre. Leo infelicidad. Es hora de cambiar la senda por la que pasea cada día y encaminarse por otra nueva. Veo que tiene fortuna y poder, pero de nada le sirven. No le satisfacen. Veo que tiene una familia, pero no es como la que usted soñó. Si está dispuesta a cambiar, su suerte cambiará también con la ayuda del Señor. Todos anhelan lo que usted posee, pero teniéndolo todo, no puede sentirse más pobre. ¿Me equivoco?

—No... no... —dijo Isabel algo confundida y a su vez sorprendida por las palabras de la vieja.

—La felicidad que tanto anhela depende de usted. En el fondo sabe qué es lo que debe hacer. Solo falta decidirse.

—Disculpe mi atrevimiento, pero ¿cómo sabe todo esto? —preguntó asombrada Isabel.

—Querida, todo está en la palma de su mano... ¿Ve esta línea de aquí? ¿Ve que aquí hay una pequeña curvatura? Está en este momento de su vida y esta curva quiere decir que vienen cambios. Después... felicidad —explicó la gitana sonriendo mientras le mostraba la línea a una Isabel cada vez más fascinada. Y sacándose un ramillete de romero de debajo de los harapos que vestía, lo sacudió alrededor de Isabel mientras en susurros rezaba una plegaria a Dios.

—Señora, mi trabajo ha terminado, ahora le toca a usted —dijo la anciana tendiendo ella la mano esta vez.

Isabel pagó a la vieja gitana y la acompañó hasta la entrada del establo. Se aseguró de que nadie las viese, se despidió de ella y la vio partir en dirección al camino principal.

Isabel se quedó pensativa el resto del día dando vueltas a las palabras de la gitana. Estuvo por la tarde ordenando los vestidos de Elena que los criados habían lavado y secado al sol y preparó la cena. Después, aguardó a que llegara su hija para cenar con ella. Hablar con la vieja gitana le había dejado un poso de tranquilidad en el alma, pero, sobre todo, le había generado la convicción de que había llegado la hora de hacerse cargo de su propia felicidad. Y sabía por dónde debía comenzar.

En ese instante, Elena entró en la casa con el semblante serio y fue directa hasta donde se encontraba su madre.

—¿Has estado con la gitana? —preguntó clavando su mirada en los temerosos ojos de Isabel.

—¿Yo? Yo no he estado con nadie —contestó ella tratando de no desmoronarse ante su hija.

—¡Madre! Te han visto entrando en el establo con ella. ¡No seas ridícula y deja de mentir!

—Bueno..., la invité a tomar algo de agua. Verás, era muy mayor y estaba sedienta...

—¡Eres una estúpida! Todo el pueblo habla de nosotros. Primero lo de Juan. Y ahora mi madre solicitando la buenaventura a una gitana. ¡Y encima mentirosa! ¡Qué vergüenza! Reza para que padre no se entere... —dijo Elena malhumorada mientras salía de la cocina dejando sola a Isabel.

—Pero, cariño, no te enfades. Ven a cenar conmigo, anda —trató de conciliar.

—¡Déjame! Tus tonterías me han quitado el apetito —gritó Elena desde su dormitorio.

A los pocos minutos de la riña entre madre e hija, el golpe violento de una puerta contra la pared se escuchó en toda la casa. La puerta se volvió a cerrar con el mismo estrépito y tras ella los poderosos pasos de un hombre furioso se encaminaron hasta la cocina. A Isabel no le dio tiempo ni a levantarse de la silla. El bofetón que le propinó fue tan fuerte que hizo que ella saliese despedida de la silla y cayese sobre las frías baldosas, golpeándose la cabeza contra ellas. La mujer quedó inconsciente en el acto.

—¡Eso para que vuelvas a hablar con fulanas, imbécil! Está todo el puto pueblo hablando de nosotros, del teatro de Juan en la puerta de casa y de tus chismorreos con la gitana de mierda. ¡Si es que eres tonta...! Esa gitana ha estado deambulando por los alrededores de Algarte y se ha dedicado a indagar sobre todos nosotros. Nos conoce a todos, estúpida, y tú pagándole para que te cuente cuatro estupideces... —vociferó Miguel escupiendo cada palabra con ira.

Y con la misma sangre fría con la que la había agredido, se dio media vuelta dejándola tirada y se fue.

CAPÍTULO 8

Carla había acordado que aquel día solo trabajaría por la mañana, al igual que Rubén. Se vistió poniendo más atención que de costumbre en los pequeños detalles y se abrochó con cuidado el collar que la señora Romero le había insistido que llevara a la comida.

—¡Oh, cariño, estás preciosa! Te queda mejor que a mí, sin duda —exclamó Amanda emocionada.

—¡Muchas gracias, señora Romero! Bueno, será mejor que me vaya, no quiero llegar tarde y causar una mala impresión... —dijo Carla dándole un beso en una de sus coloradas mejillas.

—Marcha, marcha, pequeña, y pasadlo muy bien —se despidió la anciana moviendo la mano de un lado a otro.

En el exterior de la casa, Rubén esperaba algo nervioso, ataviado con ropas impecables que hacían resaltar su encanto natural, aunque bien cierto era que no había suciedad suficiente en la granja que pudiese enmascarar su atractivo.

—Estás muy guapa —la saludó con una sonrisa.

—Tú tampoco estás nada mal —contestó Carla devolviéndole una sonrisa más amplia aún.

—¿Estás preparada?

—¿Tengo alternativa?

—No.

—Entonces estoy preparada —dijo mientras ambos se echaban a reír.

Comenzaron a caminar lentamente por las callejuelas pedregosas del pueblo sin hablar demasiado, cada uno inmerso en sus pensamientos. Carla trataba de calmar esos absurdos nervios que siempre se manifestaban cuando iba a conocer a alguien, pero Rubén, que pareció percatarse del estado de la joven, le dio la mano en señal tranquilizadora. Había llegado el día. Comerían en casa de los padres de él y Carla sería presentada como su novia de manera oficial.

—Mira, es aquella casa de allí —le indicó Rubén señalando la silueta de una vivienda algo alejada.

Se trataba de una humilde casa de piedra blanquecina con una pequeña huerta colindante y algunos árboles frutales a su alrededor. Varias aves

picoteaban en los alrededores y dos personas esperaban su llegada a los pies de la casita. Ella era delgada, de rostro chupado y pómulos marcados. Él, delgado también, debió de haber sido un chico muy guapo en su juventud, ya que se parecía mucho a Rubén.

—¡Hola! Ya estamos aquí. Madre, padre, os presento a Carla.

—Hola —saludó tímidamente la muchacha.

—Hola, Carla, bienvenida a nuestra casa —la recibió el anfitrión.

Los cuatro pasaron al interior y dirigieron a Carla hacia un pequeño comedor donde una preciosa mesa aguardaba a sus invitados. La vajilla había sido colocada con delicada precisión y, justo en medio, resaltaba un bonito jarrón de cerámica lleno de florecillas silvestres. La muchacha no pudo reprimir una sonrisa triste al recordar inevitablemente a su madre al ver un par de amapolas sobresaliendo del ramillete. Se sentaron todos menos Manuela, que en cuestión de minutos se dispuso a servir un delicioso cabrito asado que habían matado para la ocasión. Las raciones fueron contundentes a pesar de ser una familia en la que escaseaba el dinero. Comieron entre conversaciones banales y algún que otro silencio incómodo que rompían de vez en cuando los cubiertos al chocar contra los platos o las risas nerviosas de labios que no sabían qué contar.

Tras devorar con apetito gran parte del cabrito, Manuela recogió los platos sucios y volvió a preparar la mesa para traer el postre. A su vez, el padre de Rubén aprovechó para ir a miccionar a la parte trasera de la casa; no todos se podían permitir el lujo de tener una letrina.

—¿Qué tal estás? —le susurró Rubén.

—Bueno, algo más tranquila, pero aun así me siento cohibida. No sé ni de qué hablar... —se sinceró la muchacha en susurros para no ser oída.

—No te preocupes, va todo bien. Les has caído genial. Estoy seguro —la animó Rubén poniendo su mano encima de la de ella.

En ese momento entró Manuela con un pequeño bizcocho y mermelada de ciruela. La mujer sirvió a todos y volvió a la cocina a por café.

—Ha sido una comida excelente, ¿no crees, Carla? —le preguntó Nicolás atacando el bizcocho sin compasión una vez sentado de nuevo.

—Sí, la verdad es que estaba todo delicioso. No se tenían que haber molestado.

—No es molestia, mujer. Por mi niño lo que haga falta —contestó Manuela entrando con una humeante cafetera y dedicándole una amplia sonrisa a su hijo.

—Gracias, mamá.

Manuela sirvió el café en las tazas que previamente había dispuesto y comieron el bizcocho en silencio. Después de que Nicolás y Rubén repitieran con voraz apetito —o puede que con gula—, las risas nerviosas dieron paso a bostezos mal disimulados.

—Bueno... deberíamos hacer una comida con los padres de Carla para conocernos todos. Si ahora sois pareja, me gustaría conocer a mis consuegros antes de que os caséis —comentó Nicolás mientras disfrutaba de un digestivo.

—Eh... bueno, es que no soy de aquí... Mis padres viven muy lejos —titubeó Carla.

—Padre, ella tuvo que huir de su pueblo por una acusación injusta —informó Rubén con toda la delicadeza de la que fue capaz.

—¿Y se puede saber de qué te acusaron? —preguntó Manuela con curiosidad.

—La verdad es que preferiría no tener que hablar de ello... —farfulló la muchacha mirando hacia abajo.

—Madre, déjala. Es una situación difícil, ya os lo contará en otro momento —sentenció Rubén zanjando la conversación y levantándose de la silla.

Carla se levantó también y, dando las gracias, dio por terminada la comida. Los padres de Rubén acompañaron a la joven pareja hasta la puerta principal, donde se despidieron, Nicolás con afecto, Manuela con cordialidad, y se volvieron para zambullirse de nuevo en sus quehaceres. Los muchachos, aprovechando que tenían la tarde libre, decidieron ir a dar una vuelta por los alrededores del pueblo.

—¿Crees que les he caído bien? —preguntó Carla con inquietud.

—Sí, mujer, no te preocupes. Estoy seguro, de verdad.

—Me he quedado con mala sensación cuando tu padre ha mencionado a los míos... Tenía que haberles dado alguna explicación... ¿Qué pensaran de mí ahora? —se lamentó la muchacha.

—Vamos, Carla. Ya les contarás todo en otro momento. Ahora, disfrutemos del resto de la tarde.

—¿Y adónde vamos?

—¿Conoces el castillo de Trejón y la historia de las tres esmeraldas? —preguntó él cogiendo su mano.

—No. Ni siquiera he oído hablar de ese castillo...

—Es mi lugar favorito. Cuando necesito pensar, o simplemente estar

tranquilo, voy allí. Vamos, te encantará —la animó Rubén guiñándole un ojo.

La pareja, retomando los pasos que había dado horas antes, volvió a cruzar el pueblo; salieron por una de las callejuelas empedradas y tomaron un camino de gravilla en dirección a las montañas. Subieron durante casi una hora por un pequeño pero empinado monte, y al llegar a la cima, no sin cierto esfuerzo, se encontraron con las ruinas de lo que había sido una antigua fortaleza. Se hallaba en una pequeña explanada donde solo quedaba en pie una de las cuatro paredes que en su día habían formado el torreón de altas ventanas, por las cuales se defendían disparando flechas. Alrededor, se intuía una muralla que con el paso de los años había ido mermando y quedado reducida a un simple muro donde la joven pareja se sentó a descansar.

—¿Qué te parece? —preguntó Rubén mientras se apartaba el pelo de la sudorosa frente.

—Después de la caminata que nos hemos pegado pensaba que íbamos a ver un legendario castillo con esmeraldas incrustadas, no una triste pared...

—Deja que te cuente la historia de las tres esmeraldas y ya verás como después cambias de opinión... —dijo Rubén con aire misterioso.

—Sorpréndeme, soy toda oídos...

—Cuenta la leyenda que hace muchísimos años vivió, no lejos de aquí, el rey más codicioso del mundo. Era un hombre inteligente pero muy caprichoso y aprovechaba su título para hacerse con todo aquello que se le antojaba. Si quería un caballo, se lo llevaba. Si quería una casa, echaba a los propietarios. Si le agradaba alguna jovenzuela, la violaba. Era avaro y malvado, y cuanto más tenía, más quería. Además, era envidioso y terco, y hasta que no conseguía aquellos propósitos que se planteaba, no cejaba en su empeño. Su mujer, la reina, era lo opuesto al monarca, buena y respetuosa. Nada tenían que ver el uno con el otro, pero como su casamiento había sido concertado, pronto aprendió a adoptar una actitud sumisa para no enfadar a su señor. Hacía oídos sordos ante las habladurías de las fechorías de su marido y siempre le seguía la corriente en todo aquello que se proponía.

»Pasados los años, la reina quedó encinta y a los nueve meses tuvieron una hermosa niña. Manuela, que así la llamaron, creció rápido y se convirtió con el paso del tiempo en una preciosa muchacha. Cuentan que todos los hombres que la veían quedaban prendados de ella en el mismo instante en que la joven posaba su intensa mirada en ellos. Además de bella, era inteligente como su padre, pero bondadosa como su madre. El rey buscaba candidatos de alta alcurnia para casar a su única hija y así acaparar más tierras y propiedades, pero

todos eran rechazados por Manuela.

»Cierto día, un joven y poderoso noble apareció en el castillo pidiendo la mano de la princesa. Comieron todos juntos y la magia entre ambos jóvenes no tardó en aparecer. Dicen que fue un flechazo. El rey, que estuvo indagando sobre los dominios y títulos que poseía el noble, también estuvo de acuerdo y dio el visto bueno al casamiento. Todo eran excelentes noticias hasta que llegaron los pactos. El noble se casaría con la princesa y sus posesiones pasarían a ella si a él algo le ocurría, menos tres esmeraldas que el noble guardaba en recuerdo de su madre. El rey, que todo lo quería, intentó modificar el trato para conseguir aquellas piedras preciosas, pero el noble no desistió en ningún momento. Tras varias horas de negociación, el monarca cedió y dejó las tres esmeraldas al recaudo de su propietario. Los reyes casaron a su única hija y la joven pareja fue muy feliz durante algún tiempo. Se fueron a vivir a una de las majestuosas propiedades que poseía el noble a las afueras de uno de los muchos pueblos que pertenecían a sus dominios.

»Una oscura noche, la enorme casa fue asaltada por varios hombres armados vestidos de negro. Revolvieron toda la casa antes de que los sirvientes del noble se les echaran encima, y se produjo un violento altercado en el que algunos de los asaltantes resultaron heridos. Ante la inesperada derrota, los hombres de negro huyeron presurosos dejando el caos y la incertidumbre en la casona. El noble, que era muy perspicaz, no tardó en sospechar que el culpable que se encontraba detrás de aquel allanamiento a su hogar no era otro que su suegro. Al día siguiente, los criados de la casa se pusieron manos a la obra dejando la casa impoluta como si nada hubiese ocurrido. Los días fueron pasando tranquilamente en la gran casa y todos acabaron olvidando el percance.

»Una mañana, la hermosa princesa se fue a pasear junto a una de sus criadas por los enormes jardines que rodeaban la casa. En un abrir y cerrar de ojos, cinco hombres rodearon a las dos mujeres y, tras propinar un golpe seco en el estómago de la criada, se llevaron a la princesa y dejaron a la sirvienta echa un ovillo en el suelo sin poder hacer nada por su señora. Cuando el noble regresó de una batida de caza con sus amigos, escuchó el relato y, sin perder un segundo, montó su corcel más veloz y partió enfurecido rumbo al castillo donde vivían los reyes, sus suegros. El monarca se negó a recibirlo, y después de varias horas intentado hablar con él, un criado le hizo llegar al noble un mensaje de parte de este: *Si quieres recuperar a tu mujer, deberás entregarme las tres esmeraldas; de lo contrario, nunca más volverás a verla*.

»El noble, derrotado, se marchó de vuelta a casa dispuesto a entregarle las tres hermosas piedras que su madre le había regalado antes de fallecer. Era lo único que le quedaba de ella, pero amaba mucho a la princesa y para salvarla estaba dispuesto a desprenderse de las piedras preciosas. Llegó a su casa al anochecer y decidió llevar las tres esmeraldas al día siguiente. El noble cenó de mala gana y, cuando se dirigía a sus aposentos, uno de sus criados le informó de la visita de una mujer. El joven bajó corriendo las escaleras, que saltó de tres en tres, deseando que fuese su esposa, que esta hubiera escapado de las garras de su padre, pero la sorpresa fue mayor todavía cuando se topó de frente con la mismísima reina, que iba disfrazada con una vieja manta por encima para no ser reconocida por las calles. Se había escapado del castillo para poder ponerle sobre aviso. Esta vez su marido había traspasado una franja que ella no estaba dispuesta a sobrepasar. Le explicó que, a varias horas del castillo, en una pequeña pero empinada montaña, poseía un torreón desde el que vigilaba a sus enemigos. La princesa permanecería allí encerrada hasta que el noble entregara las preciadas esmeraldas.

»El joven agradeció de todo corazón aquella confesión y le ofreció cobijo para pasar el resto de la noche. La reina en un principio se negó, pero se había hecho muy tarde, así que finalmente terminó aceptando la invitación. Al día siguiente, los planes del noble fueron muy diferentes de los que había trazado la noche anterior. Hizo llamar a todos sus hombres y, cuando consiguió juntar a más de una veintena, fueron todos en busca de la princesa. Mientras tanto, esa misma mañana el monarca entró en cólera al percatarse de que la reina no se hallaba en el castillo e, intuyendo que se podría encontrar junto a su yerno, reunió a su pequeño ejército.

»Ambos varones, cada uno con su séquito personal, se encaminaron a caballo hasta el viejo torreón de defensa. El rey, que vivía más cerca y conocía mejor el lugar, llegó antes, colocó a sus hombres con estrategia y esperó a que el joven apareciese por allí. No le defraudó y al cabo de una hora vio aparecer la comitiva del noble a lo lejos, cabalgando todos a una. Cuentan los vecinos que fue una batalla épica, que duró días, pero al final fue el rey quien ganó y su ejército dejó a muchos de los hombres del noble malheridos. Este llegó victorioso al castillo y, al ver a su mujer allí, todavía con sed de sangre, le dio tal paliza que casi la mata. La reina estuvo varios días postrada en la cama sin poder moverse apenas, pero poco a poco con los esmerados cuidados de sus sirvientes, se fue recuperando. Llevaban más de treinta años casados y esta todo le había perdonado, pero en el interior de su corazón no podía permitir

que secuestrara a su única hija, privándola de libertad y felicidad por el simple antojo de tres malditas piedras. Debía intervenir en el asunto, y cuanto antes lo hiciese, mejor. Así que una noche, cuando el rey pernoctaba en una de las cámaras principales del palacio, la reina, con un afilado puñal que robó a uno de los guardias, entró en la cámara y le asestó diez puñaladas en el corazón.

»Dice la leyenda que la sumisa reina no derramó ni una sola lágrima; es más, esta narra que, tras sacar el cuchillo en la décima puñalada, una tímida sonrisa asomó a su rostro...; pero nunca lo sabremos. La princesa fue liberada y la reina asumió el mando y corrió un tupido velo sobre los rumores de la repentina muerte del rey. El noble regaló a madre e hija una esmeralda a cada una, en señal de agradecimiento hacia una y de amor hacia la otra. Por eso mi madre se llama Manuela, en honor a la princesa. De hecho, muchas de las mujeres y niñas del pueblo y alrededores se llaman Manuela.

—¿Y qué pasó luego?

—Que vivieron felices y comieron perdices, supongo.

—¡Vaya, qué interesante! Me encantan las historias donde la princesa es rescatada por un apuesto príncipe —dijo Carla haciéndole ojitos al muchacho.

Rubén, que ya conocía aquella mirada suplicante de amor, no tardó en levantarse y, poniéndose frente a ella, comenzó a besarla con ternura. La joven abrió las piernas para poder tener más cerca a Rubén y la invitación a la cercanía fue aceptada con gusto. La besó con pasión mientras sus manos comenzaron a remangar la falda hasta dejar al descubierto unas piernas largas y tersas. No contento con ello, siguió buscando hasta encontrarse con una húmeda vagina que aguardaba con ansia sus dulces caricias, las cuales no se hicieron esperar. Los pezones de Carla se endurecieron mientras el placer la inundaba y no tardó en bajarle los pantalones donde su pene esperaba listo para el combate. Él la penetró sin perder tiempo, la embistió con toda la fuerza de la que fue capaz una y otra vez mientras sus manos sujetaban las caderas de la muchacha. Cada vez que la penetraba, Carla se convertía en Afrodita, diosa de la sensualidad, dejándose llevar mientras Rubén se deleitaba con sus movimientos voluptuosos deseándola cada vez más. La mente de los jóvenes volaba desprendiéndose de sus cuerpos y ambos se amaban con ardor en una especie de trance en el que solo se daba pie a la pasión. Entre jadeos y gemidos se acariciaban dándose placer mutuo en una simbiosis perfecta entre ambos cuerpos. Los gemidos se convirtieron en súplicas de la muchacha que repetidamente le exigía más. En una excitación extrema, acabaron invocando al éxtasis y fueron juntos para terminar abrazados tras un escalofrío.

Permanecieron entrelazados mientras trataban de recuperar el ritmo normal de la respiración y, tras varios besos, los muchachos se separaron arreglándose las ropas.

—Te quiero, Carla.

—Yo también te quiero —contestó la joven regalándole una dulce sonrisa.

Pasaron varios minutos en silencio observando el magnífico paisaje que les ofrecía la cumbre. Desde allí se podía apreciar Trejón con sus casas entre los frondosos árboles que lo protegían de los calurosos días de verano. Más allá, como un río de gravilla, se apreciaba el camino por el que un día Carla apareció.

—Ya llevo más de tres meses fuera de casa y parece que fue ayer cuando llegué... —comentó la joven pensativa.

—Para mí, sin embargo, es como si llevaras toda la vida aquí conmigo... —respondió Rubén rodeando la cintura de Carla con los brazos mientras ambos miraban al horizonte.

—Algún día me gustaría regresar; estar con mis padres, ordenar mis ideas, mi futuro...

—¿Tu futuro? ¿No está aquí tu futuro? —preguntó el muchacho incómodo.

—Rubén, estoy perdida en la vida... Necesito ordenar un poco mi cabeza y saber hacia dónde voy, qué es lo que quiero...

—¿Y yo estoy dentro de esos planes? —añadió con el semblante serio.

—No lo sé... No lo sé... —contestó en voz baja.

—¿Cómo que no lo sabes? No entiendo nada, de verdad que no lo entiendo... Me dices que me quieres, que me amas, pero luego... Hoy te he presentado a mis padres como mi novia y me gustaría casarme dentro de un tiempo. ¿Y ahora me saltas con esto? ¿Qué narices te pasa? —explotó indignado.

—Rubén, no te pongas así, intenta comprenderme... Que no sepa qué quiero en mi vida no quiere decir que no te quiera... No te vayas, por favor. ¡Rubén! —suplicó la muchacha.

—Déjame en paz. Al final sois todas iguales, ¡unas egoístas de mierda que solo pensáis en vosotras! ¡Me he vuelto a equivocar!

—¡A mí no me compares con las demás! ¡Yo no soy como Elisa! —respondió Carla enfadándose también.

—¿Entonces me puedes explicar de qué va todo esto?

—Quiero volver a mi casa... ¡Echo de menos a mis padres!

—¡Pero si ni siquiera contestan a tus cartas! —gritó él con ira.

—¡Vete a la mierda!

Rubén se dio la vuelta y, dando una fuerte patada a una piedra que desafortunadamente se encontraba en medio de su camino, comenzó a bajar la montaña dejando sola a la joven, que empezó a llorar en silencio.

CAPÍTULO 9

Los meses pasaban volando y noviembre se asentó en el pueblo junto al frío y las lluvias sin tener en cuenta a los aldeanos, que se veían obligados a faenar de igual manera a pesar del mal tiempo. La muchacha no había vuelto a hablar sobre su idea de regresar a Cadesta algún día; a su vez, Rubén no volvió a mencionar su intención de casarse con ella. De común acuerdo y sin decirse nada, optaron por correr un tupido velo sobre el asunto para no dañar la relación. Se querían y eso era lo único que importaba. Sin embargo, había pasado medio año desde que Carla huyera de Cadesta y comenzaba a sentir una necesidad imperiosa de volver a ver y abrazar a su familia.

—¿Qué te ocurre últimamente cariño? Llevas varios días con el semblante triste. Anda, cuéntamelo... ¿Has reñido con Rubén de nuevo? ¿Es eso? —la animó un día Amanda mientras pelaban patatas en el comedor.

—No, señora Romero. No es por Rubén —contestó Carla sin levantar la vista.

—Entonces, ¿de qué se trata, pequeña?

—Echo mucho de menos a mis padres, señora Romero. Además, no entiendo por qué no contestan a mis cartas... —susurró la joven sin poder contener el llanto.

—Ven aquí, pequeña, ven conmigo, anda —dijo la anciana acogiéndola en un enorme abrazo y meciéndola suavemente de un lado para otro.

Carla se desahogó con la señora Romero, que la escuchaba atentamente. Jamás se había sincerado del todo con la pareja de ancianos hasta aquel día. Contó con pelos y señales los motivos de su verdadera partida y revivió de nuevo cómo había deambulado sola de pueblo en pueblo pasando hambre mientras ponía distancia con su tierra natal. Cuando terminó de relatar hasta el último detalle, la anciana volvió a abrazar a la muchacha.

—Creo que ha llegado el momento de partir de nuevo, señora Romero. Llevo mucho tiempo separada de mi familia y necesito saber de ellos. Abrazarlos, sentirlos, decirles que los quiero... —añadió la muchacha con los ojos llorosos.

—Me da mucha pena que tengas que irte, Carla. Nos has traído tanta felicidad a esta casa con tu alegría y tu fortaleza que vas a dejar un enorme

vacío con tu partida. Me hubiese encantado que te quedaras aquí con nosotros hasta el final de nuestros días. De hecho, tenía esperanzas cuando comenzaste tu noviazgo con Rubén, pero me equivoqué. Aun rompiéndome el alma, yo apoyo tu decisión, pequeña. Jamás dejes de escuchar a tu corazón; si necesitas ir a verlos, ve, hija, ve a verlos. No hay peor sensación en la vida que arrepentirse de las cosas que no hemos hecho —sentenció la vieja cogiendo a Carla por las manos.

En los días siguientes, la joven se dedicó a preparar sus cosas y, cuando no trabajaba, aprovechaba para pasar el poco tiempo que le quedaba con Rubén. Este no se había tomado nada bien la inesperada marcha de su novia, y en función de su estado de ánimo la acribillaba a preguntas o la ignoraba sin apenas dirigirle la palabra.

—¿Cuándo partirás?

—No sé, puede que el lunes, tal vez el martes...

—¿Cómo irás? ¿Qué vas a hacer allí?

—Iré a pie, Rubén. Lo único que quiero es estar con mis padres, los echo de menos.

—¿Cuándo volverás?

—No lo sé...

—¿Volverás?

—Sí... —contestó Carla con exasperación.

—¿Y tú y yo?

—Mira, Rubén, necesito hacer este viaje y estar con mis padres. Una vez allí, pondré mis ideas en orden y haré o desharé. No te pido que lo entiendas, pero sí que lo respetes, por favor.

—Te voy a echar mucho de menos, mi amor —dijo este con resignación mientras la abrazaba.

—Y yo a ti —respondió mientras las lágrimas comenzaban a resbalar por el rostro.

A dos días de su marcha, Carla tenía todo preparado en su raído macuto. Empezaba a hacer frío en Trejón, así que Amanda le regaló un chaquetón de lana que le había dado su abuela cuando tenía aproximadamente su edad. El viaje de regreso no iba a ser tan duro como el que realizó cuando partió por primera vez. En esta ocasión, Carla contaba con suficiente dinero para poder hospedarse en las posadas que fuese encontrando por el camino y podría comer caliente durante una larga temporada. No obstante, evitaría malgastar: quería ayudar a sus padres en todo lo posible y aquel dinero sería de gran

ayuda para ellos.

Las arduas caminatas que realizó entonces se convertirían en lindos paseos de regreso sin prisa; total, llevaba mucho tiempo sin ver a sus padres y por unos días más tampoco pasaría nada, así que se lo tomaría con calma y saborearía cada paso que la acercaría al placer del esperado reencuentro. Decidió no mandar ninguna carta comunicando su vuelta para poder sorprenderlos, aunque realmente daba igual, ya que tenía la sospecha de que sus padres no recibían su correspondencia. Todo estaba preparado y todos estaban de acuerdo; todos menos Rubén.

—Carla, por favor, ¿no hay ninguna manera de que cambies de opinión? —preguntó mientras guardaba la azada en un rincón del establo después de una dura tarde de trabajo.

—Rubén, no empieces, ¿vale? Estoy cansada. Vamos a disfrutar de estar juntos sin discutir, por favor.

—Haría lo que fuese para que te quedaras. De verdad, lo que fuese. No sabes el daño que me haces dejándome solo.

—Rubén, por favor..., vale ya. No quiero discutir.

—Tienes razón, ven aquí, anda. No voy a desperdiciar el poco tiempo que me queda a tu lado.

—Gracias a Dios, por fin lo ha comprendido —susurró Carla con las palmas juntas mirando al cielo mientras ambos se echaban a reír.

Pasaron la poca tarde que les quedaba entre abrazos, besos y arrumacos antes de que la luna les recordara que era hora de separarse. Carla, tras despedirse de él, entró precipitadamente a la cocina para ayudar a Amanda a preparar la mesa, pero se había despistado y era muy tarde, ya que la señora Romero lo tenía todo preparado.

—Lo siento, lo siento. Se me ha hecho tarde, estaba con Rubén... —se excusó Carla atropelladamente.

—Cariño, no te preocupes. Es normal que quieras aprovechar todo el tiempo que tienes para estar con él. Vamos a cenar, que se enfría la comida.

—Lo siento de verás, no me he dado cuenta... —insistió abochornada.

—Cielo, no pasa nada. A mí, cuando conocí a Esteban, me pasaba lo mismo. Las horas se convertían en minutos y siempre me parecía poco el tiempo que pasaba a su lado.

—A mí, sin embargo, se me hacía eterno. No veía el momento de acompañarla de vuelta a casa... —comentó este con una sonrisa entrando en ese momento en la cocina.

—¡Qué tonto eres! Bien que decías que te gustaba estar conmigo... Además, yo tenía un montón de pretendientes en el pueblo; eres afortunado de tenerme a tu lado... —dijo la anciana con una sonrisa triunfante.

—No le hagas ni caso, pagué un puñado de monedas al cura por ella, como si fuese un gorrino. Igual, igual —contestó el señor Romero mientras reía con Carla.

—Será bobo... —dijo la anciana dándose por vencida.

—Anda, mujer, no te enfades, que te sigo queriendo como el primer día, tonta —añadió el viejo dándole un sonoro beso en la mejilla—. Bueno, muchacha, mañana es tu último día aquí. ¿Tienes todo preparado?

—Sí, sí. La señora Romero me preparará algunas cosas para comer por el camino; por lo demás, todo está listo.

—Mañana será mejor que trabajes solo por la mañana para que puedas descansar por la tarde; además, también le he dado la tarde libre a Rubén para que podáis estar juntos.

—¡Oh! Mil gracias, señor Romero, no sabe cómo se lo agradezco, de verdad, mil gracias —dijo Carla levantándose de su silla para ir corriendo a abrazarlo.

—Mañana podrías hacer una excepción y así desayunaríamos los tres juntos, ¿no te parece, querido? —propuso Amanda.

—Está bien, un día es un día. Pero nos tiene que prometer que volverá.

—¡Prometido! —exclamó Carla emocionada.

Terminaron de cenar y, como cada noche, Carla se despidió de ellos dándoles un beso a cada uno. Echada ya en la cama, su mente comenzó a divagar por todos los recuerdos vividos en aquel medio año donde, a pesar de no haber tenido a las personas más importantes de su vida, había sido plenamente feliz. Echaba de menos a sus padres, tanto que en ocasiones le dolía. Sin embargo, había encontrado a personas extraordinarias que estaba a punto de perder; al menos, durante una buena temporada. La angustia y la ilusión fueron abandonando a Carla en un profundo sueño en el que se reencontró con los besos de sus padres.

A la mañana siguiente, se levantó de un humor excelente gracias al agradable sueño del que había disfrutado. Siendo consciente de que era su último día en la granja, decidió aprovechar cada minuto y no dejarse arrastrar por la tristeza y la melancolía, o por lo menos intentarlo. Tras vestirse y recoger su dormitorio, se dirigió a la cocina para disfrutar del último desayuno en compañía de los señores Romero. La anciana, siempre acompañada de sus

mejillas coloradas, ya tenía la mesa preparada y esperaba a sus acompañantes sentada.

—Buenos días, pequeña —saludó la anciana con una sonrisa triste.

—Buenos días. ¿Y el señor Romero? —preguntó ella mientras se acercaba a esta para darle su beso mañanero.

—Estará haciendo cosas y se le ha pasado... Los años no perdonan. Desayunemos nosotras, ya vendrá.

—Vaya..., pensé que estaríamos los tres... —dijo Carla con voz queda sentándose cerca de la anciana.

—No te preocupes, cariño, comeremos juntos. No te vas a ir de aquí sin que nos despidamos de ti como es debido.

Tomaban el café mientras organizaban los últimos detalles del viaje cuando varios gritos amortiguados comenzaron a llegar a la cocina. Ambas se levantaron y salieron hacia el lugar del que provenían los chillidos.

—¡Carla! ¡Señora Romero! ¡Rápido, rápido, al doctor! ¡Llamad al doctor! —gritaba Rubén mientras corría lo más rápido que podía desde el establo.

—¡¿Qué pasa, Rubén?! —preguntó Amanda asustada.

—¡El techado! ¡El techado se ha desprendido y el señor Romero está grave, rápido, está grave!

—¡Oh, Dios mío! ¡No, no, no, Dios mío, no! —comenzó a sollozar la anciana.

—Rubén, ve tú, eres el más rápido. Yo iré con la señora Romero a ver si podemos hacer algo mientras venís —apuntó Carla.

—De acuerdo —contestó él. Y sin perder ni un segundo, salió de nuevo a la carrera en dirección al pueblo.

—¡Oh, no puede ser, no puede ser! ¿Dios mío, por qué a nosotros? No, no... Dios mío, no... —sollozaba la anciana conmocionada.

—Vamos, señora Romero, él necesita nuestra ayuda. Todo va a salir bien. No se preocupe —trató de tranquilizar a la anciana mientras la cogía del brazo.

CAPÍTULO 10

Se encontraron al señor Romero malherido y tirado en el suelo. A su lado se hallaba una gran viga de madera que se había desprendido junto a un montón de tejas del techo, que habían dejado un considerable boquete por el que la luz del sol se colaba sin permiso. La imagen era terrible y desoladora.

Se apresuraron a socorrer al hombre, que se hallaba en un estado de semiinconsciencia, ajeno a toda la angustia que se respiraba a su alrededor. Carla, arrodillada junto a él, buscó su pulso apoyando la cabeza en su pecho. Lo había visto hacer a uno de los vecinos de su pueblo con el padre Carlos para asegurarse de si seguía con vida o no. El pulso era lento y débil, pero latía, y eso era lo importante. Además, su respiración acompasada aportó tranquilidad a la muchacha, que se dispuso a examinar el cuerpo en busca de alguna herida.

No tardó en encontrar la primera. Se percató de que tenía una hendidura en el lado derecho de la cabeza. La imagen la impresionó tanto que tuvo que reprimir las ganas de vomitar allí mismo. Al otro lado de Esteban, su mujer, arrodillada como Carla, agarraba la mano de su marido y rezaba en susurros con los ojos anegados en mil lágrimas.

Instantes después, llegaron Rubén y el doctor con paso veloz. Tras hacerles sitio, este último se dispuso a chequear al herido. Durante unos minutos de silencio absoluto, el galeno examinó al señor Romero con mucho cuidado y, tras mucha tensión, finalmente sentenció el análisis con un diagnóstico no favorable. La viga había golpeado la cabeza de Esteban y le había roto parte del cráneo y creado una hendidura que posiblemente había afectado al cerebro. Mandó a Rubén de nuevo al pueblo en busca de ayuda para trasladar al herido a la cama; era muy arriesgado llevarlo al hospital más cercano, ya que se encontraba a muchos kilómetros de allí. Limpió y curó la herida con mucho tacto y finalmente vendó la cabeza de Esteban.

Mientras esperaban impacientes al resto de vecinos para moverlo, el doctor se encargó de tranquilizar a la señora Romero con unos calmantes y le explicó cómo debía atender a Esteban a partir de ese momento. Le aseguró que él los visitaría por las mañanas y por las tardes antes de que anocheciera, y que cualquier cambio que observase en el estado de su marido se lo hiciese saber

para poder evaluarlo.

Llegaron los refuerzos y entre varios hombres trasladaron al señor Romero hasta su dormitorio. Ni siquiera le cambiaron la ropa sucia, llena de sangre seca, ya que su estado era muy grave, y lo metieron dentro de la cama siguiendo las estrictas indicaciones que el doctor daba en cada movimiento de los hombres. Uno tras otro fueron abandonando la estancia, dando ánimos a Amanda y recordándole que todo un pueblo la apoyaba incondicionalmente. Al final, tras volver a examinarlo con esmerada atención y dejándole un montón de remedios y ungüentos para las curas, el doctor también se fue.

—¡Mi amor, ponte bien, por favor! Ponte bien, no me dejes sola, por favor. No me puedes dejar... —comenzó a suplicar entre lloros la anciana, sentada en la cama junto a su marido.

—Señora Romero..., ya ha oído al doctor... Necesita descansar... —le dijo Rubén con suavidad.

—Tienes razón... Dejadme un rato a solas con él. Ahora mismo salgo —pidió la anciana.

Los dos muchachos salieron de la casa y se sentaron en uno de los dos peldaños de la entrada. Ambos estaban conmocionados por el accidente, y la incertidumbre de no saber si se recuperaría mellaba el ánimo de ambos, hundiéndolos en un estado de tristeza permanente e incredulidad.

—No me lo puedo creer... No me lo puedo creer... Es como si estuviese viviendo una pesadilla... —se lamentaba Carla en voz baja.

—¿Y la pobre señora Romero? Madre mía, como no se recupere..., ¿qué va a ser de ella? —decía Rubén con las manos en la cabeza.

—No digas eso. Saldrá adelante, ya lo verás. Con nuestra ayuda todo será más fácil.

—Carla, te recuerdo que te vas mañana...

—¡No pienso dejar a la señora Romero sola en esto!

Rubén la abrazó sin decir nada, con un esbozo de sonrisa en el rostro; estaba demasiado disgustado como para sonreír abiertamente, pero en su fuero interno se alegraba inmensamente de que Carla se quedara.

—Vamos, veamos si podemos arreglar el tejado y recoger los escombros. La señora Romero nos necesita más que nunca —propuso Rubén incorporándose y tendiéndole una mano.

Estuvieron toda la mañana recogiendo la viga y las tejas que se habían desprendido. Más tarde, Rubén fue en busca de su padre y entre ambos consiguieron hacer un apaño para poder tapar el agujero. La viga de madera se

había ido pudriendo por las lluvias y la humedad hasta que no aguantó más y cayó, desmoronando así parte del tejado del establo. Además, los fuertes tirones que la vaca Mariola había dado durante el parto del ternero también habían colaborado en su caída.

Ninguno de los animales que se hallaban dentro en el momento del accidente resultó herido. Exceptuando el fatídico golpe que recibió el señor Romero, todos los daños fueron materiales. Mientras Nicolás y Rubén arreglaban el techado, Carla estuvo en la casa cuidando y consolando a la señora Romero. Finalmente, tras insistir en varias ocasiones, la joven consiguió convencerla para que se dejara acompañar hasta la cama y que pudiese descansar. Le comunicó el retraso de su partida para poder ayudarla y le aseguró que cuidaría tanto del señor Romero como de ella.

Amanda en un principio se resistió a someterse a los cuidados de Carla, incluso la instaba a que se marchase para que pudiese reencontrarse con sus padres, pero luego comenzaba a llorar sin consuelo y se derrumbaba pidiendo al cielo que, por favor, no le arrebatara a su marido. Tras muchas horas de sufrimiento y con un fuerte dolor de cabeza como consecuencia, la anciana cayó rendida ante la insistencia de Carla y se dejó hacer.

La muchacha aprovechó el tiempo en que esta dormitaba para hacer la comida y, de tanto en tanto, vigilar al enfermo. Esteban no se había despertado desde el accidente. Cada hora, Carla iba para limpiarle la herida de la cabeza y cambiarle los vendajes, ya que no paraba de supurar. Con un pequeño paño mojado en agua tibia la limpiaba, quitándole la suciedad, y tras secarla con otro paño seco de algodón, volvía a cubrir la hendidura con gasas y vendas, con mucha precaución. Esteban se había quedado pálido a raíz del golpe y se le veía más viejo y débil que nunca.

En una de las ocasiones en las que Carla fue a cambiarle los vendajes, se percató de que se estaba despertando y que intentaba abrir los ojos con bastante dificultad.

—¡Señor Romero! ¡Oh, Dios mío! Menuda alegría... ¿Qué tal se encuentra? —preguntó la muchacha emocionada mientras le agarraba una de las manos con fuerza.

Esteban le devolvió una frágil sonrisa y comenzó a balbucear sonidos ininteligibles para Carla. La muchacha se apresuró a acercar el oído a su boca para poder comprender el significado de sus palabras.

—Cuida de ella... —le pidió el anciano con voz áspera.

—Por supuesto que lo haré, señor Romero. Y de usted también cuidaré —

respondió la muchacha sin poder reprimir las lágrimas.

—Gracias... —contestó el anciano. A continuación, cerró los ojos y volvió a caer en un profundo sueño.

Carla terminó de cambiar el vendaje y salió con presteza en busca de Rubén para contarle la mejora de Esteban. Por un momento pensó en ir en busca de Amanda también; sin embargo, optó por no molestarla y contarle la buena noticia una vez se hubiese despertado para que pudiese descansar. Cuando llegó al establo, Rubén y su padre estaban recogiendo las últimas herramientas que habían usado para el tejado. La muchacha les contó la buena nueva y les rogó que se lo comunicaran al doctor de camino a casa.

—Marcha tú, padre. Yo me quedaré con Carla a comer. No quiero dejarla sola —le comunicó el joven.

—Está bien, de camino a casa visitaré al doctor. Cualquier cosa que necesitéis, ya sabéis donde encontrarme.

—Excúsame ante madre.

—No te preocupes, lo entenderá.

Y dando una pequeña palmada en el hombro a su hijo, salió de la granja. Los muchachos comieron solos en un denso silencio mientras sus cabezas no paraban de dar vueltas a todo lo ocurrido. Una vez terminada la comida, Rubén se puso a trabajar sin perder ni un minuto, ya que la faena en la granja se había duplicado al no contar con Esteban.

Muchos fueron los vecinos que se acercaron para interesarse por la salud del señor Romero y ofrecer su ayuda a la mujer, que quedaba sola a cargo de una enorme casa y una granja entera que gestionar. Cuando esta despertó a primera hora de la tarde y escuchó de boca de Carla que su marido se había despertado y que había conversado con la muchacha, dos pequeñas luces brillantes se encendieron en su mirada y afrontó el resto del día con una actitud algo más positiva.

Estuvieron toda la tarde con unos y con otros, aportando su pequeño granito de arena en la medida de lo que podían para que aquel funesto día fuese más llevadero. Entre todos los vecinos de Trejón fueron arropando en bondad y humanidad a la señora Romero, que con tanta visita no tenía tiempo para pensar y a la que los calmantes mantenían en un sosegado letargo. El doctor los visitó a última hora de la tarde y, tras otro exhaustivo chequeo, afirmó que había una pequeña mejoría.

—Sigue estando grave, pero el hecho de que haya despertado y podido pronunciar algunas palabras es buena señal. Mañana vendré a primera hora

para examinarle. Si despierta, dadle agua. Que beba agua en cantidades pequeñas le ayudará. Para cualquier cosa, avísenme, sea la hora que sea. Buenas noches.

Rubén cenó con ellas y los tres se quedaron hablando hasta bien entrada la noche. Todos estaban agotados, pero ninguno tenía sueño. Se presentaba una noche larga de insomnio y preocupación en la que ninguno de ellos conseguiría dormir más de una hora seguida. Finalmente, Rubén se despidió de ambas mujeres y se marchó a su casa, no sin antes prometerles que volvería a primera hora de la mañana.

La anciana, tras tomarse un par de calmantes más, decidió dormir en su dormitorio para poder controlar a su marido y no estar paseando por la casa cada dos por tres. A su vez, Carla dejó la puerta de su cuarto abierta para poder escuchar el mínimo ruido y le dijo a la señora Romero que la llamara para cualquier cosa. La muchacha se tumbó en la cama y en menos de cinco minutos cayó en un sueño complicado que no la dejó descansar. Se despertó muchas veces a lo largo de la noche, y en más de una ocasión se acercó hasta el cuarto de los señores Romero para ver si se encontraban bien. Tras comprobar que ambos dormían, él por el fuerte golpe recibido y ella por el potente efecto de los calmantes, volvía a su cama más tranquila. Amaneció antes de lo que a Carla le hubiese gustado, y para cuando quiso llegar a la cocina, Rubén ya se encontraba allí preparando café para todos.

—Buenos días, princesa. ¿Qué tal has dormido? —le preguntó este posando un dulce beso en sus labios.

—Fatal, me he despertado muchas veces...

—Toma, he venido algo antes para poder ayudaros —afirmó Rubén tendiéndole una taza de café.

—Gracias —contestó ella aceptándola.

—¿Qué tal está el señor Romero?

—Igual. Que yo sepa no se ha despertado en toda lo noche...

—Bueno, por lo menos no está peor...

En ese momento, Amanda entró con la misma ropa del día anterior, que ni siquiera se había quitado para pasar la noche, con los ojos rojos de tanto llorar y el alma en los pies. Rubén le tendió una taza de café, pero ella la rechazó. Bebió un poco de agua y, como había aparecido, se fue sin decir nada. Los muchachos tomaron el café con agilidad y, tras recoger la cocina, se pusieron en marcha con las labores de la granja: sacaron las gallinas para que comieran, recogieron huevos, limpiaron jaulas, llevaron a los terneros junto a

sus madres para que mamaran... Además, Carla de vez en cuando se acercaba al cuarto del convaleciente para comprobar que todo estuviese bien. En una de esas, se topó con el doctor conversando con Amanda en el dormitorio.

—Buenos días, Carla —la saludó el doctor con una breve inclinación.

—Buenos días. ¿Qué, cómo está?

—En este mismo instante le estaba comentando a Amanda que el señor Romero no ha evolucionado. En parte es malo porque no vemos mejoría alguna, pero tampoco ha empeorado y esto es bueno. Respecto a la herida, veo que ha dejado de supurar y está curando. Seguramente sea gracias a tus cuidados, Carla... Amanda me ha dicho que la estás ayudando mucho —comentó mientras la observaba.

—Bueno, hago lo que puedo... —contestó la muchacha abrazando a la anciana.

—En fin..., mi cometido aquí ha finalizado. Seguiremos como siempre. Ante cualquier síntoma extraño como fiebre, convulsiones, alucinaciones..., no duden en llamarme. De todas maneras, volveré al atardecer. Y usted siga con los calmantes. Carla, señora Romero, buenos días. —Y tras otra pequeña reverencia, abandonó la estancia.

—¿Cómo se encuentra hoy, señora Romero? ¿Ha descansado? —preguntó ella.

—¡Ay, hija mía! Estoy destrozada. No puedo verle así. Se me parte el corazón. ¡Con lo que ha sido! Nunca paraba quieto, jamás. Y ahora... ¡mírale! Postrado en una cama sin fuerzas ni siquiera para poder despertar... —afirmó agarrando la mano de su esposo mientras una lenta lágrima resbalaba por su rostro.

—Todo va a salir bien, ya lo verá. No conozco a nadie más fuerte que él... —la consoló Carla mientras volvía a abrazarla.

Pero murió. Murió sin despedirse de su mujer, entre los brazos y sollozos de esta, que no paraba de rogarle al Señor que lo salvara. Murió, abandonando a la mujer que llevaba a su lado más de cincuenta años y con la que había compartido toda una vida plena y feliz. Murió, dejándola sola y hundida en mitad de la noche mientras un desgarrador grito de dolor y desamparo rompía desde su garganta ahogada en pena y desesperación.

CAPÍTULO 11

Isabel, la mujer del alcalde de Cadesta, se encaminó hacia el mercado de Algarte con uno de sus bonitos vestidos bajo su impecable abrigo de piel. Iba dos días a la semana para poder comprar comida fresca, recién traída de la tierra o del mar, y todos los comerciantes se peleaban por venderle su género, ya que era bien conocida en el mercado por su generosidad a la hora de pagar. No escatimaba en nada: compraba los mejores productos en grandes cantidades y luego los hacía llegar hasta Cadesta en un carro tirado por el semental de Miguel. Aquella mañana se encontró con Carmen, la vecina mayor del pueblo, que estaba comprando fruta en el mismo puesto en el que solía hacerlo ella.

—Buenos días, Carmen —la saludó Isabel con cortesía.

—Buenos días, señora Beltrán —respondió Carmen sorprendida, ya que Isabel nunca se relacionaba y menos con personas como ella.

—Esas manzanas rojas de ahí son estupendas, yo compré la semana pasada y estaban deliciosas —le informó con una educada sonrisa.

Carmen no daba crédito a la amabilidad de la señora Beltrán, por lo que finalizó su compra rápidamente y se alejó de ella en cuanto pudo. Los Beltrán no eran personas que socializaran con los campesinos. Le daba mala espina aquel cambio repentino, así que trató de esquivarla cada vez que la veía en puestos cercanos. Aun así, cuando Carmen paró en un puesto a comprar avellanas para luego tostarlas, se volvió a encontrar con ella a pesar de sus intentos por rehuirla. Parecía perseguirla, así que, armándose de valor, decidió plantarle cara. Carmen, a su edad, ya no temía a nadie más que a la muerte.

—Isabel, ¿qué es lo que quieres? Llevas toda la mañana detrás de mí. Si hay algo que queráis pedirme tu marido y tú, házmelo saber de una vez —le soltó la anciana de sopetón.

—Bueno, sí..., la verdad es que me gustaría pedirte algo. Miguel no tiene nada que ver en esto, estate tranquila —le contestó nerviosa.

—Bien, ¿qué es lo que quieres?

—Carmen..., quiero ayudar a Juan... —susurró mientras se retorcía las manos.

—Válgame Dios..., mis plegarias han sido escuchadas —exclamó la

anciana estupefacta.

A partir de ese día, Carmen e Isabel comenzaron a verse con frecuencia. La esposa de Miguel aprovechaba los días que su marido se marchaba para encontrarse con su nueva amiga. Le pidió perdón mil y una veces por todas las atrocidades que este había cometido, y poco a poco se fue abriendo a ella, contándole cómo la trataban su esposo y su hija. Carmen nunca le reprochó nada. No debía de ser fácil convivir con dos personas tan perversas. Conocía a Isabel desde que era una niña y siempre había sido una muchacha buena y responsable.

Isabel le propuso que Juan pudiese ver a Julia en los calabozos de Algarte sin que nadie se enterase. Ella no podía hacer mucho más, pero lo poco que pudiese estaba dispuesta a hacerlo. Se jugaba mucho, ya que, si Miguel o su hija Elena se enteraban de lo que había tramado, la paliza sería tal que no habría un día después. La mataría al momento, pero estaba dispuesta a correr ese riesgo. Estaba dispuesta a cambiar su vida y quería comenzar ayudando a los demás, concretamente a Juan.

Carmen, consciente de la gravedad de las consecuencias del plan, no lo veía tan claro; al fin y al cabo, todo se sabía en el pueblo, pero Isabel estaba segura y la decisión, tomada. La anciana avisaría a Juan del día y la hora, ya que, si alguien veía a Isabel hablando con él, levantarían muchas sospechas.

Así se hizo y, al día siguiente, Carmen pasó a ver a su vecino por la mañana. Le contó la disposición de Isabel por ayudarle y las consecuencias a las que se exponía si alguien los veía. Le dijo que tanto Miguel como Marcos, el alguacil responsable de los calabozos, tenían una cena de esas en las que el alba les pillaba de improviso. Por ello, sería el ayudante de Marcos, un chaval de diecisiete años, el encargado de vigilar aquella noche los calabozos. Carmen citó a Juan en el cuartel de Algarte al entrar la noche, donde se encontraría con Isabel en la parte trasera.

El día pasó volando para Isabel. Al atardecer, se excusó con su hija por un dolor de cabeza y se encerró en su dormitorio. Elena, a la que poco le importaba el estado de su madre, cenó esa noche sola y se fue a dormir. La muchacha no solía tardar mucho en conciliar el sueño, tan solo debía esperar. Una vez dormida, ni un rayo caído en su mismísima cama sería capaz de despertarla. Isabel escuchaba desde su habitación mientras se vestía con cautela para ir al encuentro de Juan, y cuando estuvo segura de que su hija buceaba en los sueños más profundos, se decidió a salir para partir rumbo a Algarte, iluminada por la luz de una enorme luna llena.

Se encontró con Juan, que estaba hecho un manojo de nervios, en la parte de atrás del cuartel. Nadie andaba a esas horas por las calles del pueblo en pleno diciembre, con el frío que hacía, pero, aun así, Isabel no paró de mirar a su alrededor.

—¿Por qué, Isabel? ¿Por qué me ayudas? —Fue lo primero que le preguntó Juan en cuanto llegó.

—Porque no os merecéis el sufrimiento al que os ha sometido Miguel. Además, te lo debo, Juan. Siempre trataste de hacerme feliz cuando estábamos juntos, costara lo que costara. Ahora me toca a mí.

—Isabel..., han pasado muchos años... Además, yo estoy con Julia y me siento dichoso a su lado —contestó Juan algo incómodo.

—No quiero que vuelvas conmigo, Juan. Simplemente quiero ayudarte. Por aquellos años..., ¿sí?

—Gracias... Me alegra ver que ha regresado la Isabel que yo conocía...

—No hay de qué —dijo ella, y ambos se fundieron en un abrazo sincero.

—¿Cómo vamos a burlar al chico? —preguntó Juan casi con ansia.

—No te preocupes, esa es la parte más fácil. Solo hay dos cosas en las que piensan los muchachos con esa edad. Sexo y dinero...

—¡Isabel! No voy a permitir que te acuestes con un muchacho de la edad de nuestras hijas.

—¡No seas ingenuo! No voy acostarme con nadie... —rio mientras le enseñaba una bolsita repleta de monedas.

Isabel y Juan se dirigieron hacia la puerta principal y entraron rápidamente para no ser vistos. Allí, en un escritorio de madera demasiado grande, a juego con una silla coja, estaba Toñín.

—Buenas noches, señora Beltrán. ¿En qué puedo ayudarla? —la saludó el muchacho poniéndose en pie.

—Vengo a negociar contigo... ¿Cuánto vale tu silencio?

No tuvieron ningún problema. Toñín había dejado de estudiar para poder ayudar en la economía de sus padres, como tantos otros niños y adolescentes lo hacían cada día. Isabel, generosa como siempre, le entregó las monedas suficientes para que él y su familia pudiesen vivir holgadamente unos cuantos meses.

—Aquí no ha pasado nada. Vamos, dame la llave del calabozo de Julia.

Toñín, todavía asombrado por la cantidad de dinero que le había entregado la señora Beltrán, le dio la llave de la celda y se quedó en su mesa intentando contarlo. El muchacho juntaba los reales calculando en voz baja,

pero no era capaz de pasar de diez, y con frustración volvía a empezar una y otra vez.

Juan no daba crédito a lo que estaba sucediendo y cada vez se sentía más nervioso. Estaba a punto de reencontrarse con su amada mujer, el corazón se le iba a salir del pecho. Isabel le hizo una seña para que la siguiera, y juntos bajaron por unas escaleras que conducían directamente hasta los calabozos.

—Es el del fondo. A partir de aquí te toca seguir a ti. Tómate el tiempo que necesites —le ofreció Isabel tendiéndole la llave con una sonrisa.

Juan, con mano temblorosa, cogió la llave y miró hacia la puerta que tenía justo enfrente. Detrás de esta se hallaba su mujer; no se lo podía creer. Volvió a mirar a Isabel y ella asintió en señal de aprobación. El hombre cogió aire y con determinación fue hasta allí. A su espalda, sintió que los pasos de Isabel se alejaban por los peldaños de la escalera. Se quedó mirando la puerta de la que pendía un gran candado y, tras un gran suspiro, lo abrió. Tiró de la puerta con suavidad hasta que consiguió abrirla con cierto esfuerzo y susurró el nombre de su mujer mientras un fuerte olor a rancio se le metía por la nariz y le llegaba hasta la garganta.

—¿Juan? ¿Juanito? ¿Eres tú? —preguntó una voz ronca desde la penumbra del calabozo.

—¡Julia, querida! ¡Julia! ¡Soy yo! —sollozaba él corriendo hacia su mujer.

Se fundieron en un gran abrazo mientras ambos lloraban de emoción. Nadie sabe cuánto tiempo estuvieron así, recuperando el cariño perdido que todos esos meses no habían podido darse.

—Estás muy delgada... ¿Cómo te encuentras? —preguntó Juan cuando consiguió calmarse mientras cogía las manos de su esposa—. Isabel me ha ayudado para que pudiera verte.

—No me puedo quejar, Juanito. Marcos y Toñín están muy pendientes de mí... Me traen todos los días comida y dejan que me asee con un paño húmedo. Vienen a ratitos a charlar conmigo. Sé que en el fondo soy afortunada. Ellos piensan que mi situación es injusta y por eso me ayudan en todo lo que pueden... Otros no tienen tanta suerte. Pero dime, ¿cómo estás tú? Juanito..., me ha dicho Marcos que has cambiado, que bebes todos los días hasta perder la cordura... Dime que no es cierto, por favor.

—No soporté tu pérdida ni la de Carla. Ha sido muy duro, Julia, muy duro. No me dejaban verte, de la niña no sé nada. Me mata no saber... ¡Lo siento! ¡Perdóname, Julia, perdóname!

—Cuídate, por favor, hazlo por Carla y por mí. No sabes lo que sufro cada

vez que Marcos me cuenta que te han vuelto a ver ebrio y tirado en el suelo...

—No te preocupes, mi amor. No volveré a tomar ni una gota de alcohol. ¡Te lo prometo! —Y ambos volvieron a fundirse en un largo abrazo.

—¿Y qué hay de Carla, Juanito? Tienes que encontrarla...

—No te preocupes, seguro que está bien. Volverá. Yo sé que volverá... —respondió Juan con una sonrisa tensa pensando en su hija.

En ese momento escucharon un vocerío en la parte superior del cuartel y seguidamente las pisadas presurosas de una persona bajando las escaleras. Tras la puerta de la celda apareció Isabel con cara de espanto:

—¡Miguel y Marcos! Recemos para que no bajen... —susurró pálida como la nieve.

—¿Como que Miguel y Marcos? ¿Qué hacemos? —añadió Juan nervioso.

—¡Isabel, pasa y cierra la puerta, corre! Miguel jamás baja a los calabozos. Si permanecemos en silencio, no nos descubrirá... —propuso Julia tratando de mantener la calma.

Isabel entró rauda a la celda y cerró la puerta tras de sí. Los tres permanecieron en silencio intentando escuchar lo que ocurría en la estancia superior, Juan abrazando a Julia e Isabel hecha un ovillo en una de las esquinas, temblando de terror. Escucharon las pisadas de varios hombres en las escaleras y murmullos incomprensibles, y el pánico se apoderó de los tres. Miguel nunca bajaba a los calabozos. ¿Qué estaba pasando? Las pisadas cada vez se oían más cerca... ¿Y si Toñín los había delatado? Isabel sentía que le iba a estallar la cabeza y solo tenía ganas de gritar. Escucharon cómo la llave rasgaba la hendidura de un candado cercano. Seguido, un quejido y una maldición. Finalmente, el golpe seco de la puerta y el chasquido del candado. Silencio después. Todos mantenían la respiración. Miguel y Marcos se encontraban al otro lado de la puerta y cualquier sonido podría arruinarles la vida a los tres. Volvieron a escuchar murmullos durante un tiempo que se les hizo eterno y finalmente pisadas que se alejaban de la celda en la que estaban ocultos. Juan y Julia volvieron a respirar. Cuando miraron a Isabel, la encontraron con la cara empapada en lágrimas, acurrucada en la misma esquina meciéndose sin parar mientras les dedicaba una sonrisa nerviosa. Isabel había llegado incluso a sentir el primer golpe de la paliza que hubiese recibido si los hubiesen pillado. Por muy poco, pero se habían librado.

CAPÍTULO 12

Fue un entierro multitudinario. Todos los vecinos del pueblo estaban allí. Nadie quiso perder la oportunidad de despedirse del señor Romero a pesar del intenso frío. Querido y respetado por todos en Trejón y alrededores, era abismal el vacío que dejaba. La muerte de Esteban había caído como un jarro de agua helada y eran muchos los que todavía no asimilaban su pérdida. Hasta el niño más pequeño respetó en silencio las palabras del cura, que se hacía oír a duras penas entre las desgarradoras lamentaciones de la señora Romero, vestida entera de negro.

Siempre acompañada por Carla y otras vecinas, Manuela entre ellas, no había parado de llorar desde que su marido falleciera dos noches atrás. Medicada con altas dosis de calmantes, había momentos en los que Amanda no era consciente de lo que realmente estaba sucediendo.

Cuando terminó el entierro, la madre de Rubén decidió llevarse a la anciana y liberarla así de un sinfín de pésames.

—Vamos, Amanda, por hoy es suficiente. Vayamos a casa —le susurró Manuela mientras la cogía del brazo con cuidado.

La señora Romero se dejó llevar sin cesar en sus lamentaciones, mientras Manuela trataba de sortear a un centenar de personas deseosas de poder consolar y abrazar a la pobre anciana. Carla y Rubén fueron tras ellas y en casa volvieron a suministrarle una dosis de calmantes suficiente como para que pudiese dormir unas cuantas horas seguidas sin despertar. Entre Manuela y Carla la ayudaron a cambiarse y juntas la acostaron en la cama. Amanda no tardó en quedarse dormida, agotada por tanto sufrimiento y dolor. Las dos mujeres la dejaron descansar y se encaminaron hacia la cocina, donde las esperaba Rubén.

—Deberíamos escribir al sobrino de Amanda para informarle de lo que ha pasado —dijo Manuela dirigiéndose a su hijo.

—Tienes razón, madre. La señora Romero no está en condiciones de hacerse cargo de la granja y nosotros dos solos no podemos con todo. Hay demasiadas cosas que hacer.

La muchacha recordó vagamente que cuando conoció a los señores Romero, estos le habían hablado muy por encima de Pedro, su sobrino.

Ni Manuela ni Rubén sabían escribir, por lo que la responsabilidad cayó en manos de Carla, que fue la autora de la misiva. En ella le contó lo sucedido y reclamó su ayuda para poder organizar, aunque fuese de forma temporal, el funcionamiento de la granja. La respuesta de Pedro no se haría esperar:

Estimada tía Amanda:
No sabe la tristeza que me inunda al saber del fallecimiento de mi querido tío Esteban. Es una auténtica pena, pero Dios así lo ha querido y será recibido en su regazo. Partiré dentro de dos días; no se preocupe por nada, yo le ayudaré a reorganizar la granja.
Mi más sentido abrazo y mucho ánimo.
Atentamente,
Pedro Romero

Carla leyó la contestación de Pedro a la señora Romero en cuanto la recibió, una oscura y fría mañana. Tras terminar de leerla, la anciana soltó un bufido que dejó algo confusa a la muchacha.

—Que venga un familiar suyo le hará bien, ya lo verá... —intentó animarla.

—Pedro es idiota, nunca le hemos soportado. Si Esteban supiese que va a venir a esta casa, se revolvería en su tumba.

—No diga eso, por Dios. Además, necesitamos ayuda, señora Romero. Rubén y yo no podemos con todo esto, es demasiado. Necesitamos que nos echen una mano.

—Gracias, Carla. Creo que hasta ahora no te las he dado. Tienes razón, será mejor que alguien os ayude. Al fin y al cabo, Pedro será quien herede todo esto. Puede que haya llegado el momento de tomar ciertas decisiones. Yo soy muy mayor y siento haber envejecido veinte años desde que Esteban no está —dijo la anciana mientras las lágrimas asomaban por sus ojos, cansados de tanto llorar.

—Señora Romero, la ayudaré en todo lo que pueda —le prometió Carla mientras ambas se fundían en un abrazo.

Pasaron los días y no había señales de Pedro. Una semana, dos semanas..., pero nadie aparecía por allí. Carla y Rubén empezaban a estar exhaustos por la gran cantidad de trabajo y responsabilidad que había recaído sobre ellos de la noche a la mañana, y un día decidieron hablar con Amanda.

Esta había entrado en un estado de desinterés e indiferencia, acompañado

de una profunda tristeza. Apenas hablaba y no parecía ni escuchar. Pasaba las horas encerrada en su habitación y comía por insistencia de Manuela o de Carla. Se le habían marchitado el alma y el corazón, y todos sentían que se estaba dejando morir poco a poco.

El gran mastín del señor Romero no se despegaba de ella. Era como su sombra, siempre detrás. Parecía haber cambiado de labor: en vez de vigilar la granja, vigilaba y protegía a la señora Romero. Pegado a sus pies, donde iba la anciana iba el perro.

—Señora Romero, debemos hacer algo con la granja. O contratamos más jornaleros o será necesario vender ganado y tierras. No podemos más —le explicó un día Carla casi con desesperación.

—Haced lo que queráis... —contestó ella con la mirada perdida.

—Señora Romero, necesitamos que nos diga algo. Todo esto es suyo. Debe ser usted la que decida.

—¡He dicho que hagáis lo que queráis! —zanjó la anciana.

Acto seguido se levantó y se marchó de la estancia, con el gran mastín tras ella, dejando a Carla y a Rubén pasmados por la contestación.

—Es la primera vez en todos estos años que veo a la señora Romero levantar la voz... —murmuró Rubén—. Pobrecita..., me duele tanto verla así... ¿Qué vamos a hacer? Está claro que ella no está en condiciones para involucrarse y ese tal Pedro no sé si acabará apareciendo...

Ese mismo día, Rubén habló con su madre y le contó la preocupación que ambos tenían. Ella le prometió que hablaría con Amanda para hacerla entrar en razón y que tomara las riendas de la granja. Y así fue. A la mañana siguiente Manuela habló con la anciana y consiguió arrancarle algunas pautas para que Rubén y Carla pudiesen seguir adelante. Les dijo que de momento debían vender parte del ganado y que más adelante ya se vería, puede que vendiera algunos terrenos. Rubén no perdió ni un segundo y en cuanto supo de la decisión de la señora Romero, y con ayuda de su padre, comenzó a buscar posibles compradores a los que vender parte de las vacas y algún que otro ternero. No tardaron en dar con varios interesados por la zona, y pronto llegaron a un acuerdo con uno de ellos. Amanda dio el visto bueno a la venta y aceptó el dinero acordado, aunque en realidad bien poco le importaban el dinero y las vacas.

Los días fueron pasando y con ellos las visitas fueron mermando. Poco a poco los habitantes de Trejón dejaron de visitar a Amanda para volver a retomar sus quehaceres. Manuela. sin embargo, seguía visitando a la anciana

sin fallar ni un solo día. El trato con Carla seguía siendo cordial, pero no habían llegado a entablar una charla de más de tres frases. En cuanto Manuela aparecía por la casa, Carla retomaba sus obligaciones junto a Rubén, que siempre la recibía con un abrazo. La muchacha no tenía tiempo para intentar un acercamiento con Manuela, había demasiadas cosas que hacer.

Desde la venta en la que habían despachado siete vacas y dos terneros no trabajaban tan duramente, pero seguían siendo significativas las obligaciones que tenían.

Amanda, en una de las escasas conversaciones que mantenía en alguna sobremesa, les había prometido un sobresueldo como recompensa por el esfuerzo que ambos hacían diariamente. Les estaba agradecida, pero lo cierto era que no sabía ni siquiera lo que cobraba cada uno. Todas las gestiones con referencia al trabajo habían sido cosa de Esteban, y ella jamás se había involucrado ni la hubiesen dejado, ya que era impensable que una mujer se encargara. Todo eso era cosa de hombres.

La vida seguía, sin importarle las heridas de guerra que su compañera la muerte había dejado, y todos menos la señora Romero continuaban con la pesada rutina de cada día. Amanda comenzó a salir de su dormitorio y pasaba las horas en el cementerio, a los pies de la lápida de Esteban, acompañada por el perro. Carla también lloró en muchas ocasiones su muerte. Aquella viga le había arrebatado a un segundo padre de la noche a la mañana; a un buen hombre, trabajador y amante de la naturaleza, y todavía costaba acostumbrarse a su ausencia. La granja estaba demasiado tranquila sin él. Siempre haciendo cosas, siempre preocupándose de sus animales, siempre trabajando la tierra...

Pero esa tranquilidad no duraría mucho, ya que a principios de diciembre apareció sin previo aviso Pedro, el sobrino de los señores Romero.

Se trataba de un hombre corpulento, grande, de mirada parda y pelo rizado. El gruñido del mastín y sus orejas tiesas en alerta avisaron de su llegada a la viuda, que mantenía el luto riguroso, una fría mañana de invierno.

—Hola, tía, cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad? Siento mucho el retraso, pero me han tenido ocupado algunos asuntos y no he podido venir antes... —saludó entrando en la cocina con una maleta y una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, Pedro. Ya no contábamos contigo —contestó Amanda a modo de saludo con seriedad al ver la maleta de su sobrino.

—Bueno, cosas de hombres... Voy a colocar mis cosas y ya después de comer charlamos y me pones al día.

—El cuarto pequeño está ocupado, Carla vive conmigo —le explicó

Amanda justo antes de que Pedro saliese de la cocina.

—¿Es esta la bienvenida que debe esperar tu único sobrino? ¿Quién es esa Carla?

—Trabaja en la granja.

—¿Y no tengo yo más derecho que esa tal Carla a ocupar una habitación de la que será mi casa?

—Pedro, sabes que esto será tuyo por una promesa que Esteban le hizo a tu tío Enrique muchos años atrás, pero mientras yo siga con vida seguirás mis normas. Y ese dormitorio es de Carla. Si no te gusta, ya sabes dónde tienes la puerta.

—Bueno, tía, no te pongas así. Vengo para ayudarte, ¿recuerdas? Tú me pediste ayuda y a eso he venido, así que será mejor que nos llevemos bien...

—Tienes una cama vieja en el almacén, puedes colocarla en la sala y acondicionarla a tu gusto...

—De acuerdo; prepara bastante comida, traigo un hambre voraz —afirmó con una enorme sonrisa saliendo de la estancia y poniendo todo perdido de barro—. Por cierto, ese perro lo quiero fuera de casa, los chuchos ensucian mucho; además, los perros tienen que estar en la calle, es su sitio —sentenció volviendo a marcharse.

—Imbécil... —susurró la vieja.

Ese mediodía, Rubén y Carla conocieron al sobrino de Amanda tras terminar la jornada matinal.

—Bueno, señora Romero, luego vengo. Me voy a casa a comer —se despidió Rubén asomándose a la cocina.

—¡Eh! Pasad, hombre, pasad. Supongo que tú debes de ser Rubén, y tú, si no me equivoco, Carla. Encantado. Yo soy Pedro Romero, el sobrino de Amanda —saludó tendiéndole la mano a ambos.

—Encantada. Señora Romero, deje eso, ya me ocupo yo —dijo Carla buscando cobijo en Amanda y ayudando a colocar la mesa.

—Rubén, quédate a comer, mi tía siempre hace mucha comida; parece que le sobra el dinero y que podemos tirarlo... —añadió Pedro mientras reía estrepitosamente, señalando una fuente a rebosar de carne guisada.

—Disculpad, pero me esperan en casa. Luego nos vemos —se despidió Rubén algo abrumado.

—Una lástima, aunque, pensándolo mejor, más para mí —respondió el otro en tono burlón.

—Comamos, la comida se enfría —ordenó muy seria Amanda mientras

colocaba la fuente en medio de la mesa.

Carla y la señora Romero comieron en silencio, mientras que Pedro no paraba de alardear de varias ventas que hacía poco había cerrado. Engullía la comida sin apenas masticar. Lo poco que masticaba lo hacía con la boca abierta y muchos trozos de comida se le caían a la mesa. Parte del vino se le derramó en la camisa, pero él ni se inmutó. Más que compartir mesa con un hombre, lo estaban haciendo con un cerdo que llevaba semanas sin comer. Fue todo un espectáculo nauseabundo, y dieron gracias a Dios cuando, por fin, Pedro se dio por satisfecho. Estaban tomando café acompañado de unas pastas cuando llegaron Manuela y Rubén.

—Buenas tardes, soy Manuela, la madre de Rubén y amiga de su tía Amanda. Tenía ganas de conocerle. Mi hijo me ha contado que llegó usted esta mañana a Trejón.

—Así es. ¿Se puede saber en qué puedo ayudarla? —preguntó Pedro con una gran sonrisa mientras se ponía en pie.

—En nada, para ser sincera. Simplemente vengo a estar con Amanda un rato. Gracias de todas maneras por su preocupación. —Y acto seguido se sentó junto a la anciana.

—Verá, mi tía y yo tenemos asuntos de los que tratar que a usted no le incumben, así que creo que no es el momento de chismes —afirmó Pedro con la sonrisa cada vez más forzada mientras volvía a sentarse.

—Manuela se queda —sentenció Amanda.

—Cómo se nota que falta un hombre en esta casa... Menos mal que he venido para meterla de nuevo en el redil, menudo desastre... —murmuró Pedro para sí, ya sin sonrisa.

Carla y Rubén ayudaron a recoger las tazas de café y volvieron a la faena. Quedaron en la cocina los tres adultos, que estuvieron toda la tarde reunidos, discutiendo sobre la manera de llevar la granja. Amanda se decantaba por vender mientras que Pedro se negaba a ello. Manuela intentaba mediar, pero los argumentos del sobrino de Amanda eran absurdos. Era una persona avariciosa y quería la mayor explotación posible de la granja sin ningún tipo de inversión en el aumento de jornaleros. Se opuso terminantemente al sobresueldo prometido por Amanda a los muchachos y le criticó la venta de las vacas y terneros, alegando que una mujer no debía tener ni opinión ni decisión en los asuntos de los hombres. Además, le recriminó por el retraso que se había dado con sus respectivas cuotas. Esteban, desde que los padres de Pedro habían fallecido, se había comprometido a enviar cantidades de dinero generosas para

la manutención de su sobrino.

—¡Este tío es un idiota! —explotó Manuela una vez que Pedro se había ido a tomar unos vinos a la taberna del pueblo.

—No sabes cuánto, Manuela —respondió Amanda con resignación.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Rubén, que se había unido junto con Carla a las dos mujeres.

—Mal. No quiere vender, no quiere pagaros más y no quiere contratar a más gente. Incluso se ha atrevido a echarle en cara la venta de las siete vacas, que no son ni suyas. No quiere trabajar tampoco, pero, eso sí, cobrar sí quiere el tonto —les informó Manuela indignada.

—Me da una rabia que se quede con todo... Porque me lo rogó Esteban, y es de lo poco que me ha pedido en la vida. Se lo debo, si no..., la casa y la granja deberían ser para vosotros.

—No se preocupe por nosotros, señora Romero —dijo Carla cogiéndole la mano.

Amanda había pasado de su desinterés e indiferencia a un odio contenido hacia su sobrino. Desde la muerte de Esteban estaba irreconocible, pero el problema era que iba a peor. Ni Manuela, ni Rubén, ni Carla conocían aquella faceta irascible y amargada de la anciana y sentían mayor lástima ahora que cuando se encerraba horas en su habitación para llorar a su difunto marido. Se había transformado en una persona seria e incluso hosca, y a nadie le gustaba en lo que se estaba convirtiendo. Su sobrino había sacado lo peor de ella, y era una pena que los últimos años de su vida los pasara resentida. Manuela y los chicos eran conscientes de que debían conseguir echar a aquel indeseable de la casa, aunque no sabían cómo.

La tensión iba en aumento a medida que pasaban los días. Pedro no hacía absolutamente nada por ayudar y, sin embargo, manchaba más que un animal y era mayor el trabajo que tenían desde que él residía en la casa. Nadie lo soportaba. Siempre con una sonrisa falsa en el rostro, se pitorreaba de todos los integrantes de aquella extraña familia que se había formado.

Manuela y Carla eran las que más detestaban a Pedro, y esa ira que sentían hacia él las fue uniendo lentamente con el paso del tiempo. Sin tener intención ninguna, ambas acabaron confiando la una en la otra y comenzaron a entenderse a la perfección. Por otro lado, Amanda intentaba evitar a su sobrino, refugiándose en su cuarto o visitando a Esteban en el cementerio. La mujer parecía menguar por momentos y un millar de arrugas nuevas se habían hecho hueco en el rostro de la anciana. Caminaba con torpeza y en ocasiones

tropezaba con el aire y se caía. Rubén le había fabricado un bastón a partir de un pedazo de madera, pero Amanda se negaba a usarlo. Finalmente, tras un susto en el que casi se rompe el brazo, aceptó de mala gana la ofrenda del muchacho. Pedro se burlaba de ella cuando llegaba borracho y les decía a los chicos al caer la noche:

—Qué poco queda para que trabajéis para mí... En esta granja huele a muerte. Ronda por aquí sigilosa, dispuesta a realizar su cometido en cualquier momento... —balbuceaba con dificultad.

Y dando trompicones, volvía en dirección a la casa, o por lo menos lo intentaba.

CAPÍTULO 13

En la granja aprendieron a ignorar a Pedro. Además de holgazán, le gustaba irse a la taberna desde el atardecer, por lo que era poco el tiempo que dedicaba a molestar por la casa. Manuela y Carla, al tener en común el desprecio que sentían, pasaban mucho tiempo buscando la manera de deshacerse de él.

—Tiene que haber alguna forma... —pensaba Carla en voz alta una fría tarde de diciembre, sentada en la cocina con Manuela y Amanda.

—No se marchará. Lo conozco bien... Siempre ha vivido con sus tíos. Sus padres murieron cuando él era un niño, al volcar el carromato en el que llevaban la cosecha. De común acuerdo, se pactó que cuidarían de él, pero, por lo que alguna vez me contó Esteban, no tenían buena convivencia. Pedro fue creciendo y era rebelde y descarado; no obstante, sus tíos nunca se molestaron en educarlo. Le permitieron todo y este es el resultado, un hombre irresponsable que no acepta un no por respuesta y que siempre hace lo que le da la gana.

—¿Por qué no lo criaste tú? —preguntó Manuela con curiosidad.

—Sus otros tíos vivían prácticamente a lado de ellos, tenían una relación muy cercana. Sin embargo, nosotros éramos casi desconocidos para él. Al vivir en un pueblo tan alejado, eran pocas las ocasiones que teníamos para ir a visitarlos. Entre todos pensamos que era lo mejor para el chiquillo. Pero, claramente, nos equivocamos. En fin, no se puede cambiar el pasado; por lo tanto, no sirve de nada lamentarse.

—Totalmente de acuerdo. De nada sirve —corroboró Manuela.

—En el fondo me da lástima. Es un chaval que ha perdido a sus padres y que tiene la mala suerte de acabar en casa de unos familiares que no le hacen caso y que, por no molestarse, le toleran todo. A Pedro lo que le pasa es que no se ha sentido querido jamás..., aunque reconozco que es difícil llegar a su corazón —añadió Amanda.

—¿Cómo puede defenderlo? —preguntó Carla asombrada.

—Porque Pedro no es malo. Es idiota y egoísta, pero no es malo. Querida, hay que aprender a buscar más allá de lo que los ojos pueden ver. Las personas somos las consecuencias de todas las experiencias vividas. Siempre hay un porqué.

Pasaron las Navidades en un ambiente triste y gris por la ausencia de Esteban. Manuela, Carla y Rubén estuvieron muy pendientes de la señora Romero y la acompañaron a todas las misas que se celebraron, cosa que Pedro no tuvo la decencia de hacer. Para Carla también fueron unas Navidades tristes, las primeras que no pasaba junto a sus padres disfrutando del exquisito conejo que su madre preparaba con tanto gusto y amor.

Comenzaron enero asentados en una monotonía diaria, cada uno con sus labores. Amanda empezó a estar menos tiempo encerrada en su dormitorio y de vez en cuando se marchaba a pasear por senderos que le hacían perderse durante horas, a pesar del frío y las heladas, acompañada siempre por su bastón y su inseparable mastín. Cuando regresaba, se sentaba delante de la chimenea y allí, seducida por el fuego, pasaba el resto de la tarde. El enorme perro se echaba a sus pies, siempre fiel y leal, y ambos se dejaban envolver por el calor de las llamas y perdían la noción del tiempo en un silencio curador para las almas rotas. Día tras día, los paseos de Amanda se volvieron rutina y cada vez era mayor el tiempo que invertía en caminar seguida siempre por el perro.

El invierno se despidió, dando paso a la primavera, que vino acompañada de días soleados y campos llenos de tímidas flores. El sol parecía tener un efecto confortador en Amanda. Su carácter no era tan apático y volvían a percibirse pinceladas de su carácter bonachón. Se animaba a ir al mercado del pueblo para hacer la compra y allí charlaba con las vecinas. Volvió a retomar quehaceres que tenía abandonados, e incluso alguna que otra vez llevó las vacas a pastar. La alegría volvía lentamente a aquel hogar en el que la tristeza se había anclado durante demasiado tiempo.

Carla, a su vez, parecía ir a contracorriente. La muchacha volvía a estar poco habladora y no tan risueña como de costumbre. Rubén, que empezaba a acostumbrarse a estos cambios, le intentaba quitar importancia, achacándolo a la tristeza que le generaba estar separada de sus padres. No quería discutir con ella, pues cada vez que abordaban el tema de Cadesta acababan enfadados. Por tanto, decidió ignorar la actitud de la muchacha, aunque intentó estar más cariñoso con ella.

Un día, cuando Amanda volvía del mercado de Trejón de comprar varios pollos vivos, anunció a Carla y a Rubén que quería celebrar una cena con ellos y con los padres del muchacho.

—De acuerdo, avisaré a mis padres este mediodía cuando vaya a comer. Vendrán encantados. Pero ¿estará Pedro? Ya sabe que mi madre no le soporta...

—dijo Rubén mientras reía.

—No creo. Normalmente cenamos solas, ¿verdad?

—Sí, rara es la noche que aparece —puntualizó Carla.

—Genial, cuente con nosotros. ¿Y qué celebramos, si se puede saber? —preguntó Rubén con curiosidad.

—Cada cosa a su debido momento. No te olvides de hacerles llegar el recado a tus padres.

—No se preocupe, no se me olvidará —respondió el muchacho guiñándole un ojo a la anciana.

Rubén confirmó la invitación a su regreso, así que mientras los chavales se esforzaron duramente en las tierras, ya que se acercaba la época de sembrar, la señora Romero se dedicó a preparar la cena. Mató los dos pollos retorciéndoles el pescuezo y, tras desplumarlos, se dedicó a limpiarlos y trocearlos. Luego comenzó a guisarlos en una cazuela con una amplia variedad de verduras. Poco más tarde, Nicolás y Manuela se presentaron en la cocina para ayudar a la anciana. Manuela se quedó haciendo compañía a Amanda y Nicolás fue a echar una mano a los jóvenes, que todavía tenían bastantes cosas por hacer. Ya casi anochecía cuando Pedro, que se había levantado de una generosa siesta, empezó a molestar merodeando por la zona. Tras soltar cuatro groserías que fueron ignoradas, se marchó a la taberna a tomar unos cuantos vinos. Por fin terminaron, gracias a la ayuda de Nicolás, y, hambrientos, se sentaron a la mesa que con mucho gusto habían preparado Amanda y Manuela.

Fue una cena tranquila y agradable. Se respiraba paz en el ambiente, tanto que incluso la señora Romero sonrió en alguna ocasión. Todavía no había desvelado el porqué de la reunión, pero estaba claro que se trataba de una buena noticia. Carla fue la única que no disfrutó de la velada. Se la notaba apagada, cansada e incluso pálida.

—Muchacha, ¿estás bien? —le preguntó Nicolás.

—Sí, sí, de verdad. Creo que la comida no me está sentando bien...

—Puede que estés enfermando... —sugirió Manuela.

—Es solo un pequeño dolor de estómago, seguro que mañana me encuentro mejor... —se excusó Carla, apartando un poco el plato.

Rubén, que la conocía de sobra, sabía que algo ocultaba. No se trataba de un dolor de estómago, eso lo tenía claro. Seguramente fuese otra vez esa nostalgia que podía con ella. Tendría que volver a abordar el tema de sus padres y su regreso a Cadesta. Al fin y al cabo, tarde o temprano regresaría, era algo que Rubén sabía inevitable. Le agarró la mano por debajo de la mesa y se

la apretó con cariño. Ella le devolvió el apretón en señal de gratitud mientras le miraba con una sonrisa triste.

Terminaron de devorar el pollo, que fue alabado por todos los comensales, y, tras recoger los platos y cubiertos, sirvieron el café.

—Bueno, ¿nos vas a desvelar ya el porqué de esta celebración? —preguntó Manuela con intriga.

—Está bien. Bueno, como sabéis, últimamente he estado saliendo a dar algunos paseos por mi cuenta. Pues he aprovechado esos paseos para reunirme con varios agricultores.

—¡Anda tú! Qué engañados nos tenías —saltó Rubén sorprendido.

—Calla, anda, no interrumpas —le ordenó su madre.

—Bueno, como os decía, he estado viendo a algunos agricultores que están interesados en varias de mis tierras. El caso es que he llegado a un acuerdo con uno de ellos y me va a comprar dos terrenos: el del camino de las encinas y el que está cerca del río.

—¡Qué bien, señora Romero! No sabe del trabajo que nos libera, esas tierras son muy grandes para trabajarlas nosotros solos —exclamó Rubén aliviado.

—Es una estupenda noticia, Amanda. Así los muchachos no tendrán tanto trabajo y tú tendrás menos preocupaciones —sentenció Manuela contenta por la noticia.

—Me alegra que os alegre. Pero eso no es todo, hay más —dijo la anciana volviendo a captar la atención de todos los presentes.

—¿Va a vender la granja? —preguntó Rubén con preocupación.

—No, querido, no. No tengo intención de vender la granja —le tranquilizó—. Lo que quería deciros es que el acuerdo al que hemos llegado ha sido bueno y que el dinero que me van a dar por ellas voy a repartirlo entre vosotros dos —finalizó mirando a los muchachos.

—¿Cómo dice? —soltó Carla sorprendida.

—Lo tengo más que decidido y no voy a aceptar un no por respuesta —zanjó Amanda.

—Pero ¿cómo vas a hacer eso? Pedro se negará... —apuntó Nicolás atónito por la revelación.

Las parcelas que estaba dispuesta a vender eran extensas y pagarían buenas cantidades por ellas.

—Pedro no se negará porque no se enterará. Esto debe quedar entre nosotros. Al fin y al cabo, a todos nos interesa guardar silencio.

—Amanda..., no tengo palabras para agradecerte lo que vas a hacer por los niños —comenzó a sollozar Manuela mientras le daba un abrazo a la anciana.

—No, Manuela, no. La que no tiene palabras para agradeceros todo lo que habéis hecho por mí soy yo. Me habéis cuidado como si fuese de vuestra familia y en todo momento habéis estado pendientes de mí. Tú, Carla, has pospuesto el regreso con tus padres por estar conmigo, y tú, Rubén, has trabajado noche y día sin parar. Es lo menos que puedo hacer —dijo la anciana emocionada y con la lágrima a punto de caer.

Continuaron de sobremesa un buen rato hablando entre risas y chanzas en un ambiente muy agradable y festivo. Carla, que parecía más contenta, comenzó a tener náuseas y se tuvo que ausentar en dos ocasiones. La segunda vez vomitó la cena entera y se quedó más pálida aún de lo que ya estaba.

—Esta niña no está bien —dijo Amanda.

—Deberíamos llamar al doctor. Puede que con algún brebaje te encuentres mejor —sugirió Manuela.

—No, de verdad, solo tengo que descansar.

—Anda, tómate una manzanilla, a ver si te asienta el estómago —le ofreció la anciana levantándose para prepararla.

Carla aceptó la manzanilla y se la tomó en silencio mientras observaba al resto del grupo. Todos estaban felices por aquel inesperado regalo que les facilitaría la vida considerablemente. Carla también se sentía dichosa, pero no paraba de dar vueltas a sus preocupaciones. Algún día lo tendría que hacer saber... ¿Por qué no en ese momento? Sentía la necesidad de soltarlo de una vez, así que, armándose de valor, les anunció:

—Yo también tengo algo que contar.

Rubén se puso tenso. Manuela miró a su hijo de reojo. Nicolás apoyó los codos sobre la mesa y entrelazo sus dedos. A la pobre señora Romero se le ensombreció el rostro. Todos sabían lo que iba a decir; mucho había tardado en retomar sus planes. Pero, al fin y al cabo, era algo esperado y lo respetaban.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Manuela con cautela.

—No es eso... Creo que estoy embarazada —contestó justo antes de tener otra náusea.

CAPÍTULO 14

Ver a Julia le devolvió la vida. Retomó sus actividades cotidianas: se volvió a hacer cargo de los animales y de sus pobres tierras, así como de los viajes al mercado para vender los frutos obtenidos. Ansiaba volver a verla, era poco el tiempo que había estado con ella, pero saberla sana y salva le daba un poso de tranquilidad y hacía sus días más llevaderos. No había tarde que no se acercara hasta Algarte para intentar verla, pero las negativas de Marcos seguían siendo rotundas.

Muchas mañanas, mientras Juan faenaba, Isabel se acercaba hasta su casa para charlar un poco con él y hacerse compañía mutuamente. Esta siempre se cuidaba de que nadie la viera, y la única persona en todo Cadesta que estaba al tanto de aquellas breves visitas era Carmen. O eso es lo que Isabel pensaba, ya que en un pueblo, y encima tan pequeño como aquel, todo se sabía y la gente comenzaba a murmurar.

—Buenos días, Juan —le saludó una templada mañana Isabel.

—Buenos días. Qué temprano amaneces hoy.

—Sí. La verdad es que no podía dormir. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Tenía ganas de salir para que me diera un poco el aire. Miguel ha estado con dolor de estómago y es un enfermo pésimo, ¿sabes?

—Tiene pinta... —dijo Juan mientras se sonreían.

—En fin, hoy al final ha decidido marcharse a no sé qué pueblo y hasta dentro de tres días no regresa. Además, Elena ha insistido en ir con él y su padre no ha podido negarse, nunca ha sabido decirle que no.

—Vaya, pues me alegro. Así estarás tranquila unos cuantos días.

—Sí, cierto. Encima Carmen me ha invitado a comer. Creo que hace años que no como con nadie que no sea mi marido o mi hija.

—Pues estás de suerte: no conozco a nadie que cocine mejor que Carmen. Sus estofados son famosos en toda la comarca.

—Luego te lo cuento. ¿Irás al mercado?

—Sí, tengo muchos puerros y zanahorias este año, gracias a Dios.

—¿Y a ver a Julia?

—Por supuesto. Nunca he dejado de hacerlo. Marcos sigue empecinado en

no dejarme pasar, pero me consuela mucho que Julia sabe que voy a verla todos los días. Aunque no nos veamos, es lo más cerca que podemos estar el uno del otro.

—Juan..., ya sabes que yo volvería a sobornar a Toñín... —dijo Isabel conmovida por el amor incondicional que Juan profesaba a Julia.

—Escúchame. No tienes que darme explicaciones. Hiciste lo que pudiste y yo te lo agradezco. No debes disculparte.

—Pasé mucho miedo, Juan... Pasé mucho miedo...

Se fundieron en un tierno abrazo mientras Isabel se deshacía en mil lágrimas. Se llevaban bien, y ambos se tenían un cariño que venían arrastrando desde la juventud, en la que habían compartido secretos y besos.

Pasaron parte de la mañana hablando mientras separaban los puerros y las zanahorias en manojos y los colocaban en cestas para después poder llevarlas al mercado de Algarte. Una vez todo organizado, Juan se despidió de Isabel y, con las cestas cargadas en la carretilla, se encaminó hacia Algarte dispuesto a vender toda la verdura que habían preparado.

Por su parte, a mediodía Isabel se presentó en casa de Carmen, donde la esperaba con un fantástico estofado de conejo. Con ellas comió Martín, uno de los muchachos que trabajaba para la anciana y a la que no quitaba ojo. Siempre estaba pendiente de ella, ayudándola en todo lo que podía. Carmen ya estaba mayor, en pocas semanas cumpliría noventa y cinco años, y a pesar de no tener ningún tipo de achaque y preservar la cabeza bien amueblada, no estaba de más que alguien estuviese pendiente de ella; los años, al fin y al cabo, no perdonan.

—Martín me ha ayudado a preparar el estofado, quiere aprender a cocinar. Veremos si está igual de bueno que siempre...

—Seguro que sí —contestó Isabel animada.

No hablaron mucho durante la comida. Para Carmen, cada día que pasaba y que cargaba sobre sí era el equivalente a un año para los demás. Cada vez hablaba menos y estaba más encorvada; aun así, era una mujer muy activa para la edad que tenía. Martín, que de por sí era un muchacho alegre y parlanchín, tampoco estuvo muy hablador, cosa extraña en él. Se le veía incómodo, no disfrutó de la comida, y Carmen intuía que se debía a la presencia de Isabel.

Él era conocedor de la amistad que había surgido entre ambas mujeres, pero no olvidaba de quién era mujer Isabel y la consideraba igual de culpable que su marido por permitir las atrocidades que se habían cometido en Cadesta. En un momento en el que Isabel se ausentó para ir a la letrina que

tenían detrás de la casa, Carmen se lo reprochó:

—¡Deja de ser tan negativo, muchacho! Hagámosle la vida un poquito más fácil, anda, no te cuesta nada. Isabel ha cambiado, ya no es como antes.

—Es que no sabe el esfuerzo que tengo que hacer... ¡Ella es tan mala como él! —dijo Martín empecinado.

—No seas tan cabezota. En todas las casas se cuecen habas. No tienes ni idea de lo que ha pasado la pobrecita.

—¡Ay, doña Carmen! Lo que pasa es que a usted ya la ha engatusado. Algo querrá, hágame caso.

—No digas tonterías, a mí no me ha engatusado nadie.

—Pues yo creo que sí, ya verá como al final acabo teniendo razón. La gente no cambia. El que es malo siempre será malo. Y esta mujer tiene la misma culpa que su marido de todas las cosas que han pasado en Cadesta; permitirlo y no tratar de impedirlo la hace tan culpable como Miguel.

—Bueno, creo que debería marcharme. No quiero molestar... —dijo Isabel entrando de nuevo en la cocina mientras se atusaba el pelo con dignidad.

—No digas bobadas. De aquí no se mueve nadie, haz el favor de sentarte —replicó la anciana.

—Lo siento, Isabel, pero después de todo lo que habéis hecho en el pueblo no puedo verte con buenos ojos —se disculpó Martín mirándola con gesto serio.

—¡Martín! —le reprendió Carmen.

—No se preocupe. Lo comprendo y tiene razón. Pero estoy dispuesta a cambiar y que todos os deis cuenta de que la Isabel de antes ya nada tiene que ver con la de ahora.

—Deberás demostrarlo...

—Y lo haré.

—¿Y cómo lo harás?

—Ayudaré a Cadesta a ser libre, como hace años. Todavía no sé cómo, pero lo haré —afirmó Isabel intentando convencer a Martín con la mirada.

—El día que lo consigas, empezaré a fiarme de ti...

La comida terminó con un sabor agridulce flotando en el ambiente, así que Isabel, tras ayudar a acostarse a Carmen para que descansara un poco, decidió regresar a casa. Tentada estuvo de ir a ver a Juan, pero a esas horas seguramente debía de estar todavía en el mercado de Algarte regateando por los últimos manojos. Se cambió de ropa y se dispuso a limpiar su casa, como todos los días. Le relajaba y le gustaba. Aun teniendo dos criados que la

ayudaban a tener la casa en orden, no había día que no cogiera el trapo y diera un repaso dejando todo a su gusto.

Tras limpiar la cocina, el comedor y las habitaciones, entró en la salita donde Miguel guardaba un montón de papeles y trastos. Esa estancia siempre había sido una leonera; Miguel, aparte de mala persona, era bastante descuidado con sus cosas. Decidió poner algo de orden en aquel cuarto, pero tampoco en demasía; no quería que su marido se enfadara por entrometerse donde no la llamaban, como decía él. Ni siquiera los criados entraban en esa estancia. Era un rincón prohibido de la casa en el que Isabel solo osaba irrumpir cuando estaba totalmente segura de que nadie la veía. Recogió varios papeles del suelo y unos cuantos sobres anudados con un cordel. Isabel, fisgoneando los sobres, leyó que los destinatarios de aquellas cartas eran los Sres. Almazán. Le dio un vuelco el corazón e, imaginándose de quién podrían ser aquellas misivas, sacó algunas de ellas del taco y les dio la vuelta confirmando sus sospechas.

Había decenas de ellas y cada uno de los sobres había sido abierto. Isabel tuvo la tentación de leerlas, pero, conteniéndose, decidió no indagar en la vida privada de su vecino. Colocó todas las cartas una encima de otra y volvió a rodearlas con el cordel. Dejó todo como lo había encontrado y salió de allí con el taco de cartas en la mano.

Estaba dispuesta a llevárselas a Juan para que las leyera, pero tendría que volver a dejarlas en su sitio antes de que Miguel y Elena regresaran. Se volvió a vestir con su elegante vestido de vuelo y se fue directa en busca de Juan. No lo encontró en su casa, así que regresó algo decepcionada y se propuso esperarle hasta que volviese de Algarte.

La espera se le hizo eterna y, sin darse cuenta, se quedó dormida sobre la cama; hacía tiempo que no disfrutaba de tal tranquilidad y aquel descanso le supo a gloria. Cuando despertó, estaba anocheciendo. Pensó que Juan debía de haber regresado ya a Cadesta o poco le faltaba para hacerlo. Se fijó en su casa, que veía desde la ventana, pero no se veía a nadie merodear por allí. Los minutos se le hacían horas y Juan no aparecía, y cuando Isabel estuvo a punto de renunciar a su plan, lo vio aparecer con paso torpe por la calle principal. Estaba claro que había vuelto a beber. Sin dudarlo ni siquiera un instante, Isabel cogió las cartas, las introdujo en su bolso y fue en su busca.

—Isabel, ¿qué haces a estas horas? —preguntó Juan.

—Tengo algo que contarte. ¿Y tú? ¿Qué haces a estas horas y así? Le prometiste a Julia que dejarías de beber... —le recriminó Isabel.

—No te enfades conmigo. En ocasiones aún recurro al alcohol para hacer que todo esto sea más llevadero, pero lo voy a dejar. Lo juro.

—A mí no me tienes que jurar nada. Vayamos a tu casa, tengo algo importante que contarte.

Entraron en casa de Juan, y este fue directo a la cocina, donde cogió dos vasos y un pellejo con vino. Se acomodaron en la mesa de la sala y Juan sirvió. En un principio, Isabel tuvo la intención de rechazarlo; siempre bebía agua natural que le traían de un manantial a pocos kilómetros del pueblo. Sin embargo, por un vino que tomase no pasaría nada. Así que, brindando con Juan, dio el primero de los muchos tragos que tomaría aquella noche.

—Juan, he encontrado algo en casa. Lo único que te pido es que me lo devuelvas para que Miguel no se dé cuenta de que lo he cogido, ¿vale?

—De acuerdo, tú dirás..., ¿de qué se trata?

Isabel sacó de su pequeño bolso el taco de cartas y lo tiró encima de la mesa. Juan se quedó anonadado. Isabel conocía que Juan no sabía ni leer ni escribir, su infancia la pasó ayudando a sus padres en el campo y no tuvo ocasión de asistir a la escuela. Pero su mirada brilló por un momento, intuyendo de qué se podría tratar.

—¿Son de Carla? —preguntó en una mezcla de emoción y temor.

—Son de Carla —afirmó Isabel.

—¡Oh, Dios mío! ¡Hay un montón de ellas! Ha estado escribiendo todo este tiempo...

—Las encontré hoy tiradas en el suelo, y todas abiertas.

—Isabel, léemelas, por Dios te lo pido —le suplicó Juan.

Pasaron la noche entre vinos y cartas, celebrando la buena situación de su hija. Juan se puso al día de la vida de Carla: de cómo había encontrado un buen trabajo, que había decidido quedarse allí por una temporada, de lo bien que la cuidaban y la trataban... Juan, que se encontraba abrumado por todas las noticias que le había desvelado Isabel, no pudo contener las lágrimas y rompió a llorar, feliz de saber que a su hija las cosas le iban bien. Estaba sana y salva y vivía con buenas personas que parecían encargarse al detalle del bienestar de su hija; no podía pedir más, aunque no pudo evitar sentir una punzada de dolor al saber que su hija se encontraba tan lejos de Cadesta. Aun así, las noticias eran buenas y eso lo reconfortaba. Bebieron y celebraron por las buenas nuevas, ambos borrachos y felices.

—Voy a mirar a ver si queda algo de vino en la alacena... —dijo Juan levantándose con dificultad de la silla.

—Te acompaño —anunció Isabel con hipo.

Fueron hasta la cocina a mirar en la alacena y en las baldas de alrededor, pero no encontraron nada.

Algún saquito de harina, una cesta con verduras..., pero no había ni rastro de la sangre de Cristo. Así que dieron media vuelta con paso vacilante y ambos chocaron con tan mala suerte que Isabel acabó cayendo al frío suelo de baldosas. Empezaron a reír con ganas y Juan ayudó a la mujer a levantarse, asiéndola por las manos. Cuando consiguió incorporarse, ambos cuerpos quedaron muy cerca el uno del otro y por un instante se sumieron en un denso silencio en el que se miraron fijamente a los ojos, como hacía años, cuando eran jóvenes.

Isabel, sin saber muy bien lo que hacía, pero dejándose llevar por su instinto, rodeó el cuello de Juan con sus brazos y le besó. Volvieron a quedar el uno junto al otro, con los rostros muy cerca y las frentes apoyadas, pero Juan no reaccionaba y su cara era de desconcierto. Isabel se arrepintió al momento y comenzó a culparse por su atrevimiento, separándose de Juan con la intención de regresar a su casa, muy avergonzada. Pero justo en ese instante, Juan, más ebrio que Isabel, la cogió por la cintura y, pegándola a él con decisión, le devolvió el beso con una pasión irrefrenable.

CAPÍTULO 15

La noticia cayó como una bomba en el centro de la mesa. Un silencio incómodo se instaló durante un largo rato en el que nadie supo qué decir. Rubén permanecía paralizado con los ojos abiertos como platos, Manuela comenzó a ponerse nerviosa mientras se frotaba la frente, Amanda miraba a la muchacha a la vez que le acariciaba la mano, mientras que Nicolás parecía ser el único al que no le había afectado la noticia.

—¿Qué esperabais? Son críos. No serán ni los primeros ni los últimos a los que les pase esto sin estar casados —dijo Nicolás intentando poner algo de sentido común al nerviosismo general que se había instalado en la estancia.

—Madre mía... ¡Es pecado, es pecado! Además, ¿qué dirán en el pueblo de nosotros? —chilló histérica la madre de Rubén.

—Calma, Manuela. Los muchachos se casarán en cuanto puedan y ya está —dijo su marido.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —preguntó Rubén molesto.

—No quería preocuparte. Además, quería asegurarme de que realmente lo estaba.

—¿De cuánto estás? —quiso saber la anciana.

—De unos tres meses más o menos.

—Deben casarse ya, sin falta. Me pondré mañana a ello. Hablaré con el cura para que os case cuanto antes —empezó a planificar Manuela en voz alta con nerviosismo.

Lo que en un principio había empezado como una cena festiva y alegre acabo convirtiéndose en un ambiente tenso y frío. Por un momento, Carla se sintió culpable..., pero ¿y Rubén? Tenía la misma culpa que ella, pensó enfadada, pero no quiso empeorar las cosas acusándole, ya que de nada iba a servir discutir sobre quién tenía más culpa de los dos. Dieron por finalizada la reunión y, mientras las mujeres recogían, Rubén y Carla aprovecharon para ausentarse y poder hablar.

—Estaba convencido de que estabas así por lo de tus padres. Pero como no quería discutir, no te pregunté...

—En parte tiene que ver. Esto cambia todos mis planes. No contaba con ello, la verdad —explicó Carla muy entristecida.

—¿No te hace ilusión ser madre?

—¡Claro que me lo hace! Es solo que no me lo esperaba. Tengo que asumirlo... ¿Y a ti? ¿Te hace ilusión?

—¡Yo sí que tengo que asumirlo, que me acabo de enterar hace unos minutos! —dijo él mientras reía nervioso—. Pero supongo que sí. Además, por fin me salgo con la mía y consigo que te cases conmigo —concluyó Rubén mientras la abrazaba.

—¿Te das cuenta de cómo en un momento te cambia la vida? Éramos unos pobres chicos a cargo de una granja y de la noche a la mañana nos llueve dinero del cielo, nos vamos a casar y, encima, vamos a tener un bebé. La vida es un continuo cambio, para bien o para mal...

—Espero que para bien... ¿Vas a escribir a tus padres? Seguro que les alegra un montón la noticia.

—Sí, supongo que lo haré aunque no sirva de nada...

—Tenemos que tener nuestra propia casa; además, ahora con el dinero de Amanda podremos comprarla. Sé de una casita aquí cerca. Es del padre de la maestra que falleció hace poco y la tienen en venta, ella se ha ido a vivir a la ciudad y está cerrada.

—Rubén, poco a poco. Mañana seguiremos hablando. Hoy no me encuentro muy bien y necesito descansar.

Carla se retiró al dormitorio tras despedirse de todos. Se sentía más cansada de lo habitual; haber contado lo del embarazo le había supuesto un esfuerzo que la había dejado agotada, aunque en el fondo se sentía liberada. Ya no tendría que seguir cargando con aquella responsabilidad ella sola.

Rubén y sus padres se marcharon, no sin antes quedar en verse la mañana siguiente por insistencia de Manuela para empezar con los preparativos del casamiento, y dejaron sola a la señora Romero, que fue hasta el dormitorio de Carla y llamó a la puerta con unos suaves golpes. La muchacha la recibió echada en la cama a oscuras, aunque no conseguía conciliar el sueño. Amanda, que era capaz de recorrer cada rincón de la casa con los ojos cerrados, entró en el oscuro cuarto y fue directa hasta la mesilla donde descansaban un par de velas. Encendió una y, dejándola con cuidado en el candelabro de latón, se sentó en la cama junto a la muchacha.

—Ya lo sabía —le dijo la anciana acariciándole el pelo.

—¿Cómo es posible? He intentado ser discreta...

—A las mujeres no se nos engaña con tanta facilidad como a los hombres. Llevas semanas fatigada, duermes más de lo normal, rechazas comida que antes

adorabas y no es el primer día que tienes náuseas... Por muy discreta que seas, esas cosas no puedes ocultarlas... Pero, dime, ¿eres feliz?

—No lo sé... Siento que esto me viene grande, y me ahogo al pensar que no tengo el apoyo de mis padres —explicó la muchacha mientras las lágrimas caían de su verde mirada.

—No tienes el apoyo de tus padres, pero me tienes a mí. No te preocupes por nada. Nos tenemos la una a la otra. Tú cuidas de mí, yo cuido de ti y ambas cuidamos del bebé, ¿de acuerdo?

—Gracias, señora Romero, es usted demasiado buena.

—¿Sabes? A mí me hace especial ilusión este bebé, es lo más parecido que voy a tener a ser abuela —afirmó Amanda mientras le tocaba el vientre.

—No diga tonterías... ¡Será abuela! —exclamó Carla mientras las dos reían.

Pasaron largo rato haciendo conjeturas sobre el futuro bebé: el sexo, a quien se parecería, como le llamarían... Hasta que Carla, que estaba exhausta, se despidió de la señora Romero con un fuerte abrazo y su fiel beso de buenas noches.

En un par de semanas, Manuela fue capaz de organizarlo todo para que el casamiento se llevara a cabo. Día tras día iba a ver al párroco de Trejón para reiterar en la importancia de celebrar la unión de Carla y Rubén cuanto antes, por el amor que se profesaban y la ilusión que les hacía. Finalmente, no se sabe si por caridad cristiana o por agotamiento, el cura acabó cediendo. Con cara cansada y con el brazo en el hombro de Manuela, asentía de manera repetitiva:

—Está bien, está bien. Los casaré. No te preocupes más, mujer. Los casaré —decía con gesto de resignación.

El día de la boda fue una mañana clara y despejada, aunque el frío quiso asistir también al evento. Amanda se encargó de ajustar su propio vestido de novia para que pudiese encajar en el flaco cuerpo de la muchacha. Manuela, que era una ferviente cristiana, no veía con buenos ojos que se casara de blanco:

—¡El blanco simboliza pureza! —exclamaba echándose las manos a la cabeza.

—Deja a la muchacha que se case como le dé la gana —la reprendía Nicolás.

Amanda también le zurció una chaqueta de lana que miles de polillas se habían empeñado en hacer desaparecer. La anciana maldecía para sí. Ella, que se había casado con aquella chaqueta en el día más feliz de su vida, y había

terminado siendo comida para insectos. Rubén, por su parte, vistió un elegante traje de cuando su padre era joven y, aunque estaba un poco desgastado, le quedaba como un guante. Ambos estaban guapísimos.

La ceremonia fue muy emotiva y ni Amanda ni Manuela pudieron contener las lágrimas cuando los muchachos sellaron su amor con un tierno beso y se convirtieron en marido y mujer. La gente de Trejón también se emocionó. Carla y Rubén eran chicos queridos en el pueblo y el amor que se tenían hacía que muchos de ellos recordaran al que alguna vez vivieron de adolescentes. Una vez terminada la misa, se dejaron felicitar entre abrazos, arroz y sonoros besos al grito de «¡Qué vivan los novios!».

Comieron en casa de los señores Romero, donde degustaron una espectacular combinación de exquisitos platos preparados por Amanda y Manuela. Pedro, que también estuvo en la comida, se encargó de dar el punto amargo al casamiento, pero era tal la felicidad que se respiraba en el ambiente que todos le ignoraron haciendo caso omiso a sus absurdidades.

—Menuda paliza de misa, a ese cura deberían echarlo de una patada... —espetó Pedro.

—¿Os habéis fijado en cómo lloraba la panadera? —preguntó Manuela excitada.

—Sí, hija, sí. La Paquita se emociona con cualquier cosa.

—A mí me temblaban las piernas... —comentó Carla con una sonrisa.

—Lo he notado, casi me entra la risa —dijo Rubén divertido.

—Yo, si lo sé, no voy —siguió diciendo Pedro.

—¿Y lo guapa que estaba la costurera? ¡Qué elegante!

—Sí, es verdad, le favorecía mucho ese color.

A Pedro le ignoraron de tal manera que, en un momento dado, decidió ausentarse con la excusa de echarse la siesta mientras los demás seguían de celebración. Fue un día feliz para todos.

Carla se dio una tregua y, a pesar de echar en falta a sus padres, decidió disfrutar de su día junto a Rubén. Se sentía afortunada. Era un chico amable, respetuoso y muy cariñoso. Siempre estaba pendiente de ella, intentando hacerle la vida más fácil. No se merecía a alguien como él. O, mejor dicho, él se merecía a alguien que no le diese tantos quebraderos de cabeza como ella. Estaba enamorada de él, pero no podía evitar acordarse en muchas ocasiones de Cadesta con sentimientos de culpa y pena. Siendo consciente de que empezaba una nueva vida, se propuso valorar desde ese día lo que tenía y dejar de lamentarse por el pasado. Ya tendría ocasión de reencontrarse con sus

padres. Era hora de centrarse en el presente. Un bebé venía en camino, y eso era lo realmente importante. Ya le daría el tiempo la oportunidad de retomar su propósito frustrado.

A pesar de ser un día de enlace, la granja no entendía de celebraciones, así que a media tarde ambos muchachos se fueron a dar de comer a los animales mientras que Amanda se llevó las vacas a pastar. Nicolás y Manuela también se ausentaron, ya que no se podían permitir el lujo de estar un día entero sin faenar, pero volvieron de nuevo al anochecer y siguieron celebrando el reciente matrimonio comiendo las sobras que habían quedado del mediodía.

Estaban agotados, pero el día había sido extraordinario y la noche se les echó encima sin que ninguno de ellos se diera cuenta. Pedro, como de costumbre, se marchó a tomar unos vinos a la taberna del pueblo, cosa que todos agradecieron.

—He estado hablando con la maestra sobre la casa de su padre. Como sabéis, ellos no la usan porque no viven aquí. El precio es razonable y, a pesar de que la casa es vieja, con unos cuantos arreglos aquí y allá yo creo que podríais apañaros —informó Nicolás en la sobremesa.

—Es una buena idea. Además, tiene el terreno suficiente —comentó la anciana.

—A mí me gusta —declaró Rubén.

—Pues ya está todo dicho, comprémosla —sentenció Carla con una gran sonrisa.

Brindaron por el nuevo hogar de los muchachos, por el casamiento y por el bebé que venía en camino. Amanda lloraba emocionada, recordando al difunto Esteban, que hubiera vivido aquel enlace como si de sus propios hijos se tratase. Fue un día entrañable en el que todos acabaron agotados por la explosión de sentimientos vividos.

Como la compra se iba a realizar en los siguientes días, Carla y Rubén decidieron seguir viviendo cada uno en sus respectivas casas; total, ellos ya habían disfrutado de muchas noches de bodas. Tendrían tiempo de disfrutar de la intimidad cuando tuviesen la suya propia. Esa noche, Carla, contenta con la decisión que había tomado, empezó a deleitarse con su propia felicidad. Se había casado con un chico al que amaba, con el que iba a tener un bebé y su propio hogar. No podía ser más feliz. Más adelante se encargaría de poder ver a sus padres. No podía empeñar su vida a la angustia. Cada cosa en su debido momento; y ese era su momento y estaba dispuesta a disfrutarlo.

CAPÍTULO 16

Juan se levantó de la cama temprano y, tras asearse un poco y comer algo, se puso a trabajar en las tierras. Ya llevaba tiempo haciéndolo cuando Isabel apareció por los alrededores de la huerta con timidez.

—Buenos días —saludó la mujer.

—Buenos días —respondió él bastante hosco.

—Verás, Juan, quería hablar contigo sobre lo que pasó anoche...

—Isabel —la cortó con autoridad—, será mejor que te marches. —Y sin más dilaciones, siguió con sus tareas sin hacerle caso.

La mujer, tras alisarse el vestido con ambas manos, se despidió de Juan con el orgullo dañado y salió de los terrenos de la familia Almazán. Se sentía fatal. Se había dejado llevar por la falta de cariño que llevaba años arrastrando y por el exceso de alcohol. Todos sus propósitos de ayudar a Juan se habían reducido a la nada. Tratando de echarle una mano, lo único que había conseguido era inmiscuirse en un matrimonio unido y feliz, y encima perder la amistad de una de las pocas personas que la trataban con respeto de verdad y no con temor y repulsión, como el resto de los habitantes de Cadesta.

Abatida, se dirigió a casa de Carmen para contarle lo sucedido. No podía vivir con aquello, necesitaba confesárselo a alguien, y ella era la única persona a la que podía confiarle un secreto como aquel.

Martín le abrió la puerta con recelo tras escuchar los insistentes golpes que Isabel no paraba de dar en ella.

—Buenos días, señora Beltrán.

—¿Está Carmen? —preguntó con avidez sin ni siquiera saludar.

—Está descansando en la cama, hoy no se encuentra muy bien.

—Déjame pasar, yo cuidaré de ella. —Y tras hacerse hueco entre la puerta y Martín, se deslizó al interior de la casa y fue directa hasta el dormitorio de Carmen.

La habitación estaba bastante oscura, ya que no había ventana, y solo la tenue luz titilante de una vela bastante derretida aclaraba un poco la estancia. Isabel se acercó hasta la cama donde descansaba la anciana y se sentó junto a ella con cuidado de no despertarla. Carmen abrió ligeramente los ojos y cogió la mano de Isabel.

—¿Cómo te encuentras? Me ha dicho Martín que no estás bien.

—Estoy cansada. Los años pesan cada día más y yo ya estoy muy mayor.

—No te preocupes, yo cuidaré de ti. Tomando unos buenos caldos y con algo de reposo, estarás como nueva en muy pocos días. Ahora, intenta dormir mientras yo me encargo de todo, así Martín podrá volver a encargarse de las ovejas.

Y así lo hicieron. Martín regresó junto a su compañero a hacerse cargo del rebaño de ovejas a regañadientes. No soportaba que la señora Beltrán le dijese lo que tenía que hacer, así que se marchó farfullando y echando un par de improperios, a los que la mujer hizo caso omiso. Isabel cocinó un sabroso caldo con todas las verduras que encontró, algo de pollo y, sobre todo, mucho ajo. En su casa este se había usado como medicamento natural, ya que siempre había sido recomendado para la falta de energía y proveía de protección contra todo tipo de males. Cuando Miguel o Elena enfermaban, siempre les preparaba caldo de verduras con puñados de ajo, y nunca fallaba. Y como era de esperar, el caldo de Isabel ayudó a Carmen a recuperar energía, haciendo que a media tarde se encontrara mucho mejor.

—Debes quedarte descansando en la cama. Esta noche te volveré a dar caldo y podrás incluso comer un poco. Ya verás qué bien te vendrá. Mañana estarás como nueva.

—Gracias, Isabel. ¿Por qué no vas a tu casa a descansar? Llevas todo el día a mi lado, debes de estar cansada.

—No te preocupes, no lo estoy. Además, prefiero estar acompañada.

—Vete a ver a Juan, estará ya de vuelta. Hoy no has ido a verle.

—¡Ay, Carmen! Tengo algo que contarte...

—¿Qué ha pasado ahora? No me asustes, por Dios...

—No sé ni por dónde empezar. Verás...

La mujer le contó que había encontrado las misivas de Carla ordenando su casa y que había decidido mostrárselas a Juan. Le narró cómo este llegó borracho a Cadesta y que ambos bebieron en su casa mientras Isabel le leía las cartas de su hija. Que, en mitad de la noche, en la que la alegría y el alcohol les mantenían en un estado de felicidad inalterable, ella le besó. Le contó que Juan en un principio dudó y que, cuando ella estaba a punto de marcharse, él le devolvió el beso con pasión irrebatible. Le contó también cómo ambos fueron hasta el dormitorio del matrimonio y allí se dejaron llevar haciendo el amor como hacía mucho tiempo —por lo menos ella—, hasta que, rendidos, se quedaron dormidos mientras se abrazaban.

Carmen, escandalizada por todo lo que estaba escuchando, se incorporó de un brinco en la cama y comenzó a reprochar a Isabel su conducta como si de una niña pequeña se tratase.

—Pero... ¿en qué estabas pensando? ¿Cómo has podido? ¿Tú no sabes que entrometerse en los matrimonios de los demás está mal? Eso no se hace... —la reprendía Carmen sin dar crédito.

—Por favor, ya sé que está mal. No te lo cuento para que me culpes, sino porque necesito desahogarme. No estoy orgullosa de lo que he hecho.

—Solo faltaría... ¡Y Juan igual! Llorando por las esquinas por Julia y, en cuanto tiene ocasión, la engaña con la primera que pilla...

—Carmen, hazme el favor de guardar el secreto. Esto quedará entre él y yo. Nadie más debe saberlo —le pidió Isabel mientras agachaba la cabeza intentando ocultar la vergüenza que sentía reflejada en su rostro.

—Preferiría que no me hubieses contado nada.

—Lo siento, solo buscaba consuelo. Haz reposo, debes descansar. Adiós, Carmen, siento haberte molestado —dijo Isabel, apenada por la situación.

Y se marchó a su casa, donde se pasó el resto de la mañana llorando, arrepentida por lo que había sucedido, y sin saber qué hacer. Estaba tranquila por Carmen, pues a pesar de ser una anciana tozuda de ideas fijas, era una buena persona, y estaba segura de que no contaría algo así. Pero le preocupaba Juan. Sentía una necesidad imperiosa de hablar con él, aunque el rechazo que había mostrado a primera hora de la mañana le dejaba claro que él no estaba dispuesto a hablar nada con ella.

El resto del día lo pasó poniendo la casa a punto, ya que al día siguiente llegarían Miguel y Elena y quería tener todo en orden. Lo primero que hizo fue dejar las cartas donde las había encontrado para que Miguel no las echase en falta. Después, tras dejar la casa impoluta y asegurarse de que los criados habían lavado, planchado y doblado la ropa, y habían dejado la cena preparada antes de que se marcharan a sus respectivas casas, se dispuso a leer uno de sus libros preferidos, con la intención de evadirse de sus preocupaciones, en un mullido sillón. Justo cuando abrió el libro, escuchó unos ligeros golpes en el lado principal de la vivienda. Alguien llamaba a la puerta. Por su rápida cabeza, pensó que sería Martín para informarle de una considerable desmejora en el estado de salud de Carmen, condicionado por el disgusto que ella le había generado unas horas antes. Se levantó rápidamente del sillón preocupada por la anciana y, cogiendo una toquilla con la que se cubrió los hombros, fue hasta la puerta y la abrió. Tal fue su sorpresa cuando se topó de frente con Juan

que tuvo que apoyarse en el pomo de la puerta mientras intentaba serenar sus pulsaciones.

—Hola... —saludó nerviosa Isabel.

—Hola, ¿puedo pasar?

—Claro, pasa, pasa —le invitó haciéndole sitio para dejarle entrar.

Isabel dirigió a Juan hasta la sala principal, en la que disponían de varios sillones, una librería con infinidad de ejemplares y varios cuadros que representaban escenas de caza con perros. Juan se acomodó en uno de los sillones y suspiró con fuerza. Olía a alcohol y era evidente que había pasado el día bebiendo otra vez, aunque no estaba borracho en esa ocasión.

—Así que esta es la casa de nuestro señor —dijo mirando a su alrededor.

—¿Quieres comer o beber algo? —le ofreció Isabel.

—No, gracias —rechazó con un gesto de la mano.

Isabel se sentó en un sillón cercano al de Juan y ambos cayeron en un tenso silencio. Tras unos instantes de duda, en el que el hombre no sabía cómo afrontar el tema, acabó diciendo:

—Isabel, preferiría que nadie supiese lo que ocurrió anoche. He engañado a mi mujer y no tengo valor de confesarle lo que he hecho. Por lo tanto, he decidido hacer borrón y cuenta nueva. No quiero causarle más dolor. Bastante tiene la pobre mujer con estar encerrada en los calabozos.

—No te preocupes. Yo soy la primera interesada en que nadie sepa nada —le dijo mientras le señalaba un retrato de Miguel posando orgulloso con uno de sus mejores trajes a rayas—. Me mataría, te lo aseguro.

—¿Se lo has contado a Carmen?

Isabel comenzó a retorcerse las manos con movimientos repetitivos. En un principio no quería confesarle a Juan que se había sincerado con la anciana, pero ¿de qué servía mentirle?

—Sí. Esta misma mañana he ido directa a verla. Necesitaba desahogarme. Pero Carmen no dirá nada, estoy segura.

—¡Joder, Isabel! Te ha faltado tiempo para airear el chisme —exclamó Juan irritado.

—Si tú no me hubieras invitado a marcharme y lo hubiésemos hablado, no le hubiera contado nada —contestó Isabel ofendida.

—Bueno, bien. No he venido a discutir. Quería pedirte un favor.

—¿De qué se trata?

—Quiero que me ayudes a escribir una carta a Carla. Yo no sé escribir, ya lo sabes...

Isabel aceptó ayudarle y, entre ambos, uno redactando y la otra escribiendo, pasaron el resto de la tarde hasta que la noche se presentó sin que ellos se dieran cuenta. En la carta, su padre le ponía al corriente de todo lo que habían vivido. No le contó que Julia se encontraba presa, no tuvo valor. Decoró la verdad con pinceladas de normalidad. Le contó que todo seguía igual en Cadesta, que ambos estaban bien, aunque el vacío que la muchacha había dejado era irreparable. Le contó que Miguel había interceptado sus cartas y que hasta ahora no habían tenido noticias suyas.

Terminaron la carta y, ante la insistencia de Isabel, Juan se quedó a cenar con ella. La mujer le comentó el bajón de salud de Carmen, y ambos decidieron ir a visitarla al día siguiente por separado, para no alterar más los nervios de la pobre anciana. Se despidieron con cierta tensión; no hubo ni besos ni abrazos.

Ninguno de los dos volvió a hablar sobre la noche anterior. Cada uno, en su respectiva casa, en su respectivo dormitorio, en su respectiva cama, recordó aquella pasión que se había desatado entre ambos: Juan con rabia e impotencia por traicionar a su mujer, Isabel con melancolía y anhelo de haberse sentido querida después de tanto tiempo. Habían pactado no hablarlo con nadie y que jamás se volvería a repetir, pero inevitablemente y, aunque no lo quisieran, se habían despertado viejos recuerdos de un amor pasado.

CAPÍTULO 17

La sensación que Carla experimentó al leer la carta de sus padres, casi un año después de la precipitada marcha de Cadesta, fue indescriptible. La muchacha llegó a leerla hasta diez veces seguidas mientras cientos de lágrimas de felicidad caían de sus verdes ojos por aquella inesperada sorpresa. La carta no solo traía noticias sobre sus padres, también la tranquilidad que tanto había anhelado durante aquel largo año de ignorancia e incertidumbre. Carla se había quitado esa espina que la atormentaba y que no le dejaba disfrutar de todo aquello que la rodeaba, incluso haciéndola sentir culpable y egoísta en ocasiones.

Sus padres se encontraban bien y el año parecía haberlos tratado con benevolencia: no pasaban hambre y salían adelante vendiendo los alimentos que las tierras les brindaban, ya que con la cosecha de trigo no era suficiente. Cadesta había vuelto a la normalidad después del alboroto de la muerte del padre Carlos y todos los vecinos parecían haber pasado página. Sus padres le explicaban el motivo de la ausencia de noticias durante tanto tiempo y le facilitaban la dirección de Carmen para poder seguir manteniendo correspondencia. Eran noticias muy buenas y, por ello, motivo de celebración. Tras darle una y mil veces las gracias al lechero, el encargado de hacerle llegar la misiva, fue en busca de la señora Romero para darle la buena nueva. Amanda, sorprendida por la noticia, corroboró la idea de Carla e insistió en encargarse de los preparativos de la comida.

Rubén y Carla faenaron toda la mañana. Ella, a pesar de estar embarazada y tener una barriga que empezaba a sobresalir con timidez por debajo de su camisa, trabajaba como la que más e insistía en que no estaba enferma y aseguraba siempre que se encontraba bien. Rubén, conocedor de la tozudez de la que ahora era su mujer, intentaba hacerse cargo de las obligaciones más pesadas anticipándose a la muchacha antes de que esta se diera cuenta. Cuando era Carla la que se adelantaba al muchacho, este le proponía hacer otras tareas no tan laboriosas, pero ella siempre se sentía ofendida y alegaba que era perfectamente capaz de cualquier cosa a pesar de su estado.

—Déjame, yo hago eso, anda —le dijo un día Rubén quitándole la pala con la que estaba cogiendo las excrementos de las vacas para usarlo de estiércol y fertilizar las tierras más adelante.

—Pero ¿qué te crees, que no puedo o qué?

—Anda, saca a las gallinas un poco y dales algo de maíz. Déjame a mí esto, no te vayas a hacer daño.

—Rubén, deja de tratarme como si estuviese enferma, por favor. Me pone mala. Vete tú a sacar las gallinas —contestó malhumorada dándole un pequeño empujón mientras volvía a apoderarse de la pala.

—Cabezota... —murmuró el joven, alejándose hacia las jaulas.

Comieron en casa de la señora Romero, ya que la joven pareja todavía no había adquirido su nuevo hogar, aunque eran pocos los días que les quedaban de espera.

—No sabéis lo afortunados que sois. Cuando yo era pequeño, ayudé a mi padre a construir la casa en la que nosotros vivimos ahora. Cuando una pareja se casaba, lo normal era ir a vivir a casa de los padres de uno de los dos. En el caso de mi padre, ambas casas eran demasiado pequeñas, así que mientras estuvo viviendo con mis abuelos, en su tiempo libre se dedicó a construir su propia casa. Yo recuerdo, cuando era muy pequeño, hacer junto a mi padre el adobe: una masa con agua, barro y paja. Luego lo metíamos en moldes de madera para dejarlos secar. A los pocos días se les daba la vuelta y sacábamos bloques que servían para construir las paredes... —les contaba Nicolás.

—A mí me sigue dando pena que no vengáis a vivir con nosotros. Podríamos haceros hueco y, aunque algo apretados, estaríamos juntos —añadió Manuela mirando a su hijo con tristeza.

—Mamá, ya lo hemos hablado. No estaríamos bien. Es lo mejor.

Amanda también les había ofrecido vivir en la granja, pero hablándolo con ellos habían acabado rechazando la oferta. La anciana tenía la mente más abierta que la fiel devota Manuela y entendía que los muchachos necesitaban espacio e intimidad. Además, ella en realidad ni siquiera era familiar de ninguno de los dos y, si hubieran decidido quedarse en su casa, eso hubiese generado una indignación tal en la madre de Rubén por sentirse menospreciada que comprar aquella casa se convertía sin duda en la mejor de las opciones.

Los meses fueron pasando en el pueblo de Trejón hasta que llegó el verano, que fue bienvenido por todos los habitantes. Era una estación fructífera, pero a su vez muy dura. Se trabajaba sin parar bajo temperaturas muy altas y las jornadas eran mucho más largas que en invierno, ya que se aprovechaban todas las horas de luz que el sol les obsequiaba.

La pareja se mudó a los pocos días de la comida a la casa del padre de la

maestra, que se encontraba muy cerca de la plaza. Estaba a medio camino de la granja de la señora Romero y de la casita de los padres de Rubén, cada una a un lado del pueblo. Amanda, que no cejaba en su empeño de favorecer a la joven pareja, les regaló un par de lechones y una docena de gallinas para que obtuviesen sus propios huevos y en un futuro pudiesen hacer matanza. Los muchachos, a su vez, seguían trabajando en la granja con el mismo empeño que el primer día. Se esforzaban como si fuesen sus propios animales, y labraban y sembraban las tierras con un cariño sincero que solo alguien que vive de ellas podría entender. Cuando terminaban la jornada, Carla se encargaba de alimentar sus animales y recoger los huevos, mientras que Rubén preparaba un terreno colindante a la casa, arrancando malas hierbas y retirando pedruscos, para crear una huerta algo pequeña, pero suficiente para saciar sus necesidades y las de su familia.

En la casa no hubo mucho que hacer. La habían comprado amueblada, tal cual se había quedado cuando fallecieron los padres de la maestra, y entre Carla, Amanda y Manuela la habían limpiado a fondo, dejándola como nueva. La joven, entre todos sus quehaceres, siempre encontraba un hueco para escaquearse por los caminos de los alrededores y recoger un puñado de amapolas que con cariño y cuidado ponía en un pequeño jarrón de cristal con un poquito de agua en el centro de la mesa. Desde que tenía uso de razón, Carla recordaba cómo su madre y ella iban en busca de amapolas, la flor predilecta de ambas, en época estival. Desde principios de abril, cuando la colorada flor comenzaba a asomar por las praderas, madre e hija aprovechaban las últimas horas de la tarde para recoger las delicadas flores y ponerlas en un jarrón que con mucho gusto Julia colocaba en el centro de la mesa. La joven emulaba aquel bonito ritual en honor a su madre. Era una manera de sentirla cerca, y aquella rutina apaciguaba el dolor de la distancia que había entre ellas. «Ahora sí estoy en casa», se decía tras colocar el jarrón de cristal en el centro de la mesa.

Todos parecían haber ganado con la compra de la casa de la pareja. Los padres de Rubén estaban más cerca, y eran muchas las noches que Manuela se acercaba para poder disfrutar de la compañía de su hijo y su nuera. Los muchachos, por su parte, gozaban de la intimidad que no habían tenido hasta entonces, afianzando cada vez más su relación. Sin embargo, hubo daños colaterales; no todos ganaron. La señora Romero, al marcharse Carla, tuvo que soportar las insolencias de su sobrino Pedro ella sola. Era poco el tiempo que pasaban en común. Pedro era un holgazán y gran parte del día estaba

durmiendo, mientras que el resto lo aprovechaba para beber hasta altas horas de la madrugada. Pero los pocos momentos en los que estaban juntos, los hacía especialmente insufribles.

Aprovechando la ausencia de los jóvenes, Pedro arremetía contra la anciana haciéndole desprecios, incluso llegándola a humillar en muchas ocasiones en las que el alcohol hablaba por él. Amanda, a pesar de ser una mujer sensible y bondadosa, estaba curtida en desgracias vividas en el pasado y quitaba hierro al asunto. Intentaba hacer caso omiso de las impertinencias de su sobrino, pero el tiempo iba pasando y tanto Carla y Rubén como Nicolás y Manuela se percataron de cómo lentamente la convivencia con Pedro estaba haciendo mella en la anciana.

—Deberíamos traernos a la señora Romero aquí, con nosotros. El idiota de su sobrino la trae por el camino de la amargura —le propuso un día Carla a Rubén, ya en su casa.

—El otro día me contaron que varios jóvenes del pueblo le dieron una buena tunda por bocazas. Si es que es imbécil... Habla mañana con ella, a mí no me importa.

Al día siguiente, Carla sacó un rato para estar con Amanda y le propuso mudarse con ellos. La respuesta de la anciana fue rotunda:

—¡Ni hablar! A mí este no me saca de mi casa —respondió Amanda con autoridad.

—Señora Romero, piénselo bien. ¿Qué necesidad tiene de estar en estas circunstancias en su propia casa? Véngase conmigo.

—Lo tengo clarísimo: de mi casa no me mueve nadie, y menos él —zanjó Amanda.

—Piénselo al menos, por favor.

Amanda nunca cambió de opinión y, a pesar del malestar que le creaba la convivencia con su sobrino, siguió soportando su maltrato.

Mientras tanto, la barriga de Carla fue creciendo a pasos agigantados y, según los cálculos de la señora Romero y de Manuela, poco quedaba ya para que naciera la criatura. Tenía una tripa enorme y comenzaba a andar con las piernas un poco separadas y bastante lentitud mientras se sujetaba la barriga por debajo con ambas manos. Cuando llegaba a casa por la noche, exhausta después de todo el día trabajando, se sentaba en la cama con los pies en alto. Tenía los tobillos como un caballo y el calor del verano le estaba complicando el último tramo del embarazo, así que, a pesar de su testarudez por querer seguir yendo a la granja y para satisfacción de Rubén, dejó de trabajar. El bebé

le apretujaba las costillas, y muchas veces, entre las altas temperaturas que hacía por las noches y la sensación de falta de aire cuando el bebé la oprimía, dejaban a la muchacha sin dormir, lo que provocaba que al día siguiente estuviese agotada.

Manuela le comentó que conocía a una famosa partera además de curandera. De hecho, esta misma había sido la responsable de traer al mundo a su hijo. A Rubén le hacía especial ilusión que fuese la misma comadrona la que ayudara a Carla a parir; aunque de todas maneras, tampoco había mucho más donde elegir, por lo que la decisión fue sencilla.

En la primera visita, la partera le puso una cadena de plata sobre la palma de la mano mientras ella sujetaba el otro extremo en lo alto y la hizo dar vueltas para saber el sexo del bebé, algo que era muy frecuente y se hacía a todas las embarazadas.

—Nacerá en luna llena y será una hermosa niña —dijo con convicción.

Tras un par de visitas más en las que volvió a examinarla con detenimiento, quedaron en verse el día del nacimiento de la criatura.

—¿Cómo sabrá qué día debe venir? —preguntó Carla con incredulidad.

—Eso son cosas mías, bonita. Pero no te preocupes, yo estaré aquí.

Tanto Manuela como Amanda parecieron quedar conformes con la respuesta; sin embargo, el escepticismo se instaló en los jóvenes, que no acababan de confiar. Faltaban dos semanas para que la luna estuviese llena, y eso aceleraba el corazón de Carla por momentos. Sabía que muchos bebés nacían en luna llena, pero también lo achacaba a la casualidad. Sin embargo, era la comadrona la que había ayudado a muchas mujeres a parir y no ella, por lo que no le quedaba otra opción que fiarse de la mujer.

—Deberíamos decidirnos por un nombre ya, va a nacer en cualquier momento y todavía no sabemos cómo le vamos a llamar —comentó una noche Rubén en la cama.

—A mí ya sabes que me gusta Alicia o Marta.

—Llamémosla Manuela, por favor. Me encantaría hacer honor a la princesa de Trejón y que, además, se llamase como mi madre.

—Medio Trejón se llama Manuela. No me gusta, quiero que tenga personalidad.

—Más personalidad que la antigua princesa de Trejón no se puede tener —replicó el muchacho.

—Rubén, que no me gusta. ¿A ti no te gusta Alicia? ¿O Marta?

—No vas a dar tu brazo a torcer, ¿verdad?

—¿Alicia?

—Está bien, tú ganas. Alicia.

—¿Y qué pasa si es un niño y la comadrona está equivocada?

—No se equivocará. Lleva años dedicándose a traer niños al mundo. Y es famosa en Trejón y alrededores por lo buena que es.

—¿Y si se equivoca? —insistió la muchacha, terca como ella sola.

—¿Cómo te gustaría llamarle?

—Juan, como mi padre.

—Ale, pues Juan como tu padre. No tengo ganas de discutir. Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió Carla con una amplia sonrisa en la oscuridad e, incorporándose con dificultad, le plantó un tierno beso—. Te quiero mucho.

Los días fueron pasando y la excitación creció. Había una amable tensión en el ambiente, en el que todos esperaban a la pequeña Alicia con gran ilusión. Carla, a pesar de ser reacia a creer que su bebé nacería en luna llena, no podía evitar ponerse nerviosa a medida que la fecha se acercaba. Al fin, el día llegó.

—Hoy hay luna llena, ¿cómo te encuentras, pequeña? —le preguntó con gran cariño Amanda mientras acariciaba su enorme barriga.

—Pues sigo con alguna que otra molestia, pero no creo que eso sean síntomas de un parto inminente.

—No te queda mucho, te ha bajado la tripa y eso es señal de que el bebé nacerá en cualquier momento.

—Yo sigo pensando que aún le queda bastante para nacer —comentó convencida.

Pero la joven se tuvo que tragar sus propias palabras. Como de costumbre, aquella tarde, Carla y la señora Romero se fueron a recolectar amapolas a una de las praderas cercanas al pueblo. La muchacha, en un momento dado, sintió como su falda comenzaba a humedecerse lentamente bajo la atenta mirada de la anciana.

—Señora Romero, me he mojado entera —susurró Carla sorprendida.

—Cariño, has roto aguas. Estás de parto.

No tardaron en llegar las molestias. La muchacha se empezó a encontrar mal y, tras un grito de angustia provocado por una contracción, se agarró al brazo de Amanda con fuerza mientras se sujetaba la tripa.

—Lléveme a casa, por favor —le suplicó a la anciana.

El bebé estaba en camino.

CAPÍTULO 18

La señora Romero acompañó a la muchacha hasta la granja, ya que su casa era la más cercana a la pradera en la que se encontraban. Allí, tras acomodar a la joven en la cama de su antiguo dormitorio, avisó a Rubén de que el parto se había iniciado y de que pronto tendría en brazos a su esperado bebé. La excitación invadió la casa y en poco tiempo un remolino de personas rodeaba la cama de la muchacha. Rubén había ido corriendo a buscar a sus padres y Manuela, a su vez, emocionada por la noticia, se había encargado de que todo Trejón supiese que la criatura ya estaba en camino. Todos los presentes de la estancia trataban de dar ánimos a la dolorida mujer, pero las contracciones no eran muy seguidas aún, por lo que a Carla le faltaban todavía varias horas de dilatación y, sobre todo, de dolor. A media tarde, la partera apareció en la granja con un gran maletín.

—Ya estoy aquí. Suerte que un buen hombre me indicó que podía encontraros en esta casa porque, si no fuese por él, podría haber estado horas esperando en vano... ¿Cómo te encuentras? —le preguntó cariñosamente mientras hurgaba dentro de su pequeña maleta.

—Bueno, cuando no tengo contracciones estoy bien, pero en el momento que me viene una... es insoportable, me duele mucho.

—No te preocupes, te prepararé un brebaje para que no sientas tanto dolor. Además, es importante la respiración. Mira, fíjate en mí. Cojo aire..., echo aire... Aguanta un poco más. Otra vez. Cojo aire..., echo aire... —decía mientras acompañaba sus palabras con los brazos, abriéndolos y cerrándolos.

—Cojo aire..., echo aire... —repetía la muchacha concentrada.

—La chica necesita tranquilidad, así que cuantos menos estemos por aquí molestando, mejor —dijo dirigiéndose a los demás mientras seguía abriendo y cerrando los brazos.

Solo se quedaron las mujeres. Amanda y Manuela no paraban de preparar toallas, mantas y ropas de cuando Rubén era pequeño, para el momento en que naciera el bebé. Mientras tanto, la famosa comadrona preparaba un mejunje de hierbas y raíces para poder aliviar un poco los dolores de la muchacha. Carla chillaba cada vez que le venía una contracción e intentaba seguir la secuencia de respiración que la comadrona le indicaba, pero se podía

leer en su cara el sufrimiento en el que se sumergía cada vez que una contracción la sacudía.

—Me duele mucho... No voy a poder... —susurraba la muchacha exhausta tras otra dolorosa contracción.

—Vamos, cariño, lo estás haciendo fenomenal. Claro que puedes —la animaba Amanda mientras le sujetaba la mano.

Las horas fueron pasando y Carla fue dilatando lentamente, con lo que las contracciones empezaron a darse cada vez con más frecuencia. La muchacha, agotada, empapada en sudor y con la cara colorada por el esfuerzo, chillaba constantemente por el dolor que la asaltaba y apretaba con todas sus fuerzas la mano de Amanda, intentando aliviar así su sufrimiento. Esta, a pesar de tener la mano bastante dolorida por los apretones de la muchacha, seguía junto a ella en cada contracción, tratando de animarla con cariñosas palabras.

Carla se acordaba de la vaca que ayudó a parir, de cómo ella le susurraba palabras de tranquilidad, y ahora entendía los violentos movimientos de cabeza del animal. Era un dolor bárbaro. En cada descanso que tenía entre contracción y contracción, la muchacha trataba de volver a respirar con normalidad, intentando relajar cada músculo de su cuerpo y bebiendo en ocasiones pequeños tragos de agua que Manuela le ofrecía. Pero las contracciones cada vez eran más seguidas y era menos el tiempo que tenía para recuperarse y enfrentarse a una nueva oleada de dolor. Estuvo así durante horas, hasta que llegó un momento en el que casi no tenía tregua y era insoportable. La partera examinó la vagina de Carla y, con una sonrisa, les anunció que el bebé estaba ya a punto de salir.

—Vamos, cielo. Cuando te venga la siguiente contracción empiezas a empujar. Ahora quiero que te pongas de pie, será más fácil. ¿De acuerdo?

La muchacha se puso de cuclillas imitando a la partera, con ayuda de las mujeres, que la sostenían encima de unas mantas que habían colocado en el suelo. Carla le dio a cada una de ellas la mano mientras respiraba sonoramente y esperó a la siguiente contracción para empezar a empujar.

—¡Ahora!

Carla comenzó a empujar con toda la fuerza que pudo mientras un grito sobrecogedor salía de sus entrañas. Quería terminar con aquel dolor insufrible de una vez por todas. Sentía que se le iban a romper todos los huesos del cuerpo y que sus músculos se iban a desgarrar en cualquier momento. Cuanto antes consiguiera sacar a la criatura, antes terminaría todo.

—Vamos, ya tiene la cabeza fuera. ¡Empuja otra vez! —la animaba la

matrona sujetando la cabeza de la criatura.

Carla volvió a empujar con todas sus fuerzas y a gritar a pleno pulmón. Sintió cómo el cuerpecito de su bebé se deslizaba por su vagina y salía al exterior. Por fin, se había terminado. El bebé salió unido a su madre por el cordón umbilical, que Manuela cortó entre lágrimas de felicidad. La partera, tras examinar detenidamente al bebé, le dio unos ligeros golpes en las plantas de los pies hasta que consiguió arrancarle un chillido agudo seguido de un llanto ensordecedor que atronó en toda la estancia. Les entregó el bebé a las dos mujeres, que se encargaron de asearlo con trapillos de hilo humedecidos en agua tibia, y volvió a centrarse en Carla, animándola para hacer un último esfuerzo y expulsar la placenta.

Todo salió a pedir de boca. Fue un parto bueno y sin complicaciones y el bebé nació sano y fuerte. Tras expulsar la placenta, ayudaron a una exhausta Carla a tumbarse de nuevo en la cama y le entregaron a su bebé, que recibió conmovida entre lágrimas de felicidad. Lo cogió entre sus brazos mientras lo observaba. Escrutó sus pequeñas manos y se aseguró de que tenía cinco dedos en cada una. Hizo lo mismo con los pies y, tras comprobar que tenía todos los deditos en cada extremidad y que no presentaba ninguna anomalía, por lo menos a simple vista, Carla se quedó tranquila, observando la carita de su pequeño bebé con una tierna mirada y el alma plena de felicidad.

No sabía cómo ni por qué, pero aquella pequeña criatura le había robado el corazón nada más nacer. Sentía que era el amor de su vida y que nunca, pasase lo que pasase, se separarían. Levantó la mirada para observar a las mujeres que le habían apoyado durante el parto mientras les regalaba una amplia sonrisa y, por primera vez de verdad, deteniendo la mirada en la de la emocionada Manuela, comprendió a esa mujer que se desmoralizaba cada vez que su hijo se alejaba de ella. El amor incondicional hacia su hijo era lo que la ahogaba, y ahora para ella, con su bebé de tan solo unos minutos de vida, el simple hecho de pensar en no estar junto a él hacía que un sentimiento puro de angustia recorriese su cuerpo, llegando incluso a asfixiarla. La comprendía. Cómo no iba a comprenderla. Volvió su verde mirada hacia el bebé y lo acurrucó aún más cerca, junto a su cuerpo, jurándose que nunca jamás los separarían.

Sus padres le vinieron a la cabeza. No quería ni imaginar el dolor que ellos deberían de estar sintiendo al no tener al lado a su única hija por culpa de aquella huida repentina que el destino le había obligado a realizar.

La criatura comenzó a buscar con su boquita y mucha inquietud el pecho

de su madre. Carla le facilitó la labor acercándole el pezón a su pequeña boca. En cuanto el bebé consiguió atraparlo, no sin cierta dificultad al principio, comenzó a mamar con gran apetito.

La partera recogió sus cosas y, tras negociar sus servicios con la señora Romero, se despidió de todas, felicitando por última vez a las mujeres. Antes de marcharse, aviso a Rubén y Nicolás quienes, bastante nerviosos, entraron al dormitorio apresuradamente y dejaron escapar tímidas lágrimas al ver al bebé mamando de su agotada pero emocionada mamá.

—¿Al final qué es, niño o niña? —preguntó Nicolás conmovido con ojos vidriosos mientras no quitaba ojo a la pequeña criatura.

—Niña. Os presento a Alicia —dijo Carla orgullosa con la cara colorada aún por el esfuerzo.

—Alicia... —susurró Rubén una vez sentado junto a su mujer, acariciando la cabecita de su recién nacida hija.

Todos se quedaron alrededor de la cama y las tres mujeres contaron cómo había sido el parto con todo lujo de detalles. Alicia, dormida después de mamar, pasó de brazos en brazos por cada uno de los integrantes de aquella habitación, que disfrutaron de tener a la pequeña, envuelta en una suave manta blanca. Era hermosa, o por lo menos todos la veían así. Manuela insistía en el parecido que tenía con su hijo, aunque la verdad era que todavía era demasiado pequeña para sacarle parecidos.

Era noche cerrada cuando se despidieron de los muchachos, que decidieron quedarse a dormir en casa de la señora Romero. Carla no tenía fuerzas para trasladarse a su propia casa y era muy tarde para andar por ahí con un bebé que tan solo tenía unas pocas horas de vida. Rubén acercó un sillón desde la sala con intención de dormir en él; la cama de Carla era muy pequeña para poder echarse los dos con Alicia y, además, su mujer necesitaba descansar después del esfuerzo, así que se sentó en el sillón resignado a no dormir, pero completamente feliz, observando a su familia una vez se hubo desvestido.

No tardaron en quedarse dormidos. Alicia, tras mamar todo el calostro que pudo extraer del pecho de su madre por segunda vez, se quedó inmediatamente dormida encima de esta. Carla tampoco tardó en hacerlo. Tras taparlas bien y asegurarse de que su hija respiraba, Rubén, colocándose de la manera más cómoda que pudo en el duro sillón y cubriéndose con la muselina con la que Manuela le había criado y que con mucho cariño había guardado durante todos esos años, se quedó dormido.

Esa noche, Pedro se había liado como de costumbre. Le habían llegado

rumores de que la trabajadora de su tía estaba de parto y no le apetecía estar en casa con tanta gente revoloteando por allí, por lo que, como tantas otras veces hacía, alargó la noche sin importarle la hora. Finalmente, le echaron de la taberna, borracho como siempre, y llegó a casa con gran dificultad. Un gruñido amenazador le dio la bienvenida. En un principio le costó visualizar de dónde procedía, pero acabó viendo al mastín de su tía junto a la puerta de la casa, echado y enseñando los dientes.

Amanda había decidido dejar al perro fuera durante el parto por cuestiones de higiene. Eran pocas las ocasiones que solía estar el animal solo, así que Pedro, envalentonado por el exceso de alcohol, se plantó frente a él con su característica sonrisa y comenzó a hacer aspavientos para intentar espantarlo. El mastín se puso en pie y, avanzando lentamente hacia el hombre, siguió gruñendo mostrando su poderosa dentadura. Pedro retrocedió instintivamente, cuando una brizna de lucidez iluminó su cabeza y recondujo sus pasos hacia el establo.

—Verás tú a quién gruñes ahora, perro de mierda —le dijo riendo en la oscuridad.

Cogió una de las palas que había junto a las jaulas de las gallinas y volvió hacia la casa con ella sobre el hombro dando algún que otro traspié. El mastín, viendo las intenciones que traía el hombre, no le dio opción. Se abalanzó sobre Pedro mordiéndole el muslo mientras sacudía la cabeza con violencia, intentando desgarrar la carne de la pierna. El hombre aulló de dolor. Aun así, anestesiado como estaba por toda la ingesta de alcohol, comenzó a pegar al perro con la pala. El mastín soltó la pierna al notar los fuertes golpes y, retrocediendo un poco, se dispuso a atacar de nuevo a su agresor. Pero Pedro fue más rápido que el animal y le propinó un fuerte palazo en la cabeza, que dejó al perro tirado en el suelo. Inmediatamente después, el hombre también cayó al suelo desplomado, perdiendo la consciencia y mucha sangre.

No sabrían decir cuánto tiempo estuvieron dormidos, pero de repente escucharon un gran alarido que provenía de la calle. Parecía un gran gemido. Por un momento, los muchachos pensaron que se trataba de Alicia, pero tras comprobar que el bebé dormía plácidamente sobre el pecho de su madre, comprendieron que alguien andaba por los alrededores de la granja. Rubén, indicando a Carla que se quedara en la cama junto a la pequeña, se vistió con presteza y se encaminó hacia la entrada, pasando por delante del dormitorio de Amanda. La anciana, que se asomaba tras la puerta arropada con una vieja bata, preguntó con preocupación:

—¿Está Alicia bien? Me ha parecido escuchar un ruido.

—Sí, la niña está bien. Nosotros también hemos oído algo. Creo que alguien está merodeando por la granja. Quédese aquí, echaré un vistazo.

Cuando abrió la puerta principal, Rubén se dio de bruces con el lamentable espectáculo. Pedro y el gran mastín yacían tirados en el suelo. El hombre boca arriba, sobre un gran charco de sangre que nacía de su pierna y la pala en su costado. Al otro lado de Pedro, el mastín de Amanda con los ojos abiertos, un gran golpe en la cabeza y el corazón parado. La gran bestia estaba muerta. El muchacho se acercó a Pedro para ver si respiraba aún. Se había librado una batalla entre el hombre y el animal, y ambos habían terminado en un estado deplorable. Encontró el pulso y la respiración; estaba vivo, pero de su muslo seguía brotando bastante sangre y eso ponía en peligro la vida de Pedro. Amanda apareció en ese instante y no pudo reprimir un chillido de angustia.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —acertó a decir la anciana mientras le temblaba el cuerpo sin control.

—Hay que llamar al médico. Rápido.

CAPÍTULO 19

Carmen, totalmente recuperada de sus malestares, hizo llegar la carta mediante su jornalero Martín. En la misiva que Juan había enviado a su hija, le explicaba cómo Miguel había interceptado el correo, por lo que le había dado instrucciones de que sus próximas cartas las enviase a la dirección de Carmen para que pudiesen seguir manteniendo correspondencia.

Juan recibió la carta muy emocionado, las noticias que aquel papel tenía redactadas eran frescas como las lechugas de su huerta. Pero tenía un problema: no sabía ni leer ni escribir y dependía totalmente de otra persona para poder conocer el contenido. Por un instante se le pasó por la cabeza pedirle a Martín que le leyese la carta, pero unos segundos más tarde descartó la idea. Aquella carta era parte de su vida y no le apetecía que el muchacho supiese nada de ella. Así que, dándole las gracias, despidió a Martín y se quedó a solas con sus pensamientos.

La única persona que sabía leer y que a él no le importaba que supiese lo que el escrito decía era Isabel, y, a pesar de lo ocurrido entre ellos, en el fondo de su corazón le agradaba estar a su lado. Se sentía fatal por haber engañado a Julia con ella, pero desde que el padre Carlos había fallecido en aquel fatídico accidente, se sentía muy solo, y la soledad era mala y, además, dolorosa. Finalmente y tras sopesarlo mucho, se decantó por solicitar de nuevo la ayuda de Isabel.

Como no quería provocar las habladurías que con tanta facilidad surgían en el pueblo, se dirigió a media mañana a casa de Carmen para que fuese esta la que le hiciese llegar el mensaje a Isabel. Además, Miguel ya andaba merodeando de nuevo por el pueblo y era mejor no darle motivos para que creara un conflicto innecesario.

Al alcalde de Cadesta no le importaba que su esposa hablase con las mujeres del pueblo; al fin y al cabo, era una simple mujer y sus conversaciones solían ser bastante banales. Sin embargo, jamás hubiese dejado que se acercara a ningún hombre del pueblo, y menos a Juan.

Cuando eran jóvenes, muchos años atrás, Isabel y Juan había mantenido un romance y estuvieron durante una buena temporada juntos. Miguel, terco desde bien pequeño y emperrado en conseguir cada cosa que se proponía, se

las apañó para romper aquella relación y obtener como recompensa a la mujer que él deseaba. Los padres de Isabel gozaban de buenas tierras y una gran casa, al igual que sus padres, y aquello fue una condición que jugó en su favor, ya que los padres de Miguel querían casar a su hijo con alguien acaudalado y de buena posición. Además, Isabel era bonita y coqueta con un halo de inocencia que a él le volvía loco. Pero había un inconveniente: la muchacha se veía con Juan y aquello parecía ir en serio.

Una tarde en casa de la familia Beltrán, Miguel consiguió convencer a su padre para que hablara con el de ella y poder romper la unión. Y como siempre que pedía algo, se salió con la suya. Los padres de Juan eran unos pobres campesinos que apenas tenían para vivir y, a pesar de ser un chico amable y responsable que cuidaba de Isabel con auténtica devoción, el dinero, como siempre, tuvo más poder que el amor.

Una mañana, tras salir de la escuela, Isabel se dio de bruces con Miguel, y este, sin decirle nada, le plantó un tosco beso en la boca.

—Pero ¿qué haces? —le gritó Isabel con cara de asco mientras se limpiaba los labios con el dorso de la mano.

—Ve acostumbrándote, ahora eres mía —le dijo mientras se reía con aires de superioridad.

—Ni en tus mejores sueños —contestó ella dejándole atrás con paso acelerado.

Cuando llegó a casa y contó lo sucedido, recibió un sopapo de realidad que la dejó desconcertada durante varios minutos.

—¿Cómo que me voy a casar con Miguel? —preguntó con incredulidad.

—Isabel, escucha a tu padre, anda. Lo hacemos por tu bien —contestó su madre con tacto.

—Hemos pensado que casándote con Miguel vas a tener un mejor futuro. Con Juan solo te espera trabajar y trabajar. Sin embargo, Miguel tiene muchas tierras y bastante dinero como para que tú y tus hijos viváis como reyes. Además, su padre está metido en el concejo de Algarte, y Miguel seguramente siga sus pasos. Es lo mejor para ti.

—¿Cómo podéis saber qué es lo mejor para mí si nadie se ha dignado a preguntarme? —gritó la muchacha mientras comenzaba a sollozar sin control.

—Isabel, no te pongas así. Miguel es amable y la mejor opción para ti.

—¡Pero yo quiero a Juan! —chilló mientras se iba corriendo a su dormitorio.

Por su parte, Juan también recibió su respectivo tortazo de realidad al

llegar a casa.

—Tengo que contarte una cosa, cariño. Isabel se ha comprometido con Miguel. Han venido esta mañana a darme la noticia mientras tu padre y tú estabais en la parcela. Lo siento mucho, cielo.

—Pero... ¿cómo es posible, madre? —preguntó el muchacho sorprendido, sin dar crédito a lo que le estaba contando.

—Cariño, es muy sencillo. Sus padres son ricos y poseen muchas tierras; nosotros, sin embargo, somos pobres y no tenemos nada. La vida es muy injusta a veces, pero el dinero manda.

A partir de ese día las cosas cambiaron para los muchachos. Empezaron a esquivarse, ya que cada vez que se encontraban ambos sentían una intensa punzada de dolor en el corazón. No solían hablarse, y las pocas veces que lo hacían, siempre aparecía Miguel para llevarse a Isabel de malas maneras.

Fue pasando el tiempo y la distancia entre ellos cada vez era mayor, hasta que llegó un punto en el que apenas sabían el uno del otro. Lo poco que conocían era por los rumores de los habitantes de Cadesta, y, a pesar de que el pueblo era pequeño y que sus casas estaban relativamente cerca, siempre se las arreglaban para no coincidir. Cada uno de ellos fue formando su propia familia con el paso del tiempo: ambos se casaron y tuvieron cada uno de ellos una hija. El amor puro que una vez sintieron lentamente se fue convirtiendo en animadversión. Además, ese sentimiento de rechazo echó raíces en las dos familias, saltando de generación, y Carla Almazán y Elena Beltrán no tardaron en transformarlo en odio.

Carmen recibió gustosamente a Juan y le agasajó con unas avellanas recién tostadas, que le encantaban a la mujer, unas pastas y un humeante café. Ambos almorzaron juntos charlando sobre el generoso verano del que estaban disfrutando y de la abundancia de alimentos y la buena cosecha con la que había bendecido a los habitantes de Cadesta. Tras terminar de almorzar, Juan le expuso el problema que tenía y le rogó que le ayudara para que le hiciese saber de su necesidad a Isabel.

A la anciana no le gustó nada lo que su vecino le pedía, e intentó evadirlo ofreciéndole la ayuda de Martín, e incluso de algún otro vecino cercano que sabía leer y escribir, pero ante la negativa rotunda de Juan, finalmente acabó cediendo.

—No veo la necesidad de que sea Isabel la que te ayude con esto... —volvió a insistir la anciana.

—Carmen, déjalo estar, por favor. Prefiero que sea ella.

—No os estáis haciendo ningún favor el uno al otro. He visto cómo te mira, ¿sabes? Ella te sigue queriendo, Juan. La has tratado como hacía años que no la trataba nadie, y han vuelto a resurgir las cenizas del pasado en ella. Pero acuérdate de que tu mujer es Julia y que además está en la cárcel. No te olvides de ella, haz el favor.

—¿Te crees que me he olvidado de ella? ¡No hay un solo día que no piense en Julia y no me sienta como una mierda por lo que he hecho! Tengo muy claro cuál es la mujer de mi vida, pero me he equivocado, lo reconozco. Isabel es una vieja amiga que he recuperado y que consigue que no me sienta tan solo, pero es únicamente eso, una vieja amiga con la que cometí un error, punto.

—Está bien, Juan. No me tienes que dar explicaciones, a mí no. Hablaré con ella y le diré que vaya a tu casa cuando pueda.

Isabel apareció en las tierras de la familia Almazán aquella misma tarde a primera hora. Juan, que se encontraba regando la huerta, se sobresaltó al verla aparecer con un hermoso vestido de color crema y una bonita pamela adornada con un lazo a juego. El corazón se le contrajo con fuerza. Parecía un hada de los bosques arrojando luz a todo aquello que había a su alrededor con tan solo su presencia y su bonita sonrisa. El hombre trató de calmar los fuertes latidos que sintió en el pecho y agachó la cabeza volviendo a sus obligaciones para que Isabel no se percatara del rubor en su rostro.

—Hola, Juan —saludó Isabel cuando ya se encontraba a escasos metros de él.

—Buenas tardes. Eh... estás muy guapa.

—Gracias —contestó dedicándole una intensa mirada a un Juan ruborizado.

—Bueno, será mejor que entremos en la casa; cuanto antes empecemos, antes terminamos.

Una vez acomodados en la pequeña sala, comenzaron a leer la carta de Carla. En ella les contaba el nacimiento de Alicia. Todo había ido bien, gracias a Dios, y la pequeña gozaba de buena salud. Era preciosa y muy alegre, y dedicaba hermosas sonrisas a cualquiera que pasara por su lado. Ya contaba con un mes, y la joven pareja se sentía pletórica. Seguían trabajando para la señora Romero, que había resurgido con el nacimiento de Alicia, y contaban con la ayuda de Manuela; ambas cuidaban del bebé mientras que Rubén y ella seguían faenando en la granja.

Carla contaba a sus padres lo inmensamente feliz que se sentía,

exceptuando el hecho de no poder estar con ellos. Le dolía en el alma que todavía no pudiesen conocer el mejor regalo que le había otorgado el mundo (así lo describía ella) y habían decidido esperar un poco más para aventurarse a realizar el viaje tan largo que les separaba de Cadesta. Por otro lado, contaba el contratiempo de Pedro con el mastín de la señora Romero y el enfado que había provocado en la anciana. Se despedía de una manera muy emotiva, reafirmándose en su pronto reencuentro con ellos para que pudiesen conocer a su nieta.

Cuando Isabel terminó de leer la carta, se fijó en que Juan tenía la mirada vidriosa y que las manos, apoyadas en la mesa, temblaban ligeramente. Con la mirada perdida, él observaba por la ventana su pedregoso patio, acordándose de cuando su hija era pequeña y jugaban juntos. Recordaba cómo la metía en el pilón en verano para que chapoteara con sus pequeñas manos. Cómo daban comida juntos a los gatos y se quedaban absortos el uno junto al otro en un silencio mágico viéndolos comer. Cómo le hacía burla para que él corriera tras ella, y que la cogiera y la lanzara lo más alto posible; hasta las estrellas, papá, gritaba mientras reía.

—Pero... ¿cómo es posible? Yo no sabía que Carla estaba embarazada... —dijo Juan mientras reflexionaba.

—Seguro que Carla ha seguido escribiendo a tu casa antes de saber de la dirección de Carmen y Miguel las ha seguido interceptando. Las cartas que te traje las volví a dejar en donde las encontré y no he vuelto a entrar en el despacho, pero la intuición me dice que hay varias cartas de Carla sin abrir y más después de leer esta.

—Madre mía, soy abuelo... —añadió el hombre estupefacto.

Isabel dejó pasar unos minutos para que Juan se recuperara de la emoción que sentía antes de comenzar a trazar la fecha de aquel día en el papel con el lápiz. Al principio Juan no sabía ni qué contarle a Carla. Se sentía cohibido con la presencia de Isabel desde que se habían acostado. La relación entre ellos se había enfriado y existía una palpable tensión que hacía que el tiempo se ralentizara. Además, se sentía vulnerable mostrando sus sentimientos. Esta vez no estaba borracho y la vergüenza le paralizaba, haciendo que las palabras se amontonaran en su boca sin poder salir al exterior, pero la felicidad que lo embargaba por la nueva noticia era tal que la timidez se echó a un lado. Observando cómo las nubes como pompones de algodón se movían lentamente por el cielo azul, comenzó a dictar a Isabel. A medida que fue hablando, se dejó llevar, permitiendo que fuese su voz la que marcara el ritmo

de la historia narrada, abriendo cada vez más su corazón hasta que perdió la noción del espacio y el tiempo. Una vez más, optó por no contar la situación de Julia, ahorrando a su hija un gran disgusto. Cuando terminó, no pudo evitar romper a llorar y a reír a la vez. Acababa de asimilar las palabras de la misiva de Carla siendo consciente de su significado:

—¡Madre mía, soy abuelo! ¡Soy abuelo! —gritó emocionado dando saltos de alegría.

—Enhorabuena, Juan —le felicitó Isabel con una sonrisa triste.

Juan saltaba y gritaba como un loco feliz gozando de aquel éxtasis que le había invadido el cuerpo y que le hacía sentir eufórico. De repente, el hombre pareció volver en sí y se percató de la presencia de Isabel. La miró durante un largo instante y volvió a sentarse en su silla lentamente.

—¿Te das cuenta de que Alicia podía haber sido nuestra nieta? —le preguntó serio.

—No pudo ser. Juan, yo te quería. Fueron mis padres los que me obligaron a casarme con Miguel. Yo no quería.

—¿Por qué no te rebelaste? Éramos felices...

—Por favor, Juan, para. Ojalá pudiese echar el tiempo atrás, pero no puedo. Mis padres no me escucharon. Mi palabra no contaba nada.

—Nos podíamos haber escapado...

—Basta. No me hagas más daño. —Y levantándose de la silla, se acercó a Juan y poso un lento beso sobre sus labios.

Juan la cogió por la cintura y, poniéndose en pie, la besó con ternura. Pero Isabel, con las manos en su pecho, lo alejó de su lado con cuidado. Juan la miró aturdido, sin comprender su rechazo. Sin embargo, Isabel, en una conversación silenciosa en la que no eran necesarias las palabras, acarició su cara lentamente con sus finos dedos mientras una tímida lágrima recorría su rostro.

Y sin mirar atrás se marchó, dejando desconcertado a Juan en la solitaria casa. La vio cruzar el patio desde la ventana, con su precioso vestido color crema y su bonita pamela, dando luz allá por donde pasaba, como un ángel caído del cielo. Un segundo después, Julia aterrizó en su memoria, hambrienta y sucia, desprendiendo un hedor insoportable mientras lloraba en una fría y oscura celda, y se sintió una vez más un hombre miserable enfermo de soledad.

CAPÍTULO 20

Para ser finales de septiembre, hacía un día fantástico. La temperatura era agradable y el calor, que ya empezaba a sentirse, abrazaba con suavidad a los habitantes de Trejón. El sol en su cenit marcaba la mitad del día mientras Amanda recogía todos los cacharros después de estar durante la mañana cocinando. Tras dejar todo impecable, volvió a peinar su moño canoso que sujetaba con varias horquillas frente al pequeño espejo que colgaba sobre un sencillo aparador en una de las paredes de su dormitorio. Se miró durante un momento, intentando encontrar algún rastro de la joven que había sido hacía ya muchos años, pero un mar de surcos en forma de arrugas y miles de manchas oscuras le impedían reconocer a la muchacha que un día fue. El paso del tiempo había hecho mella en su rostro, y con una punzada de dolor en el pecho se dio cuenta de que cada pliegue, cada roncha y cada cardenal que su cuerpo le mostraba no era más que una sutil advertencia que la muerte le dejaba de su cada vez más irremediable llegada.

Una vez satisfecha con el resultado de su peinado, se lavó la cara con agua fría y, tras coger su bastón y un ramito de flores que había recogido la tarde anterior en compañía de Carla, la señora Romero, siempre vestida de negro desde la muerte de Esteban, salió de casa con paso lento pero firme.

Pedro no había vuelto todavía a Trejón. La noche del accidente con el mastín, el doctor del pueblo, advertido por Rubén, se apresuró a ir a la granja para atender al sobrino de Amanda. Tras examinar la herida, hizo llamar de inmediato a un carro para poder transportar al herido hasta la ciudad. La herida era profunda y de gran gravedad; en el hospital consiguieron parar la hemorragia, pero era mucha la sangre que había perdido y todavía se encontraba muy débil. El diagnóstico marcaba una larga temporada de reposo en cama bajo la atenta mirada de los médicos.

Ninguno de los habitantes de Trejón fue a visitarle. Amanda, dividida entre el bien y el mal, por un lado, celebraba la ausencia de su sobrino, ya que una tranquila armonía había aparecido en la granja desde que este no estaba. Además, había matado a su perro a palazos y sospechaba que había disfrutado haciéndolo, y eso jamás se lo perdonaría. Sin embargo, no podía evitar que la pena aflorara en su corazón cada vez que se acordaba de él. Al fin y al cabo,

por muy malo que fuese, Pedro era su único sobrino. Pero Amanda tampoco fue a visitarlo al hospital, ya que no se sentía con fuerzas para un viaje tan largo. Encima, la pequeña Alicia necesitaba de sus cuidados, y, a pesar de que Manuela también ayudaba a cuidarla, este hecho le sirvió de excusa suficiente para quedarse en el pueblo definitivamente y no ir a visitarlo.

Era la primera vez que iba a ver a Esteban sin su querido mastín. Jamás se habían preocupado de ponerle nombre, ya que muchos animales pasaban por la granja y su difunto marido era el que más relación solía tener con ellos. Bonito, le llamaba ella. Ven aquí, Bonito; vamos, Bonito..., y él siempre iba. Parecía una tontería, ya que no dejaba de ser un perro, pero aquel paseo hasta el cementerio fue más triste de lo normal. Echaba de menos sus lentas pisadas; siempre tras ella, vigilándola constantemente, que nada le pasara. Era como su ángel de la guarda desde que Esteban se fue. Y ahora él tampoco estaba. Llegó al cementerio y, tras abrir la verja, no pudo evitar echar la vista atrás mientras se apartaba a un lado, como siempre hacía para dejarlo pasar.

Una oleada de tristeza le inundó el corazón y se paró a reflexionar sobre cómo en la vida se iba perdiendo a las personas más queridas a medida que pasaban los años los años. La gente iba abandonando su mismo camino hasta dejarla sola, como había terminado. Primero sus abuelos, luego sus padres, más tarde su querida hermana y, finalmente, Esteban, el amor de su vida. Tenía a Carla, a Rubén y a Alicia; también a Manuela y Nicolás, pero en realidad, jamás se había sentido tan sola.

Se acercó hasta la tumba de su marido y comenzó a sollozar mientras que, con gran cuidado, colocó el ramo de flores en el centro de la tumba. Había pasado un año de la muerte de Esteban, pero Amanda no acababa de superar su pérdida. Habían sido felices juntos, y para ella todos los años que había compartido con él fueron un regalo caído del cielo. Muchas parejas, mediante acuerdos entre los progenitores, eran casadas en bodas concertadas. La mayoría eran infelices, y se veía con el paso de los años en el rostro: caras de exasperación, caras de desesperanza, caras de resignación, caras de tristeza.

Su matrimonio también había sido concertado, pero ellos se habían enamorado desde que eran bien pequeños. Amanda no podía haber sido tan feliz con nadie más, estaban hechos el uno para el otro. Pero ahora el otro no estaba. Y eso Amanda no lo superaba. Se sentía como si le hubiesen arrancado parte de su ser y sin esa parte no podía vivir. Pero poco le quedaba para unirse a él, y aquel pensamiento le aportaba un sosiego que vencía al miedo que le daba morir.

Trató de tranquilizarse. Cogió aire, suspiró con fuerza y comenzó a contar todo lo que se había callado hasta ese día. Amanda jamás había llevado la contraria a Esteban. Habían sido una pareja que se coordinaba estupendamente bien y pensaba de manera similar. La única cosa en la que no estaban de acuerdo era en el tema de la herencia. Esteban había prometido a su hermano, tras el trágico accidente en el que Pedro había perdido a sus padres cuando era pequeño, que ellos se harían cargo de su manutención y que, además, una vez que ellos hubiesen fallecido, este heredaría todas sus posesiones. Todos los meses Esteban le mandaba el dinero suficiente para que el muchacho no supusiera ningún tipo de gasto y optase a una buena educación en un colegio de prestigio. Los tíos que habían criado a Pedro eran pobres alfareros y el muchacho no tenía muchas oportunidades de labrarse un futuro prometedor, y menos las posesiones que podría heredar a cuenta de ellos.

Pedro fue creciendo y, lo que en un principio era un chaval tímido y retraído, se fue convirtiendo en un adolescente arisco y ruin. Amanda y Esteban en contadas ocasiones tuvieron la oportunidad de visitarles, y estas pocas reuniones familiares fueron suficientes para que la mujer comenzara a sopesar la decisión de Esteban respecto a su promesa.

—¿No te das cuenta, cariño? Es malo. ¿Has visto cómo nos ha mirado? —replicaba Amanda en uno de los viajes de vuelta a Trejón.

—Es un adolescente, es normal. Está en una edad tonta. Cambiará.

Pero no cambiaba. Los años pasaban y la tiranía de Pedro aumentaba con el paso del tiempo. Los señores Romero estaban al tanto de las necedades de su sobrino mediante las misivas que el hermano de Esteban mandaba. Amanda y Esteban discutieron pocas veces en la vida, pero estas fueron a cuenta de Pedro. Y lentamente, por las noticias que les llegaban y las pocas visitas que hacían de vez en cuando, Esteban acabo dando la razón a su mujer.

—No deberíamos darle nada. Es un holgazán que está a la sopa boba. Ni siquiera ayuda a tu hermano. No puede ser.

—Lo sé, querida, y tienes razón, pero se lo prometí. No puedo hacerle responsable del mantenimiento de Pedro, apenas tienen para vivir. Además, piensa que se llevan la peor parte, pues viven con él.

—Madre mía, si estuviese en mi mano, no le daría nada. De verdad te lo digo. El día de mañana, si falleces tu primero, Dios no lo quiera, le quito todo —farfulló ella enfadada.

—¡Amanda, escúchame bien! Nos comprometimos a ayudarle. No

podemos romper nuestra promesa.

—Hijo, que a la tremenda te lo tomas todo, de verdad.

—Amanda, es lo único que te he pedido en esta vida... Prométemelo —dijo Esteban con el semblante muy serio cogiéndole la mano a su esposa.

Amanda le miró sorprendida, pero al ver que su gesto no cambiaba ni un ápice, puso los ojos en blanco, le apretó suavemente la mano y le dijo:

—Está bien, Esteban, te lo prometo. —Y después se santiguó susurrando —: Que Dios me perdone.

La señora Romero se desahogó como no lo había hecho hasta entonces. Le contó cómo sus vidas habían empeorado desde que Pedro había aparecido, a raíz de su muerte. Le contó cómo la trataba, humillándola constantemente, día tras día, y haciéndola trabajar más del doble sin importarle nada. Le contó cada una de sus borracheras nocturnas que eran casi diarias en las que, tras llegar del pueblo, asaltaba la cocina como si de un animal se tratará: comiendo directamente de la cazuela, limpiándose las manos con las cortinas, tirando platos y vasos al suelo y haciéndolos añicos, llegando incluso a orinar en alguna ocasión en la pared. Nunca le había contado a nadie hasta qué punto llegaba la maldad de Pedro.

Ella siempre callaba y recogía, se refugiaba en el cansancio de la vejez como excusa, cada vez que Carla o Manuela le preguntaban por aquellas ojeras profundas que habían aparecido entre las arrugas de su viejo rostro. Le contó cada una de las atrocidades que le dijo y le hizo y cómo ella se esforzaba por ocultarlas para que nadie sospechará, hasta llegar a cómo había acabado con la vida de su perro, que a todas partes la seguía, a palazo limpio, hasta dejarlo muerto tirado en el suelo.

—Lo siento mucho, querido, pero no puedo más. Espero que algún día puedas perdonarme, pero de verdad que no puedo más. Quiero pensar que tú harías lo mismo después de todo lo que he aguantado... Ha sido difícil, pero, tras darle muchas vueltas al tema, por fin me he decidido. Perdóname, Esteban, perdóname, por favor. Sé que es lo único que me has pedido, pero no puedo seguir así. Perdóname, Esteban —dijo Amanda derrumbándose de nuevo y echándose a llorar mientras ocultaba su cara entre sus arrugadas manos.

Estuvo un buen rato junto a la tumba, quitando hierbajos y sacudiendo la suciedad con la mano, intentando eliminar el polvo y las telarañas de la lápida. Volvió lentamente a la granja ayudada por su bastón, algo más tranquila, pero también más cansada. Una vez allí, se encontró con Manuela intentando

consolar sin éxito a Alicia, que no paraba de llorar. Aquella simple estampa, a pesar de los lloros de la pequeña, le iluminó el corazón. Cogió a Alicia en brazos y, tras mecerla un poco contra su pecho tratando de calmarla, sintió recuperar algo de vitalidad que aún le quedaba oculta en algún recóndito escondrijo de su cuerpo. Ella era la ilusión de su vida. Ella era la que merecía una buena vida y no el cretino de su sobrino.

—Ha llegado una carta del hospital —le avisó Manuela—. Te la he dejado en la cocina, junto al frutero.

—Gracias, Manuela. ¿Dónde están los chicos?

—Están liados, creo que hoy iban a recoger el maíz.

—Esperaré a que vuelvan entonces.

—¿Te encuentras bien? Te noto cansada.

—Sí, cariño. He ido a ver a Esteban y me he derrumbado un poco.

Manuela acarició el hombro de Amanda con suavidad y dejó que se quedara con Alicia, que dormía plácidamente con el dulce calor que emanaba de la anciana. Amanda pasó la tarde descansando en un sillón con el bebé sobre su pecho y, al atardecer, Rubén y Carla se quedaron un rato con ella antes de marcharse a su casa. Los tres adultos aprovecharon para tomar la fresca al aire libre mientras descansaban, y como Alicia se había despertado con un hambre voraz, Carla le dio de mamar. Una vez la niña saciada, su madre entró en casa para asearse un poco el pecho, ya que tenía mucha más leche de la que el bebé demandaba; de soslayo, reparó en la misiva del hospital.

—Señora Romero, tiene usted una carta sobre el aparador.

—¡Oh, es verdad! Se me había olvidado. Haz el favor de leérmela.

La muchacha cogió la carta y, tras acomodarse en el exterior con los demás, leyó la misiva. Eran noticias de Pedro. El sobrino de Amanda había mejorado mucho y los médicos eran optimistas con su recuperación. Al ritmo al que prosperaba, Pedro podría volver a casa en una o dos semanas como mucho. Su vida ya no corría peligro y no necesitaba de los cuidados de los especialistas. Amanda escuchó con atención cada palabra que Carla pronunciaba y un pesado sentimiento de desazón fue ahogándola poco a poco con cada vocablo que le llegaba. No estaba preparada para volver a soportar a Pedro, lo tenía decidido e iba a tomar medidas al respecto.

—No me gusta que él vuelva a estar por aquí incordiando, pero supongo que me alegra que se haya recuperado —dijo Rubén pensativo mirando las tímidas estrellas que empezaban a asomar.

—No volverá. Y, si vuelve, será por poco tiempo.

Los muchachos se miraron extrañados durante unos segundos antes de que Amanda añadiera:

—Vendo la granja.

CAPÍTULO 21

—¿Lo has pensado bien, Amanda? ¡Te vas a meter en un lío! —exclamó Manuela a la mañana siguiente.

—Lo sé —respondió la anciana con la mirada perdida mientras sujetaba a Alicia en brazos.

—El enfado que se va a coger va a ser monumental...

—Me da igual... Estoy harta de esta situación.

Esa misma tarde, Carla ayudó a escribir la misiva intentando tener tacto a la hora de darle las malas noticias a Pedro. Le informaba de la decisión que Amanda había tomado respecto a su manutención, alegando que ya era un hombre hecho y derecho que podía fácilmente sustentarse por su propia cuenta. Por otro lado, le sugería la idea de regresar a su añorado hogar, donde convivía con sus otros tíos, ya que, al vender la granja, su ayuda ya no era necesaria para administrar las múltiples labores que esta conllevaba —y que jamás había llevado a cabo—, por lo que podía regresar a su verdadera casa y abandonar Trejón, que podría parecerle hostil y aburrido en comparación con su querido pueblo.

Ambas quedaron satisfechas con el escrito y al día siguiente, en cuanto el lechero apareció por la zona, se la entregaron para que la enviara desde el pueblo cercano. Por un momento, Amanda sintió un ligero temblor en las piernas, pero, agarrando con fuerza su bastón mientras cogía aire, le instó a enviarla cuanto antes. Pensar en la reacción de su sobrino le daba pavor, pero también estaba cansada de vivir así. Era hora de enfrentarse a Pedro, y cuanto antes lo hiciera, antes cesaría el problema. La promesa que Amanda le había hecho a su marido años atrás no constaba por escrito, por lo que no debería acarrearle ningún problema a la hora de vender, pues ella era la única heredera de las posesiones de su difunto marido.

Carla se liberó del trabajo aquella tarde, ya que habían adelantado mucha faena por la mañana, y tras dejar a Rubén a cargo de los rumiantes, aprovechó las últimas horas de aquel inusual día de calor de principios de octubre con la pequeña Alicia y la señora Romero. Hablaron y pasearon junto a las praderas, por los caminos pedregosos y llenos de arena, en busca de delicadas amapolas, como de costumbre.

Desde que Alicia había nacido, la muchacha apenas sacaba tiempo para poder disfrutar de la compañía de la querida anciana. Siempre que lo hacía, se convertía en una experiencia enriquecedora en la que, sin querer, Amanda la aleccionaba y le enseñaba gracias a su veteranía. A Carla le hacía bien rodearse de gente de buen corazón, porque, a pesar de la tristeza que envolvía por completo a la señora Romero, siempre salían a flote su bondad y su amor. A Amanda también le vino bien la mutua compañía que se hicieron y, tras recoger un puñado de las aterciopeladas flores, ambas retomaron sus pasos hacia la granja.

—¿Quiere que le ayudemos con la venta? —le preguntó Carla mientras le daba una pequeña patada a una empolvada piedra beige.

—No es necesario, pequeña. Tengo ya un comprador, y creo que es una buena venta. Además no debéis preocuparos por vuestros trabajos, seguiréis faenando para ellos.

—¿De veras? No sabe el peso que me quita de encima... Además, ahora con la niña... —añadió Carla dándole un suave beso en la cabecita al bebé.

—Cariño, jamás vendería la granja si no os dejasen seguir trabajando en ella. No te preocupes por nada.

—¿Y es del pueblo? ¿Lo conozco? —siguió interrogando Carla, hambrienta de curiosidad.

—Pues sí, querida, lo conoces. Es de un pueblo muy lejano y llegó hace un año... —respondió la anciana con una sonrisa.

—No... —Carla se detuvo con el semblante muy serio mientras miraba a la anciana.

—¿Qué me dices? ¿Te interesa?

La joven se quedó atónita unos segundos mientras un sinfín de lágrimas se acumulaban en sus verdes ojos.

—No sé qué decir... —respondió la muchacha con voz entrecortada.

—Anda, vamos, tenemos que hablar con Rubén. Cuanto antes hagamos esto, mejor.

Ambas mujeres, junto a la pequeña Alicia, retomaron el camino de vuelta con las emociones a flor de piel. Estaban emocionadas las dos, porque, de alguna manera, la una había adoptado a la otra. Se necesitaban, se querían, y el amor que la una sentía por la otra era profundo, pero, sobre todo, era de verdad.

Esa misma noche, la joven pareja decidió quedarse a cenar en casa de la señora Romero por insistencia de esta, para negociar el acuerdo de cómo iban

a traspasar la granja. Amanda, que ese día estaba especialmente contenta, se negaba en rotundo a recibir una suma importante de dinero, era ridícula la cantidad que les pedía. No consiguieron convencer a la anciana y, tras varios intentos frustrados, acabaron dando el brazo a torcer.

En los días siguientes, Amanda estuvo yendo y viniendo al pueblo para visitar al único abogado de Trejón que se puso a disposición de la familia para poder llevar a cabo la compraventa de la granja. Tardaron más días de los esperados, ya que los papeles que necesitaban para poder realizar el trámite eran numerosos, y la señora Romero se desquiciaba con facilidad dada su ignorancia al respecto.

Gracias a la bondad de Nicolás, que siempre sacaba un rato para ayudar a la anciana a pesar de estar agobiado con sus propias labores desde que Manuela cuidaba a Alicia, consiguieron reunir toda la documentación que les exigía el letrado. Lograron zanjar la transacción, aunque tuvieron que lidiar con algún que otro contratiempo.

Ambas partes firmaron el documento en presencia del abogado y de un notario venido de la ciudad. A partir de ese día, la granja pasó a ser propiedad del joven matrimonio, y la anciana, satisfecha, fue a visitar a Esteban para contarle las buenas nuevas a pesar de tener en ocasiones pequeñas punzadas de remordimiento por el incumplimiento de su promesa.

Una vez terminado el trámite, llegaron días tranquilos, pero poco duró aquella paz cuando, una mañana, el lechero trajo una carta a su nombre. Amanda no sabía leer ni escribir; era Esteban el que había aprendido a leer algo y se había defendido escribiendo, pero la mujer tenía la habilidad suficiente para reconocer los trazos de gente conocida. Y aquellos trazos peculiares y elegantes, que delataban la costosa educación que se escondía detrás, eran muy característicos como para no distinguirlos de los demás. Llamó a Carla para que pudiese leerle la carta cuanto antes y se reafirmó en sus sospechas cuando esta le informó de que se trataba de una misiva de su sobrino. La muchacha la abrió con brío y, tras leerla en silencio con ojos veloces, suspiró y comenzó a leerla de nuevo, esta vez en voz alta:

Querida tía:
Le escribo para comunicarle que en estos momentos se está tramitando mi alta médica en el hospital de Santa Clara para poder volver a casa. Me encuentro muchísimo mejor, aunque no estoy del todo recuperado. Como comprenderá, debemos tratar los asuntos sobre los que me escribió en su última misiva, ya que

estoy en total desacuerdo con sus decisiones. En unos días estaré por allí, vaya acondicionando todo para mi llegada.
Un saludo,
Pedro Romero

La anciana también suspiró cuando Carla terminó de leer el contenido de la carta.

—Pedro es cabezón como él solo; no parará hasta hacerse con lo que considera que es suyo...

—No se preocupe. Nos sentaremos con él y le explicaremos todo. No le quedara más remedio que entenderlo y aceptarlo.

—Lo veremos... —añadió Amanda en voz baja.

Pedro les dio muchos días de tregua, en los que la anciana se convirtió en un manojo de nervios. Apenas comía, se asustaba con ruidos inesperados y se despistaba en sus quehaceres o se le olvidaban las cosas. Manuela, que estaba al corriente de la próxima llegada de Pedro, volvió a estar más pendiente de ella y, a su vez, cuidaba de Alicia, que iba creciendo por momentos y cada día estaba más risueña.

Cada uno con su cometido, fueron pasando las semanas hasta que una fría mañana de finales de octubre apareció Pedro en un carro tirado por dos caballos. El conductor le ayudó a descender y, tras recibir unas monedas, se marchó haciendo crujir las piedras del camino. Pedro avanzó hasta la casa con la ayuda de dos muletas. Había adelgazado tanto que se había quedado enjuto; además, tenía una de las piernas totalmente vendada y se le veía caminar con bastante dificultad.

Amanda, que había visto por la ventana de la cocina la enorme polvareda que había levantado el carro, salió a recibirlo a la puerta principal. Fue un encuentro frío, se podía palpar la tensión. A Pedro le desconcertó su presencia, ya que esperaba encontrarse con su vieja tía sumisa, que nunca se atrevía a reprocharle nada. Sin embargo, halló una inesperada firmeza que brillaba en la mirada de la anciana; y aquella nueva seguridad que esta desprendía no hizo más que envalentonar aún más a un Pedro que de normal rebosaba orgullo. Su ego y sus ganas de jaleo se multiplicaron mientras Amanda le miraba sin pestañear con unos ojos penetrantes, como si quisiera desafiarlo, aunque, en el fondo de su ser, la anciana sentía que podía desplomarse en cualquier momento.

—Aún estoy esperando una disculpa por el lamentable suceso que causó tu

estúpido chucho. Casi pierdo la vida... —soltó Pedro a modo de saludo con su falsa sonrisa.

—Soy yo la que está esperando una disculpa por haber matado a mi perro a palazos.

—Fue en defensa propia...

—Ya, claro... —susurró la anciana con odio.

—No tengo fuerzas para discutir, déjame pasar. Necesito descansar un rato.

Y acto seguido, apartando con una de sus muletas a la anciana como si de un molesto animalucho se tratase, entró en la casa.

No supieron de él hasta la tarde. Ni siquiera se asomó por la cocina a la hora de comer. Manuela, en cuanto se enteró de la llegada de Pedro, se presentó en la granja con su nieta para que la anciana no estuviese sola en ningún momento. Por su parte, Carla cada dos por tres aprovechaba la mínima ocasión para entrar en casa y cerciorarse de que todo estaba en calma.

Fue a última hora de la tarde cuando el repiqueteo de las dos muletas al golpear el frío suelo de piedra las alertó de la presencia del susodicho. Apareció lentamente en la cocina, asegurando cada paso, mientras el resto del peso del cuerpo se apoyaba en las anchas muletas. No saludó a nadie y se dirigió directamente al sillón donde antes de fallecer descansaba el señor Romero tras las largas y duras jornadas de trabajo. Se dejó caer con cuidado y, tras dejar las muletas apoyadas en el lateral del sillón, miró a la anciana y le ordenó:

—Tráeme un taburete, vamos.

La anciana hizo caso sin rechistar y fue en busca de la banqueta a una de las salas contiguas mientras Manuela intentaba distraerse con Alicia para no replicar por el trato que Pedro le estaba dando a su tía. Debían mantener a la fiera tranquila. Si comenzaban a tratar los asuntos pendientes con Pedro enfadado, sería todo muchísimo peor. Amanda entró con un taburete de madera ajada y un pequeño cojín de cuadros rojos y lo colocó con cuidado bajo la pierna herida de Pedro. Este se incorporó un poco e hizo una seña de invitación a su tía para que tomara asiento.

—Creo que tenemos asuntos de los que hablar, ¿no es cierto? Siéntate.

Pedro hizo otra seña en la que indicaba a Manuela que saliera por la puerta, pero ella no se dio por aludida. Arrastró una de las sillas cercanas a la de Amanda y se sentó junto a ella mientras le miraba de manera retadora. Este, sabiendo la partida perdida, aceptó la compañía de Manuela y comenzaron a tratar los asuntos que les concernían a todos. La anciana trató de explicar las

decisiones que había tomado, pero estaba muy nerviosa y su estado hacía que no pudiese expresarse bien, repitiendo cada dos por tres las mismas frases y explicándose de manera nefasta sin que nada se comprendiera. Ante esto, Manuela tomó las riendas de la conversación y explicó a Pedro que Amanda había decidido vender la granja y anular a su vez la manutención de la que desde pequeño había disfrutado. En ningún momento le dijeron a quién había vendido la granja y él tampoco preguntó. Pedro, a medida que iba escuchando las explicaciones de Manuela, iba enfureciéndose cada vez más.

—¿Cómo te has atrevido a vender la granja sin mi consentimiento? —vociferó dando un puñetazo en la mesa.

Alicia se despertó sobresaltada de su profundo sueño y empezó a llorar con un tono agudo que hizo imposible seguir conversando. Manuela se levantó y comenzó a mecerla mientras le susurraba una nana para intentar calmarla. No sirvió de nada, ya que la niña cada vez lloraba más alto, y Manuela se vio obligada a salir de la cocina en busca de su madre para que la niña pudiera ser amamantada.

Amanda y Pedro quedaron a solas en un ambiente tirante apenas sostenible, escuchando cómo el llanto de Alicia se alejaba cada vez más, hasta que finalmente el silencio volvió a reinar en la casa de los Romero. La anciana reunió el poco valor que realmente tenía, cogió aire y volvió a tomar la palabra:

—Pedro, la decisión está tomada y la granja, vendida. Estoy en mi derecho.

—Muy bien... ¿Quieres guerra? Pues la tendrás. De momento, no pienso marcharme de aquí.

—Yo no quiero guerra. Quiero que me dejes en paz y que desaparezcas de mi vida... —respondió la anciana con rencor.

—Creo que desaparecerás tú antes de la mía —le susurró Pedro con maldad mientras reía.

En ese momento entraron Manuela y Rubén, seguidos de Carla con la pequeña Alicia mamando de su pecho. La anciana se sintió respaldada al ver a su familia postiza entrar en la cocina. No había nada más que decir y las cartas estaban sobre la mesa. Que fuese lo que Dios quisiera. Rubén, que siempre acababa hambriento tras las largas tardes de trabajo, sacó una ristra de chorizo de la alacena y, con una pequeña tabla de madera y un cuchillo cebollero, se sentó a la mesa entre Pedro y su mujer y comenzó a partir unas cuantas rodajas para que todos comieran. Manuela llevó una jarra de agua fresca recién sacada

del pozo y comenzó a servir en vasos. Todos comieron y bebieron y conversaron de temas triviales intentando suavizar el ambiente que se respiraba. Todos menos Pedro, con la incomodidad que sentía reflejada en su demacrado rostro.

—Pues he pensado que igual vendo unas tres o cuatro vacas. En realidad siguen siendo muchas para nosotros dos solos y no necesitamos tantas... —comentó Rubén mientras partía una rodaja más de chorizo para llevarse a la boca.

—Perdona, ¿he oído bien? —dijo Pedro enfurecido mientras lanzaba a la anciana una mirada inquisidora.

—Eh... ¿Me he perdido algo? —preguntó Rubén incómodo pidiendo auxilio a su madre con la mirada mientras dejaba el cuchillo sobre la tabla.

—¡¿Le has vendido la granja a este niñato?! —gritó Pedro rojo de enfado.

—Sí, a los dos... —contestó la anciana sosteniéndole la mirada.

Fue en un abrir y cerrar de ojos. Nadie pudo evitarlo. Pedro perdió la poca cordura que tenía y se dejó llevar, ciego por la ira. Sin pararse a pensarlo, se apoderó del cuchillo y, con un movimiento rápido y certero, apuñaló el estómago de Rubén, que estaba sentado a su lado, ante las miradas incrédulas del resto. Carla se levantó en el instante en el que el muchacho cayó al suelo en medio de un charco de sangre que salía a borbotones de su estómago y, ante aquella macabra visión, el silencio se impuso tras el angustioso grito de dolor con el que se despidió Rubén.

CAPÍTULO 22

El estruendo que el cuchillo hizo al caer sobre el frío suelo de piedra fue suficiente para sacar del aturdimiento a una inmóvil Carla, que no era capaz de moverse. Entregando el bebé a Manuela, se agachó para comprobar el pulso de su marido y rápidamente taponó la profunda herida del estómago con trapos y telas que encontró por la estancia, igual daba limpios que sucios.

De nada sirvió. El espíritu del muchacho se había escapado con la última exhalación, abandonando así su cuerpo para siempre. No había nada que hacer. Carla pasó de la desesperación a la impotencia, dando rienda suelta a una cadena de lloros y maldiciones mientras permanecía tumbada, abrazando el cuerpo de su difunto marido. Fue tal la consternación que había invadido a cada uno de los presentes que, hasta que no llegó Nicolás, preocupado por la demora de su mujer por volver a casa, no fueron capaces de dar la voz de alarma. El hombre no sabía si llevaban minutos u horas así y quedó petrificado al encontrarse a su hijo muerto en el suelo, rodeado de sangre.

Amanda estaba tan aterrada que no se atrevía a moverse de su sitio y creía estar en una pesadilla de la que no podía despertar. Permanecía muy quieta, rígida como un bloque de hormigón, salvo por el movimiento repetitivo de las manos, ya que no paraba de frotarlas de manera compulsiva mientras respiraba de manera ruidosa. Manuela no había derramado ni una sola lágrima. Sin apenas parpadear, con la vista fija en la pared como si nada hubiese ocurrido y simplemente hubiese desconectado durante unos segundos, mecía de manera mecánica a Alicia, aunque con algo de brusquedad. A su vez, Carla no se separaba ni un centímetro de su marido y con la voz ronca y la cara muy roja no paraba de sollozar sin encontrar consuelo en nada ni nadie. Pedro parecía ser el más tranquilo y sereno de todos ellos; consciente de lo que había hecho, permanecía con la vista clavada en Rubén. Su rostro delataba la culpabilidad que sentía, pero tampoco se movió de su sitio para auxiliarle o consolar a su mujer.

Nicolás no tardó en hacerse cargo de la situación y llamó al médico y al alguacil, que no se hicieron esperar. En menos de diez minutos ya había gente de Trejón ayudando en la granja. Costó despegar a Carla del cuerpo de Rubén, que gritaba y suplicaba que no le arrebataran a su marido, que por favor no se

lo llevaran. El doctor no tardó en medicarla con fuertes dosis de calmantes y la acompañaron hasta la cama para que pudiese descansar, pero no hubo forma.

Manuela y Amanda también fueron obligadas a tomar calmantes, aunque aparentemente parecían estar en mejor estado. Una mujer del pueblo, la Mari, se llevó a la pequeña Alicia para cuidar de ella; acababa de dar a luz a su segundo hijo, así que compartirían la leche y Alicia podría seguir mamando.

La noticia se difundió en cuestión de minutos por todo Trejón y alrededores con una rapidez pasmosa. No había nadie que no supiese del asesinato de Rubén a manos de Pedro Romero. El caso había estremecido a todos los habitantes del pueblo, ya que jamás se había vivido algo así. De hecho, se llegó a rumorear, en boca de los más estrafalarios, sobre una maldición caída sobre la granja desde la llegada de Carla.

Fue una noche larga y dura en la que hubo mucho movimiento en la granja. Pedro fue detenido al poco tiempo de dar el aviso por dos ayudantes del alguacil de Trejón. No opuso resistencia. Ni siquiera se quejó por la brusquedad de los hombres a la hora de retenerlo. Parecía asumir con total responsabilidad los hechos acontecidos y en todo momento colaboró. Confesó ser el autor del crimen y explicó al alguacil con voz queda cómo habían acontecido los hechos. Le ayudaron a levantarse del sillón y, con la ayuda de las dos muletas, abandonó la casa con el rítmico golpeteo en el suelo apenas audible, ya que era solapado por los sollozos de Carla que retumbaban por toda la casa. No tuvo el valor de despedirse. Simplemente se marchó, dejando de nuevo la casa destrozada.

Nadie descansó aquella noche, exceptuando Carla, que estaba casi inconsciente por la cantidad de calmantes que había ingerido y que tuvo la suerte de disfrutar una noche más de su marido. Soñó con él. Gozó de su compañía charlando y riendo mientras daban un paseo hasta el castillo de Trejón. Allí, en lo más alto de la montaña, se deleitaron con las hermosas vistas que aquella cima regalaba a todas las personas que se esforzaban en subir su elevada pendiente, comentando los caminos, las casas y las piezas que veían.

—Mira, ¿ves esas tierras de allí? —le preguntaba Rubén señalando con el dedo.

—¿Las que están junto al río?

—Sí, aquellas. Pues algún día las compraré y te construiré un castillo.

—Anda que no tienes que trabajar para comprar todo eso... —decía Carla mientras reían los dos.

Rubén la cogió por la cintura y empezó a besarla con ternura. Ella,

correspondiendo el beso, echó los brazos por encima de sus hombros, pero con gran espanto notó cómo el cuerpo de su marido comenzaba a evaporarse ante sus incrédulos ojos, sin poder hacer nada por evitarlo. Carla intentaba retenerle, pero no era más que vaho lo que quedaba de Rubén y, ante sus absurdos intentos por atraparle, el vapor traspasaba sus largos y finos dedos.

La muchacha despertó de golpe mientras la agonía la atragantaba y, sin poder remediarlo, rompió a llorar y a gritar desconsoladamente. El doctor tuvo que llamar a una enfermera para que estuviese pendiente de ella, ya que en el momento que los fármacos dejaban de hacer efecto, la muchacha parecía enloquecer, perdía el control y pasaba de la tristeza y la impotencia a la furia y la desesperación con una rapidez sorprendente.

Amanda y Manuela no estaban mucho mejor y no se encontraban en disposición de ayudar a nadie. La anciana en mitad de aquella oscura noche cerrada decidió irse a su dormitorio para poder descansar, aunque no concilió el sueño en ningún momento. Le dolía la cabeza, ya que no paraba de dar vueltas a lo que había ocurrido, y sentía punzadas en el pecho a medida que iba asimilando la atrocidad de la que había sido testigo. Todo había sido por su culpa. Tenía que haber cumplido la promesa que un día hizo a Esteban y así nada hubiese pasado. Se torturó durante toda la noche con ese pensamiento y la culpabilidad que sentía la atormentaba severamente.

A su vez, Manuela no se movió del comedor, sentada en la misma silla desde donde había visto cómo mataban a su hijo, con la mirada fija en un punto concreto de la pared. Pasó toda la noche así y, pese a la insistencia de Nicolás de ir a casa a descansar, alentándola con palabras suaves, la mujer permaneció en aquella posición durante muchas horas.

Fue una noche lenta, en la que las palabras de consuelo de los vecinos que se habían presentado para echar una mano fueron en balde. El pueblo se volcó en el caso y, tras limpiar el frío cuerpo de Rubén después de la exploración del doctor, lo vistieron con un bonito traje y lo metieron en el féretro para poder velarle. También limpiaron la cocina, manchada por toda la sangre que el muchacho había perdido, y la dejaron como si allí nada hubiese ocurrido.

El alba sorprendió a Trejón y, poco a poco, un goteo de personas comenzó a desfilar por la granja para dar el pésame a los familiares y poder velar al finado. Tanto Amanda como los padres de Rubén estuvieron presentes en todo momento en el velatorio; en cambio, Carla permaneció encerrada en el dormitorio bajo la atenta mirada de la enfermera. No se sentía con fuerzas para ver de nuevo el cuerpo sin vida de su marido, y de aquella manera, confinada

en su habitación, se engañaba pensando que nada había sucedido y que en cualquier momento Rubén llegaría de trabajar, manchado de tierra y con algún tallo de paja en el pelo, entrando por la puerta con su actitud positiva mientras le guiñaba un ojo.

Pasó casi toda la mañana dormitando, hasta que, a mediodía, Amanda fue a visitarla. Pidió a la enfermera que saliese durante unos minutos para poder estar a solas con ella y, aunque a la gorda enfermera no le hizo gracia, acabó saliendo del cuarto, meneando el culo de una manera lenta e hipnótica.

—Cariño, ¿qué tal estás? Siento lo que ha ocurrido, todo esto es por mi culpa... —dijo la anciana con ojos rojos mientras le acariciaba la frente con dulzura.

—No puedo, no puedo... —susurró la muchacha.

Ambas se fundieron en un enorme abrazo y lloraron juntas. El vacío que dejaba Rubén en la casa era insoportable. Y, a pesar de las altas dosis de calmante que Carla ingería, le resultaba difícil respirar y sentía que se ahogaba a cada instante.

—Deberías salir y verle por última vez. Sé que es difícil, pero no vas a tener otra oportunidad.

—No me siento capaz... No tengo fuerzas... —sollozó la muchacha.

—Vamos, querida. Yo te ayudaré. Juntas siempre, ¿recuerdas?

Y con un enorme esfuerzo y la ayuda de la señora Romero, se levantó de la cama y se dirigió al velatorio donde se encontraban todos. Un murmullo constante de voces les dio la bienvenida cuando entraron en la sala al abrir la puerta. Lo primero que Carla vio fue el ataúd en medio de la sala con varias personas alrededor, entre ellas Nicolás y Manuela. En cuanto la madre de Rubén la vio, fue directa hasta ella y se fundió en un gran abrazo sin palabras. No había nada que pudieran decirse. El dolor que sentían, de manera diferente, una como madre y la otra como esposa, era igual de intenso y ninguna de ellas tenía consuelo. Las tres mujeres se acercaron hasta Nicolás y velaron juntos el resto del día, unidos por el dolor y el cariño que sentían por Rubén, hasta bien entrada la noche.

El entierro tuvo lugar el día siguiente, en el pequeño cementerio donde los restos de Esteban descansaban desde hacía un año. Amanda no pudo soportar revivir el entierro de su marido, y menos con Rubén, que no dejaba de ser un niño a sus ojos. No pudo evitar derrumbarse junto a Carla, Manuela y Nicolás.

El entierro fue muy doloroso, ya que Trejón no estaba acostumbrado a

enterrar jóvenes. Se habían dado un par de casos por tuberculosis, pero esta vez era diferente. Era un chaval querido por todos al que le habían arrebatado la vida. Siempre con una sonrisa en la cara. Siempre de buen humor. Siempre ayudando a los demás. Siempre desviviéndose por sus seres queridos. Siempre y por siempre, Rubén. Todo Trejón lloró su pérdida, que dejó al pueblo estremecido y con mala sensación. Todas las mujeres sintieron perder un hijo. Todos los hombres sintieron perder un compañero. Todos los muchachos sintieron perder un amigo. Todos los niños sintieron perder un modelo a seguir. Todos perdieron esa noche. Por ello, el pueblo declaró luto durante una semana.

Nicolás, que parecía el más cuerdo de todos, se hizo cargo de la granja con la ayuda de su mujer y de Carla. Habían decidido dejar a Alicia durante una temporada con la Mari, para que pudiese seguir mamando. Carla no podía amamantarla. A raíz del disgusto y por la cantidad desorbitada de fármacos que ingería para poder soportar el duelo al que se enfrentaba, se le había cortado la leche y apenas tenía suficiente como para poder seguir alimentando a su hija. Así que, muy a su pesar, aceptó por el bien de la niña. Recordaba con tristeza cómo se juró que jamás se separaría de ella. Pero la vida, tan irónica en ocasiones, a los pocos meses las había separado, y encima por la muerte de su marido y padre de la criatura.

Le costó volver a trabajar en la granja; cada rincón le recordaba con una intensidad desmesurada miles de vivencias con Rubén. Constantemente se le caían las lágrimas, pero debía trabajar para sacar adelante a su bebé. Carla faenaba todo el día y por las tardes, cuando terminaba, se dirigía hasta la casa de la Mari para poder estar un poco con Alicia. Se dio cuenta de que el corazón le dolía menos cuando estaba con ella. Así que cada día se iba antes de la granja para estar con su bebé. La Mari nunca le decía nada; es más, siempre la invitaba a quedarse a cenar con ellos para que pudiese disfrutar más tiempo de su hija, pero Carla siempre rechazaba la invitación con educación, consciente de que era una familia que sobrevivía a duras penas.

La granja emanaba tristeza por cualquier sitio que se pisara. Todos trabajaban en silencio, comían en casa de Amanda sin apenas hablar y volvían a sus quehaceres con el ánimo por los pies. Se echaban de menos las risas de Rubén, los soplidos a su rebelde flequillo y los besos que había robado tanto a Carla como a su madre antes de guiñarles el ojo. Iban tirando como podían. Se habían convertido en autómatas sin sentimientos que tenían como fin trabajar para poder salir adelante.

Pero Manuela cada día estaba peor. No hablaba con nadie, siempre con la mirada perdida; parecía no ser consciente de nada a su alrededor. Había perdido al único hijo que con tanto afán se había preocupado en cuidar, en demasía tal vez; pero qué más daba ya, lo había perdido igual. Su estado comenzó a preocupar al resto de la familia y decidieron llamar al doctor. Aunque de poco sirvió, ya que, aunque la medicación le fue duplicada, el estado de Manuela no varió ni un ápice en esas semanas.

Una mañana, harta de vivir en aquel ambiente deprimente, Carla se presentó en casa de la Mari anunciando que se llevaba a la niña.

—¿Estás segura? A mí no me importa.

—Estoy segura, es hora de que recupere mi vida... Ya ha pasado un mes. No puedo retrasarlo más.

Dándole una y mil veces las gracias por el cuidado de Alicia, se marchó con su pequeña de regreso a la granja. Una vez allí, hizo que Manuela se quedara a cargo de la niña mientras ella regresaba al trabajo. Fue la mejor decisión que pudo haber tomado. Alicia resultó ser un bálsamo para Manuela y fue surtiendo efecto en ella gracias a las carcajadas de la niña y el paso del tiempo. Además, el retorno de la pequeña no solo fue beneficioso para Manuela, sino también para el resto de los integrantes de la granja. Alicia era una bendición para todos ellos y conseguía tenerles en un letargo calmado que hacía que la pérdida de Rubén no estuviese tan presente.

CAPÍTULO 23

Era una mañana fría de noviembre en la que no paraba de llover cuando Juan se disponía a partir a Algarte con unas rebosantes cestas de calabacines y acelgas, ya que, a pesar del mal tiempo, seguía yendo al mercado cada tres días, donde vendía su género. Por las tardes, al final de la jornada, se acercaba hasta el cuartel donde continuaba insistiendo a Marcos, el alguacil de la comarca, para que le dejara ver a Julia, encarcelada injustamente desde hacía ya más de un año. Como siempre, su petición fue rechazada y volvió a casa cabizbajo e impotente. Así cada día, así cada tarde, sin poder ver a su mujer. Pero su cabeza parecía haberlo aceptado y, con una paciencia infinita, intentaba animarse pensando que cada jornada que pasaba estaba más cerca de poder abrazar a Julia.

Pese a estar separado de su familia, las cosas no le iban tan mal. Isabel, en un impulso de culpabilidad, comenzó a comprar toda la mercancía que el hombre llevaba al mercado y, aunque muchas veces tiraba la mitad de la comida porque se le pudría, ya que no le daba tiempo a cocinarla dadas las cantidades que se llevaba, seguía arrasando con su puesto. En un principio Juan se opuso, ya que no quería que le comprara por pena. Él siempre había sido un agricultor cuidadoso y era conocido por su verdura fresca y su fruta jugosa, y nunca le había faltado clientela. Pero tras hablar con ella en varias ocasiones, dejó de discutir, ya que Isabel no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. Así que Juan se dejaba comprar todo lo que llevaba y volvía a la tarde de vuelta con las cestas vacías y los bolsillos llenos.

Cierta tarde, Isabel le propuso que dejara directamente las cestas de comida en su establo y así este se ahorraría los paseos hasta Algarte, alegando que sería mucho más cómodo para él. A Juan aquello no le sentó nada bien.

—Por si lo has olvidado, te recuerdo que mi mujer está encerrada en los calabozos y que voy cada día a negociar para que me dejen verla —le espetó Juan.

—¡Oh! Lo siento... Lo había olvidado. Solo lo decía por ti, para que no caminaras en vano. Lo siento, Juan, lo olvidé —se disculpó la mujer avergonzada, al tiempo que sus mejillas se encendían.

A pesar de sus rifirrafes y la tensión que había entre ellos, Isabel no dejó de

visitar a Juan. Siempre buscaba alguna excusa para acercarse hasta su casa y, en cuanto podía, se presentaba en su puesto con la disculpa de comprar, aunque en realidad simplemente lo que quería era disfrutar de su presencia durante un ratito.

Aprovechaba las grandes ausencias de su marido y las de su hija, que parecía haberse echado un novio. Así que Isabel, en cuanto se quedaba sola, se vestía con sus mejores atuendos y se dejaba caer por donde quiera que estuviese Juan. Empezó con mucho cuidado, ya que tenía pánico a las reacciones de su marido. Era salvaje por naturaleza y no aceptaría jamás una mujer que no fuese sumisa y que se saltara las normas de convivencia que se esperaban de ella. Por ello la precaución nunca era suficiente y andaba con pies de plomo vigilando cada esquina del pueblo para no ser vista. Pero con el tiempo, Isabel se fue relajando y las personas que convivían en Cadesta comenzaron a verla compartir horas del día con el solitario Juan.

Nunca fue vista por Miguel ni por Elena, pero en los pueblos ya se sabe que cualquier pequeña novedad es comidilla durante una temporada. Los rumores comenzaron a avanzar a una velocidad vertiginosa por todo Cadesta hasta llegar a Algarte. Llegaron a los oídos del propio Miguel, en una de las muchas cenas que tenía con sus amigos fanfarrones con los que bebía hasta altas horas de la madrugada mientras disfrutaban de la compañía de un puñado de prostitutas, pero no le dio importancia. Los chismes nunca habían ido con él. Se consideraba un hombre inteligente por encima de aquellas conversaciones banales que tenían por finalidad malmeter y matar el tiempo de las mujeres aburridas que no tenían nada mejor que hacer. Sin embargo, aquello quedó pegado en su cerebro como una goma de mascar que fue incapaz de despegar, y se quedó el resto de la noche taciturno. Le daba vueltas a la cabeza mientras una muchacha morena, no mayor que su propia hija, le hacía una felación.

—Miguel, deberías probar a la pelirroja... —balbuceó un amigo con una sonrisa bobalicona justo antes de desplomarse en el suelo por el exceso de alcohol.

Miguel le dio un brusco manotazo en la cara a la muchacha para apartarla, se levantó de la silla y, subiéndose los calzoncillos y abrochándose los pantalones, fue en busca de Marcos. El alguacil se encontraba junto a dos jovencitas en paños menores que se besaban entre ellas para el deleite del hombre, que no paraba de sobarlas mientras tanto, babeando sin control, como un perro ante un buen chuletón.

Miguel le tocó suavemente en el hombro y le dijo que lo acompañara fuera del gran salón a la vez que le ofrecía un puro. Marcos miró de soslayo a las muchachas, soltó un suspiro y se levantó del suelo aceptando el obsequio que le ofrecía Miguel. Salieron juntos a un largo pasillo de la casa consistorial. Siempre celebraban allí sus cenas, en las que contrataban el servicio de las mejores casas de comidas y degustaban exquisitos platos servidos por un ejército de sirvientes.

—Siento haberte interrumpido —se disculpó Miguel mientras le ofrecía una cerilla encendida.

—Nada, tranquilo. Otra vez será... —dijo mientras intentaba disimular su enojo.

—Me ha dicho Manolo que últimamente ven a Isabel con Juan en el pueblo... Quería saber si tú has oído algo... —soltó de sopetón el alcalde.

Un silencio incómodo inundó el pasillo del consistorio.

—Yo también lo he oído —afirmó finalmente Marcos tras dar una honda calada.

—¡Me cago en la puta, joder! —exclamó Miguel dando un fuerte puñetazo contra la pared.

—Tranquilízate, no son más que chismes de viejas. Es un pueblo muy pequeño, es normal que coincidan...

—Vete a la mierda, Marcos. Ya sé que son chismes, pero si el río suena...

—Agua lleva —sentenció Marcos justo antes de dar otra calada.

Fumaron los puros en silencio, Miguel pensando en cómo una mosquita muerta como su mujer podía haberle traicionado, Marcos meditando miles de excusas que ponerle a Miguel para entrar de nuevo en la sala y retomar sus asuntos pendientes. No se le ocurrió ninguna, su mente empapada en licor como un bizcocho borracho se había evadido de la realidad hacía tiempo y le resultaba muy complicado seguir el hilo de sus propios pensamientos.

Fumaron el resto del puro, dando largas bocanadas y expulsando el denso humo que fue envolviendo el pasillo. Miguel dio la última calada al habanero, lo tiró al suelo y lo pisó desmigándolo en miles de trocitos de confeti marrón que crujían bajo su suela.

Volvieron a entrar en el salón y el alguacil no tardó ni un segundo en volver a fundirse con las muchachas, que se habían unido a otros dos hombres. Justo en el momento en que aprisionaba un gran pecho y lo estrujaba con fuerza, una voz autoritaria resonó en el salón:

—Se acabó la fiesta, señores. Nos vamos a casa —ordenó Miguel con el

semblante serio mientras se sujetaba al respaldo de una silla.

Todos los hombres desfilaron lentamente fuera del consistorio y se dispersaron por diferentes callejuelas. El último fue Miguel, quien, tras asegurarse de que estaba todo bien cerrado, dirigió sus pasos sin prisa en dirección a Cadesta. Estaba cansado y borracho, además de aturdido y distraído. Caminó tranquilamente hasta su casa y, una vez allí, fue hasta el dormitorio que compartía con su mujer.

La vio tendida en la cama, dormida de lado, y un calor intenso comenzó a subirle por el pecho. ¿Sería posible que su estúpida mujer le estuviera engañando? ¿A él, un hombre con dinero y poder? ¿Al mismísimo alcalde de Cadesta? Sintió que el enfado le iba acaparando, pero a su vez el mareo que tenía por el exceso de alcohol lo superó con creces y se dejó caer en su lado de la cama sin ni siquiera quitarse los zapatos. Quedó dormido casi en el mismo momento en que su cuerpo sintió el colchón.

A su lado, quieta, intentando respirar lo más bajito posible, permanecía Isabel haciéndose la dormida, tratando de pasar inadvertida, intentando desaparecer tras las sábanas, quieta como una estatua, rezando con todas sus fuerzas para que su marido la dejara en paz y que no le diera por pegarle o, peor aún, que no le diera por forzarla. Al notar que Miguel empezaba a roncar con fuerza, Isabel empezó a relajarse. Sintió que los músculos se fueron destensando poco a poco y se dispuso a dormir. Una noche más que se había librado de una buena tunda gracias a lo borracho que venía. Lo que no sabía Isabel era que simplemente se había pospuesto hasta la mañana siguiente.

Nada más levantarse fue directo a por ella. Jamás había sentido tanto odio. Traicionado por su propia mujer, ni siquiera le preguntó. Ella estaba de espaldas, un poco inclinada sobre el fregadero mientras parecía llenar una olla de agua. En dos zancadas se puso tras ella y la tumbó de un puñetazo.

Se ensañó con ella como nunca antes. Necesitaba vengarse. Nadie osaba traicionar a Miguel Beltrán, y menos su mujer. Por un momento, llegó a pensar en matarla, pero su sangre no merecía manchar las manos de alguien como él. La dejó allí, tirada como tantas otras veces, y se marchó de casa para encaminarse hacia Algarte. Pasó el resto del día fuera, sin pensar en ningún momento en cómo había dejado a su mujer, que fue encontrada horas después por su hija, tirada en la cocina, tal y como la había dejado su marido por la mañana.

Hizo llamar a uno de los ayudantes de su padre y entre los dos la llevaron a uno de los muchos dormitorios de la casa. No era la primera vez que sucedía,

los trabajadores de Miguel en alguna ocasión se habían visto obligados a transportar a Isabel tras las palizas que le daba, y la acomodaban en un dormitorio aparte para que pudiese recuperarse y descansar.

—Esta vez se ha pasado... —comentó el muchacho ayudando a Elena a meterla en la cama.

—Cállate, imbécil —le espetó ella con cara de odio.

La tumbaron con cuidado y la dejaron allí, sola e inconsciente. No tardó en entrar en el cuarto Ana, avisada por Elena, para hacerse cargo de ella. Era la sirvienta que más años llevaba trabajando para Isabel. La tenía para limpiar y hacer las tareas del hogar. Aun así, Isabel siempre tendía a repasar con el trapo todos los muebles de su casa después de que su sirvienta lo hiciera. Era muy maniática con el orden de su casa y nunca acababa de terminar complacida con el resultado. Si por Isabel fuese, prescindiría de los servicios de los sirvientes, pero la casa era tan grande que la mujer sola no era capaz de mantenerla en condiciones por sí misma.

Cuando Isabel recibía semejantes palizas en las que debía guardar cama durante varios días, Ana se encargaba de hacerle las curas y de alimentarla. Se hizo con un arsenal de trapos y una palangana pequeña de agua para quitarle los restos de sangre seca, y con mucho cariño y paciencia fue limpiando cada rincón de su cuerpo hasta dejarla bien aseada.

La vistió con cuidado con ropas cómodas y le colocó varios almohadones para mayor comodidad. Isabel parecía no enterarse de nada, no reaccionaba al contacto con el agua tibia en su piel, ni a las caricias que Ana le hacía suavemente en la frente. En varias ocasiones comprobó su pulso, ya que le preocupaba que aún no hubiese despertado. Esta vez la paliza había sido tal que el estado en el que se la encontró le impresionó mucho. Tenía el pulso firme y respiraba, pero no lograba despertar. Así que a pesar de que Ana le preparó un rico caldo de verduras, esa noche Isabel no comió ni bebió y la pasó junto a su ayudante, que velaba por ella en el silencio de la enorme casa del alcalde.

Pasaron dos días hasta que Isabel despertó, una fría mañana de diciembre, recostada en la cama de la habitación de invitados. En una mecedora de mimbre junto a la cama, dormitaba su criada, tapada con una gruesa manta. Intentó llamarla, pero se sentía desorientada y muy dolorida, y el simple hecho de mover la boca para articular su nombre le suponía un esfuerzo desmesurado para el que no encontraba fuerzas. Trató de moverse para explorar su cuerpo, pero una punzada de dolor la recorrió de arriba abajo y, tras soltar un quejido,

volvió a quedarse quieta en la posición en la que se había despertado. Ana, que había escuchado el gemido de Isabel, se levantó de un salto y con mucho cuidado le puso la mano sobre la frente.

—¿Qué tal se encuentra, señora? —le preguntó la criada con ternura.

Isabel no fue capaz de contestar. Se sentía muy cansada, muy dolorida y muy humillada. Volvió a quedarse dormida y no despertó hasta el día siguiente.

Con mucha paciencia, Ana consiguió que su señora comenzara a tomar pequeños sorbos de caldos y traguitos de agua fresca, aunque muchas veces se le caía encima, y que moviese lentamente los brazos y las piernas. Poco hablaban. Isabel no sabía por qué, pero no era capaz de hablar con claridad y cada palabra que conseguía decir le costaba todo un mundo. No sentía partes de la cara, tenía magulladuras por todo el cuerpo y con ciertos movimientos recibía pinchazos de dolor que la recorrían de arriba abajo. Ana trataba de tranquilizarla, aconsejándole reposo durante más días.

—Acércame un espejo —le pidió una mañana.

—No creo que sea necesario, señora —le dijo Ana con voz nerviosa.

Isabel la fulminó con la mirada e instó a la criada para que le buscara uno. Ana no tardó en hacerse con un pequeño espejo decorado con un marco tallado en madera de roble. Se lo puso en el regazo e Isabel se lo arrebató aunque a duras penas podía con él. Lo sujeto con ambas manos y lentamente lo fue elevando hasta tenerlo frente a su rostro. El grito que salió de su boca estremeció a Ana mientras veía que el espejo volvía a caer sobre los muslos de su señora. Isabel lo cogió de nuevo con ambas manos y, tras volver a ponerlo frente a su rostro, comenzó a explorarlo sin dar crédito a lo que estaba viendo.

Tenía el contorno de los ojos de un color negro violáceo y una inflamación en ambos que le impedía abrirlos del todo. Su nariz también estaba hinchada y su labio inferior colgaba inanimado de uno de los lados, como si no tuviese voluntad de seguir trabajando para ella. Ahora entendía por qué le costaba tanto hablar.

Era incapaz de reconocerse en aquel reflejo que el espejo le devolvía. No veía a Isabel por ningún sitio. Aquella imagen se grabó a fuego en su memoria para el resto de su vida. Se quedó horas mirándose en el espejo, haciéndose preguntas, buscando respuestas, intentando comprender hasta que, de nuevo, se quedó dormida.

CAPÍTULO 24

—¿Le pedirás a Isabel que te la lea? —le preguntó Carmen a Juan entregándole una nueva carta de Carla.

—Sí, ya sabes que no quiero que nadie se entrometa en mi vida, y ella es la que ha estado leyéndolas hasta ahora. Prefiero que siga así.

—Bueno, si cambias de opinión, ya sabes que Martín te la puede leer sin ningún problema.

—Gracias, Carmen, pero por mucho que insistas no cambiaré de idea. Se lo pediré hoy cuando la vea en el mercado.

Y tras darle las gracias una vez más por el favor que le estaba haciendo, al recibir las cartas de su hija para que Miguel no las requisara, se marchó a trabajar. Los días que Juan recibía correspondencia se sentía dichoso y se notaba en el ritmo de sus labores. Preparó las cestas con espinacas y cebollas mientras tarareaba distraído una canción. Hacía mucho tiempo que Juan no cantaba, se sentía contento.

Estaba deseoso de recibir noticias de su hija y, sobre todo, de su amada nieta Alicia, que ya contaba con algo más de tres meses. Era la única manera de estar cerca de su familia, y el nacimiento de su nieta había regalado una pizca de luz a su corazón. Se moría por conocerla y estrecharla en sus brazos, como tiempo atrás había hecho con Carla, pero así estaban las cosas y, de momento, tocaba esperar.

Puede que cuando Alicia creciera un poco más, su madre estuviese preparada para hacer los caminos que separaban Trejón de Cadesta. Porque él no abandonaría a Julia. Debía ser Carla la que regresara al pueblo, él no podía separarse de su mujer, simplemente no podía. Necesitaba ir todos los días hasta Algarte y, aunque no le permitieran verla, el simple hecho de saberse a unos metros de ella le consolaba un poco. Además, ya la había traicionado una vez; le debía lealtad y ya que no podía enmendar su error, cosa que le atormentaba, estaba dispuesto a serle más fiel que nunca, empezando por no alejarse de ella. No, no podía irse de Cadesta, era algo impensable.

Se abrigó con un grueso jersey de lana y una chaqueta de pana azul marino y se dirigió al puesto que regentaba en Algarte. Esa mañana llovía a cántaros y un viento desagradable hizo que el mercado apenas tuviese gente. Pocas

mujeres fueron las valientes que se animaron a comprar y numerosos aldeanos tuvieron que regresar con las cestas y los sacos llenos como los habían traído. No fue un día bueno para el mercado.

Juan esperó a Isabel durante todo el día. Vio que todos sus compañeros comenzaban a recoger y muchos abandonaban sus puestos, pero él siguió esperando. Necesitaba que le leyera la carta, así que aguardó un rato más, ya que en cualquier momento podría aparecer. Cuando el último de los aldeanos se despidió de él, se dio por vencido y comenzó a recoger, abatido y extrañado a partes iguales.

Era muy raro que Isabel no se hubiese acercado hasta Algarte para comprar, aunque, pensándolo mejor, el tiempo era muy desagradable e Isabel era toda una señora, coqueta como ella sola. Ese vendaval habría mojado y estropeado sus ropas, y era algo que ella apreciaba mucho. Acabó convenciéndose de que ese era el motivo real de que Isabel no se hubiera acercado hasta su puesto. Cuando tuvo todo recogido, se fue al cuartel, como cada tarde, para recibir la negativa de ver a su mujer.

Volvió a casa con una sensación de vacío. Había empezado el día contento y con ilusión de noticias frescas, pero se fue deshinchando como un globo a medida que pasaban las horas. A la mañana siguiente, si Isabel se acercaba a verlo, se lo pediría. Se fue a dormir, agotado pero con la esperanza de que a la mañana siguiente sabría de Carla y Alicia.

Madrugó como cada día de su vida para enfrentarse a todas las cosas que tenía que hacer. Dio de comer a los animales, recogió sus excrementos y los apartó para usarlos como abono. Recogió verduras, desmigó maíz, limpió malas hierbas y un sinfín de cosas que la tierra le exigía. De vez en cuando dirigía una mirada de soslayo hacia el camino que llevaba hasta sus tierras, pero nadie aparecía por allí. Comió en casa algo de verduras con un buen caldo caliente y, por la tarde, fue hasta Algarte para intentar ver a Julia. Ese día tampoco supo nada de Isabel, y Juan se empezó a preocupar.

El tercer día que la esperó y no apareció se plantó en casa de Carmen para expresarle su preocupación. Era muy raro que Isabel no le hubiese visitado en tres días. Como mucho habían estado sin verse un día, día y medio a lo sumo, pero no más. Ella siempre se acercaba a su puesto aunque solo fuese para saludarlo.

Carmen trató de tranquilizarlo. Puede que el sentido común hubiera hecho ver a Isabel que la relación que ellos mantenían no era correcta. Juan se indignó rebatiendo los argumentos de la anciana y negando una relación de

pareja entre ellos. Le aclaró que tan solo eran amigos y que únicamente se preocupaban el uno del otro. Jamás le reconoció que cada vez que la veía aparecer en sus terrenos, el corazón se le encogía durante unos segundos antes de volver a latir con normalidad. Cómo el calor le subía sin remedio a la cabeza cuando ella le rozaba con el dorso de la mano intencionadamente haciéndose la despistada. Que ambos se seguían queriendo y que las cenizas del fuego que una vez prendió con fuerza habían vuelto a arder con intensidad cada vez que estaban juntos, a pesar de que ninguno de los dos lo manifestara en voz alta. Nada de esto le dijo porque no quería reconocer sus sentimientos.

Se marchó de casa de Carmen con las manos en los bolsillos sin encontrar una respuesta que le reconfortara del todo. Estaba preocupado, pero ¿qué más podía hacer? Solo esperar, y así lo hizo. Siguió con su vida anhelando la compañía de Isabel hasta que varios días después pudo satisfacer un poco su curiosidad.

Una heladora mañana en la que la niebla había sumergido al pueblo en una de las penumbras más densas de los últimos cien años, Juan estaba en el patio revolviendo en su caja de herramientas cuando dos sombras oscuras cruzaron por el camino principal que pasaba por delante de su patio pedregoso. Iban cogidas por el brazo, aunque más bien una sujetaba a la otra.

—Buenos días —saludó Juan con monotonía.

En los pueblos, sobre todo en los pequeños, todo el mundo tenía por costumbre y educación saludar cada vez que se encontraban con algún vecino. Le pareció raro no recibir respuesta; es más, no obtuvo ningún tipo de contestación. Supuso que sería gente de otro pueblo o que podía ser el mismísimo Miguel, un maleducado de nacimiento.

Siguió agachado buscando un alicate entre sus herramientas. Sin embargo, no les quitó el ojo de encima, tratando de averiguar a quiénes correspondían aquellas siluetas que se escondían tras la fuerte neblina. De repente, se le paralizó el corazón. Se incorporó lentamente para comprobarlo mejor. Había reconocido el vaivén de la pesada tela de los muchos vestidos que tenía Isabel. Tan solo se oía el rozar del ropaje con las botas de cuero de vacuno de la mujer en cada paso que daba. A parte de eso, silencio absoluto.

El corazón de Juan comenzó a latir con violencia. Estaba seguro de que era ella, pero ni siquiera giró la cabeza para mirarlo. Ni un saludo, nada. Nada. Se percató de que la persona que la acompañaba era una de sus sirvientas, y ambas pasaron de largo como si él no existiera. Por mucha niebla que hubiese, era imposible que no le hubieran visto. Aun así, en el remoto caso de que no lo

hubiesen hecho, le tenían que haber oído. No podía ser.

¿Por qué de la noche a la mañana se topaba con esa indiferencia? ¿Qué había pasado entre ellos para que le negara el saludo? El enfado fue invadiendo a Juan a lo largo de la mañana al ritmo en que la niebla se fue disipando. Por más vueltas que le daba, no comprendía el desinterés repentino que había surgido en ella. Tal vez hubiese sido un capricho más de la señora alcaldesa. Al fin y al cabo, habían pasado muchos años y la gente, con el paso del tiempo, tendía a cambiar. Y tanto que cambiaba. Irreconocible de nuevo con esa actitud altanera y fría tan característica de ella.

A la mañana siguiente, igual de gélida que la anterior, aunque con un espléndido sol, Juan fue hasta el mercado con sus abultadas cestas. Una vez en su puesto, pasó el día regateando con viejas aldeanas y consiguió vender casi toda su mercancía. En una de estas, mientras se encontraba en una caldeada disputa por el valor de un puñado de espinacas que una de ellas no estaba dispuesta a pagar, vio de soslayo a Ana, la criada de Isabel, comprando en uno de los puestos de la otra punta del mercado. Sin pensarlo dos veces, malvendió las espinacas, otorgándole la victoria a la señora, que se fue al siguiente puesto con el manojo de verduras en la mano y una sonrisa triunfante. Juan, a su vez, abandonó el suyo, cosa que jamás había hecho, ya que era bien sabido que el que dejaba su puesto en el mercado tenía muchas posibilidades de encontrarlo saqueado.

Corrió hasta darse de bruces con Ana, que en ese mismo instante se había girado en dirección al puesto de Juan.

—Hola —dijo él jadeando por el esfuerzo.

—Hola... —contestó Ana algo esquiva.

—Solo... solo quería preguntarte por Isabel. Hace tiempo que no la veo, y me gustaría saber si se encuentra bien... —añadió Juan poniéndose colorado.

—Sí, la señora Beltrán se encuentra bien. Gracias por su interés.

—Sé que le ha pasado algo. De repente ni me saluda. Solo quiero saber si está bien —susurró Juan aferrando el brazo de Ana con un deje de desesperación.

Ana, asustada, intentó zafarse, pero tras varios segundos en los que no consiguió que la fuerza del hombre disminuyese, suspiró y, bajando la voz ella también, le empezó a contar:

—El señor Beltrán ha vuelto a pegarle, pero esta vez de manera violenta. Estuvo varios días en cama hasta que consiguió despertar. Se puede decir que está mejor, aunque todavía tiene que recuperarse. Y ahora, haga el favor de

soltarme.

—Madre mía... —exclamó Juan palideciendo mientras liberaba el brazo de Ana.

—Tiene el cuerpo magullado y alguna que otra lesión, pero mejorará. Tan solo necesita tiempo y descanso.

—¿Y por qué semejante paliza?

—Señor Almazán, ¿no ha oído los rumores que corren por el pueblo?

—¿Qué rumores? —preguntó él desconcertado.

—Las malas lenguas llevan varios días contando que Isabel y usted andan coqueteando, que se les ve juntos muy a menudo. Y ya sabe cómo son en los pueblos... El rumor llegó hasta el señor Beltrán y...

—¿Qué tontería es esa? Yo no estoy cortejando a Isabel —contestó Juan indignado alzando la voz.

—¡Chsss! No sea necio y baje la voz. Por eso ayer no le saludamos. La señora Beltrán tiene miedo, ¿sabe? Es mejor que la deje en paz si no quiere que el alcalde al final la mate —sentenció Ana mientras se disponía a marcharse.

—Pero...

—Juan, hágase un favor y aléjese de Isabel. Por su bien y por el de ella. —Y, dándose la vuelta, se perdió entre el gentío del mercado.

El hombre arrastró los pies de vuelta a su puesto sopesando las palabras de Ana. Se sentía responsable de la paliza que Isabel había recibido y no soportaba saber que ella estaba sufriendo por su culpa. Tal vez Ana tuviese razón y lo mejor sería mantener las distancias para no perjudicarla más. Además, a él mismo le beneficiaba estar una temporada separado de ella, ya que la balanza de sus sentimientos en ocasiones se inclinaba hacia el lado equivocado.

Unos gritos desvanecieron todos sus pensamientos de un plumazo. Buscó de dónde provenían y descubrió su tenderete rodeado de niños desdentados que, con movimientos rápidos, le estaban vaciando las cestas.

—¡Fuera de aquí, ladronzuelos! ¡Fuera! ¡Juan, Juan! —aullaba el hombre que regentaba el puesto de al lado.

Juan echó a correr mientras gritaba y hacia aspavientos con los brazos en un intento de espantar a los mocosos hambrientos que ya corrían a grandes zancadas calle abajo con las manos llenas. Salió corriendo detrás de ellos en vano, pues ya no era joven para correr como un chiquillo detrás de unos muertos de hambre. Recuperó algún manojo de espinacas y un par de cebollas que se les habían caído en la huida y regresó para recoger todo para marcharse aunque aún quedaba gente en el mercado dispuesta a comprar. Una vez todo

limpio, recogido y con las cestas en la carretilla, se presentó en el cuartel y mantuvo la misma conversación que las anteriores tardes:

—Buenas tardes, Marcos.

—Buenas tardes.

—¿Puedo verla?

—No.

—¿Cómo está?

—Bien, Juan, no te preocupes, cuidamos de ella.

—Déjame verla, Marcos.

—Lo siento. Son órdenes de arriba, ya lo sabes.

—¿Y hablar?

—Juan, no insistas, ya sabes que no.

—Dile que la quiero y que he venido a verla.

—Se lo diré, no te preocupes.

—Hasta mañana, Marcos.

—Hasta mañana, Juan.

Y con el ánimo derrotado, paró en la primera taberna que se topó por el camino, dispuesto a olvidar. Tomó un aguardiente que le abrasó la garganta y, cuando iba a sacar las monedas para pagar, se encontró con la carta de su hija. Pidió un segundo aguardiente mientras no paraba de voltear el sobre entre sus manos, pensando qué hacer con ella. Isabel ya no podría leérsela; pedírselo sería muy arriesgado, y no quería que Miguel volviera a pegarle por su culpa.

El alcohol lentamente le fue espesando la mente y, en un momento de impulso inexplicable, le pidió al tabernero que se la leyera. El tipo se le quedó mirando durante un instante y, cogiendo el sobre con delicadeza, lo abrió y le echó una ojeada. Era un texto pequeño con letra apresurada y alguna mancha que otra. Se notaba que se había escrito con rapidez y de cualquier manera. El tabernero carraspeó sonoramente mientras cogía el papel con ambas manos y, estirándolo un poco con un ligero toque, comenzó a leer:

—«Queridos mamá y papá. Vuelvo a Cadesta. Nos vemos dentro de poco. Os quiero mucho. Carla».

El tabernero le devolvió el papel con indiferencia y se fue hasta la otra punta de la barra para secar los vasos con un sucio paño de cuadros. A Juan le costó asimilar el mensaje de su hija, pero cuando su densa mente consiguió descifrarlo, una enorme sonrisa surgió en sus labios mientras sus ojos brillaban de emoción.

—¡Ponme otro! ¡Esto tengo que celebrarlo! —exclamó Juan, borracho y

feliz.

CAPÍTULO 25

El sol no había salido aún para presenciar lo que sin duda fue una despedida difícil. Y aunque no era un adiós definitivo, sino un hasta luego, el dolor que aquella partida precoz e inesperada dejaba era tan agudo que sumía a la granja en más tristeza aún si cabía. Tarde o temprano Carla debía retomar su vida, y, en el fondo, todos sabían que acabaría sucediendo.

Sin embargo, esta vez era diferente. Alicia también partía con ella y, tras la pérdida reciente de Rubén, nadie estaba preparado para desprenderse de la única chispa de luz que iluminaba sus vidas. Ella había conseguido que siguieran a flote gracias a su inocencia infantil, ajena a todas las desgracias que rodeaban a la granja. Reía con cada caricia y el brillo de sus ojos era motivo suficiente para arrancar tímidas sonrisas en las almas perdidas que vagaban por la casa.

Fue un duro golpe que nadie osó cuestionar y, aunque Carla les juró y perjuró que algún día ambas regresarían por el mismo camino que un día llevó a la muchacha hasta allí, dejando como única esperanza sus promesas, no pudieron impedir que las dudas les asaltaran respecto a su futuro retorno. Puede que fuese mentira o puede que no, nadie sabía realmente las ideas que rondaban por la cabeza de Carla. Jamás tuvo las cosas claras y, después del asesinato de Rubén, menos aún. Atrás quedaban su casa y su granja, pero que no parecían ser suficientes para retener a la muchacha.

Hubo abrazos, hubo besos, pero sobre todo hubo lloros. Carla se despidió con gran afecto y gratitud: abrazó a Manuela con sincero cariño, que acabó abatida de rodillas en el suelo suplicándole que no se llevara a lo único que le quedaba de Rubén, y recibió unas toscas palmadas en la espalda mientras la arropaba entre sus brazos un Nicolás ausente y triste, incapaz de asimilar la muerte de su hijo.

Cuando fue a despedirse de la señora Romero, Carla no pudo evitar derrumbarse. No tuvieron mucho que decirse. Las dos sabían que el amor que había surgido entre ellas era puro como el agua y que, a pesar de la distancia que se iba a interponer entre ellas, había un trocito de corazón reservado para que el espíritu de cada una viviera en la otra para siempre. Las lágrimas brotaron a borbotones de ambas mujeres y un dolor intenso presionaba a cada

una de ellas a la altura del pecho. Porque el amor tiene un lado oscuro, y es el profundo dolor que te causa la separación de un ser querido. Porque separarse de una persona querida duele, y mucho.

Carla no alargó demasiado aquel momento porque el sufrimiento iba a ser mayor cuanto más tardara en partir, así que, colgándose al hombro su viejo macuto roído, cogió a la pequeña Alicia y la envolvió en una manta de lana beige. Salió de la granja mientras sentía que un trocito de su alma se desgarraba de dolor con cada paso que daba. Se giró para despedir con la mano a los que durante más de un año habían sido su familia y, por un instante, se le pasó por la cabeza la idea de volver corriendo junto a la señora Romero y quedarse allí con ella. Pero algún día tenía que volver a Cadesta, y ese día era igual de válido para partir como cualquier otro. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se encaminó por la senda de piedras que una vez, hacía tiempo, la había llevado hasta allí.

Hacía frío, el mes de diciembre apretaba con toda su fuerza y los sabañones pronto comenzaron a invadir las heladas manos de la muchacha. Debía aprovechar todo lo posible las mañanas, ya que anochecía a media tarde y era muy peligroso recorrer los caminos en la oscuridad, y más aún si se trataba de una madre y una recién nacida inocentes e indefensas. Por ello, a pesar del frío helador, Carla reemprendía su regreso con decisión cada día, avanzando todo lo posible durante las horas de sol.

Dormía en hostales de mala muerte y se levantaba temprano para poder avanzar hasta que la luz del día se desvanecía y paraba de nuevo en otra posada para poder descansar. Avanzaba sin prisa pero sin pausa, y cada día que terminaba era una pequeña victoria para la muchacha.

Una mañana muy fría, después de tomar un caliente vaso de leche de cabra en la posada en la que había pasado la noche, retomó su camino como de costumbre, dispuesta a acortar todo lo posible la distancia con Cadesta. Anduvo durante más de una hora sola hasta que encontró una vía principal en la que comenzó a ver a mercaderes y aldeanos caminar acompañados del intenso frío, que se dirigían a los pueblos cercanos para vender o negociar. La estampa le hizo evocar el recuerdo de su padre despidiéndose de ella antes de encaminarse por el camino nevado que llevaba hasta Algarte para vender sus frutas y verduras en los duros inviernos. Una sonrisa fugaz apareció en los labios de Carla al recordar a su familia y, con paso decidido, siguió caminando con la ilusión de reencontrarse en unas semanas con sus padres.

Hacía muchísimo frío, tenía las manos y los pies doloridos, pero el calor

que desprendía Alicia pegada a su pecho la reconfortaba un poco. A media mañana, un par de monjas que la alcanzaron a paso ligero se interesaron por la pequeña. Se acordó de la recomendación de Nicolás de viajar en grupo para evitar conflictos y asaltos, así que rápidamente entabló conversación y acabo viajando con ellas.

A pesar de estar acompañada solo por mujeres, Carla se sentía segura, ya que solía ser extraño que los ladrones se atrevieran a asaltar en el camino a religiosas, por miedo a represalias del Señor Todopoderoso. Aun así, no las tenían todas con ellas y extremar las precauciones era lo más sensato. Los vientos arrastraban por los pueblos rumores de novicias mancilladas en los matorrales de las orillas de los bosques y robos a punta de navajas afiladas dejándolas en paños menores y sin ningún tipo de provisión. Bien sabido era por los asaltantes que los religiosos solían tener abundantes provisiones, y la necesidad y el hambre muchas veces no entendían de fe. Por ello, en cuanto pudieron se unieron a un grupo de robustos leñadores que se desplazaban hasta uno de los pueblos próximos.

Andaban a grandes zancadas, ya que el sol apremiaba desde lo más alto recordándoles que lentamente comenzaría su descenso, privándoles en pocas horas de la luz que tanto necesitaban para avanzar. Carla era una muchacha ágil, pues el trabajo que había desempeñado en la granja la había mantenido fuerte y vigorosa, pero los brazos se le iban quedando doloridos de sujetar durante tantas horas seguidas a Alicia y comenzaba a sentirse realmente cansada. Llevaba más de cinco horas caminando aquel día y comenzaba a fatigarse. No paraba de cambiar a Alicia de un brazo a otro, cada vez más incómoda por el peso del bebé.

—¿Quieres que la lleve un rato? —le preguntó sor Beatriz extendiendo los brazos hacia la niña.

—No hace falta, gracias.

—Anda, no es molestia. Te aliviará liberarte de ella durante un ratito —dijo mientras la cogía en brazos.

Sor Beatriz era bastante mayor que su compañera sor Miranda. Le contó mientras meneaba a Alicia con soltura que se dirigían a un internado de niñas en el que necesitaban ayuda por falta de personal. Escaseaban las docentes con estos fríos; muchas enfermaban y no había monjas suficientes para atender a todas las alumnas. Le confesó que le chiflaban los niños y que ayudarles a aprender era lo que más le gustaba en este mundo. Era una mujer feliz que hacía lo que había soñado desde pequeña y se sentía plena por ello.

Carla, en lo más hondo de su corazón, sintió una punzada de envidia; saber qué se quiere en este mundo y hacerlo realidad le parecía un privilegio que muy pocos llegaban a alcanzar, pero se alegró por ella. El entusiasmo de sor Beatriz rápidamente contagió a Carla, haciendo que su día fuese menos triste y el camino más ameno. El buen humor y la felicidad que aquella mujer transmitía eran pegadizos y a Carla le venían bien. Incluso llegó a reír en alguna ocasión, y eso que hacía mucho tiempo que no sonreía, concretamente desde la muerte de Rubén. Se dio cuenta de que el cambio de aires le estaba favoreciendo. Tal vez simplemente lo que necesitaba era salir de la granja, en la que la tristeza parecía haberse quedado a vivir.

Al poco, los hombres decidieron parar en un claro rodeado de altos pinos que había junto al camino para satisfacer el hambre y la sed y poder descansar un poco. El bosque era frondoso y el frío no se sentía tan intenso en su interior, aunque lo ideal hubiese sido parar en algún pueblo para cobijarse del punzante frío. No obstante, todavía faltaba una buena tirada y todos empezaban a sentirse hambrientos.

Ni las monjas ni Carla podían desprenderse de la seguridad de aquellos amables leñadores, y aunque parar les retrasara el viaje, la protección que les brindaban era imprescindible. Algunos de los hombres fueron a recoger piedras y algo de leña seca y, tras varios intentos fallidos, consiguieron encender un fuego que todos agradecieron. Tras comer un poco de queso y algo de pan que uno de los hombres le ofreció amablemente, Carla aprovechó para dar de mamar a la pequeña. Esta había recuperado algo de leche desde que había dejado los medicamentos y, aunque no era mucha, bastaba para satisfacer las necesidades de la pequeña. Se fijó en que estaba más pálida de lo normal, sus labios estaban morados y no paraba de tiritar mientras tosía de vez en cuando.

—Será mejor que abrigues bien al bebé si no quieres que muera congelado —le dijo uno de los hombres fijándose en Alicia—. Acércalo al fuego, le hará bien.

Carla no lo dudó ni un instante y, aproximándose aún más a la hoguera, colocó otra manta que tenía en el macuto sobre Alicia. La pequeña mamó con ganas y esto le hizo recuperar algo de color, aunque no fue mucha la leche que pudo extraer. El resto lo hizo el calor del fuego que bailaba de manera sinuosa frente a ellas. La niña dejó de tiritar y cayó en un profundo sueño acunada por el calor y el estómago medio lleno, pero acompañado de continuas toses feas. Sin duda, estaba resfriada.

—Llegaremos al anochecer... —informó sor Beatriz una vez se hubieron puesto en marcha de nuevo.

—¿Sabéis de algún albergue por la zona?

—Ven al internado con nosotras. Alicia necesita calor y una cama para curar ese resfriado. Mejor que en el colegio no vais a estar en ningún lado.

—No quiero molestar...

—¡No serás ninguna molestia, mujer!

Sor Beatriz no erró en su cálculo respecto a la llegada y un par de horas después de abandonar el grupo de leñadores avistaron el colegio sobre una colina.

—¡Madre mía, es enorme! —exclamó sor Miranda.

—¡Santa Madre del amor hermoso! Me habían dicho que era grande, pero he de confesar que no me lo imaginaba así. No me extraña que necesiten ayuda para impartir las clases —dijo sor Beatriz sorprendida.

A medida que se acercaban, pudieron apreciar lo realmente grande que era el internado. Sobre una colina apartada del pueblo, una verja rodeaba el gran edificio rectangular de piedra gris. A su vez, decenas de imponentes árboles envolvían al colegio con un sinfín de ramas huérfanas de hojas. Sin duda, se trataba de una construcción majestuosa y su presencia no dejaba indiferente a nadie. En las faldas de la loma, un minúsculo pueblo de casitas salteadas reposaba tranquilo a los pies de la montaña.

El olor a leña quemada les dio la bienvenida mientras decenas de nubes de humo salían de las chimeneas de las pequeñas casas. Atravesaron el pueblo en un abrir y cerrar de ojos, ya que no había más de dos docenas de hogares como mucho.

Comenzaron a subir la cuesta que separaba el colegio de las casas con cierta dificultad, ya que el frío allí era más acusado y había helado parte del camino. Con mucho cuidado y paso lento, las cuatro consiguieron llegar hasta las puertas de la verja, que esperaban medio abiertas como si las estuviesen invitando a entrar. Sobre la puerta, un cartel grande con letras de hierro rezaba: «Colegio Internado de las Hermanas de la Cruz». Al lado de una de las puertas, había una pequeña campana con un pedazo de cuerda trenzada que colgaba del badajo. Sor Beatriz se acercó y, con mano temblorosa, la hizo sonar.

El frío era insoportable. Esperaron un par de minutos, para ellas una eternidad, pero allí no salía nadie y lo único que se oía era la tos áspera de la niña. A sor Beatriz se le escapó un suspiro y, con una mano, les indicó que

pasaran. Ni Carla ni sor Miranda se lo pensaron dos veces y siguieron a la mayor de las mujeres, que se encaminaba hacia la puerta principal. Sor Beatriz se disponía a tocar la puerta con una bonita aldaba cuando, de repente, se abrió. Se dieron de bruces con una monja muy mayor que tenía las mejillas muy coloradas y parecía sofocada. A Carla por un momento le recordó a la señora Romero, que siempre tenía sus mejillas encendidas, aunque no tanto como la monja que las miraba desde la puerta.

—¡Oh! Llegáis justo a tiempo. Estábamos preparando la cena de las chicas. Unas cuantas manos más nos vendrán de maravilla. Bienvenidas seáis, hermanas. Pasad, pasad. Afuera hace muchísimo frío —dijo la monja apartándose para dejarlas pasar.

—Gracias, gracias —fueron agradeciendo las mujeres a medida que iban entrando en el colegio.

—Os llevaré a ver a la madre superiora.

La monja las acompañó por largos pasillos iluminados por miles de candelabros hasta un despacho apartado, donde esperaba sor Lucía, la madre superiora. Se oía el alboroto lejano de vocecitas y risitas de niñas que debían de estar pululando por las estancias de alrededor. Sor Lucía resultó ser una monja muy mayor, como Carla imaginaba. Tenía la mirada dulce que combinaba a la perfección con su afable sonrisa. Parecía una buena persona.

Estuvieron hablando sobre el trayecto hasta el colegio, del estado de la pequeña Alicia y de la posibilidad de que se quedaran allí durante unos días. Sor Lucía no puso ningún impedimento en que la muchacha se quedara los días que necesitase para que el bebé pudiera recuperarse, pero, a cambio, debería ayudar con las tareas del colegio.

La madre superiora hizo que la monja que les había dado la bienvenida acomodara a Carla y Alicia en una de las habitaciones libres de las que disponían para las propias monjas. Además, le llevó algo de comida y una jarra de agua, que dejó al lado de un candelabro de plata que sostenía tres velas responsables de iluminar el dormitorio, sobre un aparador pegado a la pared. En cuanto la monja las volvió a dejar a solas, Carla comenzó a comer con avidez, ya que no se había dado cuenta hasta entonces del hambre que tenía.

Tras devorar hasta la última migaja, se tendió en la cama y se acurrucó junto a Alicia, que yacía tendida en uno de los lados, dormida, respirando con algo de dificultad. No tuvo tiempo de reflexionar acerca de lo vivido ese día, como solía hacer cada noche. Abrazó a la pequeña y se durmió casi al instante a pesar de ser aún media tarde.

CAPÍTULO 26

Durante la noche, Alicia despertó en tres ocasiones a su madre para recordarle con escandalosos lloros su inaplazable hora de comer. Tras vaciar completamente cada seno, la pequeña volvía a dormirse en cuestión de segundos con una facilidad asombrosa. Sin embargo, a Carla no le resultaba tan fácil volver a conciliar el sueño, y la tercera vez que la amamantó, se desveló completamente hasta que el alba le dio los buenos días desde un pequeño ventanuco. Al poco tiempo de amanecer, Alicia despertó, ya que era una madrugadora innata, entre toses rudas y secas.

Salieron en busca de alguien que pudiera orientarlas. No tuvieron ningún problema, ya que, en cuanto pisaron el suelo del pasillo, Carla pudo avistar a lo lejos a un par de monjas que hablaban en voz baja mientras caminaban lentamente hacia ellas.

—Buenos días. Tú debes de ser nuestra nueva huésped, ¿verdad? —se interesó una de ellas.

—Sí, llegué ayer al anochecer con sor Beatriz y sor Miranda.

—¿Y esta preciosidad cómo se llama?

—Ella es Alicia.

—¡Qué bonita es! Esos ojos verdes, sin duda, son tuyos.

—Sí, eso dicen.

—Supongo que tendrás hambre. Acompáñame.

La monja se despidió de su compañera y comenzó a caminar en dirección contraria al dormitorio de la muchacha. Carla anduvo tras ella y, después de recorrer un par de largos pasillos, llegaron a una gran estancia rectangular en la que había un montón de mesas y bancos de madera dispuestos en filas, bañados por los primeros rayos del sol que se colaban por las numerosas ventanas que casi rozaban el techo. Todas las mesas estaban preparadas para que en cualquier momento se sirviera una comida con sus respectivos platos, cubiertos, vasos y servilletas, y en el centro de todas ellas, una gran cesta de mimbre con fruta a rebosar.

—Pronto vendrán las niñas, así que será mejor que desayunes rápido —le aconsejó la monja.

Carla se sentó en una de las mesas que le indicó la religiosa y colocó a

Alicia sentada sobre su regazo con cuidado mientras cogía una manzana con timidez. La monja se sentó frente a ella y también tomó una manzana, que limpió con la manga del hábito antes de darle el primer mordisco.

—Puedes coger lo que quieras sin miedo, gracias a Dios los alimentos no escasean en este colegio. Deberías probar los plátanos, están deliciosos.

La muchacha no lo dudó y, una vez terminó de comer la manzana, cogió uno de los plátanos que sobresalían del frutero. La fruta en general estaba jugosa y muy sabrosa; además, el exceso de comida que veía en todas las mesas le hizo sospechar que no estaba en un colegio cualquiera. Y así era.

La monja le habló sobre el internado y le dijo que era uno de los más importantes de todo el país. Se trataba de un colegio exclusivo para mujeres. Hijas de condes y duques eran muchas de las alumnas que residían allí, además de hijas de terratenientes, importantes comerciantes y poderosos mercaderes. Eran muy abultados los pagos que debían realizar para poder estudiar en aquel colegio, pero las puertas no estaban cerradas para la plebe. La mayoría de las familias de los pueblos cercanos no podían hacer frente a semejantes pagos; por ello, las niñas pobres debían ayudar a limpiar y recoger, cocinar y servir a las niñas ricas que sí pagaban su mensualidad, a cambio de su formación.

Mientras disfrutaba del plátano, el comedor comenzó a llenarse de niñas y muchachas, vestidas todas con el mismo uniforme. Un jersey de lana verde botella sobre una blusa blanca y una falda de cuadros verdes y grises por debajo de las rodillas a juego con el jersey. Llevaban leotardos oscuros y zapatos de cuero negro.

Todas ellas acicaladas, fueron llenando las mesas lentamente. Carla se levantó para hacer sitio a unas muchachas que se acercaron hasta la mesa en la que estaban.

—Bueno, es la hora de ayudar. Yo me llevaré a esta hermosura con el resto de bebés mientras tú les ayudas a organizar todo —le dijo la monja.

—Está enferma. Cuide de ella, por favor.

—Ya le he escuchado esa terrible tos. No te preocupes, está en buenas manos.

Alicia comenzó a llorar estrepitosamente cuando la monja la cogió en brazos, pero la conquistó rápido en cuanto le hizo cuatro tonterías. La pequeña pasó del llanto a la risa en un abrir y cerrar de ojos y se fue tan contenta con aquella mujer que hacía solo media hora acababa de conocer, olvidándose por completo de su madre.

Resulta que sor Candela, que así se llamaba la monja con la que había

compartido mesa, era una de las encargadas de cuidar a las más pequeñas del internado. Estas pobres desafortunadas habían sido abandonadas a los pies de las puertas del colegio por familias que no podían asumir otra boca más que alimentar. A una de ellas la habían encontrado cobijada bajo los matorrales de las afueras de un bosque con tan solo dos años masticando ramitas secas con los pequeños dientes de leche. Eran niñas que no tenían ningún recurso y que no se sabía de dónde procedían. Así que el internado las acogía con los brazos abiertos y las monjas intentaban formarlas lo mejor posible para poder abrirles las puertas de un futuro mejor, que casi siempre era en conventos. Algunas de ellas optaban por quedarse incluso en el mismo colegio como docentes. A cambio, se les exigía colaborar y ayudar como al resto de niñas pobres, cuando tenían la edad adecuada para ello, y así compensar los gastos que generaban. En ese momento, había cinco niñas de entre uno y cuatro años y tres bebés un poco mayores que Alicia. Entre varias monjas cuidaban de ellas inculcándoles desde bien pequeñas la disciplina y la responsabilidad para que el día de mañana fuesen personas de bien.

En ese preciso instante, vio entrar a sor Beatriz y a sor Miranda entre varias monjas más, en la cabeza de una cola con otras muchas niñas. Estas iban vestidas de manera diferente. Se trataba del mismo uniforme, pero en vez de color verde era marrón. Estaban muy desgastados y a muchas de ellas les estaban grandes o, por lo contrario, pequeños. Eso sí, iban igual de bien acicaladas, ya que la higiene era muy importante en el internado y no estar bien limpia ni bien peinada tenía serias consecuencias.

Con la misma dignidad que las mismísimas hijas de un duque, caminaban con la frente bien alta, la espalda muy recta y cada una de ellas portaba una jarra grande de leche caliente. Cada niña se dirigió a una mesa concreta y fue llenando las tazas, una a una, de cada niña rica que en ese momento disfrutaba de la deliciosa fruta. Otras llevaban cestas con hogazas de pan y queso. Las niñas estaban muy bien organizadas y sabían de sobra adónde debían dirigirse y qué hacer.

Sor Lucía, la abadesa, se acercó a Carla y, asiéndola por el brazo, la llevó hasta la cocina. Le explicó cómo debía servir a las niñas que estaban en el comedor y el orden de la comida. Así que Carla, haciendo caso de las instrucciones que acababa de recibir, cogió una cesta de mimbre llena de galletas recién horneadas y se dirigió hasta la mesa que le habían indicado. Sirvió dos a cada niña y volvió hasta la cocina para sustituir la cesta vacía por otra llena.

Aquello parecía un banquete real. El desayuno que esas niñas estaban disfrutando era algo exagerado, pero al tratarse de hijas de personas tan poderosas que pagaban cifras desmesuradas, el internado no podía más que estar a la altura. Una vez todas las niñas ricas terminaron de desayunar y abandonaron el comedor, las niñas pobres, unas cuantas monjas y Carla comenzaron a recoger el sinfín de platos, tazas y cubiertos de las mesas. Unas recogían, otras fregaban, otras barrían, y, tras una hora sin parar, consiguieron dejar el comedor listo para la hora de la comida.

—¿Ellas no desayunan? —preguntó Carla con curiosidad a una monja que barría a su lado.

—Claro que sí. Lo hacen antes de servir el desayuno al resto del alumnado —le contestó con una dulce sonrisa—. Hoy te han dejado dormir bastante, pero acostumbramos a levantarnos muy temprano.

—Ya, claro —respondió Carla pensando en todas las horas que había pasado en vela.

Tras cerciorarse de que su ayuda ya no era necesaria, se fue en busca de sor Candela y Alicia. Se equivocó de estancia después de recorrer varios de los interminables pasillos de la edificación e interrumpió una silenciosa clase de punto de cruz. En el segundo intento, encontró a sor Candela con las niñas en una gran sala de ventanas altas como las del comedor y paredes empapeladas en tonos verdes claros con pequeños dibujos de brocado.

La estancia estaba habilitada con varias cunas, un par de butacas cerca y una enorme estantería repleta de volúmenes religiosos. Además, había una gran caja de madera repleta de cochecitos de latón, caballitos de madera y varias muñecas desgastadas. Estos juguetes, maltratados por hijos aburridos de familias pudientes que se habían encaprichado por el nuevo juguete de moda, eran donados al internado para que las niñas abandonadas pudieran tener algo con lo que jugar.

La monja levantó la vista del libro que tenía entre manos cuando vio entrar a Carla y, tras hacerle un leve gesto con la cabeza, siguió leyendo un pasaje de la Biblia a las cuatro niñas que escuchaban sentadas en el suelo. La muchacha se acercó con sigilo hasta donde estaban y esperó a que sor Candela terminara. Buscó con la mirada a su hija y se percató de que los bebés dormitaban sosegadamente en las cunas, Alicia incluida.

—Muy bien, niñas. Podéis ir a jugar —dijo la monja cerrando el libro mientras se dirigía hacia la estantería para devolverlo a su sitio.

Las pequeñas se levantaron rápidamente y fueron directas a la caja de

juguetes a revolver en ella. Del encantador estado de paz y tranquilidad que se había respirado durante la lectura se pasó a un alboroto de risas y chillidos en un santiamén.

—¡Chicas! Bajad la voz y comportaos, por favor. No me gustaría tener que castigar a nadie.

Sor Candela no tuvo que decirlo dos veces. Las niñas dejaron de chillar y de reír a carcajadas y volvió a reinar la paz en la estancia.

—Son buenas niñas, lo que ocurre es que no disponen de mucho tiempo para jugar y, en cuanto las dejo un poco, se emocionan tanto que les cuesta controlar la euforia.

—¿Las tiene que castigar muy a menudo? —preguntó Carla con curiosidad.

—Qué va. Estas niñas reciben tal disciplina desde tan pequeñas que son contadas las ocasiones que tenemos que recurrir a los castigos. Por norma general suelen ser niñas sumisas y tranquilas y no dan problemas. Queda mucho para la comida, ¿por qué no se queda a jugar con nosotras un rato? Además, Alicia está plácidamente dormida...

—Gracias, pero me gustaría poder hablar con sor Lucía. Aprovecharé que Alicia duerme y volveré más tarde a por ella. ¿Le ha dado mucha guerra?

—En absoluto. Se quedó dormida en cuanto la acosté en la cuna. Aunque tiene una tos muy fea. No se preocupe y vaya a resolver sus asuntos. Nosotras no nos moveremos de aquí.

Carla dejó atrás el cuarto de juegos de las niñas y fue en busca del despacho en el que la noche anterior había conocido a la madre superiora. Esta vez no tuvo muchos problemas para dar con él y en pocos minutos se encontraba delante de la puerta. Tocó varias veces con los nudillos y una voz desde dentro la invitó a pasar.

—En primer lugar, me gustaría agradecer su amabilidad acogiéndonos a Alicia y a mí en su colegio. Pero he pensado reanudar mi camino cuanto antes, mi hija no se encuentra bien y debería verla un doctor. Lo mejor es que me marche y dé con uno cuanto antes —añadió la muchacha una vez sentada frente a la abadesa.

—No deberías precipitarte. Alicia está resfriada y no se halla en condiciones de viajar. Por cierto, ¿cómo se encuentra hoy?

—Sigue igual...

—Ya... —respondió la madre superiora pensativa—. Esta misma mañana me han comentado que se avecina un temporal de nieve abundante y puede

que no encuentres posadas por el camino. Los pueblos por esta zona están muy separados unos de otros. La hermana Beatriz me comentó que viajabas hasta Cadesta y eso queda muy lejos de aquí. Deberías quedarte hasta que pasara el temporal.

—La verdad es que no tenía ni idea. Puede que tenga razón y sea una locura viajar en estos momentos. Pero necesito un doctor para mi bebé —afirmó la muchacha con un deje de súplica.

—Respecto a eso, no te preocupes: haré llamar al doctor del pueblo para que venga a mirar a Alicia si así te quedas más tranquila.

—Sí, por favor, se lo agradecería tanto...

—Está bien, en cuanto llegue te lo haré saber. Te recomiendo que, mientras tanto, des una vuelta por los alrededores del colegio. A pesar de las heladas y la falta de flores que en primavera inundan nuestros jardines, siguen manteniendo su encanto natural.

—Lo haré —contestó Amanda con una sonrisa.

CAPÍTULO 27

Isabel pasaba muchas horas en la cama intentando descansar. Pero eran más las que pasaba llorando su desdicha y su triste vida que carecía de sentido y que no conseguía encaminar. Aun así, los días eran más amenos gracias a la compañía de su criada Ana, que pasaba mucho tiempo a su lado. Miguel y ella seguían durmiendo en estancias separadas, ya que la mujer no se sentía con fuerzas para volver a su vida normal.

Aún no se había recuperado del todo; mantenía todavía alguna que otra oscura magulladura y muchas otras habían ido decolorándose hasta coger un tono amarillento bastante feo. Le dolía la espalda cuando permanecía muchas horas sentada, pero le punzaba la cadera cuando paseaba. Su rostro había recuperado su aspecto habitual y podía comer y beber sin ningún tipo de problema, pero su alma estaba rota como jamás lo había estado.

Cada vez que Miguel le pegaba, ella levantaba la cabeza al día siguiente como si nada hubiese pasado. Había desarrollado la capacidad de simular el bienestar y la comodidad que nunca había sentido. De nada servía, ya que era bien sabido en Cadesta que Miguel tenía la mano larga y más de un vecino había sido testigo de sus lloros y sus súplicas a altas horas de la noche que atravesaron el grueso cristal de las ventanas del señor alcalde. Pero en ella nunca se veían las roturas ni los estragos al día siguiente. De ella emanaba el poder y la riqueza que él le daba, pero no las humillaciones y las vejaciones a las que la sometía.

En los corrillos de los patios muchas veces se hablaba de ella. Era prepotente y orgullosa, y siempre alardeaba de sus ropajes nuevos. Pero era pobre de corazón, y muchos de los habitantes de Cadesta, más que desprecio, sentían lástima por ella.

—¿Cómo se encuentra hoy? —la saludó Ana mientras le acercaba una bandeja con el desayuno.

—Me encuentro mejor. Hoy me gustaría dar un paseo. La mañana esta soleada y me vendrá bien tomar un poco el aire.

—De acuerdo. Después del desayuno saldremos a pasear.

—Me gustaría pasar por casa de Juan —dejó caer Isabel justo antes de dar un sorbo a la taza de café que sujetaba con ambas manos.

—Perdóneme, Isabel, pero no creo que sea buena idea. Si está así es por culpa de Juan —le aconsejó Ana con semblante serio.

—Perdona que te corrija, Ana, pero, si estoy así, es por culpa de Miguel —refutó Isabel con el rostro tenso.

Un incómodo silencio invadió la habitación. Isabel se tomó el café con la vista perdida mientras Ana preparaba el conjunto con el que su señora se iba a vestir aquella mañana. De repente, unos golpes toscos en la puerta las sobresaltaron. Ana fue a abrir, pero no hizo falta. Tras ella, apareció Elena.

—Me ha dicho padre que te espera en la cocina. —Y con una sonrisa forzada volvió a cerrar la puerta.

Isabel y Ana se lanzaron una mirada fugaz justo antes de que la puerta se volviese a abrir.

—¡Ah!, y que no le hagas esperar —añadió Elena antes de volver a cerrar la puerta.

La mujer se vistió lo más rápido que pudo con la ayuda de su sirvienta para no enfadar a su marido y fue a su encuentro. Sentado a la mesa de la cocina, Miguel disfrutaba de su café matutino mientras leía distraído la prensa.

—Me ha dicho Elena que querías verme... —comentó Isabel al entrar, intentando que su voz fuese lo más firme posible a pesar de sentirse presa del pánico.

—Sí. En primer lugar, quiero decirte que te perdono lo de Juan, pero espero que no se vuelva a repetir, ¿vale? Ya se me ha pasado el enfado... —Rio secamente—. Bueno, voy al grano, que es lo que me importa. Seguramente me nombren concejal del municipio de Algarte. Se están valorando varios nombres para el cargo, pero el mío es el que más suena. ¡Es casi seguro que me escojan a mí! Así que he estado dándole vueltas y he pensado que lo mejor sería que nos fuésemos a vivir allí. Ya no seré un alcalducho de poca monta en un pueblo perdido de la mano de Dios. Voy a ser concejal del municipio y eso son palabras mayores, y para ello debo estar a la altura. ¿No crees? ¿Qué me dices? Te has quedado de piedra... ¿A qué no te lo esperabas? —dijo Miguel muy orgulloso.

—No sé qué decir, la verdad...

—¡Felicítame! ¡Eres la mujer de un concejal! —exclamó riendo de manera escandalosa.

—Felicidades, cariño —añadió Isabel con una nerviosa sonrisa.

—Me tomo el café y me voy para Algarte. Me he fijado en unas cuantas casas que me han gustado. Deberías empezar a organizar todo. Quiero que la

mudanza se haga cuanto antes y tiene que estar todo empacado para hacerlo con rapidez. Encárgate tú. —Y diciendo esto, se tomó de un trago el resto del café y se marchó, dejando a Isabel ensimismada en sus pensamientos.

Al cabo de un rato, fue Ana la que irrumpió en la cocina en busca de su señora para acompañarla en su paseo. Isabel se enfundó en su pesado abrigo de piel y, agarrándose del brazo de su acompañante, ambas enfilaron el camino principal dispuestas a dar vueltas alrededor del minúsculo pueblo. Iban con paso pausado, sin prisa, disfrutando de la luz que aquella inusual mañana les regalaba en pleno invierno. Caminaron en silencio hasta que Isabel, tras dar la segunda vuelta al pueblo, le dijo a Ana:

—Vamos a casa de Juan, necesito hablar con él.

—¿Está segura?

—Y tanto.

No tardaron ni dos minutos en llegar al patio empedrado de su vecino y, justo antes de entrar, Isabel le pidió a Ana que la dejara sola. Tras varias insistentes súplicas por parte de la sirvienta, Isabel consiguió que esta se volviera a casa para que fuese adelantando tareas. Se adentró en el patio antes de coger aire y llamó a la puerta. Esperó pacientemente a que Juan la recibiera, pero parecía que no había nadie. La rodeó y se encaminó hacia la huerta donde le vio a lo lejos, trabajando concienzudamente.

Un calor intenso iluminó su interior y no pudo evitar sonreír cuando vio los ojos de Juan fijándose en los suyos. Él se acercó rápidamente hasta ella y vio en su rostro preocupación; puede que incluso miedo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te encuentras? ¡No deberías estar aquí! Como alguien te vea conmigo, Miguel te mata... Vayamos a casa, ¡rápido! —le pidió apresuradamente mientras la cogía con cuidado por el brazo.

Ni mucho menos era la intención de Isabel entrar en casa de Juan, pero cada vez que estaba con él ese sentimiento de sentirse querida, que se preocupasen por ella... No podía evitarlo. Sabía que no debía, pero en realidad quería. Se dejó llevar hasta el interior de la casa y allí se acomodaron en la pequeña sala de Juan, que ya sentía como propia.

—¿Cómo estás, Isabel? Siento tanto que por mi culpa estés pasando por esto. Lo siento tanto... No quiero que te haga sufrir. Me siento tan mal. ¡Madre mía! ¡Pero cuántos golpes tienes! Dios mío, y todo por mi culpa... —se lamentaba el hombre mientras no paraba de examinar a Isabel de arriba abajo.

—Juan, ya está, no te preocupes. Me encuentro mejor, de verdad. Pero dime, ¿tú qué tal estás?

—¿Yo? Bien, la verdad. ¡Tengo tantas cosas que contarte! Viene Carla con Alicia. En unas pocas semanas estarán conmigo. ¡Estoy tan emocionado!

—¡Menuda gran noticia! Me alegro mucho. Yo también tengo cosas que contarte. Miguel ha decidido que debemos mudarnos a Algarte. Sé que estaré aquí al lado, pero me da mucha pena abandonar el pueblo en el que me crie... Son tantos los recuerdos que se agolpan en mi cabeza...

—¿Cómo, así? ¿Es para que no nos veamos?

—Van a elegir a uno de los concejales del municipio y seguramente le escojan a él. Dice que Cadesta no es un sitio para que viva un concejal y por ello quiere mudarse a Algarte.

—Bueno, al fin y al cabo, está a tan solo diez minutos de aquí. Tampoco es tan grave, ¿no? Podrás venir paseando todos los días.

—Supongo. Echaré de menos tenerte cerca...

—Y yo... —dijo Juan alargando su mano y poniéndola sobre la de Isabel.

El tiempo se paró en ese instante. Isabel sintió una pequeña descarga en el cuerpo en cuanto notó el roce en el dorso de la mano. Hubiese muerto en ese mismo momento si se lo hubiesen pedido, porque era tal la calma y la paz que aquel hombre le daba con tan solo tocarla que estaba dispuesta a morir para que aquellas fuesen sus últimas sensaciones. Pero poco duraron.

Juan apartó la mano y le pidió que se marchara. No quería que Miguel le hiciese más daño, y menos por su culpa. Una cosa era verse en el mercado y otra muy distinta en su casa. Era una auténtica locura, y Juan no estaba dispuesto a arriesgarse. Se dieron un abrazo sincero de cariño e Isabel abandonó la casa con rapidez.

No había acabado de cerrar la verja del patio cuando una mano fuerte la agarró por el brazo. El corazón de Isabel se encabritó por un momento al pensar que era su marido el que la había cogido, pero al girarse le sorprendió aún más ver que era su hija la que la agarraba. Estaba perdida.

—¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo? —le preguntó Elena en susurros con rabia contenida.

Isabel se tranquilizó al no tratarse de su marido, y era tal la paz mental que traía de casa de Juan y el bienestar que le había generado que empezó a sentir un repentino enfado al sentirse tan invadida y controlada, esta vez por Elena. No había hecho nada malo, tan solo había estado charlando un rato con un amigo. ¿Por qué tenía que esconderse como si fuese una delincuente?

—¿A ti qué te parece? Ahora vas a ir corriendo donde tu padre para contarle que he venido a ver a Juan, ¿verdad? —respondió irritada.

Aquella contestación dejó tan fuera de lugar a Elena que no supo qué decir. Era la primera vez en su vida que le hablaba con esa frialdad. Su madre jamás se atrevía a contestarla, y siempre hacía lo posible por contentarla. Pero esa vez fue diferente. Isabel aprovechó la incertidumbre de su hija y añadió:

—Anda, acompaña a tu madre a dar un paseo y charlemos. Hace años que no lo hacemos —le ordenó con autoridad.

Elena no estaba acostumbrada a esa firmeza que parecía haber nacido en su madre y mucho menos a las órdenes. Le parecía muy extraño aquel comportamiento, pero no tenía ganas de enfrentamientos. Era una víctima fácil y, además, desde la paliza que su padre le había dado sentía bastante lástima por ella. No era el momento de discutir.

Pasearon en silencio durante un rato hasta que su madre la llevó a la charquita de las afueras del pueblo. Se sentaron sobre la fría piedra del único banco que había allí. En verano, la charca estaba llena de ranas que croaban y saltaban entre niños traviesos que intentaban cazarlas. En cambio, ese día no se oía más que el crujir de la hierba helada bajo los pies de las mujeres justo antes de sentarse.

—¿No me vas a preguntar cómo estoy? —preguntó Isabel rompiendo el silencio.

Elena se removió incomoda en su trozo de banco mientras su cara se ponía colorada intensamente por la vergüenza.

—Llevo años dándote lo mejor de mí, comprándote los mejores vestidos, permitiéndote absolutamente todo. ¿Y qué es lo que obtengo a cambio? Indiferencia. Y no lo entiendo. No sé qué es lo que he hecho mal para que me ignores así. ¿Me podrías explicar qué es lo que te pasa conmigo? Necesito entenderlo.

Elena siguió removiéndose agobiada por la situación, pero no soltó prenda. No hacía amago de decir ni una sola palabra y aquella actitud enfurecía cada vez más a Isabel.

—Elena, no te estoy pidiendo que seamos las mejores amigas del mundo, solo que me lo expliques. Le he dado vueltas, no te puedes imaginar cuántas, y jamás he comprendido por qué. Y veo que a medida que vas creciendo te distancias más y más de mí. Explícamelo... ¡Explícamelo! —acabó gritando Isabel perdiendo los papeles.

—Me avergüenzo de ti... Nunca has plantado cara a nadie ni has luchado por nada. Sumisa y sin personalidad, no has sido capaz ni de frenarme a mí. No eres precisamente un referente al que seguir... Papá, en cambio, siempre

trabajando con ambición, luchador y persistente. A él le admiro, a ti no... —contestó Elena finalmente en voz baja.

—¿También admiras esto? —preguntó indignada Isabel mientras se remangaba las faldas y dejaba sus piernas amoratadas al aire.

—Si no le enfadaras tanto... —le excusó sin convicción.

—No me has querido nunca...

—Sí que te quiero... —farfulló Elena sin mirarla a la cara.

—¡Cállate! Solo espero que en esta vida no te traten tan mal como vosotros me tratáis a mí... —respondió Isabel y, levantándose con cuidado, tomó rumbo hacia casa cojeando ligeramente y dejando sola a su hija, que miraba con ojos vidriosos la charca sin ranas, acompañada por su incomodidad o, tal vez, por su cargo de conciencia.

CAPÍTULO 28

Miguel pronto se decantó por una de las grandes casas que destacaban en la plaza principal de Algarte, justo enfrente de la majestuosa fuente. Pasaron un par de semanas hasta que finalmente fue nombrado de manera oficial concejal y el acontecimiento fue celebrado por todo lo alto con una fiesta en la que no faltaron sexo y alcohol. Miguel estaba exultante. No cabía en sí de emoción y su humor era más bien agradable, algo poco usual en él.

Durante varias semanas no pararon de salir cajas y baúles repletos de cacharros, ropajes y posesiones de la casa del alcalde. Con cuidado, todas eran colocadas en el carro hasta que estaba lo suficientemente lleno para llevarlo hasta Algarte, con la ayuda del enorme semental de la familia. Una vez llegaba a la nueva casa, el animal esperaba con paciencia a que los sirvientes vaciasen el carro y a que lo enviaran de vuelta a por más cajas y baúles que trasladar.

Eran tantas las cosas que debían mover que hasta los jornaleros de Miguel, encargados de trabajar las tierras de la familia, tuvieron que dejar a un lado sus obligaciones habituales para ayudar en la mudanza. Esta había afectado por completo a los hombres de Miguel, que se encontraban más nerviosos y cansados que nunca. El alcalde había dado órdenes directas a todos ellos de hacerla lo más rápido posible, llegándolos a amenazar incluso. Todos andaban corriendo de arriba para abajo. El que no limpiaba, recogía; el que no recogía, empaquetaba; el que no empaquetaba, cargaba el carro. Tenían muchísimo trabajo y nadie paraba. Iban acelerados, y eso se notaba en el ambiente. Hasta Elena, que era una muchacha tranquila por naturaleza, estaba más inquieta de lo normal. Pero no Isabel.

Más serena que nunca, parecía un alma en pena que vagaba por la casa. Entraba en los dormitorios y los observaba durante largos minutos con la vista perdida, evocando recuerdos vividos en ellos. No decía nada, solo recordaba. Desde que había estado con su hija no había vuelto a hablar con nadie. Ana, su sirvienta personal, intentó averiguar qué es lo que realmente había ocurrido entre ambas para que no volviera a decir ni una sola palabra, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. No fue capaz de saber qué es lo que había sucedido entre ellas, pero estaba claro que había hecho mella en Isabel.

No tenía apetito; comía menos que la cría de un gorrión. Se alimentaba

con lo justo para sobrevivir, y con el paso de los días fue perdiendo peso hasta quedar en un estado penoso. Estaba más pálida de lo normal y ya no se cepillaba el cabello, cosa que le encantaba y hacía con gusto regularmente. Llevaba el pelo lacio y grasiento pegado a ambos lados de la cara. Vestía todos los días con el mismo vestido a pesar de estar sucio con varias manchas de café y el exceso de polvo de los caminos, cosa que en ella habría sido impensable cuando se encontraba bien. Ana temía que su señora estuviese cayendo en una depresión o, peor aún, perdiendo la cordura.

Con las prisas y el ajetreo de la mudanza, nadie se percató de ese estado lastimoso de Isabel. Todos corrían, llevando, apartando, limpiando. Pero el agua siempre vuelve a su cauce y la tranquilidad con el tiempo fue regresando a casa del alcalde al cabo de varias semanas. La mayor parte de las pertenencias de la familia Beltrán habían sido trasladadas, quedaban pocas cosas pendientes en Cadesta. Era cuestión de días que finalizara la mudanza y, con ella, la familia entera se trasladaría definitivamente. Con la calma establecida, Miguel y Elena se empezaron a inquietar por el estado de Isabel.

—¿Qué le pasa a tu madre? Da pena verla... —preguntó un día él.

—No sé, supongo que le apenará dejar la casa.

—Ve a hablar con ella y dile que se lave. No puedo verla con esas pintas. ¡Es la mujer de un concejal! ¡No pueden verme con ella así! —aulló indignado.

Elena no se molestó en negarse a la idea de su padre, ya que sabía que sería como intentar discutir con una pared. No quería hablar con su madre. Le violentaba la situación, y más aún después de la primera y última charla que habían mantenido en el banco de la charca. No se sentía a gusto, pero de nada serviría planteárselo a su padre. Lo que decía él iba a misa y punto. Así que pensando que cuanto antes lo hiciera antes se quitaría el problema de encima, se dirigió al cuarto de invitados, donde aún se alojaba su madre desde que recibiera la última paliza.

Llamó suavemente a la puerta y esperó, pero como no le contestaba y en el fondo tampoco esperaba que lo hiciera, ya que no les dirigía la palabra, acabó abriendo. Allí no estaba y era extraño, ya que la mayor parte del tiempo lo pasaba encerrada en su dormitorio descansando en la cama. Fue a buscarla por el resto de las estancias, pero tampoco dio ni con ella ni con Ana, así que supuso que habrían ido a pasear. Justo en el momento en que decidió dar el tema por zanjado, se dio de bruces con la sirvienta, que llevaba una gran cesta de ropa mojada recién lavada y lista para tender.

—¿Dónde está mi madre?

—La dejé durmiendo en su dormitorio hará una hora. Últimamente no descansa bien. ¿Quiere que le dé algún recado cuando despierte? —preguntó Ana.

—No, será mejor que descanse —añadió Elena quitándole importancia con un gesto de mano.

Dónde estaría su madre era todo un misterio, aunque Elena tenía sus sospechas. Le parecía mentira que después de la paliza que le había dado su padre fuese tan insensata como para ir a visitar a Juan de nuevo. Pero su madre era cabezona, como ella. Eso no lo podía negar. Sería sumisa y tonta y no plantaría cara a nadie por no crear conflictos, pero, eso sí, como se le metiese algo en la cabeza, nadie conseguía hacer que cambiase de opinión. Y parecía que lo único que tenía en la cabeza en ese momento era a un hombre: Juan.

Pensó en ir a buscarla, pero era demasiado arriesgado para las dos. Su padre andaba danzando por la casa dando directrices de cómo enviar las últimas pertenencias a Algarte y no podía aventurarse a que la viera en casa de Juan junto a su madre. El cabreo que se agarraría sería brutal, pero, sobre todo, la decepción que se llevaría al ver a su hija en casa del enemigo sería tal que no podría vivir con ello.

Amaba a su padre por encima de todo. Había ciertas cosas que no le gustaban tanto, como cuando pegaba a su madre, pero había aprendido a hacer oídos sordos cada vez que sucedía, hasta el punto de que un día dejó de importarle. Admiraba su fortaleza, su ambición y el respeto con el que le trataban sus vecinos y las personas de su alrededor. Era un ejemplo a seguir, y el desprecio que la gente sentía por él lo atribuía a la envidia. Todo lo contrario que su madre, muy a su pesar.

No le costó mucho tomar una decisión; bastante había hecho ya no contándole a su padre lo de Juan. Se quedó en su dormitorio y decidió retrasar la conversación con su madre. Si tardaba mucho, tal vez se plantearía ir a buscarla, pero lo que Elena no sabía era que no debía ir a su encuentro a la casa de Juan, sino a la de Carmen.

La vecina más longeva del pueblo no pudo evitar que el asombro invadiera su rostro al ver el aspecto lastimero de su contigua a los pies del último peldaño de la puerta principal de su casa y, sin dudarlo, la hizo pasar al interior.

—¡Isabel! ¿Te encuentras bien? ¡Madre mía, tu aspecto es lamentable! Jamás pensé que estos ojos tan viejos fuesen a ser testigos de algo semejante.

Un lastimoso sollozo desde lo más profundo de su ser brotó de la boca de

Isabel a modo de respuesta. No fue capaz de hablar, por lo que la anciana acomodó a la mujer en su seno, meciéndola con cariño mientras sus cortos y huesudos brazos la envolvían con suavidad. El llanto de Isabel fue en aumento y estuvo envuelta en el abrazo de su vecina durante largo rato mientras la anciana no paraba de mecerla con ternura.

Eran tantas las penurias que tenía acumuladas que no sabía ni por dónde empezar. No sabía ni siquiera por qué había ido a casa de Carmen. Necesitaba soltar todo lo que llevaba dentro, y sus piernas, haciéndose cargo del resto del cuerpo, la habían dirigido hasta la casa de su vecina sin que apenas se diese cuenta. Lloró y lloró hasta que el cansancio la venció y consiguió tranquilizarse, pero la presión que sentía en el pecho no se mitigó.

—Lo siento, lo siento mucho... No debería haber venido... —sollozó limpiándose la nariz con la manga de su vestido sucio. Parecía una niña pequeña tras una rabieta con los ojos rojos y la cara hinchada.

—No debes disculparte —dijo la anciana mientras acariciaba su cara con sus dedos asaltados por la artrosis—. Me da mucha lástima verte así. Dime cómo puedo ayudarte.

—Nadie puede ayudarme —susurró Isabel derrumbada.

—Claro que sí. Pero te tienes que dejar. ¿Qué hay de aquella mujer que vino a mi casa hace meses diciendo que quería cambiar? Debes seguir luchando por tu felicidad. ¿O ya has olvidado las palabras de la vieja gitana?

—Tan solo era una charlatana...

—No sé si era una charlatana o no, pero razón no le faltaba —sentenció la anciana con firmeza.

—Debo irme. Gracias por todo, Carmen, jamás podré agradecerte todo el cariño que me has brindado a pesar del daño que he hecho a este pueblo —se despidió Isabel mientras unas lágrimas patinaban por sus mejillas.

—No debes agradecerme nada. Sabes que siempre que quieras tendrás las puertas de mi casa abiertas —respondió mientras la envolvía de nuevo en un dulce abrazo.

Isabel sintió un latigazo de frío en los huesos al salir de la casa de su vecina. Se sentía mucho mejor y el cuerpo le pedía caminar a pesar de las bajas temperaturas que diciembre les regalaba, así que comenzó a rodear el pueblo por las desiertas calles escarchadas. Caminó durante más de una hora intentando ignorar los dolores punzantes que sentía en la cadera; sus ansias de respirar naturaleza y perderse en ella eran más fuertes que los pinchazos que la atormentaban a cada paso que daba.

Anduvo entre tierras de labranza separadas por irregulares postes de madera anclados en el suelo a golpe de azada y a su vez unidos por un fino y flexible alambre que cercaba cada terreno. Trozos de tela de diferentes colores y estampados ondeaban a modo de bandera para poder diferenciar unos de otros. Se podían avistar solitarios árboles en mitad de las parcelas, que rompían la estética de la igualdad del paisaje. De fondo, el contorno de varias montañas a muchos kilómetros completaban la estampa de la naturaleza; eso sí, interrumpida desde años atrás por el hombre.

Se paró en lo que parecía una pieza más grande que las demás. En uno de los laterales, una chabola decoraba junto a un gran árbol el inmenso terreno. Se acercó hasta el cercado y, soltando el alambre de uno de los postes para poder pasar, invadió la parcela. Suspiró mirando las tierras que una vez habían sido de sus padres y la melancolía la asaltó de la mano de mil y un recuerdos.

Allí había sido muy feliz. Con su familia, su verdadera familia, que desgraciadamente, desde hacía ya unos años, no estaba. Se acercó hasta la chabola y dejó que sus dedos acariciaran las paredes de aquel sitio que tantas veces les había servido como refugio: en las lluvias inesperadas, fuertes tormentas o insoportables olas de calor. Ahora, en su interior tan solo había herramientas y algún montón de paja.

De repente, el crujir de unos pasos sobre las piedrecitas del sendero sacó del ensimismamiento a la mujer, poniéndola en un estado de alerta, como un cervatillo con los ojos muy abiertos y el corazón acelerado ante el peligro. Intentó calmarse pensando que seguramente fuese algún aldeano que tuviese alguna finca por la zona, aunque no solía ser habitual la gente por esos pasajes en invierno. La tierra no estaba en condiciones de ser trabajada aún y todavía era imposible adelantar la faena. Puede que fuese alguna mujer del pueblo, o incluso de Algarte, que estuviese paseando igual que ella, disfrutando del silencio y la soledad de los caminos.

Decidió permanecer dentro de la caseta para evitar mantener una aburrida y larga charla sobre los familiares de ambas que en ese mismo instante bien poco le importaba ni le apetecía. Aguardó contra la pared escuchando cada vez con mayor claridad los pasos avanzando por el camino de grava y esperando a que pasaran de largo para poder disfrutar de sus tierras y de la tranquilidad que emanaban. Pero los pasos dejaron de crujir. Quien quiera que fuese, se había parado a la altura del camino en la que ella se encontraba. Por un momento sus peores pesadillas cogieron forma, imaginándose a Miguel al otro lado del cercado. Pero no podía ser. Su marido jamás había andado tanto como para

llegar hasta allí. Odiaba caminar y siempre que debía desplazarse largas distancias lo hacía en carro o a caballo. No podía ser él.

Tal vez la persona que estaba en el camino hubiese parado para ver la caseta. No era habitual tener una, ya que era un sobrecoste importante y muchos de los habitantes de los alrededores no se lo podían permitir. Además, aquella era grande y por ello llamaba más la atención, era como una casa pequeña. Sí, sería eso. Estarían admirando el inmenso terreno y su caseta.

—¿Isabel? ¿Estás aquí? —preguntó la voz de los pasos del camino.

A ella se le heló el corazón. Miguel jamás se desplazaría hasta allí para preocuparse por ella, pero él sí. Una ola de satisfacción recorrió todo su cuerpo y, a modo de bálsamo, la reconfortó haciendo que sus penas se esfumaran de golpe.

—¿Isabel? ¿Isabel? Soy yo, Juan.

La mujer salió lentamente de la caseta, con los ojos anegados en lágrimas de agradecimiento por sentirse una vez más querida por aquel hombre. Parecía mentira cómo la hacía sentir sin ni siquiera tocarla. Cuando lo vio, plantado en medio del camino esperando a que ella se asomara, no pudo reprimir una sonrisa, que se contagió enseguida al rostro de Juan.

CAPÍTULO 29

Carla tuvo en cuenta la recomendación de la madre superiora y fue a pasear por los jardines del colegio antes de ir en busca de Alicia. Necesitaba reflexionar acerca de su inesperado aplazamiento, ya que en ningún momento había contemplado la posibilidad de toparse con contratiempos que pudieran retrasarla. Pero era lo mejor: el estado de Alicia no era muy favorable para retomar los caminos con aquel frío extremo que congelaba hasta las entrañas.

Se puso una de las mantas de lana con las que solía abrigar a la pequeña a modo de chal y salió a la calle, donde fue recibida por unos pocos copos de nieve que caían con timidez. Anunciaban la fuerte tempestad que se avecinaba, por lo que decidió dar la vuelta al edificio con rapidez, sin alejarse demasiado para no exponerse demasiado al frío y refugiarse entre las grandes paredes del colegio.

Los extensos jardines permanecían bien cuidados y dibujaban diferentes formas separadas por caminos y setos bien recortados y alguna que otra escultura de piedra blanca. A lo lejos, pudo observar una bonita fuente, también de piedra blanca, de estilo isabelino, en la que el agua no paraba de brotar, cayendo ordenadamente de un plato a otro para terminar descansando de forma mansa en el pilón. A Carla no le costó imaginarse a las niñas del colegio, durante las calurosas tardes de verano, salpicándose de manera traviesa mientras estallaban en carcajadas, como tantas veces lo había hecho ella en Algarte.

Grandes árboles desnudos de gruesas ramas rodeaban a su vez al edificio. A los pies de estos, una amplia senda de gravilla con pequeños arcos de acero a ambos lados del camino hacían del entorno un lugar hermoso. La muchacha no salía de su asombro, jamás había tenido la oportunidad de ver una edificación tan grande ni tan bella. Era evidente que había habido una inversión considerable y que en aquel colegio se movía el dinero. No debía de ser nada barato mantener un lugar tan grande y lujoso como aquel.

Rodeó la mitad del colegio y se encontró en la parte posterior con otra edificación algo más pequeña. Se trataba de una iglesia en la que Carla supuso que celebrarían las misas y los días especiales marcados en el calendario cristiano. Se acercó hasta la puerta y, empujándola con suavidad, consiguió

que cediera con un chirrido. El templo era mucho más grande que el de Cadesta y estaba en muy buenas condiciones, como era de esperar. Estaba decorado con grandes cuadros en los que la Virgen y el niño Jesús estaban representados. Justo enfrente, desde la capilla, un Jesucristo crucificado de grandes dimensiones de madera barnizada la miraba fijamente.

Caminó por la nave central hasta que se percató de que una chica no mucho más joven que ella la observaba sentada en uno de los primeros bancos. Tenía los ojos azules y el cabello negro azabache en una perfecta coleta peinada. Era delgada y no muy alta, pero muy guapa. De aspecto angelical, como si jamás hubiese roto un plato, era imposible no quedarse prendada de ella.

—¡Oh! Perdona, no sabía... —dijo Carla atropelladamente.

—No, tranquila, puedes quedarte. Ya había terminado... —añadió mientras limpiaba unas lágrimas de su rostro con un pañuelo de tela bordado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Carla con mucha delicadeza.

—Sí, sí. Es solo que tengo un mal día, nada más. ¿Cómo te llamas?

—Carla. ¿Y tú?

—Soy Inés. Inés Lodosa de Beltroya, la hija del conde de Beltroya.

—Encantada —respondió Carla con una sonrisa a pesar de no tener ni idea de quién era ese noble—. Bueno, será mejor que me vaya. El tiempo se está poniendo feo y no me quiero resfriar.

—Espera, te acompaño —dijo la muchacha guardándose con mucho cuidado el bonito pañuelo bordado que había doblado con esmero en una de las mangas del jersey verde.

Las dos muchachas salieron al exterior, donde la nieve se había vuelto más copiosa y el viento comenzaba a soplar de manera desagradable, por lo que corrieron todo lo que pudieron, directas hasta las puertas del colegio. Una vez dentro, se sacudieron con brío las ropas, blancas de copos que las habían asaltado, para evitar que se mojaran.

—Bueno, he de ponerme al día con unos deberes que tengo atrasados. Supongo que nos veremos por aquí.

—Supongo que sí —contestó Carla a modo de despedida. Y retomando una vez más uno de los largos pasillos del internado, fue en busca de Alicia.

Pasó el resto de la mañana jugando y leyendo pasajes de libros sagrados. Alicia parecía estar encantada de estar con más niñas y, a pesar de su mal estado de salud, reía cada vez que alguna de las pequeñas se le acercaba para hacerle alguna carantoña. No fue hasta después de la comida cuando sor

Lucía, la madre superiora, la hizo llamar a su despacho para avisarla de que el doctor había llegado.

—Mira, Carla, te presento al doctor Martínez.

—Buenas tardes —saludó él con una amplia sonrisa.

Improvisaron una camilla sobre el escritorio de sor Lucía y tumbaron allí mismo a la niña sobre la manta con la que Carla solía taparla. El doctor examinó y escuchó con atención el cuerpo de Alicia con el estetoscopio, hasta que confirmó las sospechas de la muchacha. La niña se encontraba en una situación delicada, ya que sufría de una fuerte bronquiolitis. La enfermedad había afectado a la pequeña, creándole serias dificultades para respirar acompasadas por las lamentaciones de sus pequeños pulmones en forma de tos seca.

El doctor le recomendó hidratarla con bastante frecuencia y darle cortos paseos por los jardines para poder aliviar la congestión y la tos. Y tiempo, sobre todo tiempo. En una o dos semanas debería estar totalmente recuperada, pero, aun así, el médico aseguró que pasaría cada dos días por el internado para poder echarle un vistazo y tenerla vigilada. Carla agradeció la consulta entregándole unas monedas que este no rechazó y que guardó con presteza en un maletín de cuero viejo y ajado donde guardaba sus instrumentos de trabajo.

—Pasaré a ver a Inés en un momento. La última vez que estuve con ella me quedé algo preocupado por su estado —comentó el doctor Martínez dirigiéndose a sor Lucía.

—No es necesario, ya está totalmente recuperada —dijo la monja quitándole importancia con un gesto de mano.

—Insisto, no me cuesta nada —contestó él dando por cerrada la conversación. Y acto seguido, despidiéndose de Carla y Alicia, abandonó el despacho de la madre superiora.

—Al final tienes para una buena temporada a nuestro lado. No te preocupes, se recuperará —añadió para tranquilizarla.

***

Transcurrieron tres semanas más antes de que Carla fuese expulsada del prestigioso internado de las Hermanas de la Cruz. Pasó sus segundas Navidades allí, echando de menos a su gente, aunque le ayudó tener a su pequeña consigo, ya que la mantenía distraída gran parte del tiempo y hacía que no se sintiera tan sola.

Todas las niñas ricas tuvieron permiso especial para pasar la Nochebuena en casa, aunque no fueron muchas las afortunadas que finalmente consiguieron salir del internado. Pasaron las Navidades entre misas, sermones y comidas copiosas, y muchas tardes se reunieron en el comedor para cantar villancicos. La inflexibilidad de la escuela se suavizó y se pudo ver a las estudiantes más relajadas, pero, cuando se quisieron dar cuenta, las Navidades ya habían quedado atrás y las clases y las normas se retomaron con la misma regularidad y rigurosidad de siempre.

Carla se levantaba muy temprano, se vestía con uno de los desgastados uniformes marrones que la madre superiora le había prestado y llevaba a Alicia con sor Candela al cuarto de juegos de las niñas pequeñas. Desayunaba con el grupo de las chicas pobres y seguidamente preparaban el comedor para el turno de las niñas ricas. Una vez que el segundo grupo terminaba, recogían de nuevo y fregaban todo, y dejaban listo el comedor para la hora de comer. Repetían la misma operación a la hora de la comida y de la cena. Al principio, los primeros días, se limitaba a esta única actividad, pero a medida que el tiempo fue pasando, las labores de Carla se fueron incrementando y su tiempo para ocio se vio bastante rebajado.

Alicia, a su vez, fue recuperándose lentamente gracias a los paseos que su madre le daba envuelta en gruesas mantas de lana para que no pasara frío y que respirara con mayor facilidad. Además, los cuidados de sor Candela también ayudaron a que la fuerte tos de la niña fuese remitiendo. En aquellos fríos paseos que Alicia daba con su madre, ambas cogieron la costumbre de finalizarlos en el interior de la iglesia, donde siempre las esperaba Inés. Las dos muchachas congeniaron de manera rápida desde que se habían conocido, y la amistad entre ellas creció a la misma velocidad que las tareas que Carla desempeñaba en el internado. Solamente se llevaban dos años, por lo que se entendían a la perfección y no tardaron en compartir confidencias.

—Aún no me has contado por qué el día que te conocí estabas llorando... —le dejo caer una tarde Carla.

—Es una tontería... Después de escuchar tu historia, no puedo quejarme, la verdad —dijo la muchacha mientras se estiraba distraídamente la falda.

—Vamos, no seas tonta, cuéntamelo —insistió Carla meciendo a Alicia, que dormía plácidamente en sus brazos.

—Por un chico. Llevo varios meses viéndome con él y estamos muy enamorados, pero el problema es mi padre. Él no sabe nada, pero jamás permitiría que me relacionara con alguien de su clase y menos aún que

intimara con él. ¡Eso es algo impensable!

Carla se removió incómoda. Al fin y al cabo, ella no dejaba de ser una campesina de una pequeña aldea de mala muerte, pero Inés no pareció percatarse y siguió relatando su historia:

—¡Me mata si se entera! Se supone que yo ya estoy comprometida con un duque, ¿sabes? Mis padres concertaron mi matrimonio casi antes de que yo naciera. Llevo años escuchando lo mismo: cuando te cases con Jaime y seas duquesa... —dijo resoplando con fuerza—. El caso es que los mismos años que llevo escuchándolo, llevo quejándome y negándome a ese matrimonio. Por eso me internaron aquí desde bien jovencita. Debía corregir mis maneras y ser una chica disciplinada y obediente, según ellos.

—¿Y por qué no pruebas a hablar con ellos? ¿Lo has intentado?

—Carla, como se nota que eres una simple plebeya. En la nobleza parecen muy felices, pero en realidad todo es una pantomima. Jamás podré convencer a mis padres para que anulen el matrimonio con el duque. Son más importantes un puñado de tierras y los títulos que puedan conseguir que la felicidad de su propia hija.

—Qué triste es eso que dices, Inés... —afirmó Carla con pena.

—Y qué real... Jamás me libraré de Jaime el duque...

—¿Y por qué no te escapas con...? ¿Cómo se llama?

—Mateo.

—Pues eso, escápate con Mateo. Deberías ser feliz, Inés. Todos deberíamos tener el derecho a ser felices, ¿no crees?

—Ojalá fuese tan fácil, pero no puedo hacerlo. Condenaría a Mateo a una vida clandestina. Además, ¿de qué viviríamos? Lo único que me han enseñado en este sitio ha sido a hacer punto de cruz, a pintar, a tocar el piano y a rezar. Y con lo poco que gana Mateo no tendríamos ni para vivir un mes. En ocasiones le he tenido que insistir para que aceptara el dinero que me envían mis padres para que pueda comprar medicinas, imagínate.

—¿Está enfermo?

—Que va, es médico.

—¿No lo habrás conocido aquí en el colegio? —preguntó Carla comenzando a sospechar.

—¡Pues claro! Te recuerdo que no podemos salir... ¡Soy interna!

—No me lo puedo creer... ¡ya sé quién es! ¡Pero sí tiene veinte años más que tú!

—Por supuesto que lo conoces. Además, es todo un caballero, y eso que

conozco a muchos hombres que se hacen llamar así y de caballeros no tienen nada... —dijo ignorando el comentario de la edad.

—Lo parece, pero sinceramente...

—¡Carla, tienes que hacerme un favor! —exclamó de repente Inés.

—Dime.

—¡Déjanos tu dormitorio para que podamos vernos a solas!

—¿Cómo? —preguntó boquiabierta.

—¡Carla, por favor! Nunca podemos estar solos. Ya sabes que las chicas compartimos dormitorio y siempre hay alguna monja presente. Deja que me esconda en tu cuarto mientras revisa a Alicia. ¡Por favor! Mañana viene, ¿verdad? ¡Vamos, vamos, amiguita mía del alma! —le suplicó poniendo su mejor cara de pena y las palmas de las manos unidas a modo de plegaria.

CAPÍTULO 30

Carla no supo en qué momento dio su brazo a torcer, pero inmediatamente después de ceder a los ruegos de su amiga se arrepintió. El doctor Martínez revisaba cada dos días a la pequeña para controlar la intensidad y la frecuencia de las toses. La primera vez que la examinó, lo hizo en el despacho de sor Lucía, pero las siguientes revisiones comenzó a hacerlas en el dormitorio de Carla. Normalmente, a las horas en las que el doctor se presentaba en el colegio la pequeña Alicia disfrutaba de su rigurosa siesta en la cama de su madre; hasta que no la llevaba al dormitorio y la cubría con una de las mantas de Amanda después de comer, la niña no se dormía.

La pequeña siempre era la última en ser atendida; con ella concluían las revisiones del día. De este modo, la niña podía dormir tranquila hasta que el doctor la visitaba, aunque pocas veces estando en manos del doctor Martínez se despertaba, ya que él la trataba como si de una muñeca de porcelana se tratase.

No era casualidad que el médico aprovechara las horas de después de las comidas para visitar el colegio. Entonces las niñas disfrutaban de dos horas de descanso para poder ponerse al día con sus deberes y obligaciones o simplemente jugar y disfrutar de la naturaleza de los alrededores del internado. De esta manera, si alguna de las alumnas necesitaba ser examinada, no perdía horas lectivas, exceptuando los casos de urgencia.

Esa mañana, Carla se levantó con el estómago revuelto y los nervios a flor de piel. Se había comprometido con Inés para que esta pudiera verse con el doctor Martínez en su dormitorio. En el fondo, sentía lástima por ella y le costaba entender cómo una persona que disfrutaba de una clase social tan alta estaba privada de disfrutar de algo tan natural como el derecho a la libertad de elección para amar y ser amado.

La gente pensaba que, cuanto más alta fuese la clase social, la libertad de la que se gozaba era mayor, incluso llegando a saltarse las leyes que el pueblo estaba obligado a cumplir. Pero la gente parecía estar equivocada. Los títulos nobiliarios y las propiedades iban por delante de los sentimientos de las personas. Se ve que estar en la élite social tampoco debía de ser tan fascinante como parecía desde la pobreza.

Carla e Inés acordaron encontrarse en la iglesia después de la comida. Inés terminaría antes, ya que Carla debía quedarse a recoger con el grupo de las niñas pobres y volver a preparar todo para la cena. Por tanto, la hija del conde esperó con impaciencia en el interior de la iglesia paseando por el corredor principal de un lado para otro, mirando cada dos por tres su pequeño reloj de oro. Después de lo que le pareció una eternidad, Carla apareció cargada con la somnolienta Alicia y una nerviosa sonrisa en sus labios. Había llegado la hora.

Sin perder tiempo, fueron al colegio y se dirigieron derechas al dormitorio, sin dejar de vigilar posibles miradas inoportunas. Enfilaron el último de los pasillos donde se hallaban las estancias de las monjas, entre ellas la de Carla, que se encontraba al final del todo. Con su dormitorio moría el eterno corredor.

Nadie parecía rondar por allí, así que la intromisión de Inés fue fácil. Ninguna de las niñas, ni ricas ni pobres, tenía permiso para andar por aquella zona del colegio. Estaba totalmente prohibido y la desobediencia de esta norma se castigaba con una semana de aislamiento. Una vez dentro del dormitorio, Inés expulsó con un gran suspiro todo el aire que había contenido inconscientemente durante el recorrido.

—¡No te puedes imaginar la felicidad que siento en estos momentos! —afirmó Inés con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ahora debemos guardar silencio, Alicia tiene que dormirse ya, porque, si no, estará insoportable durante el resto del día —dijo Carla mientras arropaba a la niña con cariño.

La pequeña no tardó en dormirse y las dos amigas, sentadas al pie de la cama, aprovecharon para fantasear acerca de cómo sería el encuentro que estaba a punto de acontecer y las reacciones del doctor al descubrir a Inés en la estancia. Una vez más, el tiempo parecía ralentizarse para la hija del conde, que no paraba de mirar con algo de ansiedad su pequeño reloj de oro a pesar de no saber a qué hora aparecería su amado.

La conversación fue decayendo lentamente y un sopor tonto las invadió y dejó el dormitorio en un denso silencio que era interrumpido de vez en cuando por las toses de Alicia. De pronto, Inés se enderezó como un palo y le dio un codazo a su amiga, que cabeceaba peligrosamente en un estado de letargo espeso.

—¡Escucha! Alguien se acerca —susurró emocionada.

—Será mejor que te escondas por si acaso. No sería la primera vez que alguna de las monjas mayores entra por confusión —le aconsejó Carla

espabilando de golpe.

La muchacha no se lo pensó dos veces. Echándose al suelo con rapidez, se arrastró hasta esconderse debajo de la cama y quedó oculta por los salientes de las largas mantas que caían hasta el suelo. La madera anunciaba la proximidad de los pasos que caminaban con autoridad por el pasillo. Esos pasos no eran de ninguna de las hermanas, y la voz que escuchó al otro lado de la puerta acompañada por tres leves golpes lo confirmó.

—Buenas tardes, soy el doctor Martínez.

El médico abrió con suavidad la puerta consciente de que lo más seguro fuese que la pequeña Alicia estuviese durmiendo. En ese momento, Carla pudo percibir el sonido de otros pasos acelerados que se acercaban por el corredor. Alguien se aproximaba. Cuando el doctor Martínez estaba a punto de cerrar la puerta, una mano arrugada por el paso de los años se apoyó en esta, impidiéndolo.

—Buenas tardes, doctor —saludó sor Lucía, la madre superiora, entrando en la estancia tras él.

—Buenas tardes, sor Lucía —contestó él mientras comenzaba a sacar su instrumental del maletín de cuero ajado.

—Siento molestarlo, sé que es su última revisión, pero le quería hablar de Manolita. Se encuentra mal, dice que se marea mucho y me gustaría que la examinara cuando terminara con la niña.

—Está bien, cuando acabe con ella iré a verla. Tan solo tardaré unos minutos.

—Muy bien, le esperaré en la biblioteca principal —añadió sor Lucía saliendo del dormitorio.

El doctor Martínez colocó su estetoscopio sobre el escritorio de la habitación y comenzó a frotarse las manos para hacerlas entrar en calor antes de tocar a la niña. Después la destapó con cuidado y le subió con mucha cautela el pequeño vestido de lana que había sido tejido por la señora Romero para poder escuchar los pulmones y el corazón. El doctor Martínez ponía tal cariño en cada movimiento que hacía y tanto cuidado a la hora de moverla que era prácticamente imposible que Alicia lo notara.

Carla se quedó observando al doctor, pensando en qué era lo que había visto Inés en él. Era alto y atractivo a pesar de su edad y, además, era todo un caballero. No había duda viendo cómo trataba a su hija, era todo delicadeza, y en parte, entendió a Inés. Mateo no podía ser mala persona.

En cuanto el sonido de los pasos de la madre superiora se disiparon del

todo, Inés salió de su escondite. Fue tal la sorpresa que se llevó el doctor que no pudo evitar proferir una palabra malsonante al ver a la muchacha saliendo de debajo de la cama.

—¡Inés! ¿Qué haces aquí? —preguntó atónito.

—¡Sorpresa! Carla dejó que me escondiera en su cuarto para que pudiésemos vernos. Tranquilo, Mateo, lo sabe todo, es mi amiga —dijo mientras salía disparada hacia él.

En un principio, Mateo se quedó agarrotado sin abrazar a la muchacha que se había acurrucado entre sus brazos, pero al notar su contacto y el calor que desprendía no pudo resistirse; a pesar de sentirse cohibido por la presencia de Carla, la estrechó fuertemente en un enorme abrazo.

—¡He soñado tantas veces con poder abrazarte! —le susurró Inés con una gran sonrisa.

—Yo también lo he soñado infinidad de veces... —respondió Mateo en voz baja sin soltarla.

Carla observaba maravillada cómo aquellos dos seres se amaban por encima de todo y, sin poder evitarlo, un fogonazo de recuerdos invadió su cabeza. No pudo reprimir las lágrimas al revivir cómo Rubén y ella se habían querido desde el respeto y el amor. Habían sido muy felices, pero el tirano de Pedro les había arrebatado la felicidad de una acuchillada. El tormento no tardó en imponerse a los recuerdos y, antes de derrumbarse, decidió buscar la tranquilidad de la soledad para paliar su dolor.

—Saldré fuera un momento, así os dejaré a solas —afirmó Carla encaminándose hacia la puerta.

La pareja obvió el hecho de verla llorar, respetando sus sentimientos y dejándola marchar sin hacerle ningún tipo de pregunta. La muchacha salió al pasillo y trató de respirar pausadamente controlando el ritmo de cada inhalación para luego expulsar lentamente el aire, intentando sofocar el nudo que sentía en la boca del estómago. Paseó despacio tratando de sacarse de la cabeza el asesinato de Rubén y consolándose con el cercano reencuentro con sus padres. Llevaba casi un mes en el colegio y no veía el día de reanudar su camino. El temporal había amainado desde unos días atrás, pero debía esperar a que Alicia estuviese totalmente recuperada para garantizar su plena seguridad en la ansiada vuelta a Cadesta.

Fue el frío extremo el encargado de sacarla de su ensimismamiento, recordándole dónde se encontraba. Sus pasos la habían llevado hasta la salida del colegio de forma inconsciente y se hallaba a los pies de uno de los jardines,

desde donde una estatua de piedra blanca, con forma de ángel de pelo rizado y pies descalzos tocando el arpa, parecía querer consolarla con su melodía.

Retomó el camino de vuelta recorriendo los largos pasillos, tan inmersa aún en sus recuerdos que no parecía escuchar los pasos que la seguían. La misma mano pellejuda que había impedido cerrar la puerta al doctor se colocó en su hombro mientras la voz de sor Lucía sonaba a su espalda.

—Carla, ¿se ha marchado el doctor Martínez? Está tardando mucho... —le preguntó poniéndose a su altura.

Si el frío no había acabado de sacarla de sus pensamientos, esa voz sí lo hizo, haciendo que todo el cuerpo de Carla se tensara en un segundo. La muchacha se obligó a pensar rápidamente en una respuesta ingeniosa, pero no era rápida de mente. Siempre se le ocurrían las mejores contestaciones unas horas más tarde, cuando ya ni siquiera estaba la persona delante. Así que optó por la verdad, o casi la verdad.

—Está en el dormitorio con Alicia, yo he aprovechado para dar una vuelta. Necesitaba tomar el aire —contestó sin demasiada seguridad—. Ahora mismo iba hacia allí.

—Bien, iré contigo. ¿Qué tal está Alicia? Parece que está mejorando...

Charlaron sobre el estado de salud de la pequeña de regreso al dormitorio, aunque Carla salía del paso con contestaciones escuetas mientras pensaba en cómo podría advertir a la pareja de la presencia de la monja. A Carla no se le ocurría nada y cada vez estaban más cerca de la estancia, así que comenzó a hablar cada vez más alto intentado que la pareja captara la señal. Debió de elevar mucho la voz porque, en un momento dado, la madre superiora se paró y le preguntó por qué chillaba.

—Se me han debido de taponar los oídos, lo siento. No era consciente de estar chillando —se disculpó Carla con el rostro colorado.

Llegaron a la puerta del dormitorio, pero la joven se adelantó en el último momento, justo para tocar la puerta antes de que la monja pudiera abrirla, y gritó de nuevo:

—Doctor Martínez, somos nosotras.

Sor Lucía abrió la puerta sin miramientos y entró dejando atrás a la muchacha. Cuando Carla consiguió pasar, ya que la monja le impidió el paso durante unos instantes, recorrió con la vista de manera veloz todo el dormitorio, pero no vio ni rastro de su amiga Inés. Reprimió un gran suspiro y fue directa a la cama donde seguía durmiendo su bebé. El doctor estaba al otro lado con su maletín abierto y buscaba algo en su interior.

—Doctor, debe venir ya. La niña ha comenzado a vomitar y se encuentra en muy mal estado. ¿Se puede saber por qué se ha retrasado tanto? —preguntó con rostro serio.

—Quería asegurarme de que todo estaba bien, solo hago mi trabajo, sor Lucía.

—Ya... Diríjase al cuarto común número dos. Yo iré ahora mismo —le ordenó la monja con autoridad.

La amabilidad que siempre desprendía sor Lucía había desaparecido de un plumazo. Una seriedad estricta la había sustituido y era difícil reconocer a la madre superiora que siempre sonreía a las niñas y las deleitaba con palabras bonitas. Esperó a que el doctor Martínez se hubiera marchado del dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

—¿Me vas a explicar qué es lo que está sucediendo aquí? —pregunto mirando a Carla muy fijamente a los ojos.

—¿Cómo? No sé a qué se refiere...

—Ah, ¿no? Muy bien.

Y sin decir nada más, salió de la estancia dejando la puerta abierta. Carla no se atrevió a moverse de su sitio y menos aún Inés, que permanecía escondida debajo de la cama sin apenas respirar, evitando hacer el más leve sonido que pudiera delatarla. Entonces, la monja apareció de nuevo en el cuarto con una escoba de cerdas duras, se acercó hasta uno de los lados de la cama y comenzó a dar escobazos por debajo hasta que Inés salió por el otro extremo.

—¿Ahora sabes a qué me refiero?

Carla no supo qué contestar, pero su amiga salió en su rescate hablando atropelladamente. Era evidente que su boca iba más rápido que su cerebro.

—¡Tú cállate! —le espetó la monja con brusquedad—. Carla, ve preparando tus cosas, antes de esta noche te quiero fuera del colegio. Estás expulsada.

Inés fue castigada con tres semanas de aislamiento. Normalmente, los malos comportamientos eran comunicados a los padres para justificar los castigos que luego las niñas afectadas relataban por correspondencia. Pero no se comunicó el caso de Inés. Había sido uno de los comportamientos indebidos más serios que se habían dado en toda la historia del colegio y que se supiese podía acarrear graves consecuencias para este. Los padres podrían sacar a sus hijas para llevarlas a otros colegios de prestigio y esto sería el principio del fin para el de las Hermanas de la Cruz. Ni siquiera las

compañeras de Inés supieron del incidente. Más adelante, mediante una misiva de su amiga, Carla se enteraría de cómo sor Lucía había visto moverse las mantas que caían de la cama justo en el momento en el que ella se escondía y cómo comenzó a sospechar que algo pasaba por el comportamiento previo de Carla al chillar por los pasillos. También le relató que no se arrepentía de nada y le daba una y mil veces las gracias por el favor que le había hecho, regalándole minutos de amor verdadero con el hombre de su vida.

CAPÍTULO 31

No hicieron el amor. Y no fue por falta de ganas. Se querían, eso era evidente, pero Juan decidió retomar el rumbo de su vida. Su hija estaba en camino, había tenido que hacer un pequeño alto por un fuerte temporal de nieve, pero ya casi podía sentir el calor de su cuerpo al estrecharla entre sus brazos y oler el aroma de su pelo a tierra mojada. Y estaba Julia. No podía traicionarla. Ya lo había hecho, pero no iba a seguir haciéndolo. La quería y pretendía seguir su vida junto a ella, la mujer a la que había elegido. Tuvo que hacer un esfuerzo por reprimirse y no dejarse llevar cuando estuvo al lado de Isabel, aunque en el fondo de su corazón era lo que más deseaba.

Isabel lloró en los hombros de Juan y se desahogó contándole sus lamentaciones. Ese día había descorchado la botella de sus sentimientos y todo había salido derramándose sin control, pero haciendo que ya no sintiera tanta presión sobre el pecho. Se sentía más liberada desde que había hablado con Carmen y Juan. Cuando estaba con ellos se sentía libre, aunque, una vez volvía a casa, esa libertad volaba, haciéndola prisionera de nuevo de las penas y las miserias. Y estaba harta, muy harta de tener esa vida de mierda que no la hacía feliz. Y una pequeña idea empezó a rondar por su cabeza. Necesitaba acabar con todo eso y lo necesitaba ya. Pasaron el resto de la mañana juntos, hablando, llorando, riendo y recordando viejas vivencias de cuando eran niños, dentro de la caseta, cobijándose del frío.

—Debería volver. Se me acumula el trabajo y ya es tarde —afirmó Juan mientras le apretaba con cariño el hombro.

—Gracias, Juan.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por todo. Carmen y tú me habéis acogido con los brazos abiertos a pesar de todo el daño y las injusticias a las que os hemos sometido.

—Tú no tienes la culpa de lo que nos ha hecho Miguel.

—Pero sí de haber callado y de no hacer nada.

Durante un instante Juan guardó silencio y se paró a reflexionar sobre las palabras de Isabel.

—Lo hecho, hecho está. No te sigas fustigando. No sirve de nada. Ahora lo que tienes que hacer es tratar de ser feliz.

—Lo sé. Y creo que sé por dónde empezar.

—¿Sí? Eso está muy bien. Me alegro mucho.

—Y yo —contestó con una tímida sonrisa.

—Además, Carmen y yo te seguiremos ayudando en todo lo que podamos, siempre y cuando no te pongamos en peligro.

—¿Me seguirás queriendo?

—Claro. Nunca he dejado de hacerlo —le dijo mientras la abrazaba con ternura—. Debo irme. Camina despacio para que no te duela tanto la cadera.

—Sí, vale, Juan. Adiós.

—Adiós, Isabel. Cuídate mucho, por favor.

Ella retomó el camino mucho más tarde que Juan. Se lo tomó con calma, haciendo caso de sus palabras, y no anduvo con presteza para evitar los intensos pinchazos que le golpeaban la cadera y que aun así sintió. Cuando llegó a Cadesta ya era la hora de comer y su criada Ana la esperaba ansiosa a los pies de la puerta principal con cara de preocupación.

—¿Dónde se había metido, señora? Estaba preocupada —le reprochó Ana echándole un chal por encima de los hombros.

Isabel no contestó a su sirvienta y, adoptando de nuevo el papel de alma en pena, se encerró en el cuarto de invitados y se metió en la cama con el mismo vestido sucio que llevaba semanas sin quitarse.

Ana la visitó al poco rato con una bandeja en la que llevaba algo de pollo deshuesado y unas patatas asadas para que su señora pudiera comer. Las horas de la comida eran una auténtica batalla para Ana, que debía luchar ante la constante negativa de Isabel de meterse un minúsculo bocado en el estómago para poder sobrevivir. Pero ese día Isabel comió sin resistencia, incluso con algo de apetito. Ana lo percibió como un indicativo de mejora y se alegró plenamente por ella. En el fondo, le tenía cariño y le deseaba lo mejor.

Tras terminar la comida y beber algo de agua, la dejó descansando en un plácido sueño y se aseguró de arroparla bien antes de abandonar la estancia. Estaba de mejor humor, incluso habían intercambiado algunas palabras. Isabel le había dicho que había ido a visitar a Carmen y parecía que esa visita le había sentado bien. Incluso le dio la sensación de haber visto un atisbo de sonrisa en su rostro, pero no estaba segura. Por lo menos, había comido.

Recogió la bandeja y siguió trabajando; para Ana no paraba el tiempo y debía seguir con las tareas de la mudanza hasta que su señora se despertarse. Había todavía mucho trabajo por hacer, por lo que salió del dormitorio con cuidado y cerró con sigilo la puerta, dispuesta a seguir con sus quehaceres.

Isabel se despertó sobresaltada de un sueño agitado. Discutía con su marido y este acababa pegándola. Era un sueño bastante recurrente y siempre acababa despertando empapada en sudor. Pero esta vez terminaba de otra manera. Había decidido comenzar a ser feliz y ya tenía decidido cómo. Solo le faltaba llevarlo a cabo y cuánto antes lo hiciera antes empezaría a vivir. Se fijó por la ventana que todavía quedaba día por delante y se levantó de la cama para ir a merodear por la casa en busca de quién sabía qué.

Era el día de plantar cara. Se acabaron las excusas y los miedos. Llevaba tiempo dándole vueltas sobre cuándo iba a hacerlo, pero de nada servía retrasarlo. Debía ser esa noche. En el momento que su cabeza asimiló que plantaría cara a todas sus penurias, una gran sonrisa apareció en su rostro. Quería ser feliz, o por lo menos intentarlo.

Se pasó el resto de la tarde de estancia en estancia reviviendo recuerdos, hasta que una visita inesperada la abordó.

—Madre, debes arreglarte. He hablado con padre y no le gusta nada el aspecto que tienes últimamente. ¿Estás enferma o algo? —le preguntó dubitativa Elena.

—Sí, sí... —contestó Isabel sin ni siquiera mirarla.

—Padre ha dicho que quiere mudarse mañana a Algarte, ya no queda mucho por trasladar, y no está dispuesto a que la gente del pueblo te vea de este modo y luego cuchicheen.

—Bien, bien...

—Madre, ¿me estás escuchando?

—¿Qué quieres? —preguntó Isabel distraída, sin parar de mirar el dormitorio del matrimonio recordando vivencias desagradables.

—Bueno... yo lo he intentado... —se dijo enfadada su hija mientras se marchaba hacia el otro lado de la casa, dejando sola a su madre inmersa en sus recuerdos.

Esa noche hizo una excepción. Desde que Isabel había recibido la paliza, tan solo había estado una sola vez con su marido, el día que le anunció su ascenso y la mudanza. Pero esa noche sería diferente. Haciendo de tripas corazón, fue hasta la cocina a la hora de cenar. Miguel y Elena se asombraron al ver al espectro de la que había sido Isabel en medio de la cocina. Tenía el rostro demacrado y pálido, el pelo graso pegado a ambos lados de la cara, y su vestido parecía más el harapo de un vagabundo que una prenda de diseño. Pero ninguno de los dos dijo nada y ambos siguieron a lo suyo, como si no la hubiesen visto. Ellos ya estaban cenando, así que Isabel comenzó a servirse

justo cuando Ana irrumpió en la estancia. Estaba vestida con sus ropas de calle y llevaba una bolsa de tela al hombro.

—Señor, ya es mi hora, mañana nos vemos. Que descansen —se despidió la criada mirando con sorpresa a Isabel y lanzándole una efímera sonrisa.

Todos los criados del servicio de la familia del alcalde eran trabajadores de día. Ninguno de ellos se quedaba por la noche a no ser que sus servicios fuesen reclamados con antelación. Ana cada día terminaba a una hora diferente, pero cuando finalizaba todas las tareas que se le habían asignado, que no eran pocas, se marchaba a su casa, exceptuando cuando su señora estaba malherida, que se quedaba por las noches para velarla.

Isabel se sentó a la mesa con su marido y su hija y, tras respirar hondo, comenzó a hablar:

—Me ha dicho Elena que quieres mudarte mañana —soltó de sopetón.

—Sí, por eso hoy no he ido a Algarte. Mañana madrugamos. Así que haz el favor de vestirte como Dios manda y ponte algo bonito. ¿Tú no le has dicho nada? —preguntó dirigiéndose a su hija mientras devoraba la comida de su plato.

—Sí, pero ni siquiera me ha escuchado... —respondió Elena sin levantar la vista del suyo.

—Bueno, por lo visto mañana comenzamos una vida nueva —siguió Isabel haciendo caso omiso.

—Eso parece..., pero haz el favor y lávate. Da asco solo mirarte —sentenció Miguel dando un puñetazo en la mesa.

La mujer no tuvo coraje para más. Tomó un poquito de caldo de verduras que Ana les había preparado esa misma mañana y, en cuanto pudo, se encerró en el dormitorio dejando solos a Miguel y a Elena en la cocina. No había tenido narices de callarle la boca a su marido, ni jamás las tendría. Era un monstruo y cualquier palabra subida de tono o con la que no estuviese de acuerdo podía acarrear graves consecuencias.

Su marido y su hija no tardaron en cenar. Elena, que andaba tonteando con un muchacho de Algarte, se fue a pasar la noche fuera. Como el chaval era hijo de uno de los concejales del municipio, Miguel aceptaba de muy buena gana la relación, aunque Elena se empeñaba en ocultarlo. Resulta que el chico era el hermano de una de las pocas amigas que tenía la muchacha, así que cuando Elena iba a Algarte solía decir que iba a estar con su amiga, pero su padre sabía de sobra que le atraía el hermano.

Tras bromear un poco con ella respecto a su romance y sacar los colores a

su hija entre risas, se despidió de ella y se fue a dormir. Era prácticamente un profesional del sueño y podía dormir durante más de doce horas seguidas sin enterarse de nada. Los ronquidos procedentes del dormitorio de su marido pronto comenzaron a resonar por toda la casa en una melodía acompasada y desagradable.

La idea que Isabel tenía en mente había ido creciendo poco a poco como una bola de nieve bajando por una colina y ahora que había llegado el momento de ponerla en marcha le entraban las dudas. Pero en el fondo de su ser estaba decidida. Tan solo le faltaba un empujoncito en la espalda que la animara a llevarla a cabo, pero no le costó mucho. En su cabeza revivió todas las palizas que Miguel le había dado, todas las humillaciones a las que había sido sometida, el maltrato verbal y la indiferencia de su hija... No quería seguir con la angustia que la atormentaba a cada minuto. No quería seguir teniendo miedo ni continuar viviendo acobardada. Además, tenía que ser esa noche. Su hija no debía pagar las consecuencias de aquel martirio de matrimonio fallido. Era una cosa entre Miguel y ella. Solo ellos dos.

Armándose de valor y cogiendo aire con fuerza por la nariz, salió del cuarto de invitados y fue directa hacia el salón principal intentando no hacer ruido. Allí, el fuego aún bailaba en silencio de un lado a otro cautivando a todo aquel que se parara a mirarlo en la chimenea. Isabel se plantó frente a él y se dejó seducir por el lento vaivén al son del crepitar. Y se dejó llevar... Y tanto que se dejó llevar.

En ningún momento pensó, tan solo actuó. Cogió todos los libros que pudo encontrar en las estanterías y, prendiéndolos por una de las esquinas, comenzó a tirarlos por todas partes, sin ton ni son. No tardaron en prender los muebles, de madera como casi todo en la casa. Diferentes focos comenzaron a quemar la sala y no tardaron en hacerse con el control del lugar. Isabel observaba hipnotizada el espectáculo, quieta como un mueble más, hasta que el fuego comenzó a devorar sin piedad todo lo que encontraba a su paso.

El reflejo de las llamas contoneándose como si de una danza se tratase se podía ver claramente en las pupilas de la mujer. El fuego, que parecía tener vida propia, iba tragándose todo lo que se ponía en su camino, creciendo por momentos en altura y haciéndose cada vez más intenso e impresionante. La estancia se empezó a llenar de humo grisáceo a una velocidad vertiginosa e Isabel, entrando en un estado de pánico, salió corriendo de allí como buenamente pudo. Comenzó a tener dificultades para respirar, ya que con cada inhalación la garganta le escocía y los ojos le lloraban.

No llegó ni a la puerta del dormitorio. Por fin Cadesta sería libre y ella también... Fue el último pensamiento que pasó por su cabeza antes de desmayarse por el humo y caer de bruces en el suelo.

CAPÍTULO 32

Medio pueblo calcinado y la casa de sus señores derruida. Aquel paisaje impactó de lleno en Ana, que no pudo evitar sentir una intensa sacudida en el cuerpo en cuanto puso un pie en Cadesta. No faltaba mucho para que el sol comenzara a asomarse tímidamente por encima de las montañas del este; sin embargo, las calles del pueblo desde hacía horas que estaban repletas de habitantes intentando sofocar las terribles llamaradas con barreños de agua y paladas de tierra. Todos tenían malas caras, marcadas por el agotamiento y el sufrimiento vivido.

Varias carretas transportaban hasta Algarte a las personas que habían resultado malheridas por quemaduras o intoxicadas por la inhalación de humo. Allí eran recibidos por un comando de médicos y enfermeras que atendían sin descanso a todas las personas que iban llegando.

Ana se acercó a Juan, que se encontraba intentando apagar un pequeño fuego.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella con voz angustiada.

El hombre la miró desolado. Era evidente que el fuego había arrasado medio pueblo; aun así, comenzó a relatarle lo sucedido con pena:

—Anoche, a última hora, se desató un incendio en casa de Isabel. Todavía no se sabe con certeza qué ha pasado, pero por ahí se oye que Miguel intentó quemar viva a Isabel y que se le fue de las manos. El fuego comenzó a tragarse todo lo que encontró a su paso y... En fin, alguien dio la voz de alarma y llevamos toda la noche intentando frenarlo.

—¡Dios mío! ¿Isabel? ¿Isabel está bien? —preguntó muy preocupada la mujer.

—Sí, está bien. Varios vecinos consiguieron entrar en la casa en llamas y la encontraron. Gracias a Dios estaba tirada en el suelo muy cerca de la entrada y llegaron a tiempo para sacarla con vida. En cambio, Miguel...

Ana respiró con alivio al saber que su señora había salvado la vida. Juan le comentó que ella estaba en estado grave y que la habían trasladado hasta Algarte, al sanatorio donde estaban tratando a muchos de los heridos.

—¿Y Elena?

—Pasó la noche en Algarte. Debe de estar destrozada.

—¡Dios mío, qué desastre! Tengo que ver a Isabel —dijo la sirvienta conmocionada.

—No puedes hacer nada por ella. Además, no dejan visitar a las personas que están graves. Sinceramente, serías de más ayuda aquí, todas las manos son pocas.

—Tienes razón, iré a por un cubo.

Los vecinos pasaron toda la mañana terminando de sofocar los pequeños fuegos que quedaban esparcidos por el pueblo. Una vez que se aseguraron de que ya no hubiera ni rastro de ninguna llama, por pequeña que fuera, llegó la hora de valorar las pérdidas. Medio pueblo había quedado reducido a cenizas. Todos, de manera directa o indirecta, habían sufrido daños. La casa del alcalde había sido la más perjudicada, junto a la de Carmen, situada al lado. La anciana también había sido trasladada a Algarte, ya que había sufrido varias quemaduras en las piernas, pero pudo salir a tiempo de la casa, librándose de quedar atrapada entre las llamas gracias a la ayuda de su incondicional Martín.

Juan también sufrió algunos daños irreversibles en su casa, pero no tuvo ningún tipo de quemadura, ya que se encontraba despierto a esas horas. Le costaba mucho conciliar el sueño desde que Julia y Carla no estaban, así que en cuanto oyó la voz de alarma salió disparado, listo para ayudar. No pudo evitar que el fuego se comiera parte de su casa, pero viendo el estado en el que había quedado el pueblo y la gran cantidad de heridos, se sentía incluso afortunado.

Muchos de los afectados tuvieron que refugiarse en las casas de sus vecinos. Y Ana no fue menos, pues acabó comiendo en casa de Juan por insistencia de este. Habían acordado acercarse juntos al sanatorio de Algarte donde Isabel luchaba por recuperarse. Fue un día en el que la tristeza se hizo con Cadesta y nadie jamás olvidaría. El incendio se había cobrado dos vidas, una de ellas la de Miguel, y decenas de personas habían resultado heridas. Eso sin contar las numerosas casas que acabarían siendo derruidas para volver a construirlas de nuevo, si podían permitírselo, claro. Todos estaban agotados; habían pasado la noche en vela apagando fuegos sin parar y el cansancio empezaba a hacer mella.

Un violento olor a quemado les invadió cuando salieron de casa de Juan y en cada esquina podían ver el humo de los rescoldos ascendiendo lentamente hasta confundirse con las nubes. Caminaron despacio y sin hablar, fijándose en cómo el fuego se había hecho con Cadesta en aquella trágica noche y había destrozado todo en cuestión de horas, dejando ceniza y humo donde antes

había habido hogares pobres pero felices.

Llegaron a Algarte y se sorprendieron al ver el barullo del sanatorio. Todo el pueblo estaba allí: sentados en pasillos, cuchicheando en grupos o yendo de un lado para otro en busca de médicos que les atendiesen. Los sanitarios no paraban de trabajar, sin tiempo para atender a los visitantes. Juan se acercó a una de las mujeres:

—¿Sabes dónde están los nuestros? —le preguntó haciendo referencia a la gente de Cadesta.

—Están cruzando la puerta de la derecha, pero no nos dejan pasar. ¡Qué desgracia, Juan! ¡Qué desgracia! —se lamentó la señora con una punzada de desesperación.

Juan no lo dudó ni un instante y, cogiendo a Ana por el brazo, tiró suavemente de ella para que le acompañara. Sin más dilaciones, fue hasta la puerta que le había indicado la mujer y la abrió con autoridad pese a los gritos que una mujer le daba desde el pasillo.

—¡Señor! ¡Señor! ¡No puede entrar ahí, es una zona restringida! —chillaba la que parecía una enfermera y que echó a correr tras ellos.

Juan hizo caso omiso y entró en una sala alargada en la que un par de filas de camas reposaban a ambos lados de la estancia. Comenzó a buscar con la mirada a Isabel, pero muchas de las personas que se hallaban en las camas tenían la cara desfigurada por el fuego y le costó reconocer a muchas de ellas a pesar de conocer a todos sus vecinos. Notó cómo la puerta se cerró a sus espaldas y cómo la enfermera lo alcanzó y lo agarró con fuerza por el antebrazo.

—No pueden estar aquí, esta gente está en una situación crítica y necesita descansar —les dijo en voz muy baja.

Juan, enfadado, se disponía a mandarla a paseo cuando Ana se le adelantó:

—Por favor, tan solo serán cinco minutos. Lo que hemos vivido esta noche ha sido espantoso. Tan solo queremos saber que nuestros seres queridos se encuentran bien. Entiéndalo. Imagínese que le ocurre a usted y no puede ver a su madre o a sus hijos. Por favor, no molestaremos a nadie. Solo queremos ver cómo están.

Las palabras de Ana debieron de surtir efecto en la mujer, quien, tras quedarse durante un momento en silencio, les preguntó con resignación:

—¿A quién quieren ver?

—A Isabel Beltrán y a Carmen Medina.

Los acompañó hasta la cama de Carmen en primer lugar. La anciana

dormitaba con la respiración suave. Parecía una niña pequeña en el cuerpo de una persona mayor. Tenía las piernas muy hinchadas y vendadas hasta la altura de las rodillas y tendría que estar varias semanas de reposo hasta que sus piernas estuviesen totalmente recuperadas. Optaron por no despertarla. Ya tendrían ocasión de visitarla en otro momento. Lo importante es que estaba estable y que saldría adelante. Se trataba de una mujer fuerte que parecía plantar cara cada día a la muerte, acobardándola y haciendo que retrasara su cometido un poquito más.

Era hora de ver a Isabel. La enfermera los acompañó hasta la cama de la alcaldesa, que resultó estar despierta. Un esbozo de sonrisa apareció en la cara de Isabel al ver a Juan y a Ana acercarse hasta sus pies. Tenía partes de la cara quemadas, con tonos rosáceos; los brazos y las piernas, también quemados, estaban vendados de arriba abajo para protegerlos.

—Cinco minutos. Ni uno más —dijo la enfermera antes de dejarles a solas.

Ana se acercó y, cogiéndole la mano, le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Algo dolorida —respondió sonriendo con esfuerzo mientras retiraba la mano, también rosácea.

—Lo siento, no me había dado cuenta —se disculpó ella, sonrojándose por el descuido—. ¿Qué ha pasado, Isabel? ¡Se dice que Miguel intentó quemarte viva!

—Tonterías, veo que la gente sigue inventando como siempre.

—Entonces, ¿qué paso? —preguntó Juan colocándose al otro lado de la cama.

—Fui yo —contestó en voz baja para que nadie más la escuchara.

—¿Qué? —saltaron al unísono Juan y Ana.

—Sí, fui yo. Prendí fuego a la casa para empezar a ser feliz. Te lo dije ayer, ¿recuerdas? —dijo dirigiéndose a Juan—. Pero salió mal. Mi idea era diferente, debíamos habernos ido los dos, no solo él... Aunque he cumplido mi promesa: hace tiempo prometí liberar a Cadesta y eso es lo que he hecho.

Ana se tapó la boca con las manos y Juan dio un paso hacia atrás. Isabel estaba reconociendo que había incendiado su casa en un impulso suicida, llevándose la vida también de Miguel. Y lo había conseguido, su marido había muerto. Y aunque ella había sobrevivido, también había herido a medio pueblo, incluso había habido otra muerte. De milagro no había más muertos. Definitivamente, Isabel había perdido la poca cordura que le quedaba. O tal

vez puede que no hubiese sabido buscar su felicidad y la de Cadesta de otra manera; al fin y al cabo, había vivido muchos años rodeada de violencia y maltrato.

—Juan, me dijiste que me ibas a seguir queriendo... —le suplicó Isabel con lágrimas en los ojos—. No sabía qué hacer, pero no podía más. Estaba desesperada.

Justo en ese momento la enfermera apareció en la sala reclamando la atención de los visitantes.

—Es la hora, deben irse por favor.

—Venid a verme —pidió Isabel antes de que se fueran.

La pareja salió del hospital sin mediar palabra. La confesión de Isabel los había dejado helados, y la moral empezaba a reclamar la atención de ambos. ¿Qué debían hacer? Entendían la desesperación a la que Isabel había llegado, pero era tan grave lo que había hecho...

Caminaron en silencio durante varios minutos, cada uno inmerso en sus pensamientos, reflexionando sobre qué hacer. Fue una decisión sin palabras, en la que Juan y Ana estuvieron de acuerdo. El secreto moriría con ellos. Era horrible lo que había sucedido, pero los hechos no cambiarían por delatar a Isabel.

Fueron a Cadesta para asistir al pleno en el que la junta vecinal se reunía para debatir los problemas a los que se enfrentaban a raíz del incendio. Uno de los puntos importantes era la ausencia de alcalde, fallecido entre las llamas. Por lo menos, dentro de la oscuridad de lo acontecido, escoger a uno nuevo que gobernara el pueblo arrojaba una pequeña franja de luz. Nadie estaba feliz por lo sucedido, pero que Miguel ya no estuviese en el cargo era una señal de esperanza para todos los habitantes de Cadesta.

CAPÍTULO 33

No pudo evitar que las lágrimas asaltaran sus verdes ojos al avistar a lo lejos su añorado pueblo.

—Mira, cariño, ¿ves esas casas de allí a lo lejos? Ese es nuestro hogar y allí te esperan los abuelos para darte un montón de besos y achuchones —le susurró con dulzura a una sonriente Alicia.

La pequeña no se había recuperado del todo, pero era evidente su mejoría; la tos de ahora nada tenía que ver con la áspera del pasado, que apenas la dejaba respirar por la noche en el internado, del que habían sido expulsadas quince días atrás. También su estado de ánimo había mejorado; reía con cualquier tontada que le hicieran, con los pájaros que revoloteaban sobre su cabeza o con el mugido de una vaca al pasar a su lado.

Respecto al tiempo, les había dado tregua. Tras el violento temporal, este parecía haberse quedado sin fuerzas y el clima no era tan frío como lo había sido hasta entonces a pesar de que fuese enero. Apenas llovía, pero cuando lo hacía era de una manera intensa y abundante. Se cobijaban en los bosques de pinos que encontraban a su paso y, cuando la lluvia cesaba, retomaban sus pasos evitando los charcos desperdigados que quedaban atrapados a lo largo del sendero. Exceptuando las contadas lluvias que las sorprendieron, Carla y Alicia realizaron el resto de la vuelta sin muchos sobresaltos.

Tuvieron suerte en los caminos; despertando la humanidad que a muchos les faltaba, varios aldeanos se ofrecieron para llevarlas en carromato, haciéndoles así mucho más fácil el viaje. Cuando iba andando, la muchacha se aseguraba de viajar en grupos grandes para poder estar protegidas y, al llegar la noche, se hospedaba en posadas baratas. Gracias a la generosidad de la señora Romero y todas las horas de trabajo dedicadas a la granja, contaba con una holgada bolsita llena de dinero con la que había podido permitirse lujos como aquel. No todo el mundo contaba con la suerte de dormir bajo un techo pagando; eran cuatro los afortunados que podían presumir de pasar la noche calientes cuando se desplazaban a otros pueblos, aunque trataba de gastar lo menos posible regateando cada noche por un precio justo a cambio de su estancia. Quería ayudar a sus padres con el dinero que había ganado, pero sin privarse de dormir caliente, por su salud y sobre todo por la de Alicia. Porque,

aunque el tiempo se hubiese vuelto más amable, el frío seguía presente en los caminos.

En muchas de esas pensiones había sido tratada con recelo al verla tan solo en compañía de un bebé, sin un hombre que las escoltara. Carla se mordía el labio inferior con una rabia contenida cada vez que la miraban de arriba abajo, tratando de averiguar si se trataba de una muchacha decente o de una delincuente que acababa de robar una pequeña fortuna a algún adinerado burgués. Su aspecto y sus ropas poco la habían ayudado a secundar su título de muchacha decente y madre soltera, pero aquella era su realidad y no estaba dispuesta a dejar que nadie insinuara que era una vulgar ladrona. Pagaba su hospedaje con una falsa altivez en un intento de no dejarse intimidar por nadie y, tras coger la llave de su habitación, abandonaba la recepción con un escueto «gracias».

En una de las posadas tuvo un desagradable percance con uno de sus clientes habituales. Era una casa de dos alturas: abajo, la recepción nada más entrar, en la que un alto aparador con un timbre sobre él y una estantería colgada de la pared, dividida en pequeños cubículos donde descansaban las llaves de cada dormitorio, daban la bienvenida a todo aquel que entrase en ella. A la derecha, una escalera de madera subía al piso superior donde una decena de dormitorios arropaban a los cansados viajeros por la noche. A la izquierda, unas puertas siempre abiertas de par en par invitaban a pasar al comedor, que tenía varias mesas dispuestas al azar y una barra larga, ya que también lo usaban como taberna.

El día que llegaron aún era pronto, por lo que Carla decidió descansar un poco en su habitación antes de bajar a cenar algo caliente. Subió por las escaleras y en el pasillo se encontró con un señor bastante mayor que ella. Tendría unos cincuenta años, pero era alto y fuerte, y justo acababa de salir de uno de los dormitorios. En cuanto la vio, los ojos del hombre parecieron iluminarse con un intenso brillo en la mirada. Era como si un águila hubiese avistado a su presa y se estuviese preparando para ir a por ella.

—¿Te puedo ayudar, preciosa? —le preguntó con melosidad.

—No, me apaño yo sola. Gracias.

—¿Seguro? No me importa.

—¡Que no! Gracias... —contestó Carla entre dientes intentando no parecer maleducada.

Comenzó a ponerse nerviosa, ya que no atinaba a meter la llave en la cerradura. El hombre empezó a acercarse, pero justo en ese momento Carla

consiguió introducir la llave y, abriendo con presteza, le dedicó una rápida sonrisa al hombre y se metió en el dormitorio. Volvió a meter la llave en la cerradura y dio todas las vueltas que esta le permitió para asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada y que nadie pudiese entrar. Suspiró aliviada y acarició con cariño la cabecita de la pequeña Alicia de manera involuntaria a modo de protección.

Más tarde, después de intentar descansar un poco en una vieja cama con colchón de lana donde se hundía cada vez que cambiaba de postura, bajaron al comedor, que estaba abarrotado, para poder cenar. No pudo evitar quedarse helada cuando se dio cuenta de que era la única mujer de toda la taberna. En las otras posadas donde se había alojado siempre había tenido la suerte de coincidir con más mujeres, pero esta vez no había ni una a la vista; bueno, sí, estaba Alicia, si podía contar como mujer. Se sintió desamparada. No podía evitarlo, no tener cerca a alguna mujer hacía que se sintiese más vulnerable todavía.

Se sentó en una de las mesas más lejanas al bullicio y esperó a que el tabernero se acercara para atenderla. Aprovechó para echar un rápido vistazo a su entorno. Estaba repleto de varones y era evidente que se disputaba un torneo de cartas. Los hombres jugaban sentados en mesas de cuatro y muchos otros observaban alrededor. Gritaban, reían y, de vez en cuando, Carla no sabía si era cuando ganaban o cuando perdían, daban manotazos en la mesa. El dinero salía de todas partes e iba de mano en mano, cambiando a una velocidad pasmosa. Se podría decir que a la misma velocidad que aquellos hombres terminaban sus bebidas de las jarras de cerámica. Avistó al hombre-águila, en su cabeza así lo había apodado, en un estado de embriaguez considerable. Él no la había visto y Carla esperaba que fuese así durante el resto de su cena, hasta que pudiese escabullirse de vuelta a su dormitorio. De hecho, ninguno de los hombres del comedor parecía haberse percatado de su presencia, y eso era todo un alivio. El torneo debía de estar en pleno apogeo y no eran capaces de ver más allá de las cartas que se jugaban.

El tabernero fue hasta la mesa y le cantó los platos que tenían esa noche para cenar.

—De todos ellos te recomiendo el estofado de ternera. Mi mujer lo cocina de maravilla —le confesó.

—Vale, pues un plato de estofado y un vaso de vino.

—Sabia decisión, señorita. ¿Quiere algo más?

—No, gracias, así está bien.

Al tabernero no le faltó ni pizca de razón al alabar el estofado de su mujer. La carne estaba muy tierna y jugosa, además estaba acompañada por varias verduras guisadas a fuego lento, que hacían del conjunto una delicia digna de probar. El dueño de la posada se acercó para recoger el plato y el vaso, y también, de paso, cobrarle. Carla felicitó con entusiasmo el plato de su mujer rogándole que le hiciera llegar el mensaje.

—Hacía tiempo que no comía algo tan maravilloso. Hágaselo saber. En las posadas donde he parado la comida no era tan sabrosa como la suya.

—Puedes felicitarla tú misma si quieres, acompáñame.

—No hace falta, de verdad, no quiero molestarla.

—Vamos, no seas tímida. La hará muy feliz; además, viniendo de una mujer creo que el gusto será doble. No solemos tener mujeres hospedadas muy a menudo.

—Ya me he dado cuenta...

—Encima le encantan los bebés. Vamos, ven conmigo.

Carla siguió al tabernero por detrás de la barra hasta una puerta que había al fondo. Dentro, una oronda mujer de pelo rizado recogido en una coleta baja canturreaba mientras guisaba, asaba y freía entre un montón de cacerolas.

—Mira, Felisa, alguien quiere felicitarte por tu estofado.

La muchacha no pudo evitar ponerse colorada como un tomate. Por un momento se sintió fuera de lugar y la vergüenza la invadió por completo. Pero pronto el temperamento de Felisa la hizo sentir más tranquila. Era una mujer amable y de buen carácter, algo que desentonaba bastante con el ambiente de brutalidad y exceso de testosterona que se respiraba fuera, en el torneo de cartas.

—¿De verdad que te ha gustado? No sabes lo feliz que me haces. Estos burros a los que suelo dar de comer engullen la comida y son incapaces de decir nada. Lo que no sé es cómo los aguantan en casa. En fin, que te lo agradezco en el alma, hija. Además, me alegra ver a una mujer por mis cocinas, estoy harta de relacionarme con hombres sin cerebro a los que lo único que les mueve es el vino y el dinero de las cartas. Me gusta conocer a personas que te escuchan y se preocupan, como hago yo. ¿Y esa ricura que llevas en brazos? ¡Me encantan los bebés! Por favor, deja que lo coja —dijo mientras cogía a la pequeña Alicia y comenzaba a menearla con energía—. Mi Pepe es muy bueno, pero nunca me ha dado hijos, y eso es algo que siempre me va a quedar en el corazón, hija. Con lo bonito que tiene que ser tener la casa llena de mochuelos; debe de ser una bendición de Dios que a mí me ha negado, y

todavía no entiendo muy bien por qué... Hija, a lo mejor estoy hablando demasiado, a veces me pongo un poco pesada; al fin y al cabo, ya te digo que con esos brutos de fuera no se puede hablar de nada, no me entienden. Claro, ¿cómo me van a entender? Si a los pobres la cabeza solo les da para vino y cartas, ya te digo yo —parloteaba la mujer sin parar.

—Ya, claro...

—Pero son buena gente; si no fuese por ellos, nosotros hubiésemos tenido que dedicarnos a otra cosa hace mucho tiempo. Si es que ya me dice Pepe que no se muerde la mano que te da de comer, y razón no le falta, pero, hija, de vez en cuando que te traten con un poquito más de tacto, que te escuchen y que te presten atención, pues gusta. Si es que yo creo que me he vuelto hasta más arisca de estar tanto tiempo rodeada de tanto hombre. Pero sí, en el fondo son buenas personas, que es lo importante, y nos quieren, si no, no vendrían... Aunque, bueno, la siguiente taberna está a más de ocho kilómetros de aquí. A lo mejor, no les gustamos, pero como no tienen nada más cerca, pues vienen. Hija, a veces una no sabe ni qué pensar. ¡Pero qué bonito eres tú!

—Bonita...

—Gracias, cielo.

—No, digo que es bonita, es una niña.

—¡Ay, qué tonta! Y yo pensando que me lo decías a mí. Si no te digo yo. Y eso que mi Pepe me dice cosas muy bonitas. Siempre tiene buenas palabras para mí, si es que no me puedo quejar. Tengo al mejor de los hombres a mi lado, más cariñoso... Siempre alabándome... La costumbre, claro. A mí me dicen bonita y yo doy las gracias, que de agradecidos está lleno el mundo. Porque mi vecina, la Paqui, hay que ver, que la llaman guapa y se pone a gruñir como un perro rabioso. Que no se la puede decir nada a la mujer, oye tú. Pues niña, a mí, si me dicen cosas bonitas, pues bienvenidas son, aunque no sean de mi Pepe..., que muchas veces me pasa que esta panda de cretinos engullen la comida, pero siempre tienen alguna palabra bonita que de vez en cuando me dicen. Pepe cree que es para que les ponga más comida por el mismo precio, pero yo digo que no. Yo creo que está celoso, fíjate lo que te digo...

—¡Felisa! Se te va a quemar la comida con tanta cháchara. Deja a la chiquilla que se vaya a descansar con su bebé, anda. ¡Que tú cuando empiezas no sabes parar! —exigió su marido entrando de nuevo en la cocina.

—Anda, qué exagerado eres. Toma, cariño, es un niño precioso —dijo la mujer entregándole al bebé.

—Niña. Es una niña —aclaró la muchacha de nuevo, algo desconcertada.

—Si es que no escucha... —dijo su marido mientras negaba con la cabeza con resignación.

Carla se despidió y se marchó rápidamente de allí aliviada de que el tabernero la hubiera librado de la interminable charla de su esposa. Cruzó rápido por el comedor tratando de pasar desapercibida ante la muchedumbre y subió las escaleras para ir directa a su habitación. Justo cuando enfiló el pasillo, tuvo la mala suerte de encontrarse de bruces con el hombre-águila, que, borracho, estaba intentado atinar con la llave en su cerradura.

—¡Pero qué alegría volver a verte, guapetona! —la saludó acercándose a ella con torpeza.

Carla fue a pasar por uno de los lados en un intento de esquivarlo, pero el hombre se puso en medio del pasillo con los brazos y las piernas abiertas impidiéndole así el paso.

—Dame un besito y te dejo pasar —le pidió con voz pastosa.

—Déjame pasar, por favor —suplicó Carla de manera sumisa.

No quería enfadarlo, por ello se concentró en parecer inocente como un gatito dócil para ver si por las buenas conseguía llegar a su dormitorio. Al fin y al cabo, por muy ebrio que el hombre-águila estuviese, no dejaba de ser un hombre grande y fuerte.

—Dame un beso —le ordenó él esta vez con voz seria.

—No quiero. Déjame pasar, te lo estoy pidiendo por favor.

—Y si no, ¿qué?

La muchacha pensó durante unos segundos y finalmente dijo:

—Chillaré.

Antes de que Carla se diese cuenta, el hombre-águila se abalanzó sobre ella, tapándole la boca con la mano, y la empotró contra la pared. Del golpe que le dio, a la muchacha se le comenzó a escurrir la manta con la que tenía cubierta a Alicia y esta, del susto, comenzó a llorar muy fuerte, resonando de manera estruendosa por todo el pasillo. El hombre, ignorando los gritos ahogados de Carla y los llantos de la pequeña, comenzó a subirle la falda toqueteándole las piernas con lujuria. Carla aupó de nuevo a la niña para colocársela bien y, sujetándola con un brazo, intentó zafarse del hombre con el otro, pero de nada servía, él era muy fuerte y a ella le pesaba mucho Alicia como para sujetarla con un solo brazo. Estaba indefensa y aquel hombre parecía saberlo, disfrutando aún más de la situación de la muchacha. Pero justo en el momento en el que se rendía a los forcejeos del hombre, un grito autoritario le devolvió

la esperanza:

—¡Eh, tú! Déjala en paz —gritó Felisa mientras corría con dificultad por su sobrepeso al rescate de la chica.

El hombre soltó a la muchacha y, tras una pequeña genuflexión hacia la dueña, se retiró dando tumbos camino de las escaleras para volver al piso inferior.

—¿Estás bien? Espero que no te haya hecho nada. Ese tío es un idiota. No sé por qué le seguimos dando hospedaje... Normalmente se suele comportar como es debido, pero es que cuando bebe se le va la cabeza. ¿De verdad que estás bien? No sé, hija, yo lo pienso muchas veces, cómo el alcohol puede transformar a las personas porque, de verdad, gente que no te dirige ni la palabra y en cuanto se toman tres vasitos de vino te cuentan la pena de Murcia, no sé por qué será...

—Felisa, muchas gracias, pero creo que voy a ir a acostarme, estoy cansada y mañana madrugo. Gracias por ayudarme, de verdad.

—De nada, hija, nos tenemos que ayudar entre nosotras. ¿Seguro que estás bien? Cualquier cosa que necesites, me la pides, ¿vale? Descansa, chica, descansa, que los caminos son muy duros y más en invierno con este frío que se te mete en los huesos, porque no hay peor frío que ese, ¿verdad?, el que se te mete en los huesos y no hay manera de librarse de él...

—Gracias. Felisa, buenas noches —la interrumpió ella ya sin miramientos.

Carla durmió mal esa noche. Le habían recordado lo indefensa que podía llegar a estar una mujer, y no se sentía segura. A la mañana siguiente, se levantó antes del alba y, sin ni siquiera tomar un vaso de agua, sin ni siquiera despedirse de Pepe ni de Felisa, reanudó su marcha intentando poner distancia de por medio con el hombre-águila y acortándola con Cadesta.

Por fin lo habían conseguido. Atravesó el patio pedregoso y abrió la puerta de su casa.

—¿Madre? ¿Padre? ¡Ya estoy en casa! —anunció justo antes de echarse a llorar.

CAPÍTULO 34

Jamás en la vida hubo un reencuentro más emotivo que aquel. Juan y Carla se abrazaron como nunca lo habían hecho, conscientes de lo mucho que se querían y de cuánto se necesitaban. Y esto además de la emoción que sintió su padre al coger por primera vez a Alicia, que le recibió con los brazos abiertos dispuesta a dejarse acunar. Él no recordaba día más feliz en su vida. Había recuperado a su hija y por fin había conocido a su querida nieta. El hombre estuvo media mañana atontando con la niña, a la que no paraba de hacer ñoñerías hablándole con voz infantil. Pero llegó el momento de ponerse al día de todo lo que había ocurrido en ese último año.

Juan le contó con pesar cómo a su madre la habían detenido el día que ella había escapado, cómo Isabel la había ayudado a verla en una ocasión y cómo Cadesta había sucumbido ante el terrible incendio hacía pocos días, con la muerte de Miguel como consecuencia.

—Entonces... ¡podemos sacar a madre del calabozo! Si Miguel ya no está al mando de Cadesta, nadie nos lo podrá impedir.

—Ya lo he intentado, pero la junta de Algarte está debatiendo la alcaldía de Cadesta y el tema del incendio. Me han dicho que hay asuntos más importantes. No hay nada que hacer, Carla, debemos esperar.

—¿Y cuánto puede tardar eso?

—No lo sé, pero tu madre no es lo que más les preocupa ahora mismo. Rezaremos para que se decanten pronto por alguien y este sea de los buenos. Es nuestra última esperanza.

Carla se quedó pensativa todo el día por las palabras de su padre. No podía creer que su madre llevase encerrada en los calabozos de Algarte el mismo tiempo que ella había estado fuera del pueblo. Estaba claro que todos habían sufrido de una manera o de otra, por lo que, en cierta manera, no le apenaba que Miguel hubiese fallecido en el incendio.

Tampoco sentía ninguna pena por Isabel, a pesar de que su padre le hubiese contado cómo se había arriesgado para que Juan pudiese ver a Julia en los calabozos. Antes tenía que haber parado los pies a su hija, que a ella le había hecho la vida imposible. Hasta que no la hubo echado del pueblo no paró. Nada de esto hubiese ocurrido si no fuese por la maldad de aquella

familia. Su padre le insistía en que Isabel había cambiado y en lo mucho que le había ayudado, pero le daba igual, no la quería en su vida ni en la de sus padres.

El concejo de Algarte no se ponía de acuerdo. Pasaban los días y cada vez eran más contradictorios los rumores que llegaban a Cadesta. Un día se oía el nombre de uno, otro día el de otro, al día siguiente aparecían nombres nuevos... Era una auténtica desesperación para Carla, que no veía el momento de liberar a su madre. Así que decidió actuar por el bien de su progenitora y por el suyo propio, porque a ese paso acabaría haciendo una locura.

Escribió una carta redactando el problema al que se enfrentaba, pidiendo apoyo para que pudiesen ayudarles a solucionarlo. Puso todas sus esperanzas en aquella misiva y quiso pensar que de verdad la ayudarían aunque no fuese fácil. Tan solo faltaba esperar. Al principio, la muchacha permanecía paciente aguardando una respuesta, consciente de que las cosas no se hacían de la noche a la mañana; pero con el paso de los días se fue desesperando. Hacía tres semanas que había mandado la carta y no llegaba ningún tipo de contestación. Nada.

Al final, su padre tenía razón y no les quedaba otra que esperar a que la junta eligiera a alguien que asumiese el cargo de alcalde y que fuese lo suficientemente benévolo para perdonarle los diez años de condena y liberarla de una vez por todas.

Pero esa tarde sucedió algo inusual. Un coche tirado por dos majestuosos caballos apareció en las calles de Cadesta. Dos hombres muy bien vestidos se bajaron de él y se presentaron en el patio de Juan preguntando por la señorita Almazán. Carla, con algo de temor, se acercó a ellos presentándose como tal.

—Venimos de parte del conde de Beltroya. Nos han dado la orden de liberar a la señora Almazán. Si fuese tan amable de acompañarnos a los calabozos... —le informó uno de ellos enseñándole un documento con una gran rúbrica junto a un sello rojo.

Carla se llevó las manos al corazón y dio mil gracias al cielo, sus súplicas habían sido escuchadas. Llamó a su padre a gritos y le contó que aquellos hombres habían venido para ayudarlos a liberar a Julia. Juan aulló de alegría y comenzó a lanzar al aire a Alicia, que reía con fuerza cada vez que la elevaba a las alturas.

Juan, Carla y Alicia subieron al coche, que tomó la dirección de Algarte. La emoción y el nerviosismo que sentían hizo que el camino se les hiciese eterno. Habían esperado tanto, pero tanto...

El hedor que les asaltó desde la celda de Julia no venció a la ternura y al amor que se respiró en el momento en el que se sumieron en un gran abrazo. Por fin la familia volvía a estar unida. Y a pesar de todo lo que lloraron cuando Julia obtuvo su tan ansiada y merecida libertad, esa noche solo se escucharon las risas y los cantos en la casa de los Almazán.

***

La normalidad fue volviendo poco a poco al pueblo. El concejo tardó varias semanas más en elegir a un candidato que aceptara el cargo de alcalde. Fue una lucha intensa en el que el bien y el mal se vieron enfrentados en una gran trifulca. Finalmente, en marzo, consiguieron poner al mando a una persona honrada, que se aseguró de que los derechos y la justicia gobernaran en aquel pueblo al que tanta falta le habían hecho años atrás. Aunque todavía había mucho por hacer: la noche en que Cadesta despertó de los sueños más profundos para darse de bruces con las llamas del mismísimo infierno había dejado huella en los corazones de sus habitantes y existían aún mil marcas que evidenciaban lo ocurrido, allá donde se mirara.

Mientras tanto, una recuperada Isabel se fue a vivir a las afueras de Cadesta con un par de ovejas y alguna que otra gallina. Ana la visitaba todos los días y le hacía compañía. También Carmen se acercaba con asiduidad para pasar las tardes con ella, visita en la que alguna vez, de manera esporádica, la acompañaba Martín, con una actitud más amable inducida por la anciana.

Nadie llegó a saber el origen del incendio, ya que ni Juan ni Ana dijeron una palabra al respecto. E Isabel comenzó a ser feliz, a su manera, echando de menos a Juan, pero siendo libre de una vez por todas. Elena se casó de manera precipitada y se fue a vivir a Algarte, aunque iba a ver a su madre de vez en cuando. Jamás llegaron a tener una relación de madre e hija convencional, pero las asperezas se fueron limando con el paso del tiempo y una armonía sutil se instaló entre ellas.

Llegó la primavera y, tras varias semanas empacando y seleccionando, la familia Almazán se trasladó a vivir a Trejón, donde fue muy bien recibida. Lo hablaron durante muchas comidas y cenas. Era una decisión difícil que costó tomar, pero tras mucho meditar y muchas vueltas a la cabeza llegaron todos a la conclusión de que era lo mejor. En Cadesta no había nada que hacer: medio pueblo estaba quemado y muchas de las casas debían ser derruidas.

La casa de los Almazán no estaba muy dañada, pero sí necesitaba algún

que otro apaño tras el incendio. No había futuro, no había esperanza, y era la excusa perfecta para intentar empezar una vida nueva. Además, contaban con el aliciente de tener la granja y la casa de Carla, por lo que trabajo y hogar no les iban a faltar.

Les dio mucha pena partir de Cadesta, pero aquel pueblo no era para ellos. A pesar de llevar toda la vida allí, no les había tratado bien y fueron más disgustos que alegrías los que recibieron. Y no era culpa de los habitantes, gentes honradas y buenas en general. Cadesta estaba podrido por la corrupción y los más débiles eran siempre los más perjudicados. Además, el último año en particular había sido tan terrible que todos sentían la necesidad de empezar de nuevo en otro lugar, poniendo tierra de por medio para poder olvidar.

La emoción que sintió la señora Romero al ver a la familia llegando al pueblo fue tal que no pudo evitar prorrumpir en carcajadas de alegría. Hacía mucho que no se la veía tan feliz. Nadie esperaba el regreso de Carla, ni siquiera la señora Romero, y menos tan pronto. Había pasado medio año desde su partida a Cadesta y muchos no tenían esperanza de que regresara. De alguna manera, todos los habitantes de Trejón habían asimilado el hecho de que posiblemente nunca más volvieran a verlas, ni a ella ni a la niña. La vida de Carla estaba en Cadesta y tras la muerte de Rubén ya nada la ataba allí. Pero se equivocaban y, en uno de los carromatos del que tiraban dos yeguas, ella saludaba con efusividad a la anciana emocionada.

La familia Almazán tendría que adaptarse a su nuevo hogar y a sus responsabilidades, pero la ilusión que tenían hacía de cualquier complicación todo un reto. Se instalaron en la granja por insistencia de Amanda y no tardaron en congeniar. La señora Romero era como una madre para Julia y para Juan y los arropó con el mismo cariño con el que una vez lo hizo con Carla. Todo bondad y cariño, no había día en que Juan y Julia no le agradecieran la ayuda que había brindado a su hija durante aquella maldita temporada. Los padres de Rubén, a su vez, también se alegraron enormemente del regreso de la muchacha, pero sobre todo del de Alicia. Con ella, el recuerdo constante de su amado hijo estaba presente todos los días, ya que la niña era la viva imagen de su padre.

Juan nunca llegó a confesar a su mujer la infidelidad con Isabel. Sabía que esta jamás le perdonaría algo como aquello, y menos en las condiciones en las que ella había vivido. No pensaba que llegase a abandonarlo, muchas eran las mujeres que convivían con maridos infieles y seguían con sus vidas como si nada pasase. ¿Qué iban a hacer si no? Pero, aunque no se marchase de su lado

físicamente, la perdería en alma, espíritu y corazón, y era algo que no podría soportar. Muchas veces estuvo a punto de confesar el fatídico error que había cometido, pero luego se fijaba en la bonita sonrisa que Julia había recuperado desde que había salido de los calabozos y se arrepentía al instante. No podía arrebatarle de nuevo la felicidad. No era justo. Aprendió a vivir con la mentira, con el cargo de conciencia y con el recuerdo de Isabel, que siempre quedaría apartado en un trocito de su corazón.

A su vez, Carla comenzaba a levantar cabeza lentamente. Trejón se había convertido en su hogar, con la gente a la que quería y un trabajo próspero. ¿Qué más se podía pedir? Pero ella no era feliz y jamás volvería a serlo como cuando estaba Rubén haciéndola reír cada día, abrazándola con ternura y amándola sin razón. Quería lo único que jamás regresaría, y pensar que no volvería a verlo le partía más el corazón. Le recordaba cada día con punzadas de dolor, querido y añorado, él era lo que le faltaba. No se acostumbraba a dormir sin él y cada rincón del pueblo le regalaba puñados de recuerdos en los que él siempre estaba presente. Pero Rubén ya no estaba y era una realidad que debía digerir y aceptar, aunque en ocasiones le parecía imposible.

Gracias a Dios que tenía a Alicia. Cada vez se parecía más a su padre, todos en el pueblo le sacaban parecido a él, exceptuando los ojos, que eran verdes como los de Carla. Ella era su razón para vivir. Alicia le sacaba las sonrisas que nadie más era capaz de sacarle y le recordaba, sin hablar, que había esperanza para seguir adelante, porque una niña que no llegaba ni al año la necesitaba más que a nadie en el mundo. Y eso a Carla le daba una fuerza inusual que hacía que pudiera con todo, a pesar de la tristeza que sentía cada vez que se giraba en la cama en busca de Rubén y no lo encontraba.

Una vez a la semana, Carla subía al monte, donde permanecía en pie la única pared del castillo de Trejón, y, apoyada en el murete, se quedaba horas observando, con la mirada perdida, las maravillosas vistas que le ofrecía la cumbre de la montaña. Un río que en ocasiones se ocultaba en los espesos bosques verdes, los grandes terrenos de labranza repartidos en cuadrados irregulares, el minúsculo pueblo rodeado de altos árboles que lo protegían del calor del verano y el serpenteante camino que un día la trajo hasta allí. Era el sitio preferido de Rubén y, sin duda, se había convertido en el suyo. Le sosegaba estar allí, en medio de la naturaleza, entre el canto de los pájaros y la suave brisa de verano con aroma a flores frescas.

Tras estar un buen rato disfrutando del paisaje, miró al cielo, como cada día que subía, y lanzó un beso con la palma de su mano mientras susurraba un

inaudible «te quiero». Tocaba volver a la realidad y la estaban esperando. Cuando el buen tiempo acompañaba, las mujeres de las cuatro generaciones, Amanda, Julia, Carla y Alicia, salían a pasear y recogían flores que, sin prisa, ya empezaban a inundar de color las praderas de la zona. Volvió una vez más la vista hacia Trejón y, con una pequeña sonrisa que floreció en sus labios, comenzó a descender por el empedrado sendero de la montaña, dispuesta a retomar su vida, en tierra de amapolas.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34